SAN GREGORIO MAGNO

Homilías sobre los Evangelios

Homiliae in Evangelia

SABBATISMUS

San Gregorio Magno (540–604)
Homiliae in Evangelia · Homilías sobre los Evangelios

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

[HOMILÍAS SOBRE LOS EVANGELIOS.]

ADMONICIÓN SOBRE LA OBRA SUBSIGUIENTE.

I. En las homilías subsiguientes, la epístola de san Gregorio, que se antepone a ellas en lugar de prefacio, nos prohíbe extendernos en un prefacio, pues en ella se explica casi todo lo que ocurre digno de saberse respecto a ellas. Además, las hemos subordinado a las homilías sobre Ezequiel por la misma razón por la cual, en la serie de las sagradas Escrituras, los Evangelios y todo lo que pertenece al Nuevo Testamento se posponen a los libros del Antiguo Testamento. Por lo demás, constará inmediatamente al que lea la primera parte que aquellas fueron tenidas, al menos algunas, antes de que el santo Doctor comenzara a exponer al pueblo el profeta Ezequiel. Sin duda, el óptimo pastor, para provechar a la vez con la palabra y el ejemplo a aquellos a quienes presidía, tan pronto como ascendió a la cátedra apostólica, pensó que no debía permitirse ninguna vacación de predicar la palabra divina, aunque fuera vejado por asiduas enfermedades y distraído por innumerables preocupaciones.

II. Nuestro humilde Eclesiastés, en su epístola a Secundino que pronto se subyugará, se quejó con una más admirable modestia de que aquellas homilías fueran inmediatamente recibidas con una mira avidez. Ciertamente, de cuánto siempre han sido tenidas en aprecio, consta de aquí, que todas, exceptuada quizás una u otra, han sido ya hace tiempo insertadas en los oficios divinos, por encima de las homilías de los demás santos Pa-

dres. Y no sin mérito ciertamente, ya que en ellas, expuesto primero brevemente el sentido literal, fluye una abundantísima copia de sentencias que miran a las costumbres, de las cuales ciertamente muchísimas son dignas de ser descritas con letras de oro. ¡Ojalá verdaderamente sean esculpidas e incisas en los corazones humanos por la asidua lectura y meditación! De estas seleccionamos y observamos algunas en la Vida del santo Doctor escrita en francés, lib. IV, c. últ., num. 13.

III. Ni verdaderamente solo las costumbres de los cristianos son instruidas en estas homilías, sino que también los dogmas de la fe son confirmados y prevenidos contra los futuros herejes. El misterio de la Encarnación es defendido por todas partes contra los errores opuestos y recíprocamente combatientes de los nestorianos y eutiquianos, pero sobre todo en la hom. 38, n. 3. Casi todo lo que suele enseñarse en las escuelas cristianas sobre los ángeles, se extrae de la hom. 38, del num. 7 al 15. Se trata extensamente de la necesidad de la confesión y de la absolución sacerdotal en la hom. 26, num. 5 y 6, así como en la hom. 40, num. 2, pero especialmente es degollado el impío dogma de Calvino que afirma que Cristo el Señor padeció las penas de los condenados en la hom. 21. Estas son las palabras de Calvino, lib. II Instit., c. 16, § 10, donde se propone probar que Jesucristo fue sometido en lugar de los criminales como patrocinador, fiador y por lo tanto a semejanza de un reo: "para que sepamos", dice, "que no solo el cuerpo de Cristo fue entregado como precio de redención; sino que hubo

otro precio mayor y más excelente, que fue haber sufrido los atroces tormentos en el alma de un hombre condenado (horrorizado lo refiero) y perdido". Pero esta sentencia injuriosa contra Cristo, vencedor del infierno y de la muerte, es refutada validísimamente por nuestro Gregorio, a saber, en la hom. 21, num. 7, donde, propuesto el tipo de Sansón, enseña que el Señor, libre y vencedor, no solo salió del infierno, sino que también destruyó los mismos cerrojos del infierno.

IV. Por estas y otras muchísimas cosas, la causa de la Iglesia es ayudada de modo admirable contra los heterodoxos impugnantes. Ni debe omitirse que aquellas secciones de los Evangelios que son expuestas aquí por Gregorio, "Y entre las sagradas solemnidades de las misas en ciertos días ya entonces se leían por costumbre", son las mismas que todavía hoy se recitan casi en los mismos días. De donde queda patente cuán tenaz es la Iglesia Romana de sus ritos. De ahí también se construye la antigua costumbre de las procesiones y estaciones, y de las súplicas públicas en las basílicas y cementerios de los mártires. Ciertamente, como observó Juan el Diácono, lib. II, Vida de san Gregorio, c. 18, y lib. IV, c. 74, en aquellas procesiones o estaciones el vigilantísimo pastor o pronunció las homilías sobre los Evangelios, o las dictó para ser pronunciadas.

V. Además, en la asignación de aquellas estaciones hay no poca controversia entre los eruditos, y los códices manuscritos no consienten en todas partes. Pues el Códice Lateranense en ninguna parte designa la basílica de san Juan

Bautista que se llama Constantiniana, aunque en otros códices de óptima nota ocurra con muchísima frecuencia, máxime en el Corb. Germ., Belvac.-Bigot., pero especialmente en el Códice de la reina de Suecia, donde cada vez que en el Lateranense u otros se lee "basílica de san Salvador, que se llama Constantiniana", otras tantas veces recurre el nombre de san Juan Bautista. Contiende también Juan Fronto, en las prenotas al calendario Romano, pág. 80, que no hubo ninguna basílica Constantiniana fuera de la Iglesia de san Salvador; pero el varón doctísimo lo prueba mínimamente. Pues es débil lo que dice de que Anastasio el Bibliotecario, en la Vida del papa León, que se sentó el año 595, se acordó de la Iglesia de san Juan Bautista que se pone junto al patriarcado Lateranense; pero que no la llamó Constantiniana, cuando a la basílica de san Salvador siempre la llama Constantiniana. ¿Qué fuerza tiene aquel argumento que niega contra tantos manuscritos claros e indudados testimonios; a saber, Belvac., Bigot., Carnot., Gemet., Reg. de Suecia, pero máxime el Corbeiensis Germ., que en edad no es posterior a Anastasio? En este Códice, en la homilía 16, sobre el Evangelio "Jesús fue llevado al desierto", se lee que fue tenida al pueblo "en la basílica de san Juan que se llama Constantiniana". Lo mismo se antepone a las hom. 22, 25, 39.

VI. Añade Juan Fronto que la basílica de san Juan Bautista fue un monasterio. Además, que en los oratorios de los monasterios antiguamente no se hacían estaciones ni confluencias del pueblo.

Es refutado el varón erudito por la autoridad del mismo Gregorio que asigna a la letanía septiforme o súplica y procesión la iglesia de san Juan Bautista (no la llama oratorio), a donde convendrían, y de donde procedería la letanía de los clérigos; lo cual también se confirma con el testimonio de Juan Diác., l. I, caps. 41 y 42. Además, la basílica de san Pancracio era lugar de estación en tiempos de san Gregorio, como es manifiesto por la hom. 27 tenida allí mismo, y después consta por los antiguos monumentos de la Iglesia que la estación perseveró en ella. Sin embargo, la iglesia de san Pancracio que antes obtenían los presbíteros, expulsados estos por incuria y negligencia, había cedido a los monjes por mandato del santísimo papa, como se hace patente por la epíst. 18 del libro antes III, ahora IV, indict. 12. Finalmente, la homilía 5 fue tenida en la basílica de san Andrés apóstol el mismo día de su natalicio, a saber, en la iglesia del monasterio que el mismo Gregorio había fundado. Por lo tanto, aquella ley que, mirando por la quietud de los monjes, prohibía que en sus iglesias se hicieran estaciones y concursos del pueblo, estaba patente a muchas excepciones.

En el mismo calendario Rom. editado por Juan Fronto no parecen asignadas en todas partes las mismas estaciones que en las homilías gregorianas, ni es de maravillar. Pues primero, aquel calendario fue redactado, a juicio de Juan Fronto, solo en el siglo octavo, alrededor del año 731, esto es, un siglo entero y casi y medio después de las homilías en los Evangelios tenidas por Gregorio; de donde fácilmente pudo en tanto intervalo de

tiempo mudarse algo en las estaciones. Segundo, en la colección de homilías se indica en qué lugar fueron tenidas, y en el calendario el lugar de la estación; pero nada obliga a decir que en el lugar de la estación se haya tenido siempre el sermón; ¿pues qué prohíbe creer que haya sido a veces enviado por delante de la procesión, máxime en tiempo estival?

VIII. Solucionadas todas las dificultades que podían oponerse ya fuera por el calendario Romano o por las observaciones de su Editor, deben ahora subyugarse y atarse unas pocas cosas sobre esta novísima Edición de las alabadas homilías. Aunque en los antiguos Mss. y viejas Ediciones se comprendan cuarenta homilías en uno y el mismo libro, sin embargo hemos juzgado que debía seguirse la costumbre del mismo Gregorio, quien en la epíst. a Secundino dice: "Cuidé también de poner las mismas homilías, en el orden en que fueron dichas, en dos Códices; para que tanto las primeras veinte que fueron dictadas, como las posteriores veinte que fueron dichas ante los ojos [en persona], estuvieran distintas en cuerpos individuales". Por lo demás, aunque no sea uno y el mismo el orden de ellas en nuestros Mss. (pues tres, a saber el Lateranense, Corbeiensis y Reg. de Suecia discrepan de los demás y entre sí), como sin embargo todos los otros consienten, y aquellos los más antiguos, hemos cuidado que se impriman en la misma serie en que ya antes siempre han sido impresas. Bajo las columnas hemos puesto notas más breves, en las cuales o se contienen variantes de lectura, o traemos las

razones de las restituciones hechas por nosotros, ciertamente no pocas ni despreciables, o ilustramos algunas sentencias de san Gregorio, y si ocurriera alguna dificultad, la desanudamos.

IX. Para conmemorar algunas de las cosas por nosotros enmendadas, en la homilía 2 hay cuatro. Num. 1: "El género humano es ciertamente ciego", por "es ciego", etc. Num. 4: "pero ¿qué a estas?", por "pero el que todavía". Num. 5: "fijamos a Jesús en la mente", por "fijamos a Jesús". Num. finalmente 7: "salvado en la mente", por "iluminado en la mente". En la homilía 3, num. 3, restituimos "obtuvo", por "sostuvo", y en el num. 4: "nos arrojamos al aura de la maldición", por "arrojamos la injuria de la maldición al aura del maldecidor", lo cual fue fingido por los Editores sin ninguna causa. Hom. 5, num. 4, ahora se lee "nunca apetecer nada, nada poseer incluso sin apetito", donde antes se leía "nunca apetecer nada, nada poseer incluso con apetito", con el sentido corrompido. Hom. 6, num. 2, repusimos "ni la detracción de cualquiera lo hacía áspero en la ira", por "ni la ira de la detracción de cualquiera lo hacía áspero". Num. 3, "expresión", por "santidad". Ibíd., "vestido con pelos tejidos", por "con vestidos tejidos con pelos", lo cual se lee viciosamente en Gussanv. Hom. 7, num. 3, "no lava", por "no sana", y "fue engendrado por el Padre sin tiempo", por "fue engendrado por el Padre sin madre antes de los tiempos". Num. 4, en Gussanv. se lee "poseer al pueblo israelítico por contradicción", por "poseer sin ninguna contradicción después". Homil. 9, num. 3, al final, llenamos

una gran laguna de la Edición Gussanv., Vatic., y otras más recientes. Llamamos Ediciones más recientes a aquellas que fueron adornadas desde mediados del siglo dieciséis. Hom. 11, num. 3, restituimos "llevada", por "invicta". Sería demasiado si prosiguiera con las demás. Bastará por lo tanto haber añadido un único lugar de tantos sanados por nosotros, a saber en la hom. 21, de cuyo vicio parece manar un error contra la divinidad de Cristo. Es decir, num. 4, antes leído en las Impresas: "no está aquí (Cristo), se dice, por la presencia de la majestad". Pero por los Mss. debe leerse, según la sana doctrina de la Iglesia: "no está aquí, se dice por la presencia de la carne, quien sin embargo en ninguna parte faltará por la presencia de la majestad". De aquí, si no me engaño, consta que las Ediciones que ya han sido emitidas debían ser necesariamente revisadas de nuevo por nosotros, y enmendadas por los códices manuscritos; pero recibe aquí un índice de los Códices empleados por nosotros.

X. Códice pervetusto de pergamino del archivo de la basílica Constantiniana de san Salvador, inscrito en el Laterano 1674.

Códice Corbeiensis, ahora conservado en la biblioteca de san Germán de los Prados, al cual por eso llamamos Corbeiensis Germanensis, marcado 166. Que este fue escrito al menos en el siglo noveno consta casi por la forma de los caracteres. En la misma biblioteca consultamos otros dos viejos Códices, que vamos a llamar o Sangermanenses, o simplemente German. Cotejamos el Códice de la biblioteca Regia con las Ediciones

impresas solo en ciertos lugares, no íntegramente.

El Códice de la Iglesia de Beauvais parece redactado a finales del siglo noveno o principios del décimo. Al final se leen cantos escritos por una mano más reciente sobre el obispo Rogerio, recientemente difunto, quien a finales del siglo décimo y principios del undécimo gobernó la Iglesia de Beauvais.

Códice Corbeiensis número 163, contiende en antigüedad con todos los superiores.

El Códice Turonensis de la insigne Iglesia de san Martín, de edad no inferior, contiene solo las primeras veinte homilías.

El Códice de la reina de Suecia inscrito 43.

Dos Códices del monasterio de san Pedro de Chartres, de seiscientos años.

El Códice Bigotianus prefiere una edad de quinientos años.

El Códice Gemeticensis no parece de edad inferior. Otros dos Códices del mismo célebre monasterio apenas son de trescientos años. El primero a menudo conviene con el más antiguo, al contrario el otro.

Códice del monasterio de Vauclair, del orden Cisterciense.

Códice del monasterio de Longpont, del mismo orden.

A estos se añadan cuatro ejemplares ingleses, cuyas variantes de lectura suministró Tomás James.

También hemos juzgado que debía emplearse el subsidio de las viejas Ediciones: la de Amberes

del año 1509, la de Ruán en casa de Francisco Regnaut (que se lee mendosamente hecha el año 1421), las de París de los años 1518 y 1571, y finalmente otras más recientes.

XI. Juzgamos que debía añadirse al final el sermón tenido por san Gregorio "sobre la mortalidad" (así se inscribe en los viejos pergaminos) después de haber sido elegido para la sede Romana. Ya había sido editado entre las epístolas gregorianas, en el mismo umbral del libro antes XI, ahora XIII, indict. 6, en la Vida del mismo santo Doctor, por Juan Diácono, lib. I, caps. 41 y 42, y entre las obras de Gregorio de Tours, quien refiere esta oración en el lib. X de la Historia, cap. 1. Las mismas cosas revisamos y cotejamos de nuevo con dos Códices de la biblioteca Bigotiana en Ruán, uno que comprende las cuarenta homilías en los Evangelios, y otro la Vida de san Gregorio escrita por Juan Diác.; con un Códice Uticense o de san Evroul de la misma Vida; finalmente con el Corb. Germ. de las cuarenta homilías en los Evang., al final del cual se rechaza este sermón. Existe también en algunos Códices mss. del Registro antes de todas las epístolas, a saber en los dos Tellerianos, que ahora son de la Biblioteca Regia, y en el Colbertino. Usa ya nuestro trabajo, piadoso lector, y acuérdate de rogar bien por nosotros, agradecido, mientras sudamos en esta palestra.

SAN GREGORIO EL GRANDE, PONTÍFICE ROMANO, DOS LIBROS DE CUARENTA HOMILÍAS SOBRE LOS EVANGELIOS.

Prefacio. A SECUNDINO, OBISPO DE TAORMINA.

Al reverendísimo y santísimo hermano Secundino, obispo, Gregorio, siervo de los siervos de Dios.

Entre las sagradas solemnidades de las misas, he expuesto cuarenta lecciones del santo Evangelio de entre aquellas que por costumbre suelen leerse en días ciertos en esta Iglesia. Y de algunas ciertamente la exposición dictada, asistiendo la plebe, fue recitada por un notario; pero la explicación de algunas la hablé yo mismo ante el pueblo, y fue recogida tal como la hablaba. Pero algunos hermanos, fervientes en el estudio de la palabra sagrada, las trasladaron antes de que yo condujera a la medida propuesta mediante una sutil enmienda aquellas cosas que había dicho. A los cuales rectamente yo llamaría semejantes a ciertos famélicos, que desean comer los alimentos antes de que se cocinen más plenamente. Verdaderamente esto, donde está escrito: "Jesús fue llevado al desierto por el espíritu, para ser tentado por el diablo" (Mat. IV), primero ciertamente lo expuse como bajo una cierta ambigüedad, pero después corregí esa misma duda con una anotación cierta. Cuidé también de poner las mismas homilías, en el orden en que fueron dichas, en dos Códices, para que tanto las primeras veinte, que fueron dictadas, como las posteriores veinte, que fueron dichas ante los ojos [en persona], estuvieran distintas en cuerpos individuales. El hecho de que algunas cosas se antepusieron que en el Evangelio se leen después, y algunas cosas se posposieron que se encuentran escritas antes por

el evangelista, de ninguna manera debe mover a tu fraternidad, porque así como por mí fueron dichas en diversos tiempos, así también fueron fijadas en los Códices por los exceptores. Por lo tanto, tu fraternidad, siempre intenta en las sagradas lecturas, si encontrara el predicho lugar del Evangelio proferido bajo duda, o hallara las mismas homilías no dispuestas tal como predije, sepa que estas han permanecido sin enmendar, y corríjalas según aquellas que he cuidado de enviar por el presente portador, y de ninguna manera permita que aquellas permanezcan sin enmienda. Además, las editadas se retienen en el archivo de nuestra santa Iglesia, para que si algunos por casualidad están lejos de tu fraternidad, encuentren aquí de donde se aseguren en estas cosas que han sido enmendadas.

LIBRO PRIMERO.

HOMILÍA PRIMERA. Tenida ante el pueblo en la basílica de san Pedro apóstol, el segundo Domingo de Adviento del Señor. LECTURA DEL EVANGELIO SEGÚN LUC. XXI, 25-32. En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, por la confusión del sonido del mar y de las olas, secándose los hombres por el temor y la expectativa de las cosas que sobrevendrán a todo el orbe. Porque las virtudes de los cielos se moverán. Y entonces verán al Hijo del hombre viniendo en las nubes con gran potestad y majestad. Cuando estas cosas comiencen a suceder, mirad y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención. Y les dijo una semejanza: Ved la higuera y todos los árboles, cuando ya producen de sí fruto, sabéis que el estío está cerca. Así también vosotros, cuando viereis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios. En verdad os digo que no pasará esta generación hasta que todo se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Nuestro Señor y Redentor, hermanos carísimos, deseando encontrarnos preparados, denuncia los males que siguen al mundo que envejece, para apartarnos de su amor. Da a conocer cuántas percusiones preceden a su fin que se aproxima,

para que, si no queremos temer a Dios en la tranquilidad, al menos temamos su juicio cercano atribulados por las percusiones. Pues a esta lectura del santo Evangelio, que vuestra fraternidad acaba de oír, poco antes el Señor antepuso, diciendo: "Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá grandes terremotos por lugares, y pestilencias, y hambres" (Luc. XXI, 10). Y con algunas cosas interpuestas, añadió esto que acabáis de oír: "Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, por la confusión del sonido del mar y de las olas". De todas las cuales cosas ciertamente ya vemos algunas hechas, y otras tememos que vendrán de cerca. Pues que una nación se levanta sobre otra nación, y su angustia apremia a las tierras, ya lo vemos en nuestros tiempos más de lo que leemos en los Códices. Que el terremoto subvierta innumerables ciudades, sabéis por otras partes del mundo cuán frecuentemente lo hemos oído. Sufrimos pestilencias sin cesar. En cambio, las señales en el sol, en la luna y en las estrellas, todavía apenas las vemos abiertamente, pero porque estas tampoco están lejos, lo deducimos ya de la misma mudanza del aire. Aunque antes de que Italia fuera entregada para ser herida por la espada gentil, vimos ejércitos de fuego en el cielo, resplandeciendo la misma sangre que después fue derramada del género humano. Por otra parte, la confusión del mar y de las olas todavía no ha surgido como algo nuevo. Pero habiéndose cumplido ya muchas cosas prenunciadas, no hay duda de que seguirán también las pocas que res-

tan, porque la certeza de las cosas que siguen es la exhibición de las pasadas.

Esto decimos, hermanos carísimos, para que vuestras mentes despierten al estudio de la cautela, para que no se entorpezcan por la seguridad, ni languidezcan por la ignorancia, sino que siempre las solicite el temor, y la solicitud las confirme en la buena obra, pesando esto que se añade por la voz de nuestro Redentor: "Secándose los hombres por el temor y la expectativa de las cosas que sobrevendrán a todo el orbe." Porque las virtudes de los cielos se moverán. Pues, ¿a qué llama el Señor virtudes de los cielos sino a los ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, principados y potestades, que en el advenimiento del juez severo aparecerán entonces visiblemente ante nuestros ojos, para exigirnos entonces severamente esto mismo que ahora el invisible creador sobrelleva con ecuanimidad? Donde también se añade: "Y entonces verán al Hijo del hombre viniendo en las nubes con gran potestad y majestad." Como si se dijera abiertamente: En potestad y majestad han de ver a aquel a quien no quisieron oír puesto en humildad, para que sientan entonces su virtud tanto más severamente cuanto ahora no inclinan la cerviz del corazón ante su paciencia.

Pero porque estas cosas fueron dichas contra los réprobos, pronto las palabras se vuelven al consuelo de los elegidos. Pues también se añade: "Cuando estas cosas comiencen a suceder, mirad y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención." Como si la Verdad amonestara abiertamente a sus elegidos, diciendo: Cuando

las plagas del mundo crecen, cuando el terror del juicio se muestra con las virtudes conmovidas, levantad las cabezas, esto es, alegrad los corazones, porque mientras se acaba el mundo, del cual no sois amigos, se hace cercana la redención que buscasteis. Pues en la sagrada Escritura a menudo se pone la cabeza por la mente, porque así como por la cabeza se rigen los miembros, así también por la mente se disponen los pensamientos. Levantar, pues, las cabezas es erigir nuestras mentes a los gozos de la patria celestial. Los que, por tanto, aman a Dios, son mandados a gozarse y alegrarse por el fin del mundo, porque a saber, pronto encuentran a aquel a quien aman, mientras pasa aquel a quien no amaron. Pues lejos esté que cualquier fiel que desea ver a Dios se lamente por las percusiones del mundo, el cual no ignora que se acaba por esas mismas percusiones suyas. Pues escrito está: "Cualquiera que quisiere ser amigo de este siglo, es constituido enemigo de Dios" (Sant. IV, 4). El que, por tanto, no se goza al acercarse el fin del mundo, testifica que es amigo de él, y por esto es convencido de ser enemigo de Dios. Pero lejos esté esto de los corazones de los fieles, lejos de estos que tanto creen por la fe que hay otra vida, como la aman por la operación. Pues lamentarse por la destrucción del mundo es de aquellos que plantaron las raíces del corazón en su amor, que no buscan la vida siguiente, que ni siquiera sospechan que aquella existe. Nosotros, en cambio, que conocimos los gozos eternos de la patria celestial, debemos apresurarnos a ellos cuanto antes. Debemos desear partir

más pronto, y llegar a ella por una vía más breve. Pues, ¿por qué males no es oprimido el mundo? ¿Qué tristeza, qué adversidad no nos angustia? ¿Qué es la vida mortal, sino una vía? Y considerad, hermanos míos, qué sea cansarse en el trabajo de la vía, y sin embargo no querer que esa misma vía se acabe. Pero que el mundo debe ser pisoteado y despreciado, nuestro Redentor lo manifiesta con una comparación providente, cuando añade a continuación: "Ved la higuera y todos los árboles, cuando ya producen de sí fruto, sabéis que el estío está cerca." Así también vosotros, cuando viereis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios. Como si dijera abiertamente: Porque así como por el fruto de los árboles se conoce el estío cercano, así por la ruina del mundo se reconoce que está cerca el reino de Dios. Con cuyas palabras ciertamente se muestra que el fruto del mundo es la ruina. Pues para esto crece, para que caiga. Para esto germina, para que cualquier cosa que haya germinado, la consuma con desastres. Bien se compara el reino de Dios al estío, porque entonces pasan las nubes de nuestro dolor, y los días de la vida resplandecen con la claridad del sol eterno.

Todo lo cual se confirma bajo una gran certeza, cuando se añade la sentencia por la que se dice: "En verdad os digo que no pasará esta generación hasta que todo se cumpla." El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Pues nada en la naturaleza de las cosas corporales es más duradero que el cielo y la tierra, y nada en la naturaleza de las cosas pasa tan velozmente

como la palabra. Pues las palabras, mientras son imperfectas, no son palabras; mas cuando hubieran sido perfeccionadas, ya no son en absoluto, porque no pueden perfeccionarse sino pasando. Dice, pues: "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán." Como si dijera abiertamente: Todo lo que entre vosotros es duradero, no es duradero hasta la eternidad sin mudanza; y todo lo que en mí se ve pasar, se tiene fijo y sin tránsito, porque expresa sentencias que permanecen sin mutabilidad mi palabra que pasa.

He aquí, hermanos míos, ya vemos lo que oíamos. El mundo es oprimido por males nuevos y cada día más frecuentes. Cuántos de aquel pueblo innumerable habéis quedado, lo veis; y sin embargo todavía cada día las plagas apremian, los sucesos repentinos nos abruman, nuevas e imprevistas calamidades nos afligen. Pues así como en la juventud el cuerpo tiene vigor, el pecho permanece fuerte e incólume, la cerviz musculosa, los pulmones están llenos; pero en los años seniles la estatura se encorva, la cerviz desecada se baja, el pecho es oprimido por frecuentes suspiros, la virtud falta, el aliento corta las palabras del que habla; pues aunque falte la enfermedad, la mayoría de las veces su misma salud es una enfermedad para los sentidos: así el mundo en los años anteriores floreció como en la juventud, fue robusto para propagar la prole del género humano, verde por la salud de los cuerpos, gordo por la opulencia de las cosas; mas ahora es deprimido por su misma vejez, y como hacia una muerte cercana es apremiado por las

molestias crecientes. No queráis, pues, hermanos míos, amar lo que veis que no puede estar mucho tiempo en pie. Poned en el ánimo los preceptos apostólicos, con los que nos amonesta diciendo: "No queráis amar al mundo, ni las cosas que están en el mundo, porque si alguno ama al mundo, la caridad del Padre no está en él" (I Juan II, 15). Anteayer, hermanos, supisteis que por un torbellino repentino fueron arrancados viejos arbustos, destruidas casas, e iglesias demolidas desde sus cimientos. ¿Cuántos sanos e incólumes por la tarde pensaban que harían algo al día siguiente, y sin embargo esa misma noche murieron de muerte repentina, atrapados en el lazo de la ruina?

Pero debemos considerar, dilectísimos, que para hacer esto el juez invisible movió el soplo de un viento muy tenue, excitó la tempestad de una sola nube, y subvirtió la tierra, sacudió tantos cimientos de edificios que iban a caer. ¿Qué, pues, va a hacer ese juez, cuando venga por sí mismo, y su ira se encienda en venganza de los pecados, si no se le puede soportar cuando nos hiere por medio de una nube tenuísima? Ante la presencia de su ira, ¿qué carne subsistirá, si movió el viento y subvirtió la tierra, agitó el aire y derribó tantos edificios? Pablo, considerando esta severidad del juez que ha de venir, dice: "Horrendo es caer en las manos del Dios vivo" (Heb. X, 31). El Salmista expresa esto diciendo: "Dios vendrá manifiestamente, nuestro Dios, y no callará. Un fuego arderá en su presencia, y en su derredor una tempestad válida" (Sal. XLIX, 3). Pues a tan gran justicia

la acompañan la tempestad y el fuego, porque la tempestad examina a quienes el fuego ha de quemar. Aquel día, pues, hermanos carísimos, ponedlo ante los ojos, y todo lo que ahora se cree grave se alivia en su comparación. Pues de aquel día se dice por el profeta: "Cerca está el gran día del Señor, cerca y veloz en demasía. Voz del día del Señor amarga, allí se atribulará el fuerte. Día de ira, aquel día, día de tribulación y de angustia, día de calamidad y de miseria, día de tinieblas y de oscuridad, día de niebla y de torbellino, día de trompeta y de clamor" (Sofon. I, 14 ss.). De este día dice de nuevo el Señor por el profeta: "Todavía una vez y yo moveré no solo la tierra, sino también el cielo" (Ageo II, 22). He aquí que, como predijimos, movió el aire, y la tierra no subsiste; ¿quién, pues, lo soportará cuando mueva el cielo? ¿Y qué son los terrores que vemos, sino heraldos de la ira siguiente? De donde también es necesario considerar que estas tribulaciones son tan distintas de aquella tribulación última cuanto dista la persona del heraldo de la potencia del juez. Aquel día, pues, hermanos carísimos, pensadlo con toda intención, corregid la vida, mudad las costumbres, venced resistiendo los males que tientan, y castigad con llantos los perpetrados. Pues veréis el advenimiento del juez eterno tanto más seguros algún día, cuanto ahora prevenís su severidad temiendo.

HOMILÍA II.

Tenida ante el pueblo en la basílica de san Pedro apóstol, el Domingo de Quincuagésima.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN LUC. XVIII, 31-44.

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a sus doce discípulos, y les dijo: He aquí subimos a Jerusalén, y se consumarán todas las cosas que fueron escritas por los profetas sobre el Hijo del hombre. Pues será entregado a las gentes, y será burlado, y azotado, y escupido. Y después de que lo hubieren azotado, lo matarán, y al tercer día resucitará. Y ellos nada de esto entendieron. Y estaba esta palabra escondida de ellos, y no entendían lo que se decía. Sucedió, pues, que cuando se acercaba a Jericó, un cierto ciego estaba sentado junto al camino, mendigando. Y como oyera a la multitud que pasaba, preguntaba qué era aquello. Y le dijeron que Jesús Nazareno pasaba. Y exclamó diciendo: "Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí." Y los que iban delante le increpaban para que callase. Pero él mucho más clamaba: "Hijo de David, ten misericordia de mí." Y deteniéndose Jesús, mandó que lo trajeran a él. Y cuando se hubo acercado, le preguntó diciendo: "¿Qué quieres que te haga?" Y él dijo: "Señor, que vea." Y Jesús le dijo: "Mira, tu fe te ha salvado." Y al punto vio, y lo seguía, magnificando a Dios. Y todo el pueblo, como lo vio, dio alabanza a Dios.

Nuestro Redentor, previendo que por su pasión los ánimos de los discípulos se habían de perturbar, les predice mucho antes tanto la pena de la misma pasión como la gloria de su resurrección, para que cuando lo vieran morir, tal como estaba predicho, tampoco dudaran de que habría de resucitar. Pero porque los discípulos carnales

todavía de ninguna manera eran capaces de captar las palabras del misterio, se llega al milagro. Ante sus ojos un ciego recibe la luz, para que a quienes no captaban las palabras del misterio celestial, los hechos celestiales los consolidaran en la fe. Pero los milagros de nuestro Señor y Salvador han de ser así recibidos, hermanos carísimos, que tanto se crean hechos en verdad, como sin embargo por significación nos insinúen algo. Pues sus obras muestran una cosa por la potencia y hablan otra por el misterio. Pues he aquí que según la historia ignoramos quién haya sido este ciego, mas sin embargo sabemos a quién significa por el misterio. Pues el ciego es el género humano, que en su primer padre, expulsado de los gozos del paraíso, ignorando la claridad de la luz superna, padece las tinieblas de su condenación; pero sin embargo es iluminado por la presencia de su Redentor, para que ya vea los gozos de la luz interna por el deseo, y ponga sus pasos en el camino de la vida de la buena obra.

Se debe notar, por cierto, que cuando se dice que Jesús se acerca a Jericó, el ciego es iluminado. Pues Jericó se interpreta como luna, y la luna en el sagrado elocuio se pone por el defecto de la carne, porque mientras en los momentos mensuales decrece, designa el defecto de nuestra mortalidad. Por tanto, mientras nuestro creador se acerca a Jericó, el ciego vuelve a la luz, porque mientras la divinidad asumió el defecto de nuestra carne, el género humano recibió la luz que había perdido. Pues de donde Dios padece cosas humanas, de allí el hombre es elevado a cosas divinas. El cual

ciego rectamente es descrito tanto sentado junto al camino como mendigando; pues la misma Verdad dice: "Yo soy el camino" (Juan XIV, 6). El que, por tanto, no conoce la claridad de la luz eterna, es ciego; mas si ya cree en el Redentor, se sienta junto al camino; mas si ya cree, pero disimula rogar para recibir la luz eterna, y cesa de las oraciones, se sienta ciertamente ciego junto al camino, pero de ninguna manera mendiga. Mas si tanto creyera, como conociera las tinieblas de su corazón, y pidiera que reciba la luz de la verdad, el ciego se sienta junto al camino y mendiga. Cualquiera pues que reconozca las tinieblas de su ceguera, cualquiera que entienda esta luz de la eternidad que le falta, clame con las médulas del corazón, clame con las voces de la mente diciendo: "Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí". Pero oigamos lo que se añade al clamar el ciego: "Y los que iban delante le increpaban para que callase".

¿Qué designan, pues, estos que preceden a Jesús que viene, sino las turbas de los deseos carnales y los tumultos de los vicios, que, antes de que Jesús venga a nuestro corazón, disipan con sus tentaciones nuestro pensamiento, y perturban las voces del corazón en la oración? Pues a menudo, mientras queremos convertirnos al Señor después de los vicios perpetrados, mientras intentamos orar contra estos mismos vicios que perpetramos, ocurren al corazón los fantasmas de los pecados que hicimos, reverberan el filo de nuestra mente, confunden el ánimo y oprimen la voz de nuestra deprecación. Los que iban delan-

te, pues, le increpaban para que callase, porque, antes de que Jesús venga al corazón, los males que hicimos, chocando contra nuestro pensamiento con sus imágenes, nos conturban en nuestra misma oración.

Pero oigamos qué hizo este ciego que había de ser iluminado ante estas cosas. Sigue: "Pero él mucho más clamaba: Hijo de David, ten misericordia de mí". He aquí que aquel a quien la turba increpa para que calle, clama más y más, porque cuanto con más grave tumulto de pensamientos carnales somos oprimidos, tanto más ardientemente debemos insistir en la oración. Contradice la turba para que no clamemos, porque la mayoría de las veces padecemos los fantasmas de nuestros pecados incluso en la oración. Pero ciertamente es necesario que la voz de nuestro corazón, cuanto más duramente es repelida, tanto más valientemente insista, hasta que supere el tumulto del pensamiento ilícito, y rompa hacia las piadosas oídos del Señor por la demasía de su importunidad. Cada uno, sospecho, reconoce en sí mismo lo que decimos, porque mientras mudamos el ánimo de este mundo a Dios, mientras nos convertimos a la obra de la oración, aquellas mismas cosas que antes hicimos deleitablemente, después las toleramos importunas y graves en nuestra oración. Apenas su pensamiento es ahuyentado de los ojos del corazón por la mano del santo deseo, apenas sus fantasmas son superados por los lamentos de la penitencia.

Pero cuando insistimos vehementemente en nuestra oración, fijamos en la mente a Jesús que

pasa. Por lo cual allí se añade: "Y deteniéndose Jesús, mandó que lo trajeran a él." He aquí que se detiene el que antes pasaba, porque mientras todavía padecemos las turbas de fantasmas en la oración, sentimos a Jesús de algún modo pasando. Pero cuando insistimos vehementemente en la oración, se detiene Jesús para restituir la luz, porque Dios se fija en el corazón, y la luz perdida es reparada.

En cuya cosa, sin embargo, el Señor nos insinúa algo más, que puede entenderse útilmente sobre su humanidad y divinidad. Pues Jesús pasando oyó al ciego que clamaba, pero deteniéndose exhibió el milagro de la iluminación. Pues pasar es propio de la humanidad, detenerse es propio de la divinidad. Pues por la humanidad tuvo el nacer, crecer, morir, resucitar, venir de lugar en lugar. Porque, por tanto, en la divinidad no hay mutabilidad, y esto mismo de mudarse es pasar, por cierto aquel tránsito es de la carne, no de la divinidad. Por la divinidad, en cambio, le es propio estar siempre detenido, porque presente en todas partes, ni viene por movimiento, ni se retira por movimiento. Al ciego, pues, que clama el Señor pasando lo oye, deteniéndose lo ilumina, porque por su humanidad se compadeció teniendo misericordia de las voces de nuestra ceguera, pero nos infundió la luz de la gracia por la potencia de la divinidad.

7. Y ha de notarse qué dice al ciego que viene: ¿Qué quieres que te haga? ¿Acaso ignoraba el que podía devolver la luz qué quería el ciego? Pero quiere que se le pida aquello mismo que

preconoce que nosotros hemos de pedir y él ha de conceder. Pues nos amonesta importunamente a la oración, y sin embargo dice: Vuestro Padre celestial sabe qué os es necesario antes de que se lo pidáis (Mat. 6, 8). Para esto, pues, requiere que se le pida: para esto requiere que excite el corazón a la oración. Por lo cual también el ciego añadió al punto: Señor, que vea. He aquí que el ciego no busca del Señor oro, sino luz. Estima en poco buscar algo fuera de la luz, porque aunque el ciego pueda tener cualquier cosa, sin la luz no puede ver lo que tiene. Imitemos, pues, hermanos carísimos, a aquel que hemos oído salvado tanto en el cuerpo como en la mente. No busquemos del Señor falsas riquezas, ni dones terrenos, ni honores fugitivos, sino la luz; y no la luz que se encierra en un lugar, que se termina con el tiempo, que se varía por la interrupción de las noches, que es vista por nosotros en común con las bestias, sino busquemos la luz que podamos ver con los solos ángeles, la cual ni principio la inicia, ni fin la estrecha. Hacia la cual luz, por cierto, la vía es la fe. Por lo cual rectamente se responde al punto al ciego que es iluminado: Mira, tu fe te ha salvado. Pero a estas cosas el pensamiento carnal dice: ¿Cómo puedo buscar la luz espiritual, que no puedo ver? ¿De dónde me es cierto si existe, la que no brilla a los ojos corporales? A cuyo pensamiento hay ciertamente lo que cada uno responda brevemente, porque aun estas mismas cosas que siente, no las piensa por el cuerpo, sino por el alma. Y nadie ve su propia alma, y sin embargo no duda que tiene alma, a la cual no ve.

Pues por el alma invisible se rige el cuerpo visible. Pero si se quita lo que es invisible, al punto se desploma esto que parecía estar visible. ¿De una sustancia invisible, por tanto, se vive en esta vida visible, y se duda que existe la vida invisible?

8. Pero ya oigamos qué se hizo por el ciego que pedía, o qué hizo él mismo. Sigue: Al punto vio, y lo seguía. Ve y sigue el que obra el bien que entiende. Pero ve, y no sigue, el que ciertamente entiende el bien, pero desprecia obrar cosas buenas. Si, pues, hermanos carísimos, reconocemos ya la ceguera de nuestra peregrinación, si creyendo en el misterio de nuestro Redentor, nos sentamos junto al camino, si suplicando diariamente pedimos la luz de nuestro autor, si somos ya iluminados después de la ceguera viendo esa misma luz por el entendimiento, sigamos con la obra a Jesús a quien discernimos con la mente. Miremos por donde camina, y mantengamos sus huellas imitándolas. Pues sigue a Jesús el que lo imita. Pues de aquí dice: Sígueme, y deja a los muertos sepultar a sus muertos (Mat. 8, 22). Pues se dice "sigue" por "imita." De aquí de nuevo amonesta, diciendo: Si alguno me sirve, sígame (Juan 12, 26). Consideremos, pues, por donde camina, para que merezcamos seguirlo. He aquí que, siendo el señor y creador de los ángeles, habiendo de asumir nuestra naturaleza que él fundó, vino al seno de la Virgen. Sin embargo, no quiso nacer en este mundo por medio de ricos, eligió padres pobres. Por lo cual también faltó el cordero que se ofrecería por él, la madre encontró polluelos de palomas y un par de tórtolas para el sacrificio (Luc. 2, 24).

No quiso prosperar en el mundo; toleró oprobios e irrisiones; sostuvo salivazos, azotes, bofetadas, la corona de espinas y la cruz; y porque caímos del gozo interno por la delectación de las cosas corporales, mostró con qué amargura se vuelve allá. ¿Qué debe, por tanto, sufrir el hombre por sí mismo, si tantas cosas padeció Dios por los hombres? Aquel, pues, que ya ha creído en Cristo, pero todavía busca los lucros de la avaricia, se ensalza en la soberbia del honor, se enciende con las teas de la envidia, se mancilla con la inmundicia de la liviandad, codicia las cosas prósperas que hay en el mundo, desprecia seguir a Jesús en quien ha creído. Pues camina por un itinerario diverso, si apetece gozos y deleites, aquel a quien su guía mostró la vía de la amargura. Evoquemos, pues, ante los ojos los pecados que cometimos; consideremos cuán terrible vendrá el juez que ha de castigar estas cosas; formemos la mente para los lamentos; amargue nuestra vida por un tiempo en la penitencia, para que no sienta la amargura eterna en la venganza. Pues por el llanto somos conducidos a los goces eternos, prometiéndolo la Verdad, que dice: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mat. 5, 5). Pero hacia el llanto se llega por los goces, atestiguándolo esta misma Verdad, que dice: Ay de vosotros los que ahora reís, porque lloraréis y plañiréis (Luc. 6, 25). Si, pues, buscamos el gozo de la retribución al llegar, mantengamos la amargura de la penitencia en el camino. Y así se hace que no solo nuestra vida aproveche en Dios, sino que esta misma conversación nuestra encienda a otros

para la alabanza de Dios. Por lo cual allí se añade: Y toda la plebe, cuando lo vio, dio alabanza a Dios.

HOMILÍA III.

Tenida al pueblo en la basílica de santa Felicidad mártir, en el día de su natalicio.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN MATEO XII, 46-50.

En aquel tiempo, hablando Jesús a las turbas, he aquí que su madre y sus hermanos estaban fuera, buscando hablar con él. Y le dijo uno: He aquí que tu madre y tus hermanos están fuera, buscándote. Pero él respondiendo al que se lo decía dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo las manos hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Pues cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre.

1. De la lectura del santo Evangelio, hermanos carísimos, es breve la lección recitada, pero grávida de grandes pesos de misterios. Pues Jesús, nuestro fundador y redentor, disimula conocer a su madre, y designa quién sea su madre y quiénes sus parientes, no por el parentesco de la carne, sino por la conjunción del espíritu, diciendo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Pues cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre. Con cuyas palabras ¿qué otra cosa nos insinúa, sino que

obedeciendo a sus mandatos recoge a muchos de la gentilidad, y no reconoce a Judea, de cuya carne fue engendrado? Por lo cual también su madre, cuando como si no fuera reconocida, se dice que está fuera, porque a saber la Sinagoga por eso no es reconocida por su autor, porque, manteniendo la observancia de la ley, perdió el entendimiento espiritual, y se fijó fuera para la custodia de la letra.

2. Pero cuando aquel que hiciere la voluntad del Padre es llamado hermana y hermano del Señor, por razón de uno y otro sexo que es recogido para la fe, no es maravilla; pero es muy de maravillar cómo también es llamado madre. Pues se dignó llamar hermanos a los fieles discípulos, diciendo: Id, anunciad a mis hermanos (Mat. 28, 10). Aquel, pues, que pudo hacerse hermano del Señor viniendo a la fe, ha de preguntarse ¿cómo también puede ser madre? Pero debemos saber que el que es hermano y hermana de Cristo por el creer, se hace madre por el predicar. Pues como si pariera al Señor, a quien hubiere infundido en el corazón del que oye. Y se hace su madre, si por su voz el amor del Señor se genera en la mente del prójimo.

3. Para confirmarnos idóneamente esta cosa, asiste la bienaventurada Felicidad, cuyo natalicio celebramos hoy, la cual por el creer existió como esclava de Cristo, y por el predicar fue hecha madre de Cristo. Pues a siete hijos, como se lee en sus gestas más corregidas, así temió dejarlos vivos en la carne tras sí, como suelen temer los padres carnales que no se les adelanten muertos.

Pues aprehendida en el trabajo de la persecución, robusteció los corazones de los hijos en el amor de la patria suprema predicando, y parió en el espíritu a los que había engendrado en la carne, para que por la predicación pariera para Dios a los que por la carne había engendrado para el mundo. Considerad, hermanos carísimos, en un cuerpo femenino un pecho varonil. Estuvo ante la muerte impávida. Temió perder en los hijos la luz de la verdad, si no hubiera sido privada de ellos. ¿Acaso, pues, diría que esta mujer es mártir? sino más que mártir. Ciertamente el Señor, cuando hablaba de Juan, dijo: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿A un profeta? en verdad os digo, y más que a un profeta (Mat. 11, 7). And Juan mismo preguntado respondió, diciendo: No soy profeta (Juan 1, 21). Pues el que se conocía más que profeta, negaba ser profeta. Aquel que por eso es llamado más que profeta, porque el oficio del profeta es prenunciar lo venidero, no también mostrarlo. Juan, en cambio, es más que profeta, porque a quien dijo de palabra lo mostró con el dedo. No diría, pues, que esta mujer es mártir, sino más que mártir, la cual, enviadas siete prendas al reino, muerta tantas veces antes de sí misma, vino la primera a las penas, pero llegó la octava. Miró la madre atormentada e impávida la muerte de los hijos, añadió el gozo de la esperanza al dolor de la naturaleza. Temió por los que vivían, se gozó por los que morían. Optó no dejar a ninguno tras sí, para que si tuviera algún supérstite, no pudiera tener un consorte. Nadie, pues, de vosotros, hermanos carísimos, estime que su corazón, al morir

los hijos, ni siquiera el afecto carnal lo pulsara lo más mínimo. Pues no podía ver morir sin dolor a los hijos que conocía que eran su propia carne, pero era la fuerza del amor interior la que vencía el dolor de la carne. Por lo cual también se dice a Pedro que ha de padecer: Cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará a donde tú no quieres (Juan 21, 18). Pues ni aunque Pedro plenamente no quisiera padecer por Cristo habría podido, sino el martirio, que por la flaqueza de la carne no quiso, por la virtud del espíritu lo amó. El cual mientras por la carne trepida ante las penas, por el espíritu exulta hacia la gloria; y se hizo que no queriendo hubiera querido el tormento del martirio. Así nosotros también cuando buscamos el gozo de la salud, tomamos la amarga copa de la purgación. La amargura ciertamente en la copa disgusta, pero la salud que ha de ser restituida por la amargura place. Amó, pues, según la carne Felicidad a sus hijos, pero por el amor de la patria celestial quiso que murieran incluso ante ella los que amó. Ella misma recibió las heridas de ellos, pero ella misma en los mismos que se adelantaban al reino creció. Rectamente, pues, diría que esta mujer está más allá del mártir, la cual extinguida deseablemente tantas veces en los hijos, mientras obtuvo un martirio múltiple, venció también la misma palma del martirio. Se cuenta entre los antiguos que fue costumbre que cualquiera que existiera cónsul tuviera el lugar de su honor según el orden de los tiempos; pero si alguno llegando después al consulado se hacía cónsul no una vez, sino dos

tal vez o tres, trascendería también en alabanza y honor a aquellos que no hubieran existido cónsules más que una vez. Venció, pues, la bienaventurada Felicidad a los mártires, la cual, muriendo tantos hijos ante ella, frecuentemente sucumbió por Cristo, porque también para el amor de aquel sola su muerte fue mínimamente suficiente.

4. Consideremos, hermanos, a esta mujer, considerémonos a nosotros, que somos miembros del cuerpo de un hombre, en comparación con ella qué seremos estimados. Pues a menudo nos proponemos hacer algunas cosas buenas, pero si una sola palabra, aunque sea la más ligera, brota de la boca de un burlador contra nosotros, rotos y confundidos retrocedemos al punto de la intención de nuestra acción. He aquí que las palabras a menudo nos apartan de una buena obra. En cambio, a Felicidad ni los tormentos pudieron quebrantarla de su santa intención. Nosotros tropezamos ante el soplo de una maldición; ella salió hacia el reino incluso a través del hierro, y estimó que nada era lo que se oponía. Nosotros no queremos dar al menos nuestras cosas superfluas según los preceptos dominicales; ella no solo entregó a Dios su sustancia, sino que por él dio incluso su propia carne. Nosotros, cuando perdemos a los hijos por disposición divina, lloramos sin consuelo; ella los habría llorado como muertos si no los hubiera ofrecido. Por tanto, cuando venga el juez severo a aquel terrible examen, ¿qué diremos nosotros los hombres, cuando veamos la gloria de esta mujer? ¿Qué excusa habrá entonces para los hombres por la debilidad de su mente,

cuando sea mostrada esta que con el mundo venció también su sexo? Sigamos, pues, hermanos carísimos, la senda estrecha y áspera del Redentor; pues por el uso de las virtudes ya se ha hecho tan llana, que place a las mujeres caminar por ella. Despreciemos todas las cosas presentes, pues no son nada las que pueden pasar. Sea torpe amar lo que consta que perece más pronto. No nos venza el amor de las cosas terrenas, no nos infle la soberbia, no nos desgarre la ira, no nos contamine la lujuria, no nos consuma la envidia. Por amor a nosotros, hermanos carísimos, nuestro Redentor murió, y aprendamos nosotros por amor a él a vencernos a nosotros mismos. Que si esto hacemos perfectamente, no solo escaparemos de las penas inminentes, sino que seremos remunerados con la gloria junto con los mártires. Pues aunque falte la ocasión de la persecución, tiene sin embargo también nuestra paz su propio martirio, porque aunque no sometamos los cuellos de la carne al hierro, degollamos sin embargo con la espada espiritual los deseos carnales en la mente, con su propia ayuda, etc.

HOMILÍA IV.

Tenida ante el pueblo en la basílica de san Esteban mártir, sobre los apóstoles.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN MATEO X, 5-10.

En aquel tiempo, envió Jesús a sus doce discípulos, dándoles preceptos y diciendo: No vayáis

por el camino de los gentiles, y no entréis en las ciudades de los samaritanos, sino id más bien a las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Y yendo predicad, diciendo que se ha acercado el reino de los cielos. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, echad a los demonios. Gratis lo recibisteis, gratis dadlo. No poseáis oro, ni plata, ni dinero en vuestras fajas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni báculo. Porque digno es el obrero de su alimento.

1. Constando a todos, hermanos carísimos, que nuestro Redentor vino al mundo para la redención de las gentes, y viendo que los samaritanos son llamados cada día a la fe, ¿qué es lo que dice al enviar a los discípulos a la predicación: No vayáis por el camino de los gentiles, y no entréis en las ciudades de los samaritanos, sino id más bien a las ovejas que perecieron de la casa de Israel? Sino esto que colegimos por el fin del hecho, que primero quiso que se predicara solo a Judea, y después a todas las gentes, para que, mientras aquella nación llamada rehusara convertirse, los santos predicadores vinieran por orden a la vocación de las gentes, a fin de que la predicación de nuestro Redentor, rechazada por los suyos, buscara a los pueblos gentiles como extraños; y lo que a los judíos se les hacía para testimonio, esto fuera para las gentes incremento de la gracia. Pues había entonces quienes debían ser llamados de Judea, y quienes de las gentes no debían ser llamados. Pues también en los Hechos de los Apóstoles, predicando Pedro, leemos

que primero creyeron tres mil hebreos, y después cinco mil (Hech. 2, 41; 4, 4). Y cuando los apóstoles quisieron predicar a las gentes en Asia, se menciona que fueron prohibidos por el Espíritu (Hech. 16, 6); y sin embargo el mismo Espíritu que primero prohibió la predicación, después la infundió en los corazones de los asiáticos. Pues hace mucho que toda el Asia ya creyó. Por eso, pues, prohibió primero lo que después hizo, porque entonces había en ella quienes no debían ser salvados. Entonces había en ella quienes aún no merecían ser reparados para la vida, ni tampoco ser juzgados más gravemente por la predicación despreciada. Por un sutil y oculto juicio, pues, se sustrae la santa predicación de los oídos de algunos, porque no merecen ser resucitados por la gracia. Por lo cual es necesario, hermanos carísimos, que en todo lo que hacemos temamos los consejos ocultos de Dios omnipotente sobre nosotros, no sea que mientras nuestra mente, derramada exteriormente, no se retira de su placer, el juez disponga interiormente contra ella cosas adversas de manera terrible. Lo cual mirando bien el Salmista, dice: Venid y ved las obras del Señor, cuán terrible es en los consejos sobre los hijos de los hombres (Sal. 45, 9; Sal. 65, 5). Vio, en efecto, que uno es llamado misericordiosamente, otro es rechazado por exigencia de la justicia. Y porque el Señor dispone unas cosas perdonando, otras airándose, se espantó de lo que no pudo penetrar. Y a quien vio no solo inescrutable, sino también inflexible en algunas de sus sentencias, mencionó que es terrible en los consejos.

2. Enviados, pues, los predicadores, oigamos qué se les prescribe. Yendo predicad, diciendo que se ha acercado el reino de los cielos. Esto ya, hermanos carísimos, aunque el Evangelio calle, el mundo lo clama. Pues sus ruinas son sus voces. Pues el que, desgastado por tantos golpes, cayó de su gloria, casi ya nos muestra desde la proximidad el otro reino que sigue. Ya es amargo incluso para aquellos por quienes es amado. Sus mismas ruinas predican que no debe ser amado. Pues si una casa sacudida amenazara su propia ruina, cualquiera que habitara en ella huiría; y el que la había amado estando en pie, se apresuraría a retirarse cuanto antes de ella al caer. Si, por tanto, el mundo cae, y nosotros al amarlo lo abrazamos, queremos más bien ser oprimidos que habitar, porque ninguna razón nos separa de su ruina a quienes el amor liga a sus pasiones. Es fácil, pues, ahora que vemos todas las cosas destruidas, disociar nuestro ánimo de su amor. Pero esto en aquel tiempo fue dificilísimo, en el cual eran enviados a predicar el reino invisible de los cielos, cuando veían florecer por todas partes los reinos de las tierras.

3. Por lo cual también fueron añadidos milagros a los santos predicadores, para que la virtud mostrada diera fe a las palabras, e hicieran cosas nuevas quienes predicaban cosas nuevas, como se añade en esta misma lectura: Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, echad a los demonios. Floreciendo el mundo, creciendo el género humano, subsistiendo la carne por mucho tiempo en esta vida, exu-

berando la opulencia de las cosas, ¿quién al oír que había otra vida lo creería? ¿Quién preferiría las cosas invisibles a las visibles? Pero volviendo a la salud los enfermos, resurgiendo a la vida los muertos, recibiendo la limpieza de la carne los leprosos, arrebatados del derecho de los espíritus inmundos los endemoniados, realizados tantos milagros visibles, ¿quién no creería lo que oía sobre las cosas invisibles? Pues para esto brillan los milagros visibles, para que atraigan los corazones de los que ven a la fe de las cosas invisibles, para que por esto que se hace admirablemente fuera se sienta que esto que está dentro es mucho más admirable. Por lo cual ahora también, cuando ha crecido la multitud de los fieles, dentro de la santa Iglesia hay muchos que mantienen la vida de las virtudes, pero no tienen los signos de las virtudes, porque en vano se muestra el milagro fuera si falta lo que ha de obrar dentro. Pues según la voz del Maestro de las gentes: Las lenguas son por señal no a los fieles, sino a los infieles (I Cor. 14, 22). Por lo cual también el mismo predicador insigne, entre las palabras de la predicación, resucitó orando ante todos los infieles a Eutico, que dormía y caía de la ventana, y estaba totalmente extinguido de la vida (Hech. 20, 9 y ss.). Viniendo a Malta, y sabiendo que la isla estaba llena de infieles, sanó orando al padre de Publio, vejado por la disentería y las fiebres (Hech. 28, 8). En cambio, a Timoteo, compañero de su peregrinación y ayudante de la santa predicación, que desfallecía por una enfermedad del estómago, no lo cura con la palabra, sino que lo repara con el arte medicinal,

diciendo: Usa un poco de vino, por tu estómago y tus frecuentes enfermedades (I Tim. 5, 23). Aquel que, pues, salva a un infiel enfermo con una sola oración, ¿por qué no robustece también con la oración al socio enfermo? Porque sin duda aquel debía ser sanado fuera por un milagro, quien no estaba vivo por dentro, para que por esto que la potestad exterior mostraba, la virtud interior lo animara a la vida. En cambio, no debían ser exhibidos signos fuera al socio fiel enfermo, quien vivía saludablemente por dentro.

4. Pero concedida la potestad de la predicación, concedidos los milagros de las virtudes, oigamos qué añade nuestro Redentor: Gratis lo recibisteis, gratis dadlo. Pues preveía que algunos inclinarían este mismo don del Espíritu recibido al uso del negocio, y declinarían los signos de los milagros al servicio de la avaricia. De aquí es, en efecto, que Simón Mago, viendo los milagros realizados por la imposición de las manos, quiso recibir el don del Espíritu Santo por dinero (Hech. 8, 18 y ss.), a saber, para vender peor lo que mal había comprado. De aquí que nuestro Redentor, con un azote hecho de cordeles, expulsó a las turbas del templo, y volcó las cátedras de los que vendían palomas (Juan 2, 15). Pues vender palomas es dar la imposición de las manos por la que se recibe el Espíritu Santo, no por el mérito de la vida, sino por un premio. Pero hay algunos que ciertamente no reciben premios de monedas por la ordenación, y sin embargo otorgan los sagrados órdenes por el favor humano, y buscan de esa misma largueza solamente la retribución de

la alabanza. Estos sin duda no dan gratis lo que gratis ha sido recibido, porque esperan del oficio de santidad otorgado la moneda del favor. Por lo cual bien dijo el profeta al describir al varón justo: El que sacude sus manos de todo presente (Isa. 33, 15). Pues no dice: El que sacude sus manos de un presente, sino que añadió de todo, porque uno es el presente por el servicio, otro el presente por la mano, otro el presente por la lengua. El presente por el servicio es, en efecto, la sujeción indebidamente prestada; el presente por la mano es el dinero; el presente por la lengua es el favor. Aquel que, pues, otorga los sagrados órdenes, entonces sacude sus manos de todo presente cuando en las cosas divinas no solo no requiere dinero alguno, sino tampoco el favor humano.

5. Pero vosotros, hermanos carísimos, a quienes retiene el hábito secular, cuando conocéis cuáles son nuestras cosas, devolved los ojos de la mente a las vuestras. Haced todas las cosas entre vosotros gratuitamente a vuestra vez. No queráis buscar la retribución de vuestra obra en este mundo, el cual ya veis que ha desfallecido con tanta celeridad. Así como queréis que los hechos malos se escondan para que otros no los vean, así guardaos de que los buenos aparezcan para la alabanza humana. Ni hagáis el mal de ningún modo, ni el bien por la retribución temporal. Buscad como testigo de vuestra obra a aquel a quien sostenéis como juez. Vea él que vuestros bienes son ahora ocultos, para que los muestre en público en el tiempo de su retribución. Así como proporcionáis diariamente alimentos a vuestra

carne para que no desfallezca, así las buenas obras sean los alimentos cotidianos de vuestra mente. Con el alimento se alimenta el cuerpo, con la obra piadosa se nutra el espíritu. Lo que otorgáis a la carne que ha de morir, no lo neguéis al alma que ha de vivir para siempre. Pues si alguna vez un fuego repentino consume la habitación, cualquiera que sea su poseedor, arrebata lo que puede y huye, y reputa como lucro si se lleva algo consigo de entre los fuegos. He aquí que la llama de las tribulaciones calcina el mundo, y el fin ya próximo devasta como un fuego todas las cosas que en él parecían hermosas. Lucro máximo, pues, hermanos carísimos, creed que es si arrebatáis con vosotros algo de él, si lleváis algo al huir, si conserváis para vuestra retribución perpetua esto que permaneciendo podía perecer, otorgándolo. Pues todas las cosas terrenas las perdemos al conservarlas, pero las conservamos al otorgarlas bien. Los tiempos huyen con celeridad. Por tanto, porque somos impulsados con gran importunidad a ver más pronto a nuestro juez, preparémonos para él con presteza mediante buenos actos, concediéndolo nuestro Señor, etc.

HOMILÍA V.

Tenida ante el pueblo en la basílica del bienaventurado Andrés apóstol, en el día de su natalicio.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN MATEO IV, 18-22.

En aquel tiempo, caminando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, que es llamado Pedro, y Andrés su hermano, echando la red al mar (pues eran pescadores), y les dice: Venid en pos de mí, y os haré ser hechos pescadores de hombres. Y ellos al punto, dejadas las redes, lo siguieron. Y pasando de allí, vio a otros dos hermanos, Santiago de Zebedeo, y Juan su hermano en la nave, con Zebedeo su padre, reparando sus redes, y los llamó. Ellos, pues, al instante, dejadas las redes y al padre, lo siguieron.

1. Habéis oído, hermanos carísimos, que a la voz de un solo mandato Pedro y Andrés, dejadas las redes, siguieron al Redentor. Ciertamente no le habían visto hacer todavía ningún milagro, nada habían oído de él sobre el premio de la retribución eterna; y sin embargo, ante un solo precepto del Señor, olvidaron esto que parecían poseer. ¿Cuántos milagros suyos vemos nosotros, por cuántos azotes somos afligidos, por cuántas asperezas de amenazas somos disuadidos, y sin embargo despreciamos seguir al que nos llama? Ya se sienta en el cielo quien nos amonesta sobre la conversión; ya sometió los cuellos de las gentes al yugo de la fe, ya abatió la gloria del mundo, ya, arreciando sus ruinas, denuncia que se aproxima el día de su juicio severo; y sin embargo nuestra mente soberbia no quiere abandonar espontáneamente esto que cada día pierde a su pesar. ¿Qué, pues, carísimos, qué diremos en su juicio nosotros, que ni por los preceptos somos doblegados ni por los azotes somos corregidos del amor del presente siglo?

2. Pero tal vez alguien diga para sí en sus tácitos pensamientos: ¿Qué o cuánto dejó cada uno de estos pescadores ante la voz dominical, si casi nada tuvieron? Pero en este asunto, hermanos carísimos, debemos ponderar el afecto más que el censo. Mucho dejó quien nada se reservó para sí, mucho dejó quien, por poco que fuera, lo abandonó todo. Ciertamente nosotros poseemos con amor lo que tenemos, y buscamos por deseo lo que mínimamente tenemos. Mucho dejaron, pues, Pedro y Andrés, cuando cada uno renunció incluso a los deseos de tener. Mucho dejó quien con la cosa poseída renunció también a las concupiscencias. Por tanto, tanto dejaron los que le siguieron, cuanto pudieron desear los que no le siguieron. Nadie, pues, incluso cuando ve que algunos han dejado muchas cosas, diga para sus adentros: Quiero imitar a los despreciadores de este mundo, pero no tengo qué dejar. Muchas cosas dejáis, hermanos, si renunciáis a los deseos terrenos. Pues nuestras cosas exteriores, por pequeñas que sean, bastan al Señor. Pues él pondera el corazón, y no la sustancia; ni considera cuánto hay en su sacrificio, sino de cuánto se ofrece. Pues si ponderamos la sustancia exterior, he aquí que nuestros santos negociantes compraron la vida perpetua de los ángeles entregadas las redes y la nave. Ciertamente no tiene estimación de precio, pero sin embargo el reino de Dios vale tanto cuanto tienes. Pues valió para Zaqueo la mitad de su sustancia, porque reservó la otra mitad para restituir el cuádruplo por esto que injustamente había quitado (Luc. 19, 8). Valió para Pedro y An-

drés dejadas las redes y la nave (Mat. 4, 20), valió para la viuda dos blancas (Luc. 21, 2), valió para otro un cáliz de agua fría (Mat. 10, 42). El reino de Dios, por tanto, como dijimos, vale tanto cuanto tienes.

3. Ponderad, pues, hermanos, qué cosa es más vil cuando se compra, qué cosa más cara cuando se posee. Pero tal vez ni siquiera se dispone de un cáliz de agua fría para dar al indigente; incluso entonces nos promete seguridad la palabra divina. Pues al nacer el Redentor, se mostraron ciudadanos del cielo que clamaban: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Luc. 2, 14). Pues ante los ojos de Dios nunca está vacía la mano de un presente, si el arca del corazón estuviere llena de buena voluntad. De aquí, en efecto, dice el Salmista: En mí están, Dios, tus votos que te pagaré, las alabanzas (Sal. 55, 12). Como si dijera abiertamente: Aunque exteriormente no tenga presentes que ofrecer, dentro de mí mismo encuentro, sin embargo, lo que impongo en el ara de tu alabanza, porque tú, que no te alimentas de nuestra dación, te aplacas mejor con la oblación del corazón. Pues nada se ofrece a Dios más rico que la buena voluntad. La buena voluntad es, en cambio, temer las adversidades del otro como las nuestras, alegrarse de la prosperidad del prójimo como de nuestro propio provecho, creer las pérdidas ajenas como nuestras, considerar los lucros ajenos como nuestros, amar al amigo no por el mundo, sino por Dios, tolerar al enemigo incluso amándolo, no hacer a nadie lo que no quieres padecer, no denegar a na-

die lo que deseas que se te otorgue justamente, no solo concurrir a la necesidad del prójimo según las fuerzas, sino querer ser útil incluso más allá de las fuerzas. ¿Qué hay, pues, más rico que este holocausto, cuando por esto que inmola a Dios en el ara del corazón el alma se sacrifica a sí misma?

4. Pero este sacrificio de la buena voluntad nunca se paga plenamente si no se abandona perfectamente la codicia de este mundo. Pues cualquier cosa que en él deseamos, esto sin duda se lo envidiamos a los prójimos. Parece, en efecto, que nos falta a nosotros lo que el otro alcanza. Y porque siempre la envidia discorda de la buena voluntad, tan pronto como aquella toma la mente, esta se retira. Por lo cual los santos predicadores, para poder amar perfectamente a los prójimos, se esforzaron por no amar nada en este siglo, por no apetecer nada nunca, por no poseer nada ni siquiera sin apetito. A los cuales mirando bien Isaías, dice: ¿Quiénes son estos, que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas? (Isa. 60, 8). Vio, en efecto, que ellos despreciaban las cosas terrenas, se aproximaban con la mente a las celestiales, llovían con las palabras, brillaban con los milagros. And a los que la santa predicación y la vida sublime habían suspendido de los contagios terrenos, a estos los llama igualmente voladores y nubes. Nuestras ventanas son, en cambio, los ojos, porque a través de ellos el alma mira lo que desea exteriormente. La paloma es un animal sencillo, y ajeno a la malicia de la hiel. Como palomas a sus ventanas son, por tanto, los que nada desean en este mundo, los que miran todas

las cosas con sencillez, y no son arrastrados por el afán de rapacidad en estas cosas que ven. Por el contrario, un milano y no una paloma está en sus ventanas cuando anhela con deseo de rapiña hacia aquello que considera con los ojos. Porque, pues, hermanos carísimos, celebramos el natalicio del bienaventurado Andrés apóstol, debemos imitar lo que veneramos. Muestre la obediencia de nuestra devoción la solemnidad de una mente mudada; despreciemos lo que es terreno y, dejadas las cosas temporales, compremos las eternas. Si aún no podemos dejar las cosas propias, al menos no deseemos las ajenas. Si aún nuestra mente no se enciende con el fuego de la caridad, tenga en su ambición el freno del temor, para que, animada por los pasos de su progreso, mientras es refrenada del apetito de lo ajeno, sea conducida alguna vez a despreciar lo propio, con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo, etc.

HOMILÍA VI.

Tenida ante el pueblo en la basílica de los santos Marcelino y Pedro, el tercer domingo del Adviento del Señor.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN MATEO XI, 2-10.

En aquel tiempo, habiendo oído Juan en la cárcel las obras de Cristo, enviando a dos de sus discípulos, le dijo: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? Y respondiendo Jesús, les dijo: Id y anunciad a Juan lo que habéis oído y

visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia el evangelio, y bienaventurado es el que no se escandalizare en mí. Al irse ellos, comenzó Jesús a decir a las turbas sobre Juan: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? Pero, ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con ropas muelles? He aquí que los que se visten con ropas muelles en las casas de los reyes están. Pero, ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? También os digo, y más que a un profeta. Este es, en efecto, de quien está escrito: He aquí que yo envío a mi ángel ante tu faz, el cual preparará tu camino ante ti.

1. Debemos preguntarnos, hermanos carísimos, por qué Juan profeta, y más que profeta, que mostró al Señor viniendo al bautismo del Jordán diciendo: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo (Juan 1, 29, 36); quien considerando también su propia humildad y la potestad de su divinidad, dice: El que es de la tierra, de la tierra habla, pero el que viene del cielo está sobre todos (Juan 3, 31); por qué puesto en la cárcel, enviando a sus discípulos, pregunta: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? como si ignorara a quien había mostrado, y no supiera si es él mismo a quien había clamado que era él mismo profetizando, bautizando y mostrándolo. Pero esta cuestión se resuelve más pronto si se pondera el tiempo y el orden del hecho realizado. Pues puesto ante las corrientes del Jordán, aseveró que él era el Redentor del mundo; pero enviado a la cárcel, pregunta si él viene, no porque dude

de que él sea el Redentor del mundo, sino que pregunta para saber si aquel que por sí mismo había venido al mundo, por sí mismo también descendería a los claustros del infierno. Pues a quien precediendo había anunciado al mundo, a este también muriendo precedía ante los de abajo. Dice, pues: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? Como si dijera abiertamente: Así como te dignaste nacer por los hombres, insinúa si también te dignas morir por los hombres, para que yo, que existí como precursor de tu nacimiento, me haga también precursor de tu muerte, y te anuncie como venidero al infierno a ti, a quien ya anuncié como venido al mundo. Por lo cual también el Señor, preguntado, enumerados los milagros de su potestad, respondió al punto sobre la humildad de su muerte, diciendo: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia el evangelio, y bienaventurado es el que no se escandalizare en mí. Vistos tantos signos y tantas virtudes, nadie pudo escandalizarse, sino admirarse. Pero la mente de los infieles sufrió en él un grave escándalo cuando lo vio morir incluso después de tantos milagros. Por lo cual también dice Pablo: Nosotros, en cambio, predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, y necedad para las gentes (I Cor. 1, 23). Pareció, en efecto, necio a los hombres que el autor de la vida muriera por los hombres; y de ahí tomó el hombre escándalo contra él, de donde también debió hacerse más deudor. Pues tanto más dignamente debe ser honrado

Dios por los hombres, cuanto por los hombres también asumió cosas indignas. ¿Qué es, pues, decir: Bienaventurado el que no se escandalizare en mí, sino significar con voz abierta la abyección de su muerte y su humildad? Como si dijera patentemente: Hago ciertamente cosas admirables, pero no me digno padecer cosas abyectas. Porque, pues, muriendo te sigo, debe ser muy guardado por los hombres que no desprecien en mí la muerte quienes veneran los signos.

Pero despedidos los discípulos de Juan, oigamos qué dice a las turbas sobre el mismo Juan: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? Lo cual introdujo, evidentemente, no aseverando, sino negando. Pues una caña, tan pronto como la toca la brisa, se dobla hacia la otra parte. ¿Y qué se designa por la caña sino el ánimo carnal? El cual, tan pronto como es tocado por el favor o la detracción, al punto se inclina hacia cualquier parte. Pues si de la boca humana soplare la brisa del favor, se alegra, se enaltece y se inclina todo él casi hacia la gracia. Pero si de allí brotare el viento de la detracción, de donde venía la brisa de la alabanza, al punto lo inclina casi hacia la otra parte a la fuerza del furor. Pero Juan no era una caña sacudida por el viento, porque ni el favor lo hacía blando por la gracia, ni la detracción de cualquiera lo hacía áspero por la ira. Ni las cosas prósperas supieron elevarlo, ni las adversas inclinarlo. Juan no era, pues, una caña sacudida por el viento, a quien ninguna variedad de las cosas doblaba de la rectitud de su estado. Aprendamos, pues, hermanos carísimos, a no ser

una caña sacudida por el viento; solidifiquemos el ánimo puesto entre las brisas de las lenguas, permanezca inflexible el estado de la mente. Ninguna detracción nos provoque a la ira, y ningún favor nos incline a la remisión de la gracia inútil. No nos eleven las cosas prósperas, no nos perturben las adversas, para que quienes nos fijamos en la solidez de la fe, de ningún modo seamos movidos por la mutabilidad de las cosas transitorias.

3. Además, sobre su descripción se añade: ¿Pero qué salisteis a ver al desierto? ¿Un hombre vestido con ropas muelles? He aquí que los que visten con ropas muelles están en las casas de los reyes. Pues se describe que Juan estuvo vestido con pelos de camello entretejidos. ¿Y qué es decir: He aquí que los que visten con ropas muelles están en las casas de los reyes, sino demostrar con sentencia abierta que no militan para el Rey celestial, sino para el terrenal, aquellos que huyen de padecer asperezas por Dios, sino que, entregados solo a las cosas exteriores, buscan la molicie y el deleite de la vida presente? Nadie, pues, piense que falta el pecado en el flujo y el afán de los vestidos, porque si esto no fuera culpa, de ningún modo el Señor habría alabado a Juan por la aspereza de su vestimenta. Si esto no fuera culpa, de ninguna manera el apóstol Pedro reprimiría a las mujeres del apetito de vestidos preciosos por medio de su epístola, diciendo: No con vestido precioso (I Ped. 3, 3; I Tim. 2, 9). Ponderad, pues, qué culpa sea que incluso los varones apetezcan esto, de lo cual el pastor de la Iglesia cuidó de prohibir incluso a las mujeres.

4. Aunque esto mismo de que se dice que Juan no está vestido con ropas muelles puede entenderse por significación también de otra manera. Pues no estuvo vestido con cosas muelles porque no fomentó la vida de los pecadores con blanduras, sino que la increpó con el vigor de una áspera invectiva, diciendo: Generaciones de víboras, ¿quién os mostró huir de la ira venidera? (Mat. 3, 7; Luc. 3, 7). Por lo cual también se dice por medio de Salomón: Las palabras de los sabios son como aguijones, y como clavos fijados en lo profundo (Ecl. 12, 11). Pues las palabras de los sabios se comparan con clavos y aguijones porque no saben palpar las culpas de los delincuentes, sino punzarlas.

5. ¿Pero qué salisteis a ver al desierto? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. Pues el ministerio del profeta es anunciar las cosas venideras, no también demostrarlas. Juan, por tanto, es más que profeta, porque a aquel a quien precediendo había profetizado, también mostrándolo lo señalaba. Pero porque se niega que sea una caña sacudida por el viento, porque se dice que no está vestido con ropas muelles, porque se afirma que el nombre de profeta es desigual para él, oigamos ya qué puede decirse dignamente. Sigue: Este es de quien está escrito: He aquí que yo envío a mi ángel ante tu faz, el cual preparará tu camino ante ti (Mal. 3, 1). Pues lo que en griego se dice ángel, en latín se dice mensajero (nuntius). Rectamente, pues, se llama ángel al que es enviado a anunciar al juez supremo, para que conserve en el nombre la dignidad que cumple en la operación.

Alto nombre es, por cierto, pero la vida no es inferior al nombre.

6. ¡Ojalá, hermanos carísimos, no lo dijéramos para nuestro juicio!, pues todos los que son censados con el nombre del sacerdocio son llamados ángeles, como atestigua el profeta, que dice: Los labios del sacerdote custodian la ciencia, y de su boca requieren la ley, porque es el ángel del Señor de los ejércitos (Mal. 2, 7). Pero la altura de este nombre también vosotros, si queréis, podéis merecerla. Pues cada uno de vosotros, en cuanto le sea suficiente, en cuanto haya recibido la gracia de la aspiración suprema, si aparta al prójimo de la depravación, si cuida de exhortarlo a obrar el bien, si anuncia el reino eterno o el suplicio al que yerra, cuando prodiga palabras de santa anunciación, ciertamente existe como ángel. Y nadie diga: No soy suficiente para amonestar, no soy idóneo para exhortar. Exhibid cuanto podáis, no sea que se os exija con tormentos lo que habíais recibido por haberlo guardado mal. Pues no había recibido más que un talento aquel que puso más empeño en esconderlo que en distribuirlo. Y sabemos que en el tabernáculo de Dios no solo se hicieron tazones (phialae), sino también, por mandato del Señor, copas (cyathi) (Éx. 37). Pues por los tazones se designa la doctrina exuberante, pero por las copas la ciencia pequeña y estrecha. Uno, lleno de la doctrina de la verdad, embriaga las mentes de los oyentes. Por esto, pues, que dice, ciertamente ofrece un tazón. Otro no es capaz de explicar todo lo que siente, pero porque lo anuncia de algún modo, ciertamente ofrece un gusto por medio de

la copa. Puestos, pues, en el tabernáculo de Dios, esto es, en la santa Iglesia, si de ningún modo podéis ministrar tazones por medio de la sabiduría de la doctrina, dad a vuestros prójimos copas de buena palabra en cuanto seáis suficientes según la largueza divina. En cuanto penséis que habéis progresado, arrastrad también a otros con vosotros, desead tener compañeros en el camino de Dios. Si alguno de vosotros, hermanos, se dirige al foro o quizá al baño, invita a venir consigo a aquel que ve que está ocioso. Esa misma acción terrenal vuestra os convenga, y si tendéis hacia Dios, cuidad de no venir a él solos. Pues de aquí está escrito: El que oye, diga: Ven (Apoc. 22, 17); para que el que ya recibió en su corazón la voz del amor supremo, devuelva también hacia fuera a sus prójimos la voz de la exhortación. Y quizá no tenga pan para ofrecer como limosna al indigente; pero es mayor lo que puede atribuir quien tiene lengua. Pues más es alimentar con el pasto de la palabra la mente que ha de vivir perpetuamente, que saciar el vientre de la carne mortal con pan terrenal. No queráis, pues, hermanos, sustraer a vuestros prójimos la limosna de la palabra. Me amonesto con vosotros para que nos abstengamos del sermón ocioso, declinemos hablar inútilmente. En cuanto prevalezcamos en resistir a la lengua, no fluyan las palabras al viento, pues dice el juez: De toda palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio (Mat. 12, 36). Pues palabra ociosa es la que carece o de la utilidad de la rectitud, o de la razón de justa necesidad. Convertid, pues,

los coloquios ociosos al estudio de la edificación: considerad cuán velozmente huyen los tiempos de esta vida: atended cuán severo viene el juez. Poned a este ante los ojos de vuestro corazón: insinuadlo a las mentes de vuestros prójimos; para que, en cuanto las fuerzas lo permitan, si no os descuidáis de anunciarlo, podáis ser llamados ángeles junto con Juan; lo cual se digne otorgar él mismo, que vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA VII.

Pronunciada ante el pueblo en la basílica de san Pedro apóstol, el domingo cuarto de Adviento del Señor. LECTURA DEL S. EVANG. SEGÚN JUAN 1, 19-28.

En aquel tiempo, enviaron los judíos desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan, para que le preguntaran: ¿Tú quién eres? Y confesó, y no negó. Y confesó: Yo no soy el Cristo. Y le preguntaron: ¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías? Y dijo: No lo soy. ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No. Le dijeron, pues: ¿Quién eres, para que demos respuesta a los que nos enviaron? ¿Qué dices de ti mismo? Dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías. Y los que habían sido enviados eran de los fariseos. Y le preguntaron, y le dijeron: ¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta? Les respondió Juan, diciendo: Yo bautizo en agua; pero en medio de vosotros ha estado uno a quien vosotros no conocéis. Él es el que ha de venir después de mí, que ha sido puesto antes de

mí, a quien yo no soy digno de desatar la correa del calzado. Estas cosas se hicieron en Betania, al otro lado del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

1. Por las palabras de esta lectura, hermanos carísimos, se nos recomienda la humildad de Juan, quien, siendo de tanta virtud que pudo haber sido creído el Cristo, eligió subsistir sólidamente en sí mismo, para no ser arrebatado vanamente sobre sí por la opinión humana. Pues confesó, y no negó, y confesó: Yo no soy el Cristo. Pero porque dijo No lo soy, negó llanamente lo que no era, pero no negó lo que era, para que, hablando la verdad, se hiciera miembro de aquel cuyo nombre no usurpara para sí falazmente. Al no querer, pues, apetecer el nombre de Cristo, se hizo miembro de Cristo, porque mientras se esmeró en reconocer humildemente su propia flaqueza, mereció obtener verazmente la alteza de aquel. Pero cuando se trae a la mente otra sentencia de nuestro Redentor tomada de otra lectura, se nos genera una cuestión muy intrincada por las palabras de esta lectura. Pues en otro lugar el Señor, preguntado por los discípulos sobre la venida de Elías, respondió: Elías ya vino, y no lo conocieron, sino que hicieron en él cuanto quisieron. Y si queréis saberlo, Juan mismo es Elías (Mat. 17, 12). Pero Juan, preguntado, dice: No soy Elías. ¿Qué es esto, hermanos carísimos, que lo que la Verdad afirma, el profeta de la Verdad lo niega? Pues muy diversas son entre sí Él es y No soy. ¿Cómo, pues, es profeta de la Verdad si no concuerda con las palabras de la misma

Verdad? Pero si se busca sutilmente la verdad misma, se halla que esto que sonó contrario entre sí, no es contrario. Pues sobre Juan dice el ángel a Zacarías: Él precederá ante él en el espíritu y la virtud de Elías (Luc. 1, 17). Quien por esto se dice que ha de venir en el espíritu y la virtud de Elías, porque así como Elías precederá la segunda venida del Señor, así Juan precedió la primera. Así como aquel es el precursor venidero del Juez, así este fue hecho precursor del Redentor. Juan, por tanto, era Elías en el espíritu, no era Elías en la persona. Lo que, pues, el Señor confiesa sobre el espíritu, esto Juan lo niega sobre la persona, porque también era justo así, que el Señor dijera a los discípulos una sentencia espiritual sobre Juan, y el mismo Juan respondiera a las turbas carnales no sobre su espíritu, sino sobre su cuerpo. Parece, pues, ser contrario a la verdad lo que Juan profirió, pero sin embargo no se apartó de la senda de la verdad.

2. Al negar también que es profeta, porque evidentemente no solo podía predicar al Redentor, sino también mostrarlo, expresa de continuo quién es, al añadir: Yo soy la voz del que clama en el desierto. Sabéis, hermanos carísimos, que el Hijo unigénito es llamado Verbo del Padre, como atestigua Juan, que dice: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan 1, 1). Y por vuestra propia locución conocéis que primero suena la voz, para que el verbo pueda ser oído después. Juan, pues, afirma que él es la voz, porque precede al Verbo. Precediendo, así pues, el advenimiento dominical, es llamado

voz, porque por su ministerio el Verbo del Padre es oído por los hombres. El cual también clama en el desierto, porque anuncia el consuelo del Redentor a la Judea abandonada y desvalida. Qué es lo que clama lo insinúa al añadir: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías (Is. 40, 3). El camino del Señor se endereza hacia el corazón cuando la palabra de la verdad se oye humildemente. El camino del Señor se endereza hacia el corazón cuando la vida se prepara para el precepto. Por lo cual está escrito: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él (Juan 14, 23). Quienquiera, pues, que eleva su mente a la soberbia, quienquiera que jadea con los ardores de la avaricia, quienquiera que se contamina con las inmundicias de la lujuria, cierra la puerta del corazón contra la verdad; y para que el Señor no venga a él, condena los claustros del alma con los cerrojos de los vicios.

3. Pero todavía los que fueron enviados preguntan: ¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta? Lo cual, porque no se dice por el afán de conocer la verdad, sino por la malicia de ejercitar la emulación, el Evangelista lo dio a conocer tácitamente al añadir, diciendo: Y los que habían sido enviados eran de los fariseos. Como si dijera abiertamente: Aquellos requieren a Juan sobre sus actos, que no saben buscar la doctrina, sino envidiarla. Pero todo santo, incluso cuando es requerido con mente perversa, no cambia el estudio de su bondad. Por lo cual Juan respondió también a las palabras de envidia con

predicaciones de vida. Pues de continuo añade: Yo bautizo en agua; pero en medio de vosotros ha estado uno a quien vosotros no conocéis. Juan no bautiza en espíritu, sino en agua, porque, no valiendo para perdonar los pecados, lava los cuerpos de los bautizados por el agua, pero sin embargo no lava la mente por el perdón. ¿Por qué, pues, bautiza quien no relaja los pecados por el bautismo, sino para que, guardando el orden de su precedencia, el que precediendo había anticipado al que había de nacer, también bautizando anticipara al Señor que había de bautizar; y el que por la predicación fue hecho precursor de Cristo, también por el bautismo se hiciera precursor suyo por imitación del sacramento? El cual, anunciando entre estas cosas el misterio, afirma que este ha estado en medio de los hombres y que no es conocido, porque el Señor, apareciendo por la carne, existió tanto visible por el cuerpo como invisible por la majestad. De quien también añade: El que viene después de mí, ha sido puesto antes de mí. Pues así se dice: Puesto antes de mí, como si se dijera: Antepuesto a mí. Viene, pues, después de mí, porque nació después; pero fue puesto antes de mí, porque me ha sido antepuesto. Pero diciendo esto un poco antes, también abrió las causas de su anteposición al añadir porque era antes que yo. Como si dijera abiertamente: De ahí me supera incluso nacido después, en que los tiempos de su nacimiento no lo estrechan. Pues el que por la madre nace en el tiempo, sin tiempo fue engendrado por el Padre. A quien cuánta humildad de reverencia deba, lo manifies-

ta añadiendo: A quien yo no soy digno de desatar la correa del calzado (Mar. 1, 7). Era costumbre entre los antiguos que, si alguno no quería tomar a aquella que le competía recibir por esposa, le desataba el calzado aquel que llegaba a esta como esposo por derecho de parentesco. ¿Qué apareció, pues, Cristo entre los hombres, sino esposo de la santa Iglesia? De quien también dice el mismo Juan: El que tiene a la esposa, es el esposo (Juan 3, 29). Pero porque los hombres pensaron que Juan era el Cristo, lo cual el mismo Juan niega, rectamente denuncia que él es indigno de desatar la correa de su calzado. Como si dijera abiertamente: Yo no valgo para desnudar las huellas de nuestro Redentor, porque no usurpo para mí inmerecidamente el nombre de esposo. Lo cual, sin embargo, puede entenderse también de otra manera. Pues ¿quién no sabe que los calzados se hacen de animales muertos? El Señor encarnado, viniendo, apareció como calzado, porque en su divinidad asumió la mortandad de nuestra corrupción. Por lo cual también dice por el Profeta: En Idumea extenderé mi calzado (Sal. 59, 10). Pues por Idumea se designa la gentilidad, por el calzado la mortalidad asumida. En Idumea, pues, afirma el Señor que extiende su calzado, porque mientras se dio a conocer a las gentes por la carne, la divinidad vino a nosotros como calzada. Pero el ojo humano no basta para penetrar el misterio de esta encarnación. Pues de ningún modo puede investigarse cómo se corporiza el Verbo, cómo el espíritu sumo y vivificante se anima dentro del útero de la madre, cómo aquel que no tiene prin-

cipio, existe y es concebido. La correa del calzado es, pues, la ligadura del misterio. Juan, por tanto, no vale para desatar la correa de su calzado, porque él mismo no basta para investigar el misterio de su encarnación, él que la reconoció por el espíritu de profecía. ¿Qué es, pues, decir: No soy digno de desatar la correa de su calzado, sino profesar abierta y humildemente su ignorancia? Como si dijera llanamente: ¿Qué maravilla si aquel me ha sido antepuesto, a quien considero nacido ciertamente después de mí, pero el misterio de cuyo nacimiento no alcanzo? He aquí Juan, lleno del espíritu de profecía, brilla con ciencia admirable y, sin embargo, insinúa sobre sí mismo aquello que ignora.

4. En lo cual debemos ponderar, hermanos carísimos, y pensar con toda intención cómo los varones santos, para custodiar en sí la virtud de la humildad, cuando conocen algunas cosas maravillosamente, procuran recordar ante los ojos de la mente aquello que ignoran, para que, mientras por una parte consideran su propia flaqueza, por aquella parte en que su ánimo es perfecto no se enaltezcan. Pues la ciencia es una virtud, y la humildad es también custodia de la virtud. Resta, pues, que en todo lo que conoce, la mente se deprima a sí misma, no sea que lo que la virtud de la ciencia congrega, el viento de la elación lo arrebate. Cuando obréis cosas buenas, hermanos, recordad siempre lo mal obrado, para que, mientras se observa cautamente la culpa, nunca el ánimo se alegre incautamente por la buena obra. Considerad a vuestros prójimos como superiores

entre sí, especialmente a aquellos que no os han sido encomendados, porque incluso a los que veis obrar algunas cosas perversas, no sabéis si en ellos se esconden bienes. Procure, pues, cada uno ser grande, pero sin embargo no sepa de algún modo que lo es, no sea que, al atribuirse arrogantemente la grandeza, la pierda. Pues de aquí se dice por el profeta: ¡Ay de los que sois sabios a vuestros propios ojos, y prudentes ante vosotros mismos! (Is. 5, 21). De aquí dice Pablo: No queráis ser prudentes ante vosotros mismos (Rom. 12, 16). De aquí se dice contra el soberbio Saúl: Cuando eras pequeño a tus propios ojos, ¿no fuiste hecho cabeza en las tribus de Israel? (I Rey. 15, 17). Como si se dijera abiertamente: Cuando tú te veías pequeño, yo te hice grande ante los demás. Pero porque tú te ves grande, eres estimado pequeño por mí. Por el contrario, cuando David despreciaba la potestad de su reino saltando ante el arca de la alianza del Señor, dijo: Jugaré y me haré más vil de lo que he sido hecho, y seré humilde a mis propios ojos (II Rey. 6, 22). Pues ¿a quién no enaltecería romper las bocas de los leones, disipar los brazos de los osos, ser elegido despreciados los hermanos mayores, ser ungido para el gobierno del reino reprobado el rey, abatir con una sola piedra a Goliat temido por todos, traer numerosos prepucios de los alófilos extintos propuestos por el rey, percibir el reino por promesa y poseer a todo el pueblo israelítico sin ninguna contradicción posterior? Y, sin embargo, en todo se desprecia a sí mismo quien confiesa ser humilde a sus propios ojos. Si, pues, los varones santos,

incluso cuando obran cosas fuertes, sienten cosas viles sobre sí mismos, ¿qué dirán en su excusa los que se hinchan sin obra de virtud? Pero aunque asistan cualesquiera obras buenas, no son nada si no se sazonan con la humildad. Pues una acción admirable con elación no eleva, sino que grava. Pues quien congrega virtudes sin humildad, lleva polvo al viento; y de donde se ve que lleva algo, de allí queda más gravemente cegado. En todo lo que hagáis, pues, hermanos míos, tened la humildad como raíz de la buena obra; y no miréis a quienes ya sois superiores, sino a quienes todavía sois inferiores, para que, mientras os proponéis ejemplos de hombres mejores, podáis ascender siempre a cosas mayores desde la humildad.

HOMILÍA VIII.

Pronunciada ante el pueblo en la basílica de la Bienaventurada Virgen María, en el día de Navidad del Señor. LECTURA DEL S. EVANG. SEGÚN LUC. 2, 1-14.

En aquel tiempo, salió un edicto de César Augusto, para que se empadronara todo el orbe. Esta primera descripción fue hecha por el gobernador de Siria, Cirino. E iban todos a profesar, cada uno a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser de la casa y familia de David, para profesar con María su esposa desposada, que estaba encinta. Sucedió, pues, que estando ellos allí, se cumplieron los días para que diera a luz. Y dio a luz a su hijo primogénito; y lo envolvió en pañales, y lo reclinó en un pesebre,

porque no había para ellos lugar en el mesón. Y había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su rebaño. Y he aquí que un ángel del Señor se presentó junto a ellos, y la claridad de Dios los rodeó de luz, y temieron con gran temor. Y les dijo el ángel: No temáis. Pues he aquí que os evangelizo un gran gozo, que será para todo el pueblo, porque os ha nacido hoy el Salvador, que es Cristo el Señor, en la ciudad de David. Y esto os servirá de señal: Hallaréis a un niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre. Y de repente se hizo con el ángel una multitud de la milicia del ejército celestial, alabando a Dios y diciendo: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

Puesto que, por largueza del Señor, hoy vamos a celebrar tres veces las solemnidades de las misas, no podemos hablar largo tiempo sobre la lectura evangélica. Pero el mismo nacimiento de nuestro Redentor nos compela a decir algo, aunque sea brevemente. ¿Qué es que se empadrona el mundo cuando el Señor va a nacer, sino lo que abiertamente se muestra, a saber, que venía en la carne aquel que inscribiría a sus elegidos en la eternidad? Por el contrario, de los réprobos se dice por el Profeta: Sean borrados del libro de los vivientes, y con los justos no sean escritos (Sal. 68, 29). El cual también nace bien en Belén; pues Belén se interpreta como casa del pan. Pues él es quien dice: Yo soy el pan vivo, que bajé del cielo (Juan 6, 41, 52). El lugar, pues, en el que el Señor nace fue llamado antes casa del pan, porque cier-

tamente había de ser que allí apareciera por la materia de la carne aquel que refrescara las mentes de los elegidos con saciedad interna. El cual nace no en casa de los padres, sino en el camino, para mostrar ciertamente que por su humanidad que había asumido nacía como en tierra ajena. Ajena, evidentemente, digo no según la potestad, sino según la naturaleza. Pues de su potestad está escrito: A lo suyo vino (Juan 1, 11). Pues en su naturaleza nació antes de los tiempos, a la nuestra vino en el tiempo. El que, pues, permaneciendo eterno apareció temporal, es ajeno el lugar donde descendió. Y porque se dice por el profeta: Toda carne es heno (Is. 40, 6), hecho hombre, convirtió nuestro heno en trigo, él que dice de sí mismo: Si el grano de trigo cayendo en la tierra no muere, él solo queda (Juan 12, 24). Por lo cual también nacido es reclinado en un pesebre, para refrescar a todos los fieles, a saber, los santos animales, con el trigo de su carne, no sea que permanecieran ayunos del pasto de la inteligencia eterna. Pero qué es que a los pastores que velan se les aparece un ángel y la claridad de Dios los rodea de luz, sino que aquellos merecen ver cosas sublimes antes que los demás, que saben presidir solícitamente sobre las greyas fieles? Y mientras ellos mismos velan piadosamente sobre el rebaño, la gracia divina brilla más largamente sobre ellos.

2. Un ángel anuncia al Rey nacido, y coros de ángeles cantan a su voz, y congozosos claman: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad. Pues antes de que nuestro Redentor naciera por la carne, tenía-

mos discordia con los ángeles, de cuya claridad y pureza estábamos muy distantes por el mérito de la primera culpa, por los delitos cotidianos. Porque pecando éramos extraños a Dios, los ángeles ciudadanos de Dios nos reputaban extraños a su consorcio. Pero porque nosotros conocimos a nuestro Rey, los ángeles nos reconocieron como sus ciudadanos. Pues porque el Rey del cielo asumió la tierra de nuestra carne, aquella alteza angélica ya no desprecia nuestra flaqueza. Los ángeles vuelven a nuestra paz, posponen la intención de la discordia anterior; y a los que antes habían despreciado como enfermos y abyectos, ya los veneran como compañeros. Pues de aquí es que Lot (Gén. 19, 1) y Josué (Josué 5, 15) adoran a los ángeles, y sin embargo no se les prohíbe adorarlos; pero Juan en su Apocalipsis quiso adorar a un ángel, pero sin embargo el mismo ángel le impidió que debiera adorarlo, diciendo: Mira, no lo hagas, pues conservo tuyo soy y de tus hermanos (Apoc. 22, 9). ¿Qué es que antes del advenimiento del Redentor los ángeles son adorados por los hombres, y callan, pero después rehúyen ser adorados, sino que nuestra naturaleza, a la que antes habían despreciado, después de que la ven asumida sobre sí mismos, temen verla postrada bajo sí? Y ya no se atrevieron a despreciar como enferma bajo sí a la que veneran sobre sí, a saber, en el Rey del cielo. Ni se dignan tener al hombre como compañero, quienes adoran al Hombre-Dios sobre sí mismos. Cuidemos, pues, hermanos carísimos, que ninguna inmundicia nos manche a quienes en la presciencia eterna

somos ciudadanos de Dios e iguales a sus ángeles. Reivindiquemos nuestra dignidad con nuestras costumbres, ninguna lujuria nos contamine, ningún torpe pensamiento nos acuse, no muerda la malicia la mente, no la consuma el herrumbre de la envidia, no la infle la elación, no la desgarre la ambición por deleites terrenales, no la inflame la ira. Pues dioses han sido llamados los hombres. Defiende para ti, oh hombre, contra los vicios el honor de Dios, porque por ti Dios se hizo hombre, el cual vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA IX.

Pronunciada ante el pueblo en la basílica de san Silvestre, en el día de su nacimiento. LECTURA DEL S. EVANG. SEGÚN MAT. 25, 14-30.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: Un hombre que partía para lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. Y a uno le dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada uno según su propia virtud, y partió inmediatamente. Se fue el que había recibido cinco talentos, y trabajó con ellos, y ganó otros cinco. Del mismo modo, el que había recibido dos ganó otros dos. Pero el que había recibido uno, yéndose cavó en la tierra y escondió el dinero de su señor. Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos y les pidió cuentas. Y acercándose el que había recibido cinco talentos, ofreció otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí que he ganado otros cinco. Le dijo su señor: ¡Euge!, siervo bueno y fiel, porque

sobre poco fuiste fiel, sobre mucho te constituiré; entra en el gozo de tu señor. Se acercó también el que había recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí que he ganado otros dos. Le dijo su señor: ¡Euge!, siervo bueno y fiel, porque sobre poco fuiste fiel, sobre mucho te constituiré; entra en el gozo de tu señor. Y acercándose el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; y temiendo me fui y escondí tu talento en la tierra, aquí tienes lo que es tuyo. Respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y perezoso, sabías que siego donde no siembro y recojo donde no esparcí; te convenía, pues, dar mi dinero a los banqueros, y yo al venir hubiera recibido lo que es mío con usura. Quitadle, pues, el talento y dádselo al que tiene diez talentos. Porque a todo el que tiene se le dará y abundará; pero al que no tiene, aun lo que parece tener le será quitado. Y al siervo inútil echadlo a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes.

1. La lectura del santo Evangelio, hermanos carísimos, nos amonesta a considerar solícitamente, no sea que nosotros, que somos vistos como habiendo recibido algo en este mundo más que los demás por parte del autor del mundo, seamos juzgados por ello más gravemente. Pues cuando aumentan los dones, crecen también las cuentas de los dones. Por tanto, cada uno debe ser tanto más humilde y más pronto para servir por el don, cuanto más se ve obligado en la rendición de cuentas. He aquí el hombre que

parte para lejos, llama a sus siervos y les reparte talentos para el negocio. Pero después de mucho tiempo regresa para pedir cuentas; remunera a los que trabajan bien por el lucro aportado, pero condena al siervo que se entorpece para la buena obra. ¿Quién es, pues, ese hombre que parte para lejos, sino nuestro Redentor, que en aquella carne que había asumido se fue al cielo? Pues el lugar propio de la carne es la tierra, la cual es llevada como a tierras extrañas mientras es colocada en el cielo por nuestro Redentor. Pero ese hombre que parte para lejos entregó sus bienes a sus siervos, porque concedió dones espirituales a sus fieles. Y a uno ciertamente le confió cinco talentos, a otro dos y a otro uno. Pues cinco son los sentidos del cuerpo, a saber: vista, oído, gusto, olfato y tacto. Por los cinco talentos, pues, se expresa el don de los cinco sentidos, esto es, la ciencia de las cosas exteriores. Por los dos, en cambio, se designa el entendimiento y la operación. Pero con el nombre de un solo talento se designa únicamente el entendimiento. Pero el que había recibido cinco talentos ganó otros cinco, porque hay algunos que, aunque no saben penetrar las cosas internas y místicas, sin embargo, por la intención de la patria celestial enseñan cosas rectas a quienes pueden a partir de esas mismas cosas exteriores que recibieron; y mientras se guardan de la petulancia de la carne y del afán de las cosas terrenas, y del placer de las cosas visibles, también contienen a otros de estas cosas amonestándolos. Y hay algunos que, como enriquecidos con dos talentos, perciben el entendimiento y la operación,

entienden cosas sutiles de lo interno, obran cosas admirables en lo exterior; y puesto que predican a otros tanto entendiendo como operando, reportan como un lucro duplicado del negocio. Pero bien se dice que otros cinco u otros dos vinieron a lucro, porque mientras se imparte la predicación a ambos sexos, los talentos recibidos se duplican, por así decirlo. Pero el que había recibido un talento, yéndose, cavó en la tierra y escondió el dinero de su señor. Esconder el talento en la tierra es implicar el ingenio recibido en los actos terrenales, no buscar el lucro espiritual, no levantar nunca el corazón de los pensamientos terrenales. Pues hay algunos que recibieron el don de la inteligencia, pero sin embargo solo saborean lo que es de la carne. De los cuales se dice por el profeta: Sabios son para hacer males, pero hacer el bien no supieron (Jer. 4, 22). Pero el Señor, que confirió los talentos, vuelve para pedir cuentas, porque el que ahora piadosamente distribuye los dones espirituales, busca estrictamente en el juicio los méritos, considera qué recibió cada uno y pondera qué lucro reporta de lo recibido.

2. El siervo que devolvió los talentos duplicados es alabado por el señor, y es conducido a la remuneración eterna, cuando se le dice por la voz dominical: ¡Euge!, siervo bueno y fiel, porque sobre poco fuiste fiel, sobre mucho te constituiré, entra en el gozo de tu señor. Pocos bienes son, en efecto, todos los de la presente vida, por más que parezcan muchos, en comparación con la retribución eterna. Pero entonces el siervo fiel es constituido sobre mucho cuando, vencida toda la

molestia de la corrupción, se gloría de los gozos eternos en aquella sede celestial. Entonces es perfectamente introducido al gozo de su señor, cuando asumido en aquella patria eterna, y mezclado con las asambleas de los ángeles, de tal modo se goza interiormente por el don, que ya no haya nada por lo que se duela exteriormente por la corrupción.

3. Pero el siervo que no quiso trabajar con el talento, vuelve al señor con palabras de excusa, diciendo: Señor, sé que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; y temiendo me fui y escondí tu talento en la tierra, aquí tienes lo que es tuyo. Es de notar que el siervo inútil llama duro al señor, al cual sin embargo finge no servir para el lucro, y dice que temió gastar el talento en lucro, el cual solo esto debería haber temido: no devolverlo al señor sin lucro. Pues hay muchísimos dentro de la santa Iglesia, de los cuales este siervo tiene la imagen, que temen emprender los caminos de una vida mejor, y sin embargo no temen yacer en la ignavia de su propio torpor; y cuando se consideran pecadores, tiemblan al tomar los caminos de la santidad, y no temen permanecer en sus iniquidades. De los cuales Pedro, puesto todavía en la flaqueza, tiene bien la forma cuando, visto el milagro de los peces, dijo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador (Luc. 5, 8). Al contrario, si te consideras pecador, conviene que no alejes de ti al Señor. Pero los que por eso no quieren tomar los caminos de un mejor hábito y la fortaleza de una vida más recta, porque se

ven a sí mismos flacos, es como si a la vez se confesaran pecadores y alejaran al Señor; y huyen de aquel a quien deberían haber santificado en sí mismos, y como en una perturbación no tienen consejo mientras mueren y temen la vida. Por lo cual también se responde inmediatamente a este siervo: Siervo malo y perezoso, sabías que siego donde no siembro y recojo donde no esparcí; te convenía, pues, dar mi dinero a los banqueros, y yo al venir hubiera recibido lo que es mío con usura. Por sus propias palabras queda atrapado el siervo cuando el señor dice: Siego donde no siembro y recojo donde no esparcí. Como si dijera abiertamente: Si según tu sentencia exijo aun aquello que no di, cuánto más exijo de ti lo que di para ser distribuido; te convenía, pues, dar mi dinero a los banqueros, y yo al venir hubiera recibido lo que es mío con usura. Dar el dinero a los banqueros es impartir la ciencia de la predicación a aquellos que puedan ejercerla.

4. Pero así como veis nuestro peligro si retenemos el dinero dominical, así, hermanos carísimos, pensad solícitamente en el vuestro, porque se os exigirá con usura lo que oís. En la usura, en efecto, se recibe incluso dinero no dado. Pues cuando se devuelve lo que se había recibido, también se paga además aquello que no se recibió. Pensad, pues, hermanos carísimos, que por este dinero recibido de la palabra pagaréis usuras, y cuidad de que por aquello que oís procuréis también entender otras cosas que no oís, para que reuniendo unas cosas de otras, aprendáis también a hacer por vosotros mismos aquellas

cosas que aún no habéis aprendido de la boca del predicador. Pero oigamos con qué sentencia hiere al siervo perezoso: Quitadle el talento y dádselo al que tiene diez talentos.

5. Parecía muy oportuno que cuando se le quita un talento al siervo malo, se le diera más bien al que había recibido dos que al que había recibido cinco. Pues debió dársele al que tenía menos que al que tenía más. Pero, como dijimos arriba, por los cinco talentos se designan los cinco sentidos, a saber, la ciencia de las cosas exteriores; por los dos, en cambio, se expresa el entendimiento y la operación. Más tenía, pues, el que percibió dos que el que percibió cinco talentos, porque el que por los cinco talentos mereció la administración de las cosas exteriores, estuvo todavía vacío del entendimiento de las interiores. Un solo talento, pues, que dijimos que significa el entendimiento, debió dársele a aquel que administró bien lo exterior que había recibido. Lo cual vemos diariamente en la santa Iglesia, porque muchísimos, mientras administran bien lo exterior que reciben, son conducidos también al entendimiento místico por la gracia adjunta, de modo que también brillen por la inteligencia interna quienes administran fielmente lo exterior.

6. También se añade luego una sentencia general, por la cual se dice: Porque a todo el que tiene se le dará y abundará; pero al que no tiene, aun lo que parece tener le será quitado. Pues al que tiene se le dará y abundará, porque cualquiera que tiene caridad percibe también otros dones. Cualquiera que no tiene caridad pierde también

los dones que parecía haber recibido. Por lo cual es necesario, hermanos míos, que en todo lo que hagáis vigiléis en la custodia de la caridad. Pero la verdadera caridad es amar al amigo en Dios y amar al enemigo por Dios. Quienquiera que no la tenga pierde todo el bien que tiene, es privado del talento que había recibido y, según la sentencia dominical, es arrojado a las tinieblas exteriores. Cae, en efecto, por la pena en las tinieblas exteriores quien por su propia culpa cayó espontáneamente en las tinieblas interiores; y allí padece forzado las tinieblas de la venganza quien aquí sostuvo voluntariamente las tinieblas del placer.

7. Pero se ha de saber que ningún perezoso está seguro de esta recepción del talento. Pues no hay nadie que pueda decir verdaderamente: No he recibido talento alguno, no hay por qué se me obligue a rendir cuentas. Pues con el nombre de talento se le imputará incluso esto mismo a cualquier pobre: que recibió aunque sea lo mínimo. Uno recibió el entendimiento, debe el ministerio de la predicación por el talento. Otro recibió sustancia terrenal, debe el desembolso del talento de entre sus cosas. Otro no había recibido ni el entendimiento de lo interno ni la afluencia de las cosas, pero sin embargo aprendió un arte con que se alimenta, esa misma arte se le imputa como recepción del talento. Otro no ha conseguido nada de esto, pero sin embargo tal vez mereció un lugar de familiaridad ante un rico, ha recibido ciertamente el talento de la familiaridad. Si, pues, nada le habla a este por los indigentes, es conde-

nado por la retención del talento. Por tanto, el que tiene entendimiento cuide totalmente de no callar, el que tiene afluencia de bienes vigile para no entorpecerse para la largueza de la misericordia, el que tiene un arte con que se gobierna procure grandemente compartir el uso y utilidad de ella con el prójimo, el que tiene lugar de habla ante un rico tema la condenación por el talento retenido si, pudiendo hacerlo, no intercede ante él por los pobres. Pues tanto exigirá de cada uno de nosotros el juez que ha de venir cuanto dio. Para que, pues, cada uno esté seguro de las cuentas de su talento al regresar el Señor, piense diariamente con temblor qué recibió. Pues he aquí que ya está cerca que regrese el que partió para lejos. Partió como para lejos, en efecto, quien se alejó mucho de esta tierra en que nació; pero ciertamente regresa para pedir cuentas de los talentos, porque si nos entorpecemos para la buena acción, nos juzga más estrictamente por los mismos dones que confirió. Consideremos, pues, lo que hemos recibido y vigilemos en su distribución. Ninguna preocupación terrenal nos impida la obra espiritual, no sea que si el talento se esconde en la tierra, el señor del talento se provoque a ira. El siervo perezoso, en efecto, cuando ya el juez examina las culpas, levanta el talento de la tierra, porque hay muchísimos que entonces se sustraen de los deseos u obras terrenales cuando ya son arrastrados al suplicio eterno por la animadversión del juez. Vigilemos, pues, antes de tener que rendir cuentas de nuestro talento, para que cuando ya el juez amenace con herir, el lucro que

hayamos hecho nos excuse. Que nos conceda esto Dios, que vive, etc.

HOMILÍA X.

Pronunciada ante el pueblo en la basílica de san Pedro apóstol, en el día de la Epifanía. LECTURA DEL S. EVANG. SEGÚN MAT. 2, 1-12.

Cuando nació Jesús en Belén de Judá, en los días del rey Herodes, he aquí que unos magos vinieron de Oriente a Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Porque vimos su estrella en el Oriente y venimos a adorarle. Oyendo esto el rey Herodes, se turbó, y toda Jerusalén con él. Y congregando a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntaba dónde había de nacer el Cristo. Y ellos le dijeron: En Belén de Judá. Pues así está escrito por el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres de ninguna manera la mínima entre los príncipes de Judá, pues de ti saldrá el guía que rija a mi pueblo Israel. Entonces Herodes, llamados los magos en secreto, aprendió de ellos diligentemente el tiempo de la estrella que se les apareció. Y enviándolos a Belén, dijo: Id e interrogad diligentemente por el niño, y cuando lo halléis, comunicádmelo, para que yo también vaya y lo adore. Ellos, habiendo oído al rey, se fueron. Y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente los precedía, hasta que llegando se detuvo sobre donde estaba el niño. Al ver la estrella, se alegraron con muy grande gozo. Y entrando en la casa, hallaron al niño con María su madre; y postrándose, lo adoraron. Y abiertos sus

tesoros, le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra. Y recibido aviso en sueños de no volver a Herodes, regresaron por otro camino a su región.

1. Según habéis oído en la lectura evangélica, hermanos carísimos, nacido el Rey del cielo, el rey de la tierra se turbó, porque sin duda la altura terrenal se confunde cuando la alteza celestial se abre. Pero debemos preguntarnos qué es que, nacido el Redentor, a los pastores en Judea se les apareció un ángel, y para adorar a este, desde el Oriente, no un ángel sino una estrella condujo a los magos. Porque, a saber, a los judíos, como quienes usan la razón, un animal racional, esto es, un ángel, debió predicarles; los gentiles, en cambio, porque no sabían usar la razón, son conducidos a conocer al Señor no por la voz, sino por signos. Por lo cual también se dice por medio de Pablo: Las profecías han sido dadas a los fieles, no a los infieles; los signos, en cambio, a los infieles, no a los fieles (1 Cor. 14, 22); porque tanto a aquellos se les dieron las profecías como a fieles, no como a infieles; como a estos se les dieron los signos como a infieles, no como a fieles. Y se ha de notar que los apóstoles predican a nuestro Redentor a los mismos gentiles cuando ya era de edad perfecta, y una estrella lo anuncia a los gentiles siendo pequeñito y no hablando aún por el oficio del cuerpo humano; porque sin duda el orden de la razón exigía que predicadores parlantes nos dieran a conocer al Señor ya parlante, y elementos mudos predicaran al que aún no hablaba.

2. Pero en todos los signos que se mostraron ya sea al nacer el Señor o al morir, debemos con-

siderar cuán grande fue la dureza en el corazón de ciertos judíos, la cual no lo reconoció ni por el don de la profecía ni por los milagros. Porque todos los elementos testificaron que su autor había venido. Pues para hablar de ellos de cierta manera humana, los cielos conocieron que este era Dios, porque al punto enviaron una estrella. El mar lo conoció, porque bajo sus plantas se ofreció transitable. La tierra lo conoció, porque al morir él tembló. El sol lo conoció, porque escondió los rayos de su luz. Las piedras y los muros lo conocieron, porque al tiempo de su muerte se rasgaron. El infierno lo reconoció, porque devolvió a estos muertos que retenía. Y sin embargo, los corazones de los judíos infieles mínimamente reconocen como Dios a aquel a quien todos los elementos insensibles sintieron como Señor, y, más duros que las piedras, no quieren rasgarse para el arrepentimiento, y se niegan a confesar a aquel a quien los elementos, como dijimos, por signos o por rasgaduras aclamaban como Dios. Quienes también, para colmo de su condenación, presintieron mucho antes que nacería aquel a quien, habiendo nacido, desprecian. Y no solo sabían que nacería, sino también dónde nacería. Pues requeridos por Herodes, expresan el lugar de su natividad, el cual aprendieron por la autoridad de las Escrituras. Y presentan testimonio de que Belén se muestra honrada por la natividad del nuevo guía, para que su misma ciencia se convirtiera para ellos en testimonio de condenación, y para nosotros en ayuda de credulidad. A quienes ciertamente Isaac designó bien cuando bendijo a

su hijo Jacob (Gén. 27, 28 y sigs.); quien, nublado de los ojos y profetizando, no vio en el presente al hijo para quien previó tantas cosas en el futuro, porque sin duda el pueblo judaico, lleno del espíritu de profecía y ciego, no reconoció puesto en el presente a aquel de quien predijo muchas cosas para el futuro.

3. Pero conocida la natividad de nuestro Rey, Herodes se convierte a astutos argumentos, para no ser privado del reino terrenal. Pide que se le comunique dónde se encuentra el niño, simula que quiere adorarlo, para (como si pudiera encontrarlo) extinguirlo. Pero ¿cuán grande es la malicia humana contra el consejo de la divinidad? Pues escrito está: No hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor (Prov. 21, 30). Pues aquella estrella que apareció conduce a los magos; encuentran al Rey nacido, ofrecen dones, y son advertidos en sueños de que no deben volver a Herodes; y así sucede que Herodes no puede encontrar a Jesús, a quien busca. ¿En cuya persona quiénes otros sino los hipócritas son designados, que mientras buscan ficticiamente, nunca merecen encontrar al Señor?

4. Pero entre estas cosas se ha de saber que los herejes priscilianistas piensan que cada hombre nace bajo las constituciones de las estrellas; y toman esto en ayuda de su error, el que una nueva estrella saliera cuando el Señor apareció en la carne, cuyo destino piensan que fue la misma estrella que apareció. Pero si pesamos las palabras del Evangelio, por las cuales se dice de la misma estrella: Hasta que llegando se detuvo

sobre donde estaba el niño, mientras no el niño corrió hacia la estrella, sino la estrella hacia el niño, si se permite decirlo, no la estrella fue el destino del niño, sino el niño que apareció fue el destino de la estrella. Pero lejos esté de los corazones de los fieles decir que el destino es algo. Pues solo el creador que la creó administra esta vida de los hombres. Porque ni el hombre fue hecho por causa de las estrellas, sino las estrellas fueron hechas por causa del hombre. Y si la estrella es llamada el destino del hombre, se afirma que el hombre está sometido a sus propios ministerios. Ciertamente cuando Jacob, saliendo del útero, sostenía con la mano la planta del hermano anterior (Gén. 25, 25), el anterior de ninguna manera pudo salir perfectamente, a menos que el subsiguiente también hubiera comenzado; y sin embargo, habiendo dado a luz la madre a ambos en un mismo tiempo y en un mismo momento, no fue una misma la calidad de vida de ambos.

5. Pero a esto suelen responder los matemáticos que la virtud de la constelación está en el golpe de un punto. A quienes por el contrario nosotros decimos que es grande la demora del nacimiento. Si, pues, en el golpe de un punto se transmuta la constelación, ya será necesario que digan tantos destinos como son los miembros de los que nacen. También suelen confesar los matemáticos que cualquiera que nace en el signo de Acuario, sortea en esta vida el ministerio de pescador. Pero, según se dice, Getulia no tiene pescadores. ¿Quién pues dirá que nadie nace allí en la estrella de Acuario, donde de ninguna manera se

tiene pescador? De nuevo, a los que afirman nacer bajo el signo de Libra, dicen que serán cambistas; y las provincias de muchas gentes ignoran a los cambistas. Es necesario, pues, que confiesen, o que este signo les falta, o que de ningún modo tiene efecto fatal. También en la tierra de los persas y de los francos, los reyes proceden de un linaje; en cuyos nacimientos, ciertamente, ¿quién estimará cuántos nacen en esos mismos momentos de horas y tiempos de condición servil? y sin embargo los hijos de los reyes, nacidos bajo el mismo astro que los siervos, progresan hacia el reino, mientras que los siervos que habían sido engendrados con ellos, mueren en servidumbre. Esto hemos dicho brevemente sobre la estrella, para que no parezca que hemos pasado por alto la estupidez de los matemáticos sin discutirla.

6. Los magos, por su parte, presentan oro, incienso y mirra. Pues el oro conviene al rey, el incienso en cambio se ponía en el sacrificio de Dios, y con la mirra se condimentan los cuerpos de los muertos. Por tanto, los magos predican a aquel a quien adoran también con dones místicos: rey por el oro, Dios por el incienso, mortal por la mirra. Pero hay algunos herejes que creen que este es Dios, pero de ninguna manera creen que reine en todas partes. Estos ciertamente le ofrecen incienso, pero no quieren ofrecerle también oro. Y hay algunos que piensan que este es rey, pero niegan que sea Dios. Estos, a saber, le ofrecen oro, pero no quieren ofrecerle incienso. Y hay algunos que confiesan que este es tanto Dios como rey, pero niegan que haya asumido carne

mortal. Estos, sin duda, le ofrecen oro e incienso, pero no quieren ofrecer la mirra de la mortalidad asumida. Nosotros, pues, nacido el Señor, ofrezcamos oro, para que confesemos que este reina en todas partes; ofrezcamos incienso, para que creamos que aquel que apareció en el tiempo, siendo Dios, existió antes de los tiempos; ofrezcamos mirra, para que a aquel que creemos impasible en su divinidad, creamos que también fue mortal en nuestra carne. Aunque en el oro, el incienso y la mirra también puede entenderse otra cosa. Pues por el oro se designa la sabiduría, atestiguándolo Salomón, quien dice: Tesoro deseable descansa en la boca del sabio (Prov. 21, 20, según LXX). Por el incienso, en cambio, que se quema para Dios, se expresa la virtud de la oración, testificándolo el Salmista, quien dice: Diríjase mi oración como incienso en tu presencia (Salm. 140, 2). Por la mirra, en verdad, se figura la mortificación de nuestra carne; por lo cual la santa Iglesia dice de sus obreros que luchan por Dios hasta la muerte: Mis manos destilaron mirra (Cant. 5, 5). Por tanto, al Rey nacido ofrecemos oro, si ante su presencia resplandecemos por la claridad de la sabiduría suprema. Ofrecemos incienso, si incendiamos los pensamientos de la carne por los santos estudios de las oraciones en el ara del corazón, para que podamos oler a algo suave para Dios por el deseo celestial. Ofrecemos mirra, si mortificamos los vicios de la carne por la abstinencia. Pues por la mirra, como dijimos, se actúa para que la carne muerta no se pudra. Pero que la carne muerta se pudra, es que este cuerpo mortal sirva al flujo de

la lujuria, como se dice de algunos por medio del profeta: Se pudrieron las bestias en su estiércol (Joel 1, 17). Porque que las bestias se pudran en su estiércol es que los hombres carnales acaben la vida en el hedor de la lujuria. Por tanto, ofrecemos mirra a Dios cuando custodiamos este cuerpo mortal de la putrefacción de la lujuria por el condimento de la continencia.

7. Algo grande nos indican los magos con el hecho de que regresan a su región por otro camino. Pues en aquello que hacen siendo advertidos, ciertamente nos insinúan qué debemos hacer nosotros. Porque nuestra región es el paraíso, al cual, habiendo conocido a Jesús, se nos prohíbe volver por el camino por el que vinimos. Pues de nuestra región salimos por la soberbia, por la desobediencia, por seguir las cosas visibles, por gustar el alimento prohibido; pero es necesario que volvamos a ella llorando, obedeciendo, despreciando las cosas visibles y refrenando el apetito de la carne. Por otro camino, pues, regresamos a nuestra región, puesto que quienes nos apartamos de los gozos del paraíso por los deleites, somos llamados de nuevo a ellos por los lamentos. Por lo cual es necesario, hermanos carísimos, que siempre temerosos y siempre recelosos pongamos ante los ojos del corazón, por un lado, las culpas de la obra, y por otro, el juicio de la extrema severidad. Pensemos cuán severo juez viene, que amenaza con el juicio y se oculta; intenta terrores para los pecadores, y sin embargo todavía los soporta; y por eso difiere venir más pronto, para encontrar menos a quienes conde-

nar. Castiguemos con llantos nuestras culpas, y con la voz del Salmista prevengamos su rostro en la confesión (Salm. 94, 2). Ninguna falacia de placeres nos engañe, pues, ninguna vana alegría nos seduzca. Porque cerca está el juez que dijo: ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque lamentaréis y lloraréis! (Luc. 6, 25). Pues de aquí dice Salomón: La risa se mezclará con el dolor, y el luto ocupa los extremos del gozo (Prov. 14, 13). De aquí dice de nuevo: Consideré la risa un error, y al gozo dije: ¿Por qué te engañas en vano? (Ecl. 2, 2). De aquí rursus dice: El corazón de los sabios está donde hay tristeza, y el corazón de los necios donde hay alegría (Ibíd., 7, 5). Temamos, pues, los preceptos de Dios, si celebramos verdaderamente la solemnidad de Dios. Pues sacrificio grato a Dios es la aflicción contra el pecado, atestiguándolo el Salmista, quien dice: Sacrificio para Dios es el espíritu atribulado (Salm. 50, 19). Nuestros pecados pasados fueron perdonados en la recepción del bautismo, y sin embargo después del bautismo hemos cometido muchos, pero no podemos ser lavados de nuevo por el agua del bautismo. Porque, por tanto, también después del bautismo manchamos la vida, bauticemos con lágrimas la conciencia, a fin de que repitiendo nuestra región por otro camino, quienes de ella salimos deleitados por los bienes, a ella volvamos amargados por los males, concediéndolo nuestro Señor, etc.

HOMILÍA XI.

Pronunciada al pueblo en la basílica de santa Inés, en el día de su nacimiento.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN MATEO 13, 44-52.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo; el cual un hombre, hallándolo, lo esconde, y por el gozo de ello va, y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo. También el reino de los cielos es semejante a un hombre negociante que busca buenas margaritas; y hallada una margarita preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró. También el reino de los cielos es semejante a una red echada al mar, y que congrega de toda clase de peces. La cual, cuando estuvo llena, sacándola y sentándose junto a la orilla, eligieron los buenos en vasijas, y a los malos los echaron fuera. Así será en la consumación del siglo. Saldrán los ángeles, y separarán a los malos de en medio de los justos, y los echarán en el horno de fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes. ¿Habéis entendido todas estas cosas? Le dicen: Sí, Señor. Él les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un hombre padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas.

1. El reino de los cielos, hermanos carísimos, se dice por eso semejante a las cosas terrenas, para que de estas que el ánimo conoce se eleve a las incógnitas, a fin de que por el ejemplo de las visibles se arrebate a las invisibles, y por aquellas cosas que aprendió por el uso, como frotado, se encienda, para que por esto que sabe amar como conocido, aprenda a amar también lo desconocido. Pues he aquí que el reino de los cielos se

compara con un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre, hallándolo, lo esconde, y por el gozo de ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo. En lo cual también se ha de notar que el tesoro hallado se esconde para que se conserve, porque el estudio del deseo celestial no basta para custodiarlo de los espíritus malignos si no se esconde de las alabanzas humanas. Pues en la presente vida estamos como en un camino, por el cual nos dirigimos a la patria. Pero los espíritus malignos asedian nuestro camino como ciertos ladronzuelos. Desea, pues, ser despojado quien lleva un tesoro públicamente en el camino. Pero esto digo, no para que el prójimo no vea nuestras obras buenas, ya que está escrito: Vean vuestras obras buenas, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. 5, 16), sino para que por esto que hacemos no busquemos alabanzas exteriormente. Pero de tal modo sea la obra en público que la intención permanezca en lo oculto, para que tanto de la obra buena ofrezcamos ejemplo al prójimo, y sin embargo, por la intención con la que buscamos agradar solo a Dios, deseemos siempre lo secreto. El tesoro es el deseo celestial, el campo en verdad en el que el tesoro se esconde es la disciplina del estudio celestial. El campo ciertamente compra vendiéndolo todo aquel que, renunciando a los placeres de la carne, pisotea todos sus deseos terrenales por la custodia de la disciplina celestial, de modo que ya nada de lo que la carne halaga le agrade, y nada de lo que degüella la vida carnal el espíritu lo tema sobremanera.

2. De nuevo se dice que el reino celestial es semejante a un hombre negociante que busca buenas margaritas, pero halla una preciosa, la cual, a saber, hallada, vendiéndolo todo la compra; porque quien hubiere conocido perfectamente la dulzura de la vida celestial, en cuanto la posibilidad lo admite, abandona de buena gana todas aquellas cosas que había amado en la tierra; en comparación con ella todo se envilece, deja lo que poseía, dispersa lo congregado, se enardece el ánimo en lo celestial, nada en lo terrenal le agrada, se ve deforme todo lo que de la apariencia de la cosa terrenal agradaba, porque solo la claridad de la preciosa margarita brilla en la mente. De cuyo amor rectamente se dice por Salomón: Fuerte como la muerte es el amor (Cant. 8, 6), porque a saber, así como la muerte mata el cuerpo, así la caridad de la vida eterna mata el amor de las cosas corporales. Pues a quien perfectamente hubiere absorbido, lo vuelve como insensible a los deseos terrenales de fuera.

3. Pues ni esta santa, cuyos natalicios hoy celebramos, habría podido morir por Dios en el cuerpo si antes no hubiera estado muerta en la mente a los deseos terrenales. Pues el ánimo erguido en la cumbre de la virtud despreció los tormentos, pisoteó los premios. Estuvo de pie conducida ante reyes armados y gobernadores, más robusta que quien la golpeaba, más sublime que quien la juzgaba. ¿Qué decimos nosotros, barbados y débiles, entre estas cosas, que vemos a muchachas ir a los reinos celestiales por medio del hierro, a quienes la ira nos vence, la soberbia

nos infla, la ambición nos perturba, la lujuria nos mancha? Quienes si no podemos alcanzar los reinos celestiales por las guerras de las persecuciones, esto mismo nos sea vergonzoso: que no queremos seguir a Dios al menos por la paz. He aquí que a ninguno de nosotros en este tiempo dice Dios: Muere por mí, sino: Mata solamente en ti los deseos ilícitos. Nosotros, pues, que no queremos someter los deseos de la carne en la paz, ¿cuándo daríamos la misma carne por el Señor en la guerra?

4. De nuevo se dice que el reino de los cielos es semejante a una red echada al mar, que congrega de toda clase de peces, la cual, llena, es sacada a la orilla, y en vasijas se eligen los peces buenos, pero los malos son echados fuera. La santa Iglesia se compara con una red, porque también ha sido encomendada a pescadores, y por ella cada cual es sacado al reino eterno de las fluctuaciones del presente siglo, para que no se sumerja en las profundidades de la muerte eterna. La cual congrega de toda clase de peces, porque llama al perdón de los pecados a sabios y necios, libres y siervos, ricos y pobres, fuertes y débiles. Por lo cual se dice a Dios por el Salmista: A ti vendrá toda carne (Salm. 64, 3). Esta red, a saber, entonces se llena universalmente, cuando en su fin se concluye la suma del género humano. La cual sacan, y se sientan junto a la orilla, porque así como el mar significa el mundo, así la orilla del mar significa el fin del mundo. En cuyo fin, a saber, los peces buenos son elegidos en vasijas, pero los malos son echados fuera, porque tanto cada electo es

recibido en los tabernáculos eternos, como los réprobos, perdida la luz del reino interno, son arrastrados a las tinieblas exteriores. Pues ahora la red de la fe nos contiene a buenos y malos comúnmente como peces mezclados, pero la orilla indica qué arrastraba la red, esto es, la santa Iglesia. Y ciertamente los peces que hubieren sido capturados no pueden ser cambiados; nosotros, en cambio, somos capturados siendo malos, pero somos transformados en bondad. Pensemos, pues, en la captura, para que no seamos divididos en la orilla. He aquí cuán grata es para vosotros la solemnidad de hoy, de tal modo que se afligiría no poco si a alguno de este vuestro grupo le tocara faltar. ¿Qué, pues, va a hacer en aquel día quien es arrebatado de la vista del juez, es separado de la sociedad de los electos, quien se oscurece frente a la luz, es torturado por la eterna combustión? Por lo cual también el Señor abre esta misma comparación con brevedad cuando añade: Así será en la consumación del siglo. Saldrán los ángeles, y separarán a los malos de en medio de los justos, y los echarán en el horno de fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes. Esto ya, hermanos carísimos, se ha de temer más que exponer. Pues con voz clara fueron dichos los tormentos de los pecadores, para que nadie recurriera a la excusa de su ignorancia, si se dijera algo oscuramente sobre el suplicio eterno. Por lo cual también se añade: ¿Habéis entendido todas estas cosas? Le dicen: Sí, Señor.

4. Y en la conclusión se añade: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es seme-

jante a un hombre padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas. Si por lo nuevo y lo viejo que se dice entendemos ambos Testamentos, negamos que Abraham fuera instruido, quien aunque conoció los hechos del Nuevo y del Antiguo Testamento, de ningún modo anunció las palabras. Tampoco podemos comparar a Moisés con un instruido padre de familia, quien aunque enseñó el Antiguo Testamento, sin embargo no profirió los dichos del Nuevo. Mientras, pues, somos excluidos de este entendimiento, somos llamados a otro. Pero en aquello que la Verdad dice: Todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, puede entenderse que no hablaba de los que habían sido, sino de los que podrían ser en la Iglesia. Quienes entonces sacan cosas nuevas y viejas cuando hablan los predicamentos de ambos Testamentos con sus voces y sus costumbres. Lo cual, sin embargo, puede entenderse también de otro modo. Pues lo antiguo del género humano era descender a los claustros del infierno, tolerar por sus pecados suplicio eterno. A lo cual, por el advenimiento del Mediador, accedió algo nuevo, para que si uno aquí estudia vivir rectamente, pueda penetrar en los reinos de los cielos: y el hombre nacido en la tierra muera a la vida corruptible, para ser colocado en el cielo. Y es, por tanto, antiguo que por la culpa el género humano perezca en la pena eterna; y nuevo que el convertido viva en el reino. Lo que, pues, el Señor añadió en la conclusión de su discurso es ciertamente lo que prometió antes. Pues primero profirió sobre la similitud del reino

el tesoro hallado y la buena margarita, y después narró las penas del infierno sobre la combustión de los malos, y en la conclusión añade: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas. Como si se dijera abiertamente: Aquel es un predicador instruido en la santa Iglesia que sabe tanto proferir cosas nuevas sobre la suavidad del reino, como decir cosas antiguas sobre el terror del suplicio, para que al menos las penas aterren a quienes los premios no invitan. Oiga cada uno sobre el reino lo que ame, oiga sobre el suplicio lo que tema, para que al ánimo torpe y que se adhiere vehementemente a la tierra, si el amor no lo atrae al reino, al menos el temor lo empuje. Pues he aquí que sobre la expresión de la Gehenna se dice: Allí será el llanto y el crujir de dientes. Pero porque a los gozos presentes siguen lamentos perpetuos, aquí, hermanos carísimos, huid de la vana alegría si teméis llorar allí. Pues nadie puede gozar aquí con el mundo y reinar allí con el Señor. Restringid, pues, los flujos de la alegría temporal, domad los placeres de la carne. Lo que al ánimo le sonría del presente siglo, amargue por la consideración del fuego eterno. Lo que en la mente se alegre pueril-mente, que la censura de la disciplina juvenil lo coarte, para que mientras espontáneamente huís de lo temporal, alcancéis sin trabajo los gozos eternos, concediéndolo nuestro Señor Jesucristo, etc.

HOMILÍA XII.

Pronunciada al pueblo en la basílica de santa Inés, en el día de su nacimiento.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN MATEO 25, 1-13.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos es semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del esposo y de la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no tomaron aceite consigo; pero las prudentes recibieron aceite en sus vasijas con las lámparas. Y haciendo demora el esposo, cabecearon todas y durmieron. Pero a media noche se oyó un clamor: He aquí que viene el esposo, salid a su encuentro. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes y adornaron sus lámparas. Pero las necias dijeron a las sabias: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que acaso no nos baste a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden y comprad para vosotras. Pero mientras iban a comprar, vino el esposo, y las que estaban preparadas entrarona con él a las bodas, y se cerró la puerta. Por último vienen también las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Pero él, respondiendo, dijo: En verdad os digo que no os conozco. Vigilad, pues, porque no sabéis el día ni la hora.

1. Frecuentemente os amonesto, hermanos carísimos, a huir de las obras depravadas, a evitar las manchas de este mundo; pero por la lectura

de hoy del santo Evangelio me veo compelido a decir que también las cosas buenas que hacéis las temáis con gran cautela, no sea que por esto que por vosotros se realiza rectamente se busque el favor o la gracia humana, no sea que se introduzca furtivamente el apetito de alabanza, y lo que se muestra fuera quede vacío por dentro de su recompensa. Pues he aquí que por la voz del Redentor diez vírgenes, y todas son llamadas vírgenes, y sin embargo dentro de la puerta de la bienaventuranza no todas fueron recibidas, porque algunas de ellas, mientras buscan fuera la gloria por su virginidad, no quisieron tener aceite en sus vasijas. Pero primero debemos preguntarnos qué es el reino de los cielos, o por qué se compara con diez vírgenes, que además se llaman vírgenes prudentes y necias. Pues siendo constante que ninguno de los réprobos entra en el reino de los cielos, ¿por qué también se afirma que es semejante a las vírgenes necias? Pero debemos saber que frecuentemente en la sagrada elocuencia se llama reino de los cielos a la Iglesia del tiempo presente. De la cual en otro lugar dice el Señor: Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos (Mat. 13, 41). Pues ni en aquel reino de bienaventuranza, en el que hay paz suma, podrán encontrarse escándalos que sean recogidos. ¿Y de dónde de nuevo se dice: El que, pues, quebrantare uno de estos mandamientos mínimos, y así enseñare a los hombres, este será llamado mínimo en el reino de los cielos. Pero el que hiciere y enseñare, este será llamado grande en el reino de los cielos

(Ibíd., 5, 19)? Pues quebranta el mandamiento y enseña cuando alguien predica con su voz lo que viviendo no cumple. Pero no puede llegar al reino de la eterna bienaventuranza quien no quiere cumplir con la obra lo que enseña. ¿Cómo, pues, en él será llamado mínimo quien de ningún modo se le permite entrar en él? ¿Qué, por tanto, se llama reino de los cielos por esta sentencia sino la presente Iglesia? En la cual el doctor que hubiere quebrantado el mandamiento es llamado mínimo, porque aquel cuya vida es despreciada, resta que su predicación sea menospreciada. En los cinco sentidos del cuerpo, pues, subsiste cada uno, pero el cinco duplicado completa el diez. Y porque de ambos sexos se congrega la multitud de los fieles, la santa Iglesia se anuncia semejante a diez vírgenes. En la cual, porque los malos están mezclados con los buenos y los réprobos con los electos, rectamente se afirma ser semejante a las vírgenes prudentes y necias. Pues hay muchos continentes que se custodian del apetito exterior, y por la esperanza son arrebatados a las cosas interiores, maceran la carne y con todo el deseo anhelan la patria suprema, buscan los premios eternos, no quieren recibir alabanzas humanas por sus trabajos. Estos, sin duda, no ponen su gloria en la boca de los hombres, sino que la ocultan dentro de la conciencia. Y hay muchos que afligen el cuerpo por la abstinencia, pero de esa misma abstinencia suya buscan los favores humanos, sirven a la doctrina, reparten muchas cosas a los indigentes. Pero necias son ciertamente las vírgenes, porque solo buscan la retribución

de la alabanza transitoria. Por lo cual también se añade aptamente: Cinco necias, habiendo recibido las lámparas, no tomaron aceite consigo; pero las prudentes recibieron aceite en sus vasijas con las lámparas. Por el aceite, en efecto, se designa el resplandor de la gloria; nuestras vasijas, en cambio, son los corazones, en los cuales llevamos todo lo que pensamos. Las prudentes, pues, tienen aceite en las vasijas, porque retienen el resplandor de la gloria dentro de la conciencia, atestiguándolo Pablo, quien dice: Nuestra gloria es esta, el testimonio de nuestra conciencia (2 Cor. 1, 12). Pero las vírgenes necias no toman aceite consigo, porque no tienen la gloria dentro de la conciencia mientras buscan esta en la boca de los prójimos. Se ha de notar, en verdad, que todas tienen lámparas, pero no todas tienen aceite, porque muchísimas veces tanto los réprobos como los electos muestran en sí obras buenas, pero solo llegan al esposo con aceite quienes de aquellas cosas que hicieron fuera buscan la gloria dentro. Por lo cual también por el Salmista se dice de la santa Iglesia de los electos: Toda su gloria, hija del rey, está por dentro (Salm. 44, 14).

2. Pero haciendo demora el esposo, cabecearon todas y durmieron, porque mientras el juez difiere venir al juicio extremo, los electos y los réprobos se adormecen en el sueño de la muerte. Pues dormir es morir. Pero antes del sueño cabecear es languidecer de la salud antes de la muerte, porque por el peso de la enfermedad se llega al sueño de la muerte. Pero a media noche se oyó

un clamor: He aquí que viene el esposo, salid a su encuentro.

3. Sobre el advenimiento del esposo se produce un clamor en media noche, porque el día del juicio se desliza furtivamente de tal modo que no puede preverse cuándo viene. Por lo cual está escrito: El día del Señor vendrá como ladrón en la noche (1 Tes. 5, 2). Entonces todas las vírgenes se levantan, porque tanto los electos como los réprobos son despertados del sueño de su muerte. Adornan sus lámparas, porque enumeran consigo sus obras, por las cuales esperan recibir la eterna bienaventuranza. Pero las lámparas de las vírgenes necias se apagan, porque sus obras, que habían aparecido claras a los hombres por fuera, se oscurecen por dentro al advenimiento del juez. Y no encuentran retribución de parte de Dios, porque por ellas recibieron de los hombres las alabanzas que amaron. ¿Qué es, en cambio, que entonces piden aceite a las prudentes, sino que en el advenimiento del juez, cuando se encuentren vacías por dentro, buscan el testimonio por fuera? Como si, engañadas por su propia confianza, dijeran al prójimo: Puesto que nos veis como rechazadas sin obra, decid qué visteis sobre nuestras obras. Pero las vírgenes prudentes responden diciendo: No sea que acaso no nos baste a nosotras y a vosotras. Pues en aquel día (lo cual, sin embargo, digo de algunos que descansan en la paz de la Iglesia) apenas basta a cada uno el testimonio de sí mismo; ¿cuánto menos para sí y para el prójimo? Por lo cual también enseguida, mediante una reprensión, añaden: Id más bien a los que venden

y comprad para vosotras. Los vendedores de aceite son, ciertamente, los aduladores. Pues quienes, aceptada cualquier gracia, ofrecen el resplandor de la gloria con sus vanas alabanzas, venden como si fuera aceite. Sobre cuyo aceite ciertamente el Salmista dice: Mas el aceite del pecador no unja mi cabeza (Salm. 140, 5). Pues nuestra cabeza es lo principal. Con la apelación de cabeza se llama a la mente que preside al cuerpo. Engrasa, pues, la cabeza el aceite del pecador cuando el favor del que adula acaricia la mente. Pero mientras iban a comprar, vino el esposo, porque cuando buscan el testimonio de su vida en los prójimos, viene el juez, que no solo es testigo de las obras, sino también de los corazones. Pero las que estaban preparadas entrarona con él a las bodas, y se cerró la puerta.

4. ¡Oh, si pudiera saborearse en el paladar del corazón qué de admiración tiene lo que se dice: ¡Viene el esposo!; qué de dulzura: ¡Entraron con él a las bodas!; qué de amargura: ¡Y se cerró la puerta! Viene, en efecto, aquel que con su advenimiento sacude los elementos, en cuya presencia el cielo y la tierra tiemblan. Por lo cual también dice por el profeta: Todavía una vez, y yo moveré no solo la tierra, sino también el cielo (Ageo 2, 7; Heb. 12, 26). A cuyo examen es conducido todo el género humano. A quien para la venganza de los malos y la remuneración de los buenos obedecen ángeles, arcángeles, tronos, principados y dominaciones. Pensad, hermanos carísimos, ante la presencia de tan gran juez, qué terror habrá en aquel día cuando ya en la pena no habrá remedio,

qué aquella confusión a quien, exigiéndolo su reato, le toque avergonzarse en la asamblea de todos los ángeles y hombres, qué pavor ver irritado a aquel a quien la mente humana no puede captar ni siquiera estando tranquilo. El cual día, viéndolo bien el profeta, dice: Día de ira, aquel día, día de tribulación y de angustia, día de calamidad y de miseria, día de tinieblas y de oscuridad, día de nube y de torbellino, día de trompeta y de clamor (Sof. 1, 15). Pensad, pues, hermanos carísimos, con qué aspereza vio el profeta amargar el día del juicio extremo sobre los corazones de los réprobos, el cual no puede explicar con tantas apelaciones. ¡Cuán grande será entonces, en verdad, la alegría de los electos, que merecen gozar de su visión, ante cuya presencia ven temblar también a todos los elementos, entrar con él juntamente a las bodas! Quienes tanto gozan en las bodas del esposo, y sin embargo ellos mismos son la esposa, porque en aquel tálamo del reino eterno Dios se une a nuestra visión. La cual visión, a saber, ya nunca por siempre será arrancada de los abrazos de su amor. Entonces la puerta del reino se cerrará para los que lloran, la cual ahora diariamente se abre para los penitentes. Pues habrá también entonces penitencia, pero ya no será fructuosa, porque de ninguna manera encuentra entonces perdón quien ahora pierde el tiempo apto para el perdón. Por esto, en efecto, dice Pablo: He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salvación (2 Cor. 6, 2). Por esto dice el profeta: Buscad al Señor mientras puede ser hallado, invocadlo mientras está cerca (Is. 55, 6).

5. Por lo cual también el Señor no escucha a esas mismas vírgenes necias que lo invocan, porque interpuesta la puerta del reino, aquel que podía estar cerca, ya no estará cerca. Pues se añade: Por último vienen también las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Pero él, respondiendo, dice: En verdad os digo que no os conozco. Allí ya no puede merecer de Dios lo que pide quien aquí no quiso oír lo que mandó, quien perdió el tiempo de la congrua penitencia, en vano viene ante la puerta del reino con ruegos. Por esto es, en efecto, que por Salomón dice el Señor: Llamé, y renunciasteis; extendí mi mano, y no hubo quien mirara; despreciasteis todo mi consejo, y mis reprensiones descuidasteis. Yo también me reiré en vuestra perdición, y me burlaré cuando os sobrevenga lo que temíais. Cuando irrumpiere la repentina calamidad, y la perdición como tempestad os sobrevenga, cuando viniere sobre vosotros la tribulación y la angustia, entonces me invocarán y no escucharé; madrugarán y no me encontrarán (Prov. 1, 24, sig.). He aquí que claman que se abra, y compeler por el dolor de su rechazo, duplican la apelación del que domina, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Ofrecen ruegos, pero no son conocidos, porque entonces el Señor los desampara como a desconocidos, a quienes ahora no reconoce como suyos por el mérito de la vida.

6. Donde también se añade aptamente una exhortación general a los discípulos, cuando se dice: Vigilad, pues, porque no sabéis el día ni la hora. Porque después de los pecados Dios

acepta la penitencia, si supiera cada uno de este mundo en qué tiempo habría de salir, habría podido adaptar un tiempo a los placeres y otro a la penitencia. Pero el que prometió el perdón al penitente, no prometió el día de mañana al que peca. Siempre, pues, debemos temer el último día, el cual nunca podemos prever. He aquí este mismo día en que hablamos, lo hemos recibido para tregua de la conversión, y sin embargo rehusamos llorar los males que hemos hecho. No solo no lamentamos lo cometido, sino que incluso aumentamos aquellas cosas que deberían ser lloradas. Pero si alguna enfermedad nos arrebata, si los signos de la enfermedad anuncian la muerte cercana, buscamos una prórroga de vida para llorar nuestros pecados, y las pedimos con gran ardor de deseo, las cuales, una vez recibidas, ahora las tenemos por nada.

7. Refiero un hecho, hermanos carísimos, el cual si vuestra caridad quiere oír atentamente, por la consideración de este será vehementemente instruida. Hubo un hombre noble en la provincia de Valeria llamado Crisaorio, a quien en lengua rústica el pueblo llamaba Criserio: hombre muy idóneo, pero tan lleno de vicios como de riquezas; hinchado de soberbia, sometido a los placeres de su carne, encendido por las antorchas de la avaricia en la adquisición de bienes. Pero cuando el Señor decretó poner fin a tantos males, según supe por un hombre religioso, que aún sobrevive, pariente de aquel, fue herido por la languidez del cuerpo. El cual llegando al extremo, en la misma hora en que ya iba a salir

del cuerpo, vio con ojos abiertos a espíritus feos y negrísimos asistir ante él, y amenazarle vehementemente para arrastrarlo a los claustros del infierno. Comenzó a temblar, a palidecer, a sudar, y a pedir tregua con grandes voces, y a llamar a su hijo llamado Máximo, a quien yo mismo, ya monje, vi monje, con excesivos y turbados clamores, diciendo: Máximo, corre, nunca te hice nada malo, recíbeme en tu fe. Turbado Máximo acudió pronto, la familia llorando y haciendo ruido se reunió. Pero a aquellos a quienes él toleraba penosamente como insistiendo sobre él, los espíritus malignos ellos mismos no podían verlos, pero veían su presencia en la confusión, en la palidez y el temblor de aquel que era arrastrado. Por el pavor de su fea imagen se volvía a uno y otro lado en el lecho, yacía sobre el lado izquierdo, no podía soportar su vista; se volvía a la pared, allí estaban presentes. Y como estrechado en demasía desesperara de poder ya ser liberado, comenzó a clamar con grandes voces, diciendo: Tregua al menos hasta la mañana, tregua al menos hasta la mañana. Pero cuando clamaba estas cosas, en sus mismas voces fue arrancado del habitáculo de su carne. Sobre el cual ciertamente consta que vio estas cosas por nosotros, no por sí mismo, para que su visión nos aproveche a nosotros, a quienes todavía la paciencia divina espera con longanimidad. Pues a aquel, haber visto los espíritus feos antes de la muerte y haber pedido tregua, ¿qué le aprovechó, si no recibió la misma tregua que pidió? Nosotros, pues, hermanos carísimos, pensemos ahora solícitamente estas cosas, no sea que

para nosotros los tiempos perezcan en vano, y entonces busquemos vivir para obrar bien cuando ya somos compelidos a salir del cuerpo. Recordad qué dice la Verdad: Orad para que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado (Mat. 24, 20). Por el mandato de la ley, ciertamente, no es lícito caminar más lejos en sábado (Éx. 16, 29); el invierno también es un impedimento para caminar, porque el torpor del frío entumece los pasos de los que caminan. Dice, pues: Orad para que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado. Como si dijera abiertamente: Mirad no sea que entonces busquéis huir de vuestros pecados cuando ya no es lícito caminar. Aquel tiempo, pues, en que no es lícito huir debe ser pensado ahora mientras es lícito. Aquella hora de nuestra salida debe ser siempre contemplada, aquella amonestación de nuestro Redentor siempre puesta ante los ojos de la mente, por la cual dice: Vigilad, pues, porque no sabéis el día ni la hora.

HOMILÍA XIII.

Pronunciada al pueblo en la basílica del bienaventurado Félix confesor, en el día de su nacimiento.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN LUCAS 12, 35-40.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Estén ceñidos vuestros lomos, y las lámparas encendidas en vuestras manos. Y vosotros sed semejantes a los hombres que esperan a su señor

cuando vuelve de las bodas, para que cuando venga y llame, al instante le abran. Bienaventurados aquellos siervos a quienes el señor, cuando venga, encuentre vigilando. En verdad os digo que se ceñirá, y los hará sentarse a la mesa, y pasando les servirá. Y si viniere en la segunda vigilia, y si en la tercera vigilia viniere, y así los encontrare, bienaventurados son aquellos siervos. Esto, en cambio, sabedlo: que si el padre de familia supiera a qué hora vendría el ladrón, vigilaría ciertamente y no dejaría perforar su casa. Por tanto, estad también vosotros preparados, porque a la hora que no pensáis vendrá el Hijo del hombre.

1. Hermanos carísimos, la lectura del santo Evangelio que se ha recitado es clara para vosotros. Pero para que a algunos su misma llaneza no les parezca acaso profunda, la recorremos con brevedad, a fin de que su exposición se haga conocida a los ignorantes, y sin embargo no sea gravosa para los que saben. Que la lujuria en los hombres está en los lomos, y en las mujeres en el ombligo, lo atestigua el Señor, que habla del diablo al bienaventurado Job diciendo: Su virtud está en sus lomos, y su fortaleza en el ombligo de su vientre (Job 40, 11). Por el sexo principal, pues, se designa la lujuria con el nombre de lomos cuando el Señor dice: Estén ceñidos vuestros lomos. Pues ceñimos los lomos cuando coartamos la lujuria de la carne por la continencia. Pero porque es menos no hacer cosas malas si no se estudia también sudar en las obras buenas, enseguida se añade: Y las lámparas encendidas en vuestras manos. Tenemos ciertamente las lámparas encendidas

en las manos cuando por las buenas obras mostramos ejemplos de luz a nuestros prójimos. De las cuales obras ciertamente el Señor dice: Luzca vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. 5, 16). Dos son, pues, las cosas que se mandan: restringir los lomos y tener las lámparas, para que haya tanto limpieza de castidad en el cuerpo como luz de verdad en la operación. Pues a nuestro Redentor de ningún modo le puede agradar una sin la otra, si o bien aquel que hace cosas buenas aún no abandona las manchas de la lujuria, o bien aquel que destaca por la castidad aún no se ejercita mediante las obras buenas. Ni la castidad es, pues, grande sin la obra buena, ni la obra buena es algo sin la castidad.

2. Pero aun si se hacen ambas cosas, resta que quienquiera que sea tienda por la esperanza hacia la patria suprema, y de ningún modo se contenga de los vicios por el honor de este mundo. El cual, aunque a veces comienza algunas cosas buenas por honor, sin embargo no debe permanecer en su intención, ni buscar la gloria del presente mundo a través de las obras buenas, sino que constituya toda su esperanza en el advenimiento de su Redentor. Por lo cual también enseguida se añade: Y vosotros sed semejantes a los hombres que esperan a su señor cuando vuelve de las bodas. A las bodas, ciertamente, partió el Señor porque resurgiendo de los muertos, ascendiendo al cielo, el hombre nuevo se unió a la suprema multitud de los ángeles. El cual

vuelve entonces cuando ya se nos manifiesta por el juicio.

3. Bien se añade, en verdad, sobre los siervos que esperan: Para que cuando venga y llame, al instante le abran. Viene, ciertamente, el Señor cuando se apresura al juicio; llama, en cambio, cuando ya por las molestias de la enfermedad designa que la muerte está cercana. A quien abrimos al instante si lo recibimos con amor. Pues no quiere abrir al juez que llama quien teme salir del cuerpo, y teme ver como juez a aquel que recuerda haber despreciado. En cambio, quien está seguro de su esperanza y operación, abre al instante al que llama, porque alegre aguarda al juez; y cuando reconoce el tiempo de la muerte cercana, se alegra por la gloria de la retribución. Por lo cual también enseguida se añade: Bienaventurados son aquellos siervos a quienes el señor, cuando venga, encuentre vigilantes. Vigila quien mantiene los ojos de la mente abiertos al aspecto de la verdadera luz; vigila quien guarda obrando lo que cree; vigila quien repele de sí las tinieblas del torpor y de la negligencia. Por esto, en efecto, dice Pablo: Vigilad, justos, y no queráis pecar (1 Cor. 15, 34). Por esto dice de nuevo: Ya es hora de que nosotros nos levantemos del sueño (Rom. 13, 11).

4. Pero oigamos qué exhibirá el señor al venir a los siervos vigilantes: En verdad os digo que se ceñirá, y los hará sentarse a la mesa, y pasando les servirá. Se ceñirá, esto es, se preparará para la retribución; y los hará sentarse a la mesa, esto es, ser reconfortados en la quietud eterna.

Pues nuestro sentarse a la mesa es descansar en el reino. Por lo cual de nuevo dice el Señor: Vendrán y se recostarán con Abraham, Isaac y Jacob (Mat. 8, 11). El Señor, en cambio, pasando sirve porque nos sacia con el resplandor de su luz. Se ha dicho pasar, en verdad, cuando vuelve del juicio al reino. O ciertamente el Señor pasa para nosotros después del juicio, porque nos eleva de la forma de la humanidad a la contemplación de su divinidad. Y su pasar es conducirnos a la especulación de su claridad, cuando a aquel a quien en la humanidad vemos en el juicio, también en la divinidad después del juicio lo vemos. Al juicio, ciertamente, viniendo, aparece a todos en forma de siervo, porque está escrito: Verán a aquel a quien traspasaron (Zac. 12, 10; Juan 19, 37). Pero cuando los réprobos caen en el suplicio, los justos son atraídos a la gloria de su claridad, como está escrito: Sea quitado el impío, para que no vea la gloria de Dios (Is. 26, 10).

5. Pero, ¿qué si los siervos se encuentran negligentes en la primera vigilia? Pues la primera vigilia es la custodia de la primera edad. Pero ni aun así se debe desesperar, ni cesar de la buena obra. Pues el Señor, insinuando la paciencia de su longanimidad, añade: Y si viniere en la segunda vigilia, y si viniere en la tercera vigilia, y así los hallare, bienaventurados son aquellos siervos. Pues la primera vigilia es el tiempo primitivo, esto es, la infancia. La segunda, la adolescencia o juventud, que por la autoridad de la sagrada elocuencia son una sola cosa, diciendo Salomón: Alégrate, joven, en tu juventud (Ecl. 11, 9). Pero la tercera

se toma como la senectud. El que, por tanto, no quiso vigilar en la primera vigilia, guarde al menos la segunda, para que quien descuidó convertirse de sus maldades en la infancia, despierte a los caminos de la vida al menos en el tiempo de la juventud. And el que no quiso despertar en la segunda vigilia, no pierda los remedios de la tercera vigilia, para que quien no despierta a los caminos de la vida en la juventud, al menos en la senectud vuelva en sí. Considerad, hermanos carísimos, que la piedad de Dios ha cercado nuestra dureza. Ya no hay nada que el hombre encuentre como excusa. Dios es despreciado, y espera; se ve despreciado, y convoca; recibe injuria por el desprecio hacia él, y sin embargo, en algún momento incluso promete premios a los que regresan. Pero nadie descuide esta su longanimidad, porque exigirá una justicia tanto más severa en el juicio cuanto más larga paciencia haya otorgado antes del juicio. De aquí, en efecto, dice Pablo: ¿Ignoras que la benignidad de Dios te conduce a la penitencia? Mas por tu dureza y por tu corazón impenitente, atesoras para ti ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios (Rom. 2, 4, 5). De aquí dice el Salmista: Dios es juez justo, fuerte y paciente (Sal. 7, 12). Ciertamente, a punto de llamarlo paciente, antepuso justo, para que a quien ves soportar paciente y largamente los pecados de los delincuentes, sepas que este también en algún momento juzga severamente. De aquí se dice por medio de un cierto sabio: El Altísimo es, en efecto, un pagador paciente (Ecli. 5, 4). Pues se dice pagador paciente porque los pecados de los

hombres tanto los soporta como los paga. Pues a los que tolera largamente para que se conviertan, a los no convertidos los condena más duramente. Pero para sacudir la desidia de nuestra mente, incluso las pérdidas exteriores se traen a colación por medio de una similitud, para que por estas el ánimo se despierte a su propia custodia. Pues se dice: Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera a qué hora vendría el ladrón, vigilaría ciertamente, y no permitiría que su casa fuera horadada. De cuya premisa similitud se infiere también una exhortación, cuando se dice: Vosotros pues, estad preparados, porque a la hora que no pensáis, el Hijo del hombre vendrá. Pues ignorándolo el padre de familia, el ladrón horada la casa, porque mientras el espíritu duerme de su propia custodia, la muerte imprevista viniendo irrumpe en el habitáculo de nuestra carne, y mata a aquel que como dueño de la casa encuentre durmiendo, porque cuando el espíritu mínimamente prevé las pérdidas futuras, la muerte lo arrebata al suplicio sin él saberlo. Pero resistiría al ladrón si vigilara, porque precaviendo la venida del juez, que ocultamente arrebata el alma, le saldría al encuentro arrepintiéndose, para que no perezca impenitente.

6. En verdad, nuestro Señor quiso que la última hora nos fuera incógnita por esta razón, para que siempre pueda ser sospechosa, de modo que mientras no podemos preverla, nos preparemos para ella sin intermisión. Por tanto, hermanos míos, fijad los ojos de vuestra mente en la condición de vuestra mortalidad; preparaos para el

juez que viene mediante llantos y lamentos diarios. Y puesto que a todos aguarda una muerte cierta, no penséis en las incertidumbres de la providencia de la vida temporal. Que no os agobie el cuidado de las cosas terrenas. Pues por más grandes masas de oro y plata que rodeen a la carne, por más preciosas vestiduras con que se vista, ¿qué otra cosa es sino carne? No atendáis, pues, a lo que tenéis, sino a lo que sois. ¿Queréis oír qué sois? El Profeta lo indica diciendo: Verdaderamente el pueblo es heno (Is. 40, 7). Pues si el pueblo no es heno, ¿dónde están aquellos que, habiendo pasado un año, celebraron con nosotros hoy el natalicio del bienaventurado Félix? ¡Oh, cuántas y qué clase de cosas pensaban sobre la provisión de la vida presente! Pero, deslizándose el momento de la muerte, de repente se encontraron en aquellas cosas que no querían prever, y perdieron a la vez todas las cosas temporales que, congregadas, parecían poseer como con estabilidad. Si, pues, la multitud pasada del género humano floreció en la carne por el nacimiento, se marchitó en el polvo por la muerte; evidentemente fue heno. Ya que, por tanto, las horas huyen en sus momentos, haced, hermanos carísimos, que se mantengan en la recompensa de la buena obra. Oíd lo que dice el sabio Salomón: Todo lo que pueda hacer tu mano, hazlo con instancia, porque ni obra, ni ciencia, ni razón, ni sabiduría habrá en el infierno, a donde tú te apresuras (Ecl. 9, 10). Porque, por tanto, ignoramos el tiempo de la muerte venidera, y después de la muerte no podemos obrar, resta que antes de la muerte

arrebatemos los tiempos concedidos. Pues así la misma muerte, cuando venga, será vencida, si antes de que venga siempre es temida.

HOMILÍA XIV.

Tenida ante el pueblo en la basílica del bienaventurado Pedro apóstol, el domingo segundo después de Pascua.

LECTURA DEL S. EVANG. SEGÚN JUAN 10, 11-16.

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, y el que no es pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo, y deja las ovejas, y huye; y el lobo las arrebata, y dispersa las ovejas. El mercenario huye porque es mercenario, y no le pertenecen las ovejas. Yo soy el buen pastor, y conozco a mis ovejas, y las mías me conocen a mí. Como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre, y pongo mi vida por mis ovejas. Y otras ovejas tengo que no son de este redil, y a aquellas me conviene traer, y oirán mi voz, y se hará un solo redil y un solo pastor.

1. Habéis oído, hermanos carísimos, de la lectura evangélica vuestra instrucción; habéis oído también nuestro peligro. Pues he aquí que aquel que es bueno no por un don accidental, sino esencialmente, dice: Yo soy el buen pastor. Y añade la forma de esa misma bondad para que nosotros la imitemos, diciendo: El buen pastor da su vida por sus ovejas. Hizo lo que amonestó; mostró lo

que mandó. El buen pastor puso su vida por sus ovejas, para convertir en nuestro sacramento su cuerpo y su sangre, y saciar con el alimento de su propia carne a las ovejas que había redimido. Se nos ha mostrado el camino del desprecio de la muerte para que lo sigamos; se nos ha propuesto la forma para que nos sea impresa. Lo primero para nosotros es emplear misericordiosamente nuestras cosas exteriores por sus ovejas; lo último, en verdad, si fuera necesario, administrar incluso nuestra muerte por esas mismas ovejas. Mas de lo primero que es lo mínimo se llega a lo último que es mayor. Pero siendo incomparablemente mucho mejor el alma con que vivimos que la sustancia terrena que poseemos exteriormente, el que no da su sustancia por las ovejas, ¿cuándo va a dar su alma por ellas? Y hay algunos que, mientras aman más la sustancia terrena que a las ovejas, merecidamente pierden el nombre de pastor. Sobre los cuales inmediatamente se añade: Pero el mercenario, y el que no es pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo, y deja las ovejas, y huye.

2. No es llamado pastor, sino mercenario, quien apacienta las ovejas del Señor no por amor íntimo, sino por recompensas temporales. Mercenario es, ciertamente, quien ocupa el lugar de pastor, pero no busca el lucro de las almas; anhela las comodidades terrenas, se goza en el honor de la prelacía, se alimenta de lucros temporales, se alegra por la reverencia que le dispensan los hombres. Pues estas son las mercedes del mercenario: que por el hecho mismo de que trabaja en

el gobierno, encuentre aquí lo que busca, y en el futuro quede ajeno a la herencia del rebaño. Pero si es pastor o mercenario, no puede conocerse verdaderamente si falta la ocasión de la necesidad. Pues en tiempo de tranquilidad, generalmente tanto el mercenario como el verdadero pastor están para la custodia del rebaño; pero el lobo que viene indica con qué ánimo estaba cada uno sobre la custodia del rebaño. Pues el lobo viene sobre las ovejas cuando cualquier injusto y arrebatador oprime a los fieles y humildes. Pero el que parecía ser pastor y no lo era, deja las ovejas y huye, porque mientras teme para sí el peligro por parte de aquel, no presume resistir a su injusticia. Huye, mas no cambiando de lugar, sino retirando el consuelo. Huye porque vio la injusticia y calló. Huye porque se escondió bajo el silencio. A los cuales bien se les dice por medio del profeta: No subisteis de frente, ni opusisteis muro por la casa de Israel, para que estuvierais en batalla en el día del Señor (Ez. 13, 5). Pues subir de frente es contradecir con la libre voz de la razón a cualesquiera potestades que actúan perversamente. Y en el día del Señor estamos en batalla por la casa de Israel, y oponemos un muro, si vindicamos a los fieles inocentes contra la injusticia de los perversos por la autoridad de la justicia. Como el mercenario no hace esto, cuando ve venir al lobo, huye.

3. Pero hay otro lobo que sin cesar diariamente desgarra no los cuerpos, sino las mentes, a saber, el espíritu maligno, que acechando rodea los apriscos de los fieles y busca la muerte de las almas. Sobre el cual lobo pronto se añade: Y el

lobo arrebata y dispersa las ovejas. Viene el lobo y el mercenario huye, porque el espíritu maligno desgarra las mentes de los fieles en la tentación, y el que ocupa el lugar de pastor no tiene el cuidado de la solicitud. Perecen las almas y él mismo se alegra por las comodidades terrenas. El lobo arrebata y dispersa las ovejas cuando atrae a uno a la lujuria, enciende a otro en la avaricia, eleva a otro en la soberbia, divide a otro por la ira, a este lo estimula la envidia, a aquel lo suplanta el engaño. Como si, por tanto, el lobo disipara el rebaño cuando el diablo mata al pueblo de los fieles mediante las tentaciones. Pero contra esto el mercenario no se enciende con ningún celo, ni se excita con ningún fervor de amor: porque mientras busca solo las comodidades exteriores, permite negligentemente las pérdidas interiores del rebaño. Por lo cual también pronto se añade: Pero el mercenario huye porque es mercenario, y no le pertenecen las ovejas. Pues la única causa para que el mercenario huya es porque es mercenario. Como si se dijera abiertamente: No puede permanecer en el peligro de las ovejas quien, en aquello en que preside a las ovejas, no ama a las ovejas, sino que busca el lucro terreno. Pues mientras abraza el honor, mientras se alegra por las comodidades temporales, tiembla al oponerse contra el peligro, para no perder esto que ama. Pero porque nuestro Redentor dio a conocer las culpas del falso pastor, mostró de nuevo la forma que debemos imprimirnos, diciendo: Yo soy el buen Pastor. Y añade: Y conozco a mis ovejas, esto es, las amo, y las mías me conocen a mí. Como si

dijera claramente: Los que aman, obedecen. Pues quien no ama la verdad, todavía la ha conocido muy poco.

4. Ya que, por tanto, habéis oído, carísimos hermanos, nuestro peligro, considerad en las palabras del Señor también vuestro peligro. Ved si sois sus ovejas, ved si le conocéis, ved si conocéis la luz de la verdad. Pero digo que conocéis, no por la fe, sino por el amor. Digo que conocéis, no por la credulidad, sino por la obra. Pues el mismo Juan evangelista que dice esto testifica, diciendo: El que dice que conoce a Dios, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso (1 Jn 2, 4). Por lo cual también en este lugar el Señor añade inmediatamente: Como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre, y pongo mi vida por mis ovejas. Como si dijera abiertamente: En esto consta que yo también conozco al Padre, y soy conocido por el Padre, porque pongo mi vida por mis ovejas; es decir, con aquella caridad por la que muero por las ovejas muestro cuánto amo al Padre. Pero porque había venido a redimir no solo a Judea, sino también a la gentilidad, añade: Y tengo otras ovejas que no son de este redil, y a aquellas me conviene traer, y oirán mi voz, y se hará un solo redil y un solo pastor. El Señor había mirado nuestra redención, los que venimos del pueblo gentil, cuando decía que traería también a otras ovejas. Esto veis que sucede diariamente, hermanos, esto veis hecho hoy en las naciones reconciliadas. Pues como de dos rebaños hace un solo redil, porque une al pueblo judaico y al gentil en su fe, atestiguándolo Pablo, quien dice:

Él es nuestra paz, que hizo de ambos uno (Ef 2, 14). Pues mientras elige de ambas naciones a los sencillos para la vida eterna, conduce a las ovejas al redil propio.

3. De las cuales ovejas ciertamente dice de nuevo: Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy la vida eterna (Jn 10, 27). De las cuales también dice un poco más arriba: Por mí si alguno entrare, se salvará, y entrará, y saldrá, y hallará pastos (Ibíd., 9). Entrará ciertamente a la fe, pero saldrá de la fe a la visión, de la credulidad a la contemplación, y hallará pastos en la eterna refección. Sus ovejas, pues, hallan pastos, porque cualquiera que le sigue con corazón sencillo, es nutrido con el alimento del verdor eterno. ¿Pero cuáles son los pastos de estas ovejas, sino los gozos internos del paraíso siempre verde? Pues los pastos de los elegidos son el rostro presente de Dios, que mientras se contempla sin defecto, la mente se sacia sin fin con el alimento de vida. En estos pastos se han alegrado de la saciedad de la eternidad los que ya escaparon de los lazos de la temporalidad voluptuosa. Allí los coros himnídicos de los ángeles, allí la sociedad de los ciudadanos celestiales. Allí la dulce solemnidad de los que regresan del triste trabajo de esta peregrinación. Allí los próvidos coros de los profetas, allí el número juzgador de los apóstoles, allí el ejército vencedor de innumerables mártires, tanto más alegre allí, cuanto aquí más duramente afligido; allí la constancia de los confesores, consolada por la percepción de su premio; allí los hombres fieles a quienes el placer

del mundo no pudo ablandar de la fortaleza de su virilidad; allí las santas mujeres que con el mundo vencieron también su sexo; allí los niños que aquí trascendieron sus años por sus costumbres; allí los ancianos a quienes aquí la edad hizo débiles, y no los abandonó la virtud de la obra.

6. Busquemos, pues, carísimos hermanos, estos pastos, en los cuales nos alegremos con la solemnidad de tantos ciudadanos. Que la misma festividad de los que se alegran nos invite. Ciertamente, si en algún lugar el pueblo celebrara ferias, o si concurriera a la dedicación de alguna iglesia con una solemnidad anunciada, nos apresuraríamos todos juntos a encontrarnos allí, y cada uno se esmeraría por estar presente, y creería estar afligido por una grave pérdida si no viera la solemnidad del gozo común. He aquí que en los cielos se celebra la alegría de los ciudadanos elegidos; a su vez, todos se felicitan mutuamente en su asamblea, y sin embargo nosotros, tibios en el amor de la eternidad, no ardemos con ningún deseo, no buscamos estar presentes en tanta solemnidad, se nos priva de los gozos, y estamos contentos. Encendamos, pues, el ánimo, hermanos; recalózcase la fe en aquello que ha creído, ardamos en nuestros deseos hacia lo celestial, y así amar es ya ir. Que ninguna adversidad nos aparte del gozo de la solemnidad interna, porque si alguien desea ir a un lugar propuesto, cualquier aspereza del camino no cambia su deseo. Que ninguna prosperidad halagadora nos seduzca, porque es un viajero necio el que, contemplando amenos prados en el camino, se olvida de ir a

donde tendía. Por tanto, con todo deseo el ánimo anhele la patria celestial; nada busque en este mundo, el cual consta que dejará pronto, para que si somos verdaderamente ovejas del Pastor celestial, porque no nos fijamos en el deleite del camino, seamos saciados en los pastos eternos al llegar.

HOMILÍA XV.

Tenida ante el pueblo en la basílica de san Pablo apóstol, el domingo de Sexagésima. LECCIÓN DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN LUCAS 8, 4-15.

En aquel tiempo, como se juntase una gran multitud, y de las ciudades acudiesen a Jesús, dijo por una semejanza: Salió el sembrador a sembrar su semilla. Y, mientras sembraba, una parte cayó junto al camino, y fue pisoteada, y las aves del cielo la comieron. Y otra parte cayó sobre la piedra, y nacida se secó, porque no tenía humedad. Y otra parte cayó entre espinas, y las espinas que nacieron con ella la ahogaron. Y otra parte cayó en buena tierra, y nacida dio fruto al ciento por uno. Diciendo estas cosas, exclamaba: El que tiene oídos para oír, oiga. Pero sus discípulos le preguntaban qué sería esta parábola. A los cuales él dijo: A vosotros os es dado conocer el misterio del reino de Dios, pero a los demás en parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan. Pues esta es la parábola: La semilla es la palabra de Dios. Y los que están junto al camino son los que oyen, luego viene el diablo, y quita la palabra de su corazón, para que creyendo no se salven. Pues los que están sobre la piedra son los que,

cuando han oído, reciben la palabra con gozo. Y estos no tienen raíces, porque creen por un tiempo, y en el tiempo de la tentación se apartan. Pues lo que cayó entre espinas son los que oyeron, y por las preocupaciones, y las riquezas, y los placeres de la vida, al irse se ahogan, y no dan fruto. Pues lo que cayó en buena tierra son los que en un corazón bueno y óptimo, oyendo la palabra, la retienen, y dan fruto en paciencia.

1. La lección del santo Evangelio que acabáis de oír, carísimos hermanos, no necesita exposición, sino amonestación. Pues aquello que la Verdad expuso por sí misma, la fragilidad humana no presume discutirlo. Pero hay algo que debéis considerar solícitamente en esta misma exposición dominical: porque si nosotros os dijéramos que la semilla significa la palabra, el campo el mundo, las aves los demonios, y las espinas las riquezas, vuestra mente dudaría quizás en creernos. Por lo cual también el mismo Señor se dignó exponer por sí mismo lo que decía, para que sepáis buscar las significaciones de las cosas incluso en aquellas que no quiso explicar por sí mismo. Al exponer, pues, lo que dijo, dio a conocer que hablaba figuradamente, a fin de haceros ciertos cuando nuestra fragilidad os abriera las figuras de sus palabras. ¿Pues quién me creería jamás, si yo hubiera querido interpretar las espinas como riquezas, máxime cuando aquellas pinchan y estas deleitan? Y sin embargo son espinas, porque laceran la mente con los pinchazos de sus pensamientos, y cuando la arrastran hasta el pecado, la ensangrientan como con una

herida infligida. A las cuales en este lugar, atestiguándolo otro evangelista, de ningún modo el Señor llama riquezas, sino riquezas engañosas (Mt 13, 22). Pues son engañosas las que no pueden permanecer con nosotros por mucho tiempo; son engañosas las que no expulsan la penuria de nuestra mente. Solo son riquezas verdaderas las que nos hacen ricos en virtudes. Si por tanto, carísimos hermanos, deseáis ser ricos, amad las riquezas verdaderas. Si buscáis la cumbre del verdadero honor, tended hacia el reino celestial. Si amáis la gloria de las dignidades, apresuraos a ser inscritos en aquella suprema corte celestial de los ángeles.

2. Las palabras del Señor, que percibís con el oído, retenedlas en la mente. Pues el alimento de la mente es el sermón de Dios. Y como el alimento aceptado es rechazado por un estómago lánguido, cuando el sermón oído no se mantiene en el vientre de la memoria. Pero cualquiera que no retiene los alimentos, ciertamente se desespera de su vida. Temed, pues, el peligro de la muerte eterna, si recibís ciertamente el alimento de la santa exhortación, pero no mantenéis en la memoria las palabras de vida, esto es, los alimentos de la justicia. He aquí que pasa todo lo que hacéis, y hacia el juicio final, sin interposición de momento alguno, os apresuráis diariamente, queriendo o sin querer. ¿Por qué, pues, se ama lo que se deja atrás? ¿Por qué se descuida aquello a lo que se llega? Acordaos de lo que se dice: El que tiene oídos para oír, oiga. Pues todos los que allí estaban presentes tenían oídos del cuerpo.

Pero quien dice a todos los que tienen oídos: El que tiene oídos para oír, oiga, sin duda alguna requiere los oídos del corazón. Cuidad, pues, que el sermón aceptado permanezca en el oído del corazón. Cuidad que la semilla no caiga junto al camino, para que el espíritu maligno no venga y quite la palabra de la memoria. Cuidad que la tierra pedregosa no reciba la semilla, y brote el fruto de la buena obra sin las raíces de la perseverancia. Pues a muchos les agrada lo que oyen, y proponen los inicios de una buena obra; pero tan pronto como comienzan a fatigarse por las adversidades, abandonan lo comenzado. La tierra pedregosa, pues, no tuvo humedad, la cual no condujo aquello que había germinado al fruto de la perseverancia. Pues muchos, cuando oyen la palabra contra la avaricia, detestan esa misma avaricia y alaban el desprecio de todas las cosas; pero tan pronto como el ánimo ve lo que codicia, se olvida de lo que alababa. Muchos, cuando oyen la palabra contra la lujuria, no solo no desean perpetrar las poluciones de la carne, sino que incluso se avergüenzan de las perpetradas; pero tan pronto como la apariencia de la carne aparece ante sus ojos, de tal modo el ánimo se siente arrebatado por los deseos, como si todavía nada se hubiera deliberado contra estos mismos deseos; y hace cosas condenables, las cuales, cualquier cosa que recuerde haber hecho, ya ella misma la condenó. A menudo también sentimos compunción contra las culpas, y sin embargo después del llanto volvemos a las mismas culpas. Así Balaam, contemplando los tabernáculos del pueblo israe-

lita, lloró, y pide llegar a ser semejante a ellos en la muerte, diciendo: Muera mi alma con la muerte de los justos, y sean mis postrimerías semejantes a las de estos (Nm 23, 10); pero tan pronto como pasó la hora de la compunción, se encendió en la iniquidad de la avaricia. Pues a causa de los dones prometidos, dio consejo para la muerte de aquel pueblo, a cuya muerte deseó hacerse semejante; y se olvidó de lo que había deplorado, cuando no quiso extinguir lo que ardía por la avaricia.

3. Debe notarse ciertamente lo que el Señor dice al exponer, que las preocupaciones, y los placeres, y las riquezas ahogan la palabra. Pues la ahogan porque con sus pensamientos inoportunos estrangulan la garganta de la mente; y mientras no permiten que el buen deseo entre al corazón, matan como el acceso del hálito vital. Debe notarse también que son dos las cosas que une a las riquezas, a saber, las preocupaciones y los placeres, porque ciertamente tanto oprimen la mente por la preocupación, como la relajan por la afluencia. Pues por una cosa contraria hacen a sus poseedores tanto afligidos como resbaladizos. Pero porque el placer no puede concordar con la aflicción, en un tiempo ciertamente afligen por la preocupación de su custodia, y en otro por la abundancia ablandan hacia los placeres.

4. Pero la buena tierra da fruto por la paciencia, porque a saber no hay cosas buenas que hagamos, si no toleramos también con ecuanimidad los males de los prójimos. Pues cuanto más alto haya progresado cada uno, tanto más encuentra en este mundo lo que porte más

duramente, porque cuando el amor de nuestra mente falta del presente siglo, la adversidad del mismo siglo crece. De aquí es pues que vemos a muchísimos tanto hacer cosas buenas, como sin embargo sudar bajo el grave fardo de las tribulaciones. Pues ya huyen de los deseos terrenos, y sin embargo son fatigados por flagelos más duros. Pero según la voz del Señor dan fruto por la paciencia, porque cuando reciben humildemente los flagelos, después de los flagelos son recibidos sublimemente al descanso. Así la uva es golpeada por los talones, y se licua en el sabor del vino. Así la oliva exprimida por las contusiones abandona su amurca, y engorda en el licor del aceite. Así por la trilla de la era los granos son separados de las pajas, y llegan purificados al granero. Cualquiera pues que desee vencer plenamente los vicios, procure tolerar humildemente los flagelos de su purgación, para que tanto después venga más limpio ante el juez, cuanto ahora el fuego de la tribulación purga su herrumbre.

5. En aquel pórtico que es paso para los que van a la iglesia del bendito Clemente, hubo un cierto hombre llamado Sérvulo, a quien muchos de vosotros conocéis conmigo, pobre en bienes, rico en méritos, a quien una larga enfermedad había consumido. Pues desde su temprana edad hasta el fin de su vida yacía paralítico. ¿Qué diré, que no podía estar de pie? Él, que nunca fue capaz de levantarse en su cama ni siquiera para sentarse, nunca de llevar su mano a la boca, nunca pudo inclinarse hacia el otro lado. Su madre con su hermano estaba presente para servirle, y

cualquier cosa que pudiera recibir de la limosna, esto lo distribuía a los pobres por manos de ellos. De ningún modo conocía las letras, pero se había comprado para sí códices de la sagrada Escritura, y recibiendo a cualesquiera religiosos en hospitalidad, hacía que estos leyeran ante él sin intermisión. And sucedió que, en cuanto a su propia medida, aprendió plenamente la sagrada Escritura, aunque, como dije, ignoraba profundamente las letras. Procuraba en el dolor dar siempre gracias, y vacar en himnos a Dios y alabanzas día y noche. Pero cuando ya llegó el tiempo en que su tan gran paciencia debió ser remunerada, el dolor de los miembros volvió a las partes vitales. Y cuando se reconoció ya próximo a la muerte, amonestó a los hombres peregrinos y a los recibidos en hospitalidad para que se levantaran, y cantaran con él salmos en espera de su salida. Y mientras él mismo moribundo salmodiaba con ellos, de repente acalló las voces de los que salmodiaban, diciendo con el terror de un gran clamor: Callad, ¿acaso no oís cuántas alabanzas resuenan en el cielo? Y mientras aplicaba el oído del corazón a aquellas mismas alabanzas que había oído interiormente, aquella alma santa fue desatada de la carne. Pero al salir ella, tal fragancia de olor se esparció allí, que todos los que estaban presentes se llenaron de una inestimable suavidad, de modo que por esto conocieron patentemente que las alabanzas en el cielo la habían recibido. Nuestro monje estuvo presente en este hecho, el cual vive todavía hoy, y suele atestiguar con gran llanto que hasta que su cuerpo fue entregado a la

sepultura, la fragancia de aquel olor no se apartó de sus narices. He aquí con qué fin salió de esta vida quien en esta vida toleró con ecuanimidad los flagelos. Según la voz del Señor, pues, la buena tierra dio fruto por la paciencia, la cual, arada por el arado de la disciplina, llegó a la mies de la remuneración. Pero os ruego, carísimos hermanos, atended qué argumento de excusa tendremos en aquel severo juicio nosotros, que, torpes para la buena obra, recibimos tanto bienes como manos, si un indigente y sin manos cumplió los preceptos dominicales. Que no muestre entonces el Señor contra nosotros a los apóstoles que atrajeron consigo al reino a turbas de fieles predicando, que no exhiba contra nosotros a los mártires que llegaron a la patria celestial derramando su sangre. ¿Qué diremos entonces, cuando veamos a este Sérvulo de quien hemos hablado, a quien un largo languidecimiento sujetó los brazos, pero sin embargo no los ligó para la buena obra? Tratad estas cosas con vosotros mismos, hermanos, así instigaos al estudio de la buena obra, para que cuando ahora os propongáis a los buenos para imitarlos, podáis entonces ser sus consortes.

HOMILÍA XVI.

Tenida ante el pueblo en la basílica de san Juan, llamada Constantiniana, el primer domingo de Cuaresma. LECCIÓN DEL EVANGELIO SEGÚN MATEO 4, 1-11.

En aquel tiempo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu, para ser tentado por el diablo. Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta

noches, después tuvo hambre. Y acercándose el tentador, le dijo: Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. Él respondiendo dijo: Escrito está: No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa, y lo puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate abajo. Pues escrito está: Que mandó a sus ángeles acerca de ti, y en sus manos te llevarán, para que no tropiece tu pie en piedra alguna. Jesús le dijo: También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. De nuevo el diablo lo llevó a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré si, postrándote, me adorares. Entonces Jesús le dice: Vete, Satanás; porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás. Entonces el diablo lo dejó, y he aquí que los ángeles se acercaron y le servían.

1. Suele dudarse por algunos por qué espíritu fue Jesús llevado al desierto, debido a esto que se añade: El diablo lo llevó a la ciudad santa. Y de nuevo: Lo llevó a un monte muy alto. Pero verdaderamente y sin ninguna cuestión se acepta convenientemente que se crea llevado al desierto por el Espíritu Santo, para que su Espíritu lo llevara allí, donde ahora el espíritu maligno lo encontrara para tentarlo. Pero he aquí que cuando se dice que el Dios hombre fue llevado por el diablo o a un monte excelso, o a la ciudad santa, la mente retrocede, los oídos humanos se horrorizan al oír esto. Sin embargo, conocemos que estas cosas no son increíbles, si consideramos en

él otros hechos. Ciertamente el diablo es la cabeza de todos los inicuos, y todos los inicuos son miembros de esta cabeza. ¿Acaso no fue Pilato un miembro del diablo? ¿Acaso no fueron miembros del diablo los judíos que perseguían y los soldados que crucificaban a Cristo? ¿Qué tiene de extraño, pues, si permitió ser llevado a un monte por aquel, quien permitió incluso ser crucificado por sus miembros? No es, por tanto, indigno de nuestro Redentor que quisiera ser tentado, él que había venido a ser muerto. Pues era justo que así venciera nuestras tentaciones con sus tentaciones, como había venido a superar nuestra muerte con su muerte. Pero debemos saber que la tentación se realiza de tres modos: por sugestión, delectación y consenso. Y nosotros, cuando somos tentados, muchísimas veces caemos en la delectación, o incluso en el consenso, porque, propagados del pecado de la carne, llevamos también en nosotros mismos aquello por lo que toleramos combates. Pero Dios, que, encarnado en el útero de la Virgen, había venido al mundo sin pecado, no toleraba nada de contradicción en sí mismo. Pudo, por tanto, ser tentado por sugestión, pero la delectación del pecado no mordió su mente. Y por lo mismo, toda aquella tentación diabólica fue por fuera, no por dentro.

2. Pero si miramos el orden mismo de su tentación, consideremos por qué magnitud somos liberados de la tentación. El antiguo enemigo se levantó contra el primer hombre nuestro padre en tres tentaciones, porque a saber lo tentó por la gula, la vanagloria y la avaricia; pero tentando

venció, porque se lo sometió a sí mismo mediante el consenso. Por la gula ciertamente lo tentó cuando mostró el alimento prohibido del árbol, y persuadió a comerlo. Por la vanagloria tentó cuando dijo: Seréis como dioses (Gén 3, 5). Y por el progreso de la avaricia tentó cuando dijo: Conociendo el bien y el mal. Pues la avaricia no es solo de dinero, sino también de altura. Pues rectamente se llama avaricia cuando se ambiciona la sublimidad más allá de la medida. Pues si la rapiña del honor no perteneciera a la avaricia, de ningún modo Pablo diría del unigénito Hijo de Dios: No juzgó rapiña el ser igual a Dios (Flp 2, 6). En esto además el diablo arrastró a nuestro padre a la soberbia, porque lo excitó a la avaricia de la sublimidad.

3. Pero por los mismos modos en que derribó al primer hombre, por esos mismos modos sucumbió ante el segundo hombre al ser tentado. Por la gula ciertamente tienta cuando dice: Di que estas piedras se conviertan en panes. Por la vanagloria tienta cuando dice: Si eres el Hijo de Dios, échate abajo. Por la avaricia de la sublimidad tienta cuando muestra todos los reinos del mundo, diciendo: Todo esto te daré si, postrándote, me adorares. Pero por los mismos modos es vencido por el segundo hombre en los cuales se gloriaba de haber vencido al primer hombre, para que, capturado, salga de nuestros corazones por esa misma entrada por la cual, habiendo sido introducido, nos retenía. Pero hay otra cosa, carísimos hermanos, que debemos considerar en esta tentación dominical: que el Señor, tentado

por el diablo, respondió con los preceptos de la sagrada elocución, y él, que con aquel Verbo que era podía sumergir a su tentador en el abismo, no mostró la virtud de su poder, sino que dio solo los preceptos de la divina Escritura, a fin de ofrecernos un ejemplo de su paciencia, para que cada vez que suframos algo de hombres malvados, seamos incitados a la doctrina más bien que a la venganza. Considerad cuán grande es la paciencia de Dios, y cuán grande nuestra impaciencia. Nosotros, si somos provocados por injurias o alguna lesión, movidos por la furia, o bien nos vengamos nosotros mismos cuanto podemos, o bien amenazamos con lo que no podemos hacer. He aquí que el Señor soportó la adversidad del diablo, y no le respondió sino palabras de mansedumbre. Soporta a quien podía castigar, para que esto creciera más profundamente en su alabanza, si vencía a su enemigo no extinguiéndolo, sino sufriéndolo por un tiempo.

4. Pero debe notarse lo que se añade: que, al retirarse el diablo, los ángeles le servían. ¿En lo cual qué otra cosa se muestra sino ambas naturalezas de una sola persona? Porque es tanto hombre a quien el diablo tienta, como es el mismo Dios a quien los ángeles sirven. Reconozcamos, pues, en él nuestra naturaleza, porque si el diablo no viera a este como hombre, no lo tentaría. Veneremos en él su divinidad, porque si no existiera como Dios sobre todas las cosas, de ningún modo los ángeles le servirían.

5. Pero porque en estos días la lección es congruente, pues hemos oído la abstinencia de

cuarenta días de nuestro Redentor, nosotros que comenzamos el tiempo de la Cuaresma, debemos discutir por qué esta misma abstinencia se guarda por el número de cuarenta días. Pues Moisés, para recibir la ley, ayunó por segunda vez cuarenta días (Éx 34, 28). Elías en el desierto se abstuvo por cuarenta días (3 Re 19, 8). El mismo autor de los hombres, viniendo a los hombres, no tomó alimento alguno en cuarenta días (Mt 4, 2). Nosotros también, en cuanto podemos, intentemos afligir nuestra carne por la abstinencia en el tiempo anual de la Cuaresma. ¿Por qué, pues, se guarda el número cuarentenario en la abstinencia, sino porque la virtud del Decálogo se cumple por los cuatro libros del santo Evangelio? Pues el diez, multiplicado por cuatro, surge en el cuarenta, porque entonces perfeccionamos los mandatos del Decálogo cuando ciertamente guardamos los cuatro libros del santo Evangelio. De lo cual puede sentirse también otra cosa. Pues en este cuerpo mortal subsistimos de cuatro elementos, y por los placeres del mismo cuerpo contravenimos los preceptos dominicales. Pero los preceptos dominicales fueron recibidos por el Decálogo. Porque, por tanto, por los deseos de la carne despreciamos los mandatos del Decálogo, es digno que aflijamos esa misma carne cuatro veces diez. Aunque sobre este tiempo de la Cuaresma hay todavía otra cosa que puede entenderse. Pues desde el presente día hasta los gozos de la solemnidad pascual vienen seis semanas, de las cuales ciertamente se hacen cuarenta y dos días. De los cuales, mientras se restan de la abstinencia

los seis domingos, no quedan más que treinta y seis días en abstinencia. Pero mientras el año se conduce por trescientos sesenta y cinco días, y nosotros somos afligidos por treinta y seis días, damos a Dios como los diezmos de nuestro año, para que nosotros, que hemos vivido para nosotros mismos por el año recibido, nos mortifiquemos ante nuestro autor en sus diezmos mediante la abstinencia. Por lo cual, carísimos hermanos, así como se os manda en la ley ofrecer los diezmos de las cosas (Lev 27, 30 y sigs.), así procurad ofrecerle también los diezmos de los días. Cada uno, en cuanto la virtud le baste, macere la carne, y aflija sus deseos, y mate las concupiscencias torpes, para que, según la voz de Pablo, se haga hostia viva (Rom 12, 1). Una hostia ciertamente es tanto inmolada como viva, cuando el hombre no falta de esta vida y, sin embargo, se mata a sí mismo de los deseos carnales. La carne alegre nos arrastró a la culpa, la afligida nos devuelva al perdón. Pues el autor de nuestra muerte transgredió los preceptos de vida por el fruto del árbol prohibido. Por tanto, los que caímos de los gozos del paraíso por el alimento, resurjamos a ellos, en cuanto podemos, por la abstinencia.

6. Pero que nadie crea que esa misma abstinencia sola puede bastarle, cuando por el profeta dice el Señor: ¿No es este más bien el ayuno que yo elegí?, añadiendo: Parte tu pan con el hambriento, y a los pobres y vagabundos introduce en tu casa; cuando veas al desnudo, cúbrelo, y no desprecies tu propia carne (Is 58, 6. 7). Aquel ayuno, pues, aprueba Dios, que levanta a sus ojos la

mano de las limosnas, que se realiza con amor al prójimo, que se sazona con la piedad. Esto pues que te quitas a ti mismo, dalo a otro, para que de donde tu carne es afligida, de allí la carne del prójimo necesitado sea reparada. De aquí ciertamente por el profeta dice el Señor: Cuando ayunabais y llorabais, ¿acaso ayunasteis un ayuno para mí? Y cuando coméis y bebéis, ¿acaso no coméis para vosotros, y para vosotros mismos bebéis? (Zac 7, 5. 6.) Pues come y bebe para sí quien percibe los alimentos del cuerpo, que son dones comunes del Creador, sin los indigentes. Y cada uno ayuna para sí, si aquellas cosas que se quita por un tiempo no las entrega a los pobres, sino que las guarda para ser ofrecidas al vientre después. De aquí se dice por Joel: Santificad el ayuno (Jl 1, 14; 2, 15). Santificar el ayuno ciertamente es, añadidas otras obras buenas, mostrar una abstinencia de la carne digna de Dios. Cese la ira, adormézcanse los pleitos. Pues en vano se desgasta la carne, si el ánimo no se refrena de sus perversos placeres, cuando por el profeta dice el Señor: He aquí que en el día de vuestro ayuno se halla vuestra voluntad. He aquí que para pleitos y contiendas ayunáis, y herís con el puño impíamente, y reclamáis a todos vuestros deudores (Is 58, 3). Pues ni hace algo injusto quien reclama de su deudor lo que dio, pero es digno que quien se macera en penitencia se prohíba incluso aquello que justamente le compete. Así, así a nosotros afligidos y penitentes se nos perdona por Dios lo que hicimos injustamente, si por su amor

relajamos también aquello que justamente nos compete.

HOMILÍA XVII.

Tenida ante los obispos en las fuentes Lateranenses. LECCIÓN DEL EVANGELIO SEGÚN LUCAS 10, 1-9.

En aquel tiempo, designó el Señor también a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos ante su faz a toda ciudad y lugar adonde él mismo había de venir. Y les decía: La mies ciertamente es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Id, he aquí que yo os envío como corderos entre lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado, y a nadie saludéis por el camino. En cualquier casa en que entréis, decid primero: Paz a esta casa. And si allí hubiere un hijo de la paz, descansará sobre él vuestra paz; si no, volverá a vosotros. Permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que haya entre ellos. Pues digno es el obrero de su salario. No paséis de casa en casa. Y en cualquier ciudad en que entréis y os reciban, comed lo que os pongan; y curad a los enfermos que haya en ella, y decidles: Se ha acercado a vosotros el reino de Dios.

1. Nuestro Señor y Salvador, carísimos hermanos, a veces nos amonesta con palabras, a veces ciertamente con obras. Pues sus mismos hechos son preceptos, porque mientras hace algo en silencio, da a conocer qué debemos hacer. He aquí pues que envía a los discípulos de dos en dos a la predicación, porque dos son los preceptos de la

caridad, a saber, el amor de Dios y del prójimo, y menos que entre dos no puede tenerse caridad. Pues nadie se dice propiamente que tiene caridad hacia sí mismo, sino que el amor tiende hacia otro para que pueda ser caridad. El Señor envía a los discípulos de dos en dos a predicar, a fin de que nos insinúe esto en silencio: que quien no tiene caridad hacia otro, de ningún modo debe asumir el oficio de la predicación.

2. Pero bien se dice que los envió ante su faz a toda ciudad y lugar adonde él mismo había de venir. Pues el Señor sigue a sus predicadores, porque la predicación precede, y entonces el Señor viene a la morada de nuestra mente, cuando las palabras de exhortación corren delante, y por ellas la verdad es recibida en la mente. Por esto pues dice Isaías a los mismos predicadores: Preparad el camino del Señor, haced derechas las sendas de nuestro Dios (Is 40, 3). Por esto les dice el Salmista: Haced camino al que asciende sobre el ocaso (Sal 67, 5). Pues sobre el ocaso ascendió el Señor, porque de donde sucumbió en la pasión, de allí manifestó su mayor gloria resurgendo. Sobre el ocaso a saber ascendió, porque la muerte que padeció, la pisoteó resurgiendo. Al que asciende sobre el ocaso, pues, le hacemos camino cuando predicamos su gloria a vuestras mentes, para que él mismo, viniendo después, las ilustre por la presencia de su amor.

3. Pero enviados los predicadores, oigamos lo que dice: La mies ciertamente es mucha, pero los obreros pocos. Rogad pues al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Para mies mucha los

obreros son pocos, lo cual no podemos decir sin grave dolor, porque aunque hay quienes oigan cosas buenas, faltan quienes las digan. He aquí que el mundo está lleno de sacerdotes, pero sin embargo en la mies de Dios muy rara vez se encuentra un trabajador, porque hemos asumido ciertamente el oficio sacerdotal, pero no cumplimos la obra del oficio. Pero considerad, carísimos hermanos, considerad lo que se dice: Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Pedid por nosotros, para que podamos trabajar dignamente para vosotros, no sea que la lengua se entorpezca para la exhortación, no sea que después de haber asumido el lugar de la predicación, nuestro silencio nos condene ante el juez justo. Pues a menudo por su propia maldad se restringe la lengua de los que predican; pero a menudo ciertamente sucede por culpa de los súbditos que se les quite la palabra de la predicación a los que presiden. Por su propia maldad ciertamente se restringe la lengua de los que predican, como dice el Salmista: Pero al pecador dijo Dios: ¿Por qué narras tú mis justicias? (Sal 49, 16.) Y de nuevo por el vicio de los súbditos se prohíbe la voz de los que predican, como dice el Señor a Ezequiel: Haré que tu lengua se pegue a tu paladar, y estarás mudo, y no como hombre que reprende, porque es una casa exasperante (Ez 3, 26). Como si dijera abiertamente: Por eso se te quita la palabra de la predicación, porque mientras el pueblo me exaspera en sus actos, no es digno de que se le haga la exhortación de la verdad. Por el vicio de quién pues se le quite la palabra al predicador,

no se conoce fácilmente. Pero que el silencio del Pastor a veces le daña a él mismo, y siempre daña a los súbditos, se sabe con toda certeza.

4. Pero ojalá que si no somos suficientes para la virtud de la predicación, mantengamos el oficio de nuestro lugar en inocencia de vida. Pues se añade: He aquí que yo os envío como corderos entre lobos. Pero muchos, cuando asumen los derechos del régimen, se encienden para desgarrar a los súbditos, muestran el terror de la potestad, y dañan a quienes debieron haber aprovechado. Y porque no tienen entrañas de caridad, desean parecer señores, mínimamente se reconocen como padres, cambian el lugar de la humildad por la elación de la dominación, y si alguna vez halagan por fuera, se ensañan por dentro. De los cuales dice en otra parte la Verdad: Vienen a vosotros vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces (Mt 7, 15). Contra lo cual debemos considerar todos que somos enviados como corderos entre lobos, para que, conservando el sentido de la inocencia, no tengamos el mordisco de la malicia. Pues quien asume el lugar de la predicación no debe inferir males, sino tolerarlos, para que por su misma mansedumbre mitigue la ira de los que se ensañan, y él mismo herido en otras aflicciones sane las heridas de los pecados en otros. Al cual, si alguna vez el celo de la rectitud le exige ensañarse con los súbditos, ese mismo furor sea por amor, no por crueldad, a fin de que muestre los derechos de la disciplina por fuera, y por dentro ame con paterna piedad a quienes por fuera castiga como persiguiéndolos. Lo cual entonces

el Rector muestra bien, cuando no sabe amarse a sí mismo por amor privado, cuando nada de lo que es del mundo desea, cuando de ningún modo somete el cuello de su mente a las cargas de la terrena cupidez.

5. De donde también se añade: No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado, y a nadie saludéis por el camino. Pues el predicador debe tener tanta confianza en Dios que, aunque no prevea los gastos de la vida presente, sepa sin embargo con toda certeza que estos no le faltarán, para que, mientras su mente se ocupa de las cosas temporales, no provea menos las eternas a los demás. Al cual también se le concede no saludar a nadie por el camino, para que se muestre con cuánta rapidez debe proseguir el viaje de la predicación. Si alguien quiere que estas palabras se entiendan también por alegoría, en la bolsa está encerrada la moneda; pero la moneda encerrada es la sabiduría oculta. Quien, por tanto, tiene la palabra de sabiduría, pero descuida entregarla al prójimo, la retiene como moneda atada en la bolsa. De donde está escrito: La sabiduría escondida y el tesoro oculto, ¿qué utilidad hay en ambos? (Ecli. 41, 17). ¿Y qué es la alforja, sino las cargas del siglo; y qué significan en este lugar el calzado, sino los ejemplos de obras muertas? Quien, pues, asume el oficio de la predicación, no es digno que lleve la carga de los negocios seculares, para que, mientras esta oprime su cuello, no deje de elevarse a predicar las cosas celestiales. Ni debe mirar los ejemplos de obras necias, para que no crea proteger sus propias obras como con pieles

muertas. Pues hay muchos que defienden su propia perversidad por las perversidades ajenas. Porque consideran que otros han hecho tales cosas, piensan que ellos las hacen lícitamente. Estos, ¿qué otra cosa hacen sino intentar proteger sus pies con las pieles de animales muertos? Todo el que saluda en el camino, saluda por ocasión del viaje, no por el estudio de desear esa misma salvación. El que, por tanto, no por amor a la patria eterna, sino por la ambición de premios, predica la salvación a los oyentes, saluda como en el camino, porque por ocasión, y no por intención, desea la salvación para los oyentes.

6. Sigue: En cualquier casa que entréis, decid primero: Paz a esta casa. Y si allí hubiera un hijo de la paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, volverá a vosotros. La paz que se ofrece por la boca del predicador, o bien descansa en la casa, si en ella hubiera un hijo de la paz, o bien vuelve al mismo predicador; porque o bien cada uno estará predestinado a la vida, y sigue la palabra celestial que oye; o bien, si nadie quisiera oír, el predicador mismo no estará sin fruto, porque la paz vuelve a él, ya que por el Señor se le recompensa la merced por el labor de su obra.

7. Mas he aquí que el que prohibió llevar alforja y bolsa concede gastos y alimentos por esa misma predicación. Pues se añade: Permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que tengan. Porque el obrero es digno de su salario. Si nuestra paz es recibida, es digno que permanezcamos en la misma casa comiendo y bebiendo lo que tengan, para que consigamos de

ellos estipendios terrenos, a quienes ofrecemos los premios de la patria celestial. De donde también Pablo, tomando estas mismas cosas por lo mínimo, dice: Si nosotros hemos sembrado para vosotros lo espiritual, ¿es gran cosa si segamos vuestras cosas carnales? (1 Cor. 9, 11). Y debe notarse lo que se añade: Digno es el obrero de su salario, porque ya los mismos alimentos de sustentación son del salario de la obra, para que aquí se inicie la merced por el trabajo de la predicación, la cual allá se perfecciona con la visión de la verdad. En lo cual debe considerarse que a nuestra única obra se deben dos mercedes, una en el camino, otra en la patria; una que nos sustenta en el trabajo, otra que nos remunera en la resurrección. Por tanto, la merced que se recibe en el presente debe obrar esto en nosotros: que se tienda con más robustez hacia la merced siguiente. Por tanto, todo antiguo predicador no debe predicar para recibir la merced en este tiempo, sino recibir la merced para poder subsistir predicando. Pues quienquiera que predica para recibir aquí la merced ya sea de alabanza o de don, sin duda se priva de la merced eterna. Mas quienquiera que desea que las cosas que dice agraden a los hombres, para que, mientras agrada lo que se dice, por esas mismas palabras no sea amado él mismo, sino el Señor, o por eso consigue estipendios terrenos en la predicación, para no cansarse de la voz de la predicación por la indigencia, a este sin duda nada le obsta para recibir la merced en la patria, porque tomó los gastos en el camino.

8. Pero ¿qué hacemos nosotros (lo que, sin embargo, no puedo decir sin dolor), qué hacemos nosotros, oh Pastores, que recibimos la merced y, sin embargo, de ningún modo somos obreros? Pues percibimos los frutos de la santa Iglesia en el estipendio cotidiano pero, no obstante, muy poco trabajamos en la predicación por la Iglesia eterna. Pensemos de qué condenación sea recibir aquí sin trabajo la merced del trabajo. He aquí que vivimos de la oblación de los fieles, pero ¿qué trabajamos por las almas de los fieles? Tomamos para nuestro estipendio aquellas cosas que los fieles ofrecieron para redimir sus pecados y, sin embargo, no sudamos contra esos mismos pecados ni por el celo de la oración ni de la predicación, como es digno. Apenas reprendemos a alguien con voz abierta por su culpa. Y todavía (lo que es más grave), a veces si la persona es poderosa en este mundo, tal vez sus errores son alabados para que, si se le contraría, no retire por ira el don que impartía. Pero debemos recordar sin cesar lo que está escrito de algunos: Comerán los pecados de mi pueblo (Oseas 4, 8). Pero ¿por qué se dice que comen los pecados del pueblo, sino porque fomentan los pecados de los delincuentes para no perder los estipendios temporales? Pero también nosotros, que vivimos de las oblaciones de los fieles, las cuales ellos ofrecieron por sus pecados, si comemos y callamos, sin duda comemos sus pecados. Pensemos, pues, de qué crimen sea ante Dios comer el precio de los pecados y no hacer nada contra los pecados predicando. Oigamos lo que se dice por la voz del bienaventurado Job: Si

contra mí clama mi tierra, y con ella sus surcos lloran, si he comido su fruto sin dinero (Job 31, 38, 39). Pues la tierra clama contra su poseedor cuando la Iglesia murmura justamente contra su pastor. Cuyos surcos también lloran, si los corazones de los oyentes, que fueron arados por los padres precedentes con la voz de la predicación y el vigor de la invectiva, ven algo que lamentar de la vida del pastor. De cuya tierra, evidentemente, el buen poseedor no come el fruto sin dinero, porque el pastor discreto entrega el talento de la palabra para no tomar de la Iglesia el estipendio del alimento para su propia condenación. Pues entonces comemos los frutos de nuestra tierra con dinero, cuando tomando los subsidios eclesiásticos trabajamos en la predicación. Pues somos los heraldos del Juez venidero. ¿Quién, pues, anunciará al Juez que viene, si el heraldo calla?

9. Por lo tanto, debemos considerar que, en cuanto cada uno pueda, en cuanto sea suficiente, se esfuerce en insinuar tanto el terror del juicio venidero como la dulzura del reino a la Iglesia recibida. Y el que no es suficiente para amonestar a todos a la vez con una misma voz de exhortación, debe instruir a cada uno en cuanto pueda, edificar con conversaciones privadas, buscar fruto en los corazones de sus hijos por una exhortación sencilla. Pues debemos pensar continuamente lo que se dice a los santos apóstoles, y por los apóstoles a nosotros: Vosotros sois la sal de la tierra (Mat. 5, 13). Si, pues, somos sal, debemos sazonar las mentes de los fieles. Vosotros, pues, que sois

pastores, pensad que apacentáis los animales de Dios. De los cuales animales se dice ciertamente a Dios por el Salmista: Tus animales habitarán en ella (Salm. 67, 11). Y a menudo vemos que se pone una piedra de sal a los animales brutos, para que deban lamer esa misma piedra de sal y mejorar. Como entre los animales brutos, el sacerdote debe ser como una piedra de sal en medio de los pueblos. Pues es necesario que el sacerdote cuide qué dice a cada uno, de qué manera amonesta a cada uno, para que quienquiera que se una al sacerdote sea sazonado con el sabor de la vida eterna, como por el contacto de la sal. Pues no somos la sal de la tierra si no sazonamos los corazones de los oyentes. Condimento que, ciertamente, aquel imparte verdaderamente al prójimo que no sustrae la palabra de la predicación.

10. Pero entonces predicamos verdaderamente cosas rectas a los demás si mostramos nuestras palabras con los hechos, si nosotros mismos somos traspasados por el amor divino y lavamos con lágrimas las manchas cotidianas de la vida humana, la cual de ningún modo puede pasar sin culpa. Pues entonces nos compungimos verdaderamente por nosotros mismos si consideramos con estudio los hechos de los padres precedentes, de modo que, ante la gloria contemplada de aquellos, nuestra vida se nos vuelva despreciable a nuestros propios ojos. Entonces nos compungimos verdaderamente cuando escudriñamos con estudio los preceptos del Señor, y por estos nos esforzamos en aprovechar nosotros mismos, por los cuales sabemos que ya han aprovechado

aquellos a quienes veneramos. De aquí es, pues, que está escrito de Moisés: Puso también la fuente de bronce en la cual se lavaran Aarón y sus hijos cuando entraran en el santuario, la cual hizo de los espejos de las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo (Éxodo 38, 8). Moisés pone ciertamente la fuente de bronce en la cual los sacerdotes deben lavarse y entrar en el santuario, porque la ley de Dios manda primero lavarnos por la compunción, para que nuestra inmundicia no sea indigna de penetrar en la pureza de los secretos de Dios. Lo cual bien se dice que fue hecho de los espejos de las mujeres que velaban incesantemente a la puerta del tabernáculo. Pues los espejos de las mujeres son los preceptos de Dios, en los cuales las almas santas siempre se miran y, si hay en ellas algunas manchas de fealdad, las descubren. Corrigen los vicios de los pensamientos y, como si resistieran, componen sus rostros como por una imagen devuelta, porque mientras atienden con destreza a los preceptos dominicales, reconocen sin duda en ellos o bien lo que agrada en ellas al esposo celestial, o bien lo que le desagrada. Mientras están en esta vida, de ningún modo pueden entrar en el tabernáculo eterno. Pero, no obstante, las mujeres velan a la puerta del tabernáculo, porque las almas santas, aun cuando todavía están gravadas por la enfermedad de la carne, observan con amor continuo la entrada del ingreso eterno. Moisés, pues, hizo la fuente para los sacerdotes de los espejos de las mujeres, porque la ley de Dios ofrece el lavatorio de la compunción para las manchas de nuestros

pecados, mientras nos ofrece para ser contemplados los preceptos celestiales por los cuales las almas santas agradaron al Esposo supremo. Si atendemos a estos con diligencia, vemos las manchas de nuestra imagen interna. Al ver las manchas, nos compungimos en el dolor de la penitencia; compungidos, en efecto, somos lavados como en la fuente de los espejos de las mujeres.

11. Es, además, muy necesario que cuando nos afectamos por nosotros mismos en la compunción, también seamos celosos de la vida de los que nos han sido encomendados. Así, pues, nos afecte la amargura de la compunción, de tal modo que no nos aparte de la custodia de los prójimos. ¿Qué aprovecha si, amándonos a nosotros mismos, abandonamos a los prójimos? ¿Qué aprovecha, por el contrario, si amando o siendo celosos de los prójimos, nos abandonamos a nosotros mismos? Pues en el ornato del tabernáculo se manda ofrecer escarlata dos veces teñida (Éxodo 25, 4), para que ante los ojos de Dios nuestra caridad se coloree con el amor de Dios y del prójimo. Pues verdaderamente se ama a sí mismo el que ama puramente al Autor. Entonces, pues, la escarlata se tiñe dos veces cuando el ánimo se inflama por el amor de la verdad hacia sí mismo y hacia el prójimo.

12. Pero entre estas cosas debemos saber que el celo de la rectitud contra los actos malvados de los prójimos debe ejercerse de tal modo que, en el fervor de la severidad, de ningún modo se abandone la virtud de la mansedumbre. Pues la ira del sacerdote de ningún modo debe ser precipitada

y perturbada, sino más bien mitigada por la gravedad del consejo. Y, por tanto, debemos tanto sobrellevar a quienes corregimos, como corregir a quienes sobrellevamos, para que, si faltara una de las dos cosas, la acción sacerdotal no carezca de fervor o de mansedumbre. De aquí es, pues, que en el ministerio del templo, en las basas del templo, se expresaron con obra escultórica leones y bueyes y querubines. Querubín es, ciertamente, la plenitud de la ciencia. Pero ¿qué es esto de que en las basas ni se hacen leones sin bueyes, ni bueyes sin leones? Pues ¿qué otra cosa designan las basas en el templo sino a los sacerdotes en la Iglesia? Los cuales, mientras toleran la solicitud del régimen, llevan la carga superpuesta como a modo de basas. En las basas, pues, se expresan querubines, porque conviene sin duda que los pechos de los sacerdotes estén colmados de la plenitud de la ciencia. Por los leones se figura el terror de la severidad, y por los bueyes la paciencia de la mansedumbre. Por tanto, en las basas ni se expresan leones sin bueyes, ni bueyes sin leones, porque siempre en el pecho sacerdotal debe custodiarse la virtud de la mansedumbre con el terror de la severidad, para que la mansedumbre sazone la ira, y el celo de la severidad encienda esa misma mansedumbre, para que tal vez no se disuelva.

13. Pero ¿por qué hablamos estas cosas, cuando todavía vemos que la mayoría está gravada por hechos más atroces? Pues a vosotros, sacerdotes, os hablo lamentándome, porque hemos sabido que algunos de vosotros hacéis ordena-

ciones con premios, vendéis la gracia espiritual y acumuláis lucros temporales de las iniquidades ajenas con el daño del pecado. ¿Por qué, pues, no vuelve a vuestra memoria lo que dice la voz Dominica mandando: Gratis lo recibisteis, dadlo gratis (Mat. 10, 8)? ¿Por qué no recordáis ante los ojos de la mente que nuestro Redentor, habiendo entrado en el templo, volcó las cátedras de los que vendían palomas y derramó el dinero de los cambistas? (Juan 2, 1, 2). Pues ¿quiénes son hoy en el templo de Dios los que venden palomas, sino los que en la Iglesia reciben precio por la imposición de manos? Por la cual imposición, evidentemente, se da el Espíritu Santo desde el cielo. La paloma, pues, se vende, porque la imposición de manos, por la cual se recibe el Espíritu Santo, se ofrece por un precio. Pero nuestro Redentor volcó las cátedras de los que vendían palomas, porque destruye el sacerdocio de tales negociantes. De aquí es, pues, que los sagrados cánones condenan la herejía simoníaca y mandan que sean privados del sacerdocio quienes buscan precio por la concesión de las órdenes. Por tanto, la cátedra de los que vendían palomas se vuelca cuando los que venden la gracia espiritual son privados del sacerdocio, ya sea ante los ojos humanos o ante los ojos de Dios. Y ciertamente hay otros muchos males de los prepósitos que ahora están ocultos a los ojos humanos. Y con frecuencia se muestran a los hombres como pastores santos, y en sus secretos no se avergüenzan de ser vistos como torpes ante los ojos del Juez interno. Vendrá, vendrá ciertamente aquel día, y no está lejos, en

que el Pastor de los pastores aparezca y saque a la luz los hechos de cada uno, y el que ahora venga las culpas de los súbditos por medio de los prepósitos, entonces castigando los males de los prepósitos los condena por sí mismo. Por lo cual, habiendo entrado en el templo, hizo por sí mismo como un azote de cuerdas y, expulsando de la casa de Dios a los malvados negociantes, volcó las cátedras de los que vendían palomas (Juan 2, 1, 2), porque ciertamente golpea las culpas de los súbditos por medio de los pastores, pero hiere los vicios de los pastores por sí mismo. He aquí que ahora puede negarse a los hombres lo que se hace ocultamente. Ciertamente vendrá aquel Juez, ante el cual nadie puede ocultarse callando, a quien nadie puede engañar negando.

14. Hay también otra cosa, carísimos hermanos, que me aflige vehementemente sobre la vida de los Pastores; pero para que no parezca tal vez injurioso a alguien lo que afirmo, yo también me acuso igualmente, aunque, obligado por la necesidad de los tiempos bárbaros, yazgo en estas cosas muy contra mi voluntad. Pues hemos caído en los negocios exteriores, y una cosa hemos recibido por el honor, y otra mostramos por el oficio de la acción. Abandonamos el ministerio de la predicación y, para nuestro castigo, según veo, somos llamados obispos nosotros que tenemos el nombre del honor, no la virtud. Pues abandonan a Dios los que nos han sido encomendados, y callamos. Yacen en actos malvados, y no extendemos la mano de la corrección. Diariamente perecen por muchas iniquidades, y los vemos negligente-

mente tender al infierno. Pero ¿cuándo podremos corregir la vida ajena nosotros que descuidamos la nuestra? Pues atentos a las preocupaciones seculares, tanto más insensibles nos volvemos por dentro cuanto más estudiosos parecemos hacia las cosas que están fuera. Pues por el uso del cuidado terreno el ánimo se endurece para el deseo celestial; y mientras por su mismo uso se vuelve duro por la acción del mundo, no puede ablandarse para aquellas cosas que pertenecen a la caridad de Dios. De donde bien dice la santa Iglesia sobre sus miembros enfermos: Me pusieron de guardiana en las viñas, mi viña no la guardé (Cant. 1, 5). Nuestras viñas son ciertamente nuestras acciones, las cuales cultivamos con el uso del trabajo cotidiano. Pero puestos como guardianes en las viñas, mínimamente guardamos nuestra propia viña, porque mientras nos implicamos en acciones extrañas, descuidamos el ministerio de nuestra propia acción. Pienso, carísimos hermanos, que Dios no tolera mayor prejuicio de otros que de los sacerdotes, cuando ve dar ejemplos de perversidad de sí mismos a aquellos a quienes puso para la corrección de los demás, cuando pecamos nosotros mismos, que debimos refrenar los pecados. Con frecuencia, lo que es más grave, los sacerdotes que debieron dar lo propio incluso arrebatan lo ajeno. Con frecuencia, si ven a algunos vivir humildemente, si a algunos vivir con continencia, se burlan de ellos. Considerad, pues, qué se hace de los rebaños cuando los pastores se vuelven lobos. Pues asumen la custodia del rebaño estos que no temen acechar al rebaño

del Señor, contra quienes los rebaños de Dios debieron ser custodiados. No buscamos ningún lucro de almas, vacamos diariamente a nuestros propios estudios, codiciamos las cosas terrenas, captamos la gloria humana con mente atenta. Y porque por eso mismo que somos antepuestos a los demás tenemos mayor licencia para hacer cualquier cosa, convertimos el ministerio de la bendición recibida en argumento de ambición; abandonamos la causa de Dios, vacamos a los negocios terrenos; recibimos el lugar de la santidad y nos implicamos en actos terrenos. Se ha cumplido en nosotros ciertamente lo que está escrito: Y será como el pueblo, así el sacerdote (Oseas 4, 9). Pues el sacerdote no dista del pueblo cuando por ningún mérito suyo trasciende la acción del vulgo.

15. Imploremos las lágrimas de Jeremías; considere nuestra muerte, y deplorando diga: ¿Cómo se ha oscurecido el oro, se ha mudado el color óptimo, se han dispersado las piedras del santuario en el cabo de todas las plazas? (Lam. 4, 1). El oro ciertamente se ha oscurecido, porque la vida de los sacerdotes, antaño clara por la gloria de las virtudes, ahora se muestra reprobada por las acciones más ínfimas. El color óptimo se ha mudado, porque aquel hábito de santidad ha llegado a la ignominia del desprecio por las obras terrenas y abyectas. En verdad las piedras del santuario se tenían en el interior, ni se tomaban sobre el cuerpo del sumo sacerdote sino cuando, entrando en el lugar santísimo, aparecía en el secreto de su Creador. Nosotros, pues, hermanos carísimos,

nosotros somos las piedras del santuario que debemos aparecer siempre en el secreto de Dios; a quienes nunca es necesario ser vistos fuera, es decir, nunca ser vistos en acciones extrañas. Pero se han dispersado las piedras del santuario en el cabo de todas las plazas, porque estos que por la vida y la oración debieron estar siempre dentro, vacan fuera por una vida reprobada. He aquí que ya casi no hay acción del mundo que los sacerdotes no administren. Mientras, pues, constituidos en el hábito santo, son exteriores las cosas que exhiben, yacen fuera como piedras del santuario. Porque, ya que en la voz griega platea se llama por la latitud, las piedras del santuario están de las plazas cuando cualesquiera religiosos siguen los anchos caminos del mundo. Y no solo en las plazas, sino también en el cabo de las plazas están dispersos, porque tanto realizan obras por el deseo de este mundo, como sin embargo buscan la cumbre del honor por el hábito religioso. En el cabo, pues, de las plazas están dispersos, porque tanto yacen por el ministerio de la obra, como quieren ser honrados por la imagen de la santidad.

16. Por otra parte, veis con qué gran espada es golpeado el mundo, veis con qué diarias percusiones perece el pueblo. ¿Por pecado de quién se hace esto sino especialmente por el nuestro? He aquí ciudades despobladas, campamentos derribados, iglesias y monasterios destruidos, los campos han sido reducidos a una soledad. Pero nosotros existimos como autores de muerte para el pueblo que perece, nosotros que debimos ser

guías a la vida. Pues por nuestro pecado la turba del pueblo está postrada, porque, por nuestra negligencia, no fue instruida para la vida. ¿Y qué llamaremos a las almas de los hombres sino el alimento del Señor, que han sido creadas para esto, para que sean trasladadas a su cuerpo, esto es, para que tiendan al aumento de la Iglesia eterna? Pero nosotros debimos ser el condimento de este alimento. Pues como un poco más arriba prefijamos, se dice a los predicadores enviados: Vosotros sois la sal de la tierra (Mat. 5, 13). Si, pues, el pueblo es el alimento de Dios, los sacerdotes debieron ser el condimento del alimento. Pero porque mientras cesamos del uso de la oración y de la instrucción santa, la sal se ha vuelto fatua, no puede condimentar los alimentos de Dios, y por eso no es tomada por el Autor, porque por la exigencia de nuestra fatuidad, mínimamente se condimenta. Pensemos, pues, quién alguna vez por nuestra lengua se ha convertido, quién corregido de su obra perversa por nuestra increpación ha hecho penitencia, quién ha abandonado la lujuria por nuestra instrucción, quién la avaricia, quién ha declinado la soberbia. Pensemos qué lucro hemos hecho para Dios nosotros que, recibido el talento, hemos sido enviados por Él al negocio. Pues dice: Negociad hasta que yo venga (Lc. 19, 13). He aquí que ya viene, he aquí que requiere lucro de nuestro negocio. ¿Qué lucro de almas le mostraremos de nuestra negociación? ¿Cuántos gavillas de almas de la cosecha de nuestra predicación vamos a introducir a su vista?

17. Pongamos ante nuestros ojos aquel día de tanta severidad, en que vendrá el Juez, y pondrá la razón con sus siervos, a quienes confió los talentos (Ibíd.). He aquí que se verá en majestad terrible, entre los coros de los ángeles y de los arcángeles. En aquel tan gran examen, se deducirá la multitud de todos los elegidos y de los reprobados, y se mostrará qué ha obrado cada uno. Allí aparecerá Pedro con la Judea convertida, que arrastró tras de sí. Allí Pablo llevando, por así decirlo, al mundo convertido. Allí Andrés llevará tras de sí a Acaya, allí Juan a Asia, Tomás a la India, las llevará convertidas ante la vista de su Rey. Allí aparecerán todos los carneros del rebaño del Señor con los lucros de las almas, que por sus santas predicaciones atraen tras de sí a Dios al rebaño súbdito. ¿Qué diremos nosotros miserables, cuando tantos pastores con sus rebaños hayan venido ante los ojos del eterno Pastor, que volvemos vacíos a nuestro Señor después del negocio, que tuvimos el nombre de pastores y no tenemos ovejas que debamos mostrar procedentes de nuestro nutrimento? Aquí somos llamados pastores, y allí no llevamos rebaño.

18. Pero, ¿acaso si nosotros somos negligentes, Dios omnipotente desampara a sus ovejas? De ningún modo; pues Él mismo, como prometió por el profeta, las apacienta por sí mismo (Ez. 34), e instruye a todos los que preordinó para la vida con los estímulos de los azotes, con el espíritu de la compunción. Y por nosotros ciertamente los fieles vienen al santo bautismo, son bendecidos con nuestras oraciones, y por la imposición

de nuestras manos perciben de Dios el Espíritu Santo, y ellos mismos llegan al reino de los cielos, y he aquí que nosotros por nuestra negligencia tendemos hacia abajo. Entran los elegidos, expiados por las manos de los sacerdotes, en la patria celestial; y los sacerdotes mismos por una vida reprobada se apresuran a los suplicios del infierno. ¿A qué cosa, pues, a qué diré que son semejantes los malos sacerdotes sino al agua del bautismo, la cual, lavando los pecados de los bautizados, los envía al reino celestial, y ella misma después desciende a las cloacas? Temamos esto, hermanos, convenga al ministerio nuestro nuestra misma acción. Pensemos diariamente en la relajación de nuestros pecados, para que nuestra vida no permanezca obligada al pecado, por la cual Dios omnipotente diariamente suelta a otros. Consideremos sin cesar qué somos, pensemos en nuestro negocio, pensemos en el peso que hemos asumido. Hagamos diariamente cuentas con nosotros mismos, las cuales tenemos con nuestro juez. Y así debemos ejercer el cuidado de nosotros, que no descuidemos el cuidado del prójimo, para que quienquiera que se una a nosotros sea condimentado por la sal de nuestra lengua. Cuando vemos a alguien vacante y resbaladizo, debe ser amonestado para que estudie refrenar su iniquidad con el matrimonio, para que por esto que es lícito aprenda a superar lo que no es lícito. Cuando vemos a un casado, debe ser amonestado para que de tal modo ejerza el cuidado del siglo, que no posponga el amor de Dios; de tal modo agrade a la voluntad del cónyuge, que no

desagrade al Creador. Cuando vemos a un clérigo, debe ser amonestado para que viva de tal modo que ofrezca ejemplo de vida a los seglares, no sea que si algo en él es justamente reprendido, por su vicio se grave la estimación misma de nuestra religión. Cuando vemos a un monje, debe ser amonestado para que siempre mire en torno a la reverencia de su hábito en el acto, en la locución, en su pensamiento, para que abandone perfectamente aquellas cosas que son del mundo, y lo que muestra a los ojos humanos con el hábito, esto lo pretenda con sus costumbres ante los ojos de Dios. Este, pues, ya es santo, sea amonestado para que crezca; aquel, en cambio, todavía es inicuo, sea amonestado para que se corrija, para que quienquiera que se haya unido a un sacerdote, se retire condimentado por la sal de su sermón. Pensad solícitamente estas cosas con vosotros, hermanos, y gastad estas también con vuestros prójimos; preparaos para devolver fruto a Dios omnipotente del negocio que recibisteis. Pero estas cosas que decimos las obtendremos mejor entre vosotros orando que hablando.

OREMOS. Dios, que quisiste llamarnos pastores entre los pueblos, concede, te rogamos, que esto que somos llamados por la boca humana, podamos serlo ante tus ojos. Por nuestro Señor, etc.

HOMILÍA XVIII.

Pronunciada ante el pueblo en la basílica de san Pedro apóstol, el domingo de Pasión. LECCIÓN. EVANGELIO SEGÚN JUAN VIII, 45-69.

En aquel tiempo, decía Jesús a las turbas de los judíos, y a los príncipes de los sacerdotes: ¿Quién de vosotros me redargüirá de pecado? Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios las palabras de Dios oye; por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. Respondieron, pues, los judíos, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano, y que tienes demonio? Respondió Jesús: Yo no tengo demonio, sino que honro a mi Padre; y vosotros me habéis deshonrado. Yo, empero, no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue. En verdad, en verdad os digo: si alguno guardare mi palabra, no verá muerte para siempre. Dijeron, pues, los judíos: Ahora hemos conocido que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas; y tú dices: Si alguno guardare mi palabra, no gustará muerte para siempre. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, que murió? y los profetas murieron. ¿A quién te haces a ti mismo? Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es. Es mi Padre el que me glorifica, de quien vosotros decís que es vuestro Dios. Y no le habéis conocido; mas yo le conozco. Y si dijere que no le conozco, seré semejante a vosotros, mentiroso; mas le conozco, y guardo su palabra. Abraham vuestro padre se regocijó de ver mi día; lo vio y se alegró. Dijeron, pues, los judíos a él: Cincuenta años aún no tienes, ¿y a Abraham has visto? Dijo a ellos Jesús: En verdad, en verdad os digo: antes que Abraham fuese hecho, yo soy. Tomaron, pues, piedras para lanzárselas. Mas Jesús se escondió, y salió del templo.

1. Pensad, hermanos carísimos, en la mansedumbre de Dios. Había venido a relajar los pecados, y decía: ¿Quién de vosotros me redargüirá de pecado? No se digna mostrar por la razón que no es pecador quien por la virtud de la divinidad podía justificar a los pecadores. Pero es muy terrible lo que se añade: El que es de Dios las palabras de Dios oye; por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. Pues si oye las palabras de Dios quien es de Dios, y no puede oír sus palabras quienquiera que no es de Él, interróguese cada uno si percibe las palabras de Dios en el oído del corazón, y entenderá de dónde es. La Verdad manda desear la patria celestial, quebrantar los deseos de la carne, declinar la gloria del mundo, no apetecer lo ajeno, dar de lo propio. Pensemos, pues, entre sí cada uno de vosotros si esta voz de Dios ha cobrado fuerza en el oído de su corazón, y reconoce que ya es de Dios. Pues hay algunos que ni siquiera con el oído del cuerpo se dignan percibir los preceptos de Dios. Y hay algunos que perciben estos ciertamente con el oído del cuerpo, pero con ningún deseo de la mente los abrazan. Y hay algunos que gustosamente reciben las palabras de Dios, de tal modo que incluso se compungen en llantos, pero después del tiempo de las lágrimas vuelven a la iniquidad. Estos ciertamente no oyen las palabras de Dios, que desprecian ejercitar estas cosas con la obra. Por tanto, hermanos carísimos, revocad vuestra vida ante los ojos de la mente, y con alta consideración temed grandemente esto que suena de la boca de la Verdad: Por eso vosotros no las oís, porque

no sois de Dios. Pero esto que la Verdad habla de los reprobados, los mismos reprobados muestran esto de sí mismos con sus obras. Pues sigue: Respondieron, pues, los judíos, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano, y que tienes demonio?

2. Pero recibida tan gran contumelia, oigamos qué responde el Señor: Yo no tengo demonio, sino que honro a mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado. Porque, como samaritano se interpreta "guardián", y Él mismo es verdaderamente el guardián de quien dice el Salmista: Si el Señor no guardare la ciudad, en vano vigilan los que la guardan (Sal. 126, 1); y a quien se dice por Isaías: Guardián, ¿qué de la noche? guardián, ¿qué de la noche? (Is. 21, 11), no quiso el Señor responder: No soy samaritano; sino: Yo no tengo demonio. Pues dos cosas le fueron atribuidas: una la negó, con la otra consintió callando. Pues había venido como guardián del género humano; y si dijera que no era samaritano, negaría que fuera guardián. Pero calló lo que reconoció, y pacientemente repelió lo que oyó decir falazmente, diciendo: Yo no tengo demonio. En cuyas palabras, ¿qué otra cosa sino nuestra soberbia es confundida? la cual, si fuese agitada aunque sea levemente, devuelve injurias más atroces de las que había recibido: hace los males que puede, y amenaza incluso con los que no puede hacer. He aquí que recibiendo injuria el Señor no se irrita, no responde con palabras contumeliosas. El cual, si hubiera querido responder a los que decían estas cosas: Vosotros tenéis demonio, diría ciertamente la verdad, porque si no

estuvieran llenos de demonio, no podrían hablar cosas tan perversas de Dios. Pero recibida la injuria, la Verdad no quiso decir ni siquiera lo que era verdad, para que no pareciera no haber dicho la verdad, sino haber devuelto contumelia provocado. Por lo cual, ¿qué se nos insinúa sino que en aquel tiempo en que recibimos de los prójimos contumelias por falsedad, callemos también sus males verdaderos, para que no convirtamos el ministerio de la justa corrección en armas del furor? Pero porque quienquiera que usa el celo de Dios es deshonrado por hombres malvados, en sí mismo nos dio el Señor ejemplo de paciencia, quien dice: Pero honro a mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado. Pero qué debemos hacer nosotros ante esto, todavía nos amonesta con el ejemplo, cuando añade: Yo, empero, no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue. Sabemos ciertamente lo que está escrito, que el Padre dio todo juicio al Hijo, y sin embargo he aquí que el mismo Hijo recibiendo injurias no busca su gloria. Reserva las contumelias inferidas al juicio del Padre, para que nos insinúe ciertamente cuán pacientes debemos ser nosotros, mientras todavía no quiere vengarse Él mismo que juzga. Cuando, empero, crece la perversidad de los malos, no solo no debe quebrarse la predicación, sino incluso aumentarse. Lo cual nos amonesta el Señor con su ejemplo, quien después que se dijo que tenía demonio, otorgó los beneficios de su predicación más largamente, diciendo: En verdad, en verdad os digo: si alguno guardare mi palabra, no verá muerte para siempre. Pero así como es necesario

para los buenos que existan incluso mejores por las contumelias, así siempre los reprobados se vuelven peores por el beneficio. Pues recibida la predicación dicen de nuevo: Ahora hemos conocido que tienes demonio. Porque, habiéndose adherido a la muerte eterna, y no veían la misma muerte a la que se habían adherido, mientras solo miraban la muerte de la carne, se oscurecían en la palabra de la Verdad, diciendo: Abraham murió, y los profetas murieron, ¿y tú dices: Si alguno guardare mi palabra, no gustará muerte para siempre? De donde ellos mismos anteponen al mismo Abraham y a los profetas, como venerándolos, a la Verdad misma. Pero con abierta razón se nos muestra que los que no conocen a Dios también veneran falsamente a los siervos de Dios.

3. Y debe notarse que el Señor vio que ellos se resistían con abierta impugnación, y sin embargo no deja de predicarles con voz reiterada, diciendo: Abraham vuestro padre se regocijó de ver mi día; lo vio y se alegró (Gén. 18, 1 y ss.). Entonces ciertamente vio Abraham el día del Señor, cuando en figura de la suma Trinidad recibió a tres ángeles en hospitalidad; a los cuales ciertamente recibidos, habló a los tres como a uno, porque aunque en las personas hay número de Trinidad, en la naturaleza hay unidad de divinidad. Pero las mentes carnales de los oyentes no levantan sus ojos de la carne, mientras piensan en Él solo la edad de la carne, diciendo: Cincuenta años aún no tienes, ¿y a Abraham has visto? A quienes benignamente nuestro Redentor aparta del intuito de su carne, y los atrae a la contemplación de

la divinidad, diciendo: En verdad, en verdad os digo: antes que Abraham fuese hecho, yo soy. "Antes", pues, es de tiempo pasado; "soy", de presente. Y porque la Divinidad no tiene tiempo pasado y futuro, sino que siempre tiene el ser, no dijo: Antes de Abraham yo fui; sino: Antes que Abraham fuese hecho, yo soy. De donde también se dice a Moisés: Yo soy el que soy. Y: Dirás a los hijos de Israel: El que es me envió a vosotros (Éx. 3, 14). Antes, pues, y después tuvo Abraham, quien pudo tanto acercarse por la exhibición de la presencia, como retirarse por el curso de la vida. Pero la Verdad siempre tiene el ser, porque para ella nada se empieza en un tiempo anterior, ni se termina en uno subsiguiente. Pero no pudiendo las mentes de los infieles sostener estas palabras de eternidad, corren a las piedras, y a quien no podían entender, buscaban abrumar.

4. Qué hizo el Señor contra el furor de los que le apedreaban se muestra cuando inmediatamente se añade: Mas Jesús se escondió, y salió del templo. Es muy admirable, hermanos carísimos, por qué el Señor declinó a sus perseguidores escondiéndose, quien si hubiera querido ejercer la potencia de su divinidad, con un tácito signo de la mente los ligaría en sus mismos golpes, o los abrumaría en la pena de una muerte súbita. Pero porque había venido a padecer, no quería ejercer juicio. Ciertamente bajo el tiempo mismo de la pasión tanto mostró cuanto pudo, y sin embargo soportó esto para lo que había venido. Pues cuando dijo a sus perseguidores que le buscaban: Yo soy (Jn. 18, 6), con sola esta voz

hirió la soberbia de ellos, y a todos los postró en tierra. El cual, pues, pudo también en este lugar evadir las manos de los que le apedreaban no escondiéndose, ¿por qué se escondió sino porque nuestro Redentor, hecho hombre entre los hombres, unas cosas nos habla con la palabra, otras con el ejemplo? ¿Qué nos habla con este ejemplo sino que, aun cuando podemos resistir, declinemos humildemente la ira de los soberbios? De donde también se dice por Pablo: Dad lugar a la ira (Rom. 12, 19). Con cuánta humildad debe huir el hombre de la ira del prójimo, considérelo si Dios declinó los furores de los que se airaban escondiéndose. Nadie, pues, se levante contra las contumelias recibidas, nadie devuelva reproche por reproche. Pues por imitación de Dios, es más glorioso huir de la injuria callando que superarla respondiendo.

5. Pero contra esto la soberbia dice en el corazón: "Es vergonzoso que, recibida una injuria, calles. Quienquiera que ve que recibes una afrenta y callas, no piensa que exhibes paciencia, sino que reconoces culpas". Pero ¿de dónde nace esta voz en nuestro corazón contra la paciencia, sino de que hemos fijado nuestro pensamiento en las cosas más bajas? Y mientras buscamos la gloria en la tierra, ¿no nos cuidamos de complacer a Aquel que nos mira desde el cielo? Por tanto, recibida la contumelia, meditemos en la acción la voz de Dios: Yo no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue. Por otra parte, esto que está escrito del Señor, se escondió, también puede entenderse de otro modo. En efecto, muchas cosas

había predicado a los judíos, pero ellos se burlaban de las palabras de su predicación. También se hicieron peores por la predicación, los cuales llegaron hasta a arrojar piedras. ¿Y qué significa el Señor al esconderse, sino que la misma Verdad se oculta de aquellos que desprecian seguir sus palabras? Pues la Verdad huye de aquella mente que no encuentra humilde. Y cuántos hay hoy que detestan la dureza de los judíos porque no quisieron oír la predicación del Señor, y sin embargo, tales son ellos en sus obras como arguyen que fueron aquellos en su fe. Oyen los preceptos del Señor, conocen sus milagros, pero rehúsan convertirse de sus perversidades. He aquí que llama, y no queremos volver. He aquí que nos sostiene, e ignoramos su paciencia. Mientras hay tiempo, por tanto, hermanos, abandone cada uno su perversidad y tema la paciencia de Dios, no sea que a quien ahora desprecia como tranquilo, no pueda de ningún modo escapar después cuando esté airado.

HOMILÍA XIX.

Pronunciada ante el pueblo en la basílica del bienaventurado Lorenzo mártir, en el domingo de Septuagésima.

LECTURA DEL EVANGELIO SEGÚN MATEO XX, 1-16.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos es semejante a un padre de familia que salió muy de mañana a

contratar obreros para su viña. Y habiendo hecho un convenio con los obreros por un denario al día, los envió a su viña. Y saliendo hacia la hora tercera, vio a otros que estaban ociosos en la plaza, y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. De nuevo salió hacia la hora sexta y novena, e hizo lo mismo. Pero hacia la hora undécima salió, y encontró a otros que estaban allí, y les dice: ¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos? Le dicen: Porque nadie nos ha contratado. Él les dice: Id también vosotros a mi viña. Y cuando se hizo tarde, el señor de la viña dice a su administrador: Llama a los obreros y dales su salario, empezando por los últimos hasta los primeros. Habiendo venido, pues, los que habían llegado hacia la hora undécima, recibieron cada uno un denario. Al venir también los primeros, pensaron que recibirían más; pero recibieron también ellos cada uno un denario. Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familia, diciendo: Estos últimos han trabajado una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor. Pero él, respondiendo a uno de ellos, dijo: Amigo, no te hago injuria; ¿no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo y vete; pues quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿O no me es lícito hacer lo que quiero? ¿O es tu ojo malo porque yo soy bueno? Así serán los últimos primeros, y los primeros últimos. Porque muchos son los llamados, pero pocos los elegidos.

1. En su explicación, la lectura del santo Evangelio requiere decir muchas cosas, que quiero,

si puedo, tocar brevemente, no sea que tanto la procesión extendida como la larga exposición os resulten pesadas. El reino de los cielos se dice que es semejante a un padre de familia que contrata obreros para cultivar su viña. ¿Quién posee más rectamente la semejanza de un padre de familia que nuestro Creador, que rige a los que creó, y posee a sus elegidos en este mundo como un señor posee a sus súbditos en su casa? Aquel que tiene una viña, a saber, la Iglesia universal, la cual, desde el justo Abel hasta el último elegido que nazca al fin del mundo, tantos santos ha producido como sarmientos (*palmites*) ha enviado. Así pues, este padre de familia contrata obreros para cultivar su viña de mañana, a la hora tercera, sexta, novena y undécima, porque desde el principio de este mundo hasta el fin no ha dejado de congregar predicadores para instruir al pueblo de los fieles. Pues la mañana del mundo fue desde Adán hasta Noé, la hora tercera desde Noé hasta Abraham, la sexta desde Abraham hasta Moisés, la novena desde Moisés hasta la venida del Señor, y la undécima desde la venida del Señor hasta el fin del mundo. En la cual fueron enviados como predicadores los santos apóstoles, quienes recibieron una recompensa plena llegando tarde. Por tanto, el Señor en ningún momento dejó de enviar obreros para instruir a su pueblo, como para cultivar su viña; porque primero por medio de los padres, y después por medio de los doctores de la ley y los profetas, y finalmente por los apóstoles, mientras cultivaba las costumbres de su pueblo, trabajó como a través de obreros en el cultivo de

la viña. Aunque, en cualquier medida o grado, quienquiera que haya existido con la fe recta de la buena acción fue un obrero de esta viña. Por consiguiente, el obrero de la mañana, de la hora tercera, sexta y novena designa a aquel antiguo pueblo hebreo, el cual en sus elegidos desde el mismo origen del mundo, mientras estudió a cultivar a Dios con recta fe, no dejó de trabajar como en el cultivo de la viña. Pero a la undécima hora son llamados los gentiles, a quienes también se les dice: *¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos? * Pues aquellos que, pasado tan largo tiempo del mundo, habían descuidado trabajar por su vida, estaban como ociosos todo el día. Pero pensad, hermanos, qué responden al ser interrogados: pues dicen: *Porque nadie nos ha contratado*. En efecto, ningún patriarca, ningún profeta había llegado a ellos. ¿Y qué es decir: "Nadie nos contrató para el trabajo", sino que nadie nos predicó los caminos de la vida? ¿Qué diremos, pues, nosotros, que cesamos del buen trabajo, para nuestra excusa, nosotros que casi desde el vientre materno llegamos a la fe, que oímos las palabras de vida desde las mismas cunas, que recibimos la bebida de la predicación celestial con la leche de la carne de los pechos de la santa Iglesia?

2. Podemos también distinguir estas mismas diversidades de horas según los momentos de las edades para cada hombre. Pues la mañana es la infancia de nuestro entendimiento. Pero la hora tercera puede entenderse como la adolescencia, porque ahora el sol avanza como hacia lo alto, mientras crece el calor de la edad. La sexta es la

juventud, porque el sol se fija como en el centro, mientras en ella se consolida la plenitud del vigor. La novena se entiende como la vejez, en la cual el sol desciende como desde el eje alto, porque esa edad decae del calor de la juventud. Pero la undécima hora es aquella edad que se llama decrépita o veterana. De donde los griegos llaman a los muy ancianos no *gerontas* sino *presbyteros*, para insinuar que son más que ancianos, a quienes llaman más avanzados (*provectiores*). Porque, por tanto, uno es conducido a la buena vida en la infancia, otro en la adolescencia, otro en la juventud, otro en la vejez, y otro en la edad decrépita, se llaman obreros a la viña como a diversas horas. Mirad, pues, vuestras costumbres, hermanos carísimos, y ved si ya sois obreros de Dios. Pese cada uno lo que hace, y considere si trabaja en la viña del Señor. Pues quien en esta vida busca las cosas que son suyas, todavía no ha llegado a la viña del Señor. Pues trabajan para el Señor quienes no piensan en sus propias ganancias sino en las del Señor, quienes sirven con celo de caridad y estudio de piedad, quienes vigilan para ganar almas, y se apresuran a conducir también a otros consigo a la vida. Pues quien vive para sí mismo, quien se alimenta de los placeres de su carne, es justamente reprendido como ocioso, porque no sigue el fruto de la obra divina.

3. Pero aquel que haya descuidado vivir para Dios hasta su última edad, ha estado ocioso, por así decirlo, hasta la undécima hora. De donde rectamente se dice a los que están entumecidos hasta la undécima hora: *¿Por qué estáis aquí

todo el día ociosos?* Como si se dijera abiertamente: "Y si no quisisteis vivir para Dios en la infancia y en la juventud, al menos en la última edad volved en vosotros, y venid, aunque sea tarde, a los caminos de la vida, cuando ya no habéis de trabajar mucho". Y a tales personas llama el padre de familia, y frecuentemente son remuneradas antes, porque salen del cuerpo hacia el reino antes que aquellos que parecían haber sido llamados ya desde la infancia. ¿O acaso no llegó a la undécima hora el ladrón, quien aunque no tuvo tiempo por su edad, lo tuvo sin embargo tarde por su castigo, el cual confesó a Dios en la cruz, y casi con la voz de su sentencia exhaló el espíritu de vida? El padre de familia comenzó a pagar el denario por el último, porque condujo al ladrón al descanso del paraíso antes que a Pedro. Cuántos padres hubo antes de la ley, cuántos bajo la ley, y sin embargo estos que fueron llamados en el advenimiento del Señor llegaron al reino de los cielos sin tardanza alguna. Por tanto, reciben el mismo denario los que trabajaron a la undécima hora que el que esperaron con todo deseo los que trabajaron a la primera, porque han sorteado una igual retribución de vida eterna con aquellos que habían sido llamados desde el principio del mundo, estos que al fin del mundo vinieron al Señor. De donde también estos que habían precedido en el trabajo, murmurando dicen: *Estos últimos han trabajado una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor*. Pues soportaron el peso del día y del calor aquellos a quienes desde el princi-

pio del mundo, porque les tocó vivir aquí mucho tiempo, fue necesario tolerar también más largas tentaciones de la carne. Pues para cada uno llevar el peso del día y del calor es fatigarse por el calor de su propia carne a través de los tiempos de una vida más larga.

4. Pero puede preguntarse cómo se dice que murmuraron aquellos que al menos tarde son llamados al reino. Pues ningún murmurador recibe el reino de los cielos, ni ninguno que lo recibe puede murmurar. Pero porque los antiguos padres, por más justamente que vivieron, no fueron conducidos al reino hasta el advenimiento del Señor, a no ser que descendiera Aquel que abriera a los hombres los claustros del paraíso por la interposición de su muerte, este mismo fue su murmurar: que vivieron rectamente para percibir el reino, y sin embargo fueron dilatados mucho tiempo en percibir el reino. Pues a aquellos a quienes, después de cumplida la justicia, los lugares del infierno (*inferni loca*), aunque tranquilos, los recibieron, para ellos ciertamente fue tanto haber trabajado en la viña como haber murmurado. Como si, por tanto, después de la murmuración recibieran el denario aquellos que tras largos tiempos del infierno llegaron a los gozos del reino. Pero nosotros, que llegamos a la undécima hora, no murmuramos después del trabajo, y recibimos el denario, porque viniendo a este mundo después del advenimiento del Mediador, somos conducidos al reino tan pronto como salimos del cuerpo, y percibimos sin demora aquello que los antiguos padres merecieron

percibir con gran dilación. De donde también el mismo padre de familia dice: *Quiero dar a este último lo mismo que a ti*. Y porque la misma percepción del reino es de su buena voluntad, rectamente añade: *¿O no me es lícito hacer lo que quiero?* Pues necia es la pregunta del hombre contra la benignidad de Dios. En efecto, no debería preguntarse si no da lo que no debe, sino si no diera lo que debiera. De donde aptamente se añade: *¿O es tu ojo malo porque yo soy bueno? * Nadie, pues, se ensalce por su obra, nadie por su tiempo, cuando, cumplida esta sentencia, la Verdad clama posteriormente: *Así serán los últimos primeros, y los primeros últimos*. Pues he aquí que, aunque ya sepamos qué o cuántas cosas buenas hemos hecho, todavía ignoramos con qué sutileza el Juez supremo examinará esto. Y ciertamente, cada uno debe alegrarse sumamente de ser siquiera el último en el reino de Dios.

5. Pero después de esto, es muy terrible lo que sigue: *Porque muchos son los llamados, pero pocos los elegidos*, porque muchos llegan a la fe, y pocos son conducidos al reino celestial. Pues he aquí que en la festividad de hoy cuántos nos hemos reunido, llenamos las paredes de la Iglesia; pero, sin embargo, ¿quién sabe cuán pocos son los que se cuentan en aquel rebaño de los elegidos de Dios? Pues he aquí que la voz de todos clama "Cristo", pero la vida de todos no clama. Muchos siguen a Dios con sus voces, pero huyen de Él con sus costumbres. De aquí que Pablo diga: *Los que confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan* (Tit. 1, 16). De aquí que Santiago diga: *La

fe sin obras está muerta* (Sant. 2, 20, 26). De aquí que por el Salmista el Señor diga: *He anunciado y hablado: se han multiplicado sobremanera* (Sal. 39, 6). Pues al llamar el Señor, se multiplican sobremanera los fieles, porque a veces llegan a la fe incluso aquellos que no alcanzan el número de los elegidos. Pues aquí están mezclados con los fieles por la confesión, pero por una vida réproba no merecen ser contados allá en la suerte de los fieles. Este redil de la santa Iglesia recibe cabritos con corderos; pero, como atestigua el Evangelio, cuando venga el Juez, separa a los buenos de los malos, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos (Mat. 25, 32). Pues no pueden aquellos que aquí sirven a los placeres de su carne ser contados allá en el rebaño de las ovejas. Allí el Juez los separa de la suerte de los humildes, a quienes aquí se ensalzan en los cuernos de la soberbia. No pueden percibir el reino de los cielos quienes aquí, incluso establecidos en la fe celestial, buscan la tierra con todo su deseo.

6. Y veis a muchos de estos dentro de la Iglesia, hermanos carísimos, pero ni debéis imitarlos ni desesperar de ellos. Pues vemos qué es uno hoy, pero no sabemos qué será mañana. Y frecuentemente aquel que se ve venir detrás de nosotros nos antecede por la agilidad de la buena obra, y apenas seguimos mañana a quien hoy parecíamos aventajar. Ciertamente, cuando Esteban moría por la fe, Saulo guardaba las vestiduras de los que lo apedreaban. Él mismo, por tanto, apedreó con las manos de todos los que apedreaban, pues hizo a todos más activos para

el apedreamiento; y, sin embargo, en la santa Iglesia antecedió con sus trabajos a aquel mismo a quien persiguiendo hizo mártir. Hay, por tanto, dos cosas que debemos sopesar con solicitud. Porque muchos son los llamados pero pocos los elegidos, la primera es que cada uno presuma lo menos posible de sí mismo, porque aunque ya haya sido llamado a la fe, no sabe si es digno del reino perenne. La segunda es que cada uno no se atreva a desesperar de su prójimo, a quien tal vez ve yacer en los vicios, porque ignora las riquezas de la divina misericordia.

7. Relato un hecho, hermanos, que ocurrió recientemente, para que si os veis pecadores de corazón, améis más la misericordia de Dios omnipotente. En el presente año, en mi monasterio, que está situado junto a la iglesia de los bienaventurados mártires Juan y Pablo, un hermano vino a la conversión; fue recibido devotamente, pero él mismo vivió aún más devotamente (*Diálogos*, lib. IV, cap. 38). Su propio hermano lo siguió al monasterio en el cuerpo, pero no en el corazón. Pues detestando grandemente la vida y el hábito de la conversión, vivía en el monasterio como huésped; y huyendo de la vida de los monjes con sus costumbres, no podía alejarse de la habitación del monasterio, porque no tenía ni qué hacer ni de qué vivir. Su perversidad era onerosa para todos, pero todos lo toleraban ecuánimemente por el amor a su hermano. Pues, soberbio y escurridizo, no sabía si seguía alguna vida después de este mundo; es más, se burlaba si alguien hubiera querido predicárselo. Así pues, vivía con hábito

secular en el monasterio, ligero en palabras, inestable en sus movimientos, hinchado en su mente, compuesto en su vestido, disipado en su acción. Pero en el mes de julio recientemente pasado, fue herido por el azote de esta peste que conocéis, el cual, llegando a su fin, comenzó a ser urgido para entregar su alma. Y con la última parte de su cuerpo ya muerta, la fuerza vital permanecía solo en su pecho y lengua. Los hermanos estaban presentes, y protegían su salida, en cuanto podían por la largueza de Dios, con la oración. Pero él, viendo de repente que venía hacia él un dragón para devorarlo, comenzó a clamar a grandes voces, diciendo: "He aquí que he sido entregado a un dragón para ser devorado, el cual por vuestra presencia no puede devorarme. ¿Por qué me demoráis? Dad lugar para que le sea lícito devorarme". Y cuando los hermanos lo amonestaban para que se imprimiera la señal de la cruz, respondía con la fuerza que podía, diciendo: "Quiero santiguarme, pero no puedo, porque estoy oprimido por el dragón. Las espumas de su boca manchan mi cara, mi garganta es sofocada por su boca. He aquí que mis brazos están comprimidos por él, que ya también ha absorbido mi cabeza en su boca". Y diciendo esto él, pálido, temblando y muriendo, comenzaron los hermanos a insistir más vehementemente en las oraciones, y a ayudar con sus preces al oprimido por la presencia del dragón. Entonces, liberado de repente, comenzó a clamar a grandes voces, diciendo: "Gracias a Dios; he aquí que se ha retirado, he aquí que ha salido; ante vuestras oraciones huyó el dragón que me

había tomado". Pronto hizo voto de que serviría a Dios y sería monje; y desde aquel tiempo hasta ahora es oprimido por fiebres y fatigado por dolores. Ciertamente fue sustraído de la muerte, pero aún no ha sido plenamente restituido a la vida. Porque como fue oprimido por largas y prolongadas iniquidades, es fatigado por un largo languidecer, y el fuego de una purga más dura quema su corazón endurecido, porque se hace por disposición divina para que una enfermedad más prolífica consuma vicios más prolíficos. ¿Quién creería jamás que sería preservado para la conversión? ¿Quién será suficiente para considerar tan gran misericordia de Dios? He aquí que el joven perverso vio en la muerte al dragón a quien sirvió en la vida; y no lo vio para perder la vida por completo, sino para saber a quién había servido, y sabiéndolo, resistirle, y resistiéndole, vencerlo; y a quien antes no veía cuando era retenido, lo vio después para no ser retenido. ¿Qué lengua, por tanto, bastará para narrar las entrañas de la misericordia divina? ¿Qué espíritu no se asombrará ante las riquezas de tanta piedad? Estas riquezas de la piedad divina consideró el Salmista cuando dijo: *Mi ayudador, a ti cantaré, porque tú, Dios, eres mi protector, Dios mi misericordia* (Sal. 58, 18). He aquí que, sopesando en qué trabajos está constituida la vida humana, llamó a Dios ayudador; y porque nos recibe de la tribulación presente al descanso eterno, lo llama también protector. Pero considerando que mira y soporta nuestros males, tolera nuestras culpas, y sin embargo nos reserva por la penitencia para los

premios, no quiso llamar a Dios misericordioso, sino que llamó a este la misericordia misma, diciendo: *Dios mío, mi misericordia.* Evoquemos, pues, ante nuestros ojos los males que hicimos, sopesemos con cuánta benignidad de Dios somos tolerados, consideremos cuáles son las entrañas de su piedad, para que no solo perdone las culpas, sino que prometa el reino celestial a los penitentes incluso después de las culpas. Y digamos cada uno desde toda la médula del corazón, digamos todos: *Dios mío, mi misericordia*, que vives y reinas trino en unidad y uno en trinidad, por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XX.

Pronunciada ante el pueblo en la basílica de San Juan Bautista, el sábado de las Cuatro Témporas antes de la Natividad de Cristo.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN LUCAS III, 1-11.

En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide, y Lisanias tetrarca de Abilene; bajo los sumos sacerdotes Anás y Caifás, se dirigió la palabra del Señor a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y vino a toda la región del Jordán, predicando el bautismo de penitencia para el perdón de los pecados; según está escrito en el libro de los sermones del profeta Isaías: Voz del que clama en

el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Todo valle será rellenado, y todo monte y colina serán rebajados. Y lo torcido se enderezará, y los caminos ásperos serán llanos. Y toda carne verá la salvación de Dios. Decía, pues, a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: Engendros de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de penitencia; y no comencéis a decir: Tenemos a Abraham por padre. Porque os digo que Dios es poderoso para suscitar hijos de Abraham de estas piedras. Pues ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles. Por tanto, todo árbol que no hace buen fruto será cortado y arrojado al fuego. Y las multitudes le preguntaban, diciendo: ¿Qué haremos, pues? Respondiendo, les decía: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene, y el que tiene comida haga lo mismo.

1. El tiempo en que el precursor de nuestro Redentor recibió la palabra de predicación se designa mencionando al príncipe de la república romana y a los reyes de Judea, cuando se dice: *En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide, y Lisanias tetrarca de Abilene; bajo los sumos sacerdotes Anás y Caifás, se dirigió la palabra del Señor a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto*. Porque venía a predicar a Aquel que había de redimir a algunos de Judea y a muchos de entre los gentiles, los tiempos de su predicación se designan a través del rey de los gentiles y de los príncipes

de los judíos. Y porque la gentilidad había de ser reunida y Judea dispersada por la culpa de su perfidia, la misma descripción del principado terrenal muestra que en la república romana se describe a uno presidiendo, y en el reino de Judea muchos gobernaban a través de la cuarta parte (*tetrarca*). Pues por la voz de nuestro Redentor se dice: *Todo reino dividido contra sí mismo será desolado* (Luc. 11, 17). Queda claro, pues, que Judea había llegado al fin de su reino, el cual yacía sujeto dividido entre tantos reyes. Aptamente se demuestra también no solo bajo qué reyes, sino también bajo qué sacerdotes se hizo; porque Juan el Bautista predicaría a Aquel que sería a la vez Rey y Sacerdote, Lucas el evangelista designó los tiempos de su predicación a través del reino y del sacerdocio.

2. *Y vino a toda la región del Jordán, predicando el bautismo de penitencia para el perdón de los pecados*. Queda claro para todos los lectores que Juan no solo predicó el bautismo de penitencia, sino que también lo dio a algunos; pero, sin embargo, no pudo dar su bautismo para el perdón de los pecados. Pues el perdón de los pecados se nos concede únicamente en el bautismo de Cristo. Debe notarse, por tanto, lo que se dice: *Predicando el bautismo de penitencia para el perdón de los pecados*, puesto que predicaba un bautismo que disolvería los pecados porque no podía darlo; para que así como antecedía al Verbo encarnado del Padre con la palabra de predicación, así antecediera al bautismo de penitencia, por el cual los pecados son disueltos, con

su propio bautismo, por el cual los pecados no pueden ser disueltos; para que porque su discurso antecedía a la presencia del Redentor, también su mismo bautismo, al preceder, se hiciera sombra de la verdad.

3. *Como está escrito en el libro de los sermones del profeta Isaías: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas* (Is. 40, 3). El mismo Juan el Bautista, al ser interrogado sobre quién era, respondió diciendo: *Yo soy la voz del que clama en el desierto* (Jn. 1, 23). El cual, como ya dijimos antes, fue llamado voz por el profeta porque precedía al Verbo. Qué era lo que clamaba se abre cuando se añade: *Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas*. Todo el que predica la fe recta y las buenas obras, ¿qué otra cosa hace sino preparar el camino al Señor que viene a los corazones de los oyentes? Para que esta fuerza de la gracia penetre, para que la luz de la verdad ilustre, para que enderece las sendas para Dios, mientras forma pensamientos limpios en el ánimo mediante el discurso de la buena predicación. *Todo valle será rellenado, y todo monte y colina serán rebajados*. ¿Qué se designa en este lugar con el nombre de valles sino los hombres humildes, qué con los montes y colinas sino los hombres soberbios? En el advenimiento del Redentor, por tanto, los valles fueron rellenados, pero los montes y colinas fueron rebajados, porque según su voz: *Todo el que se ensalza será humillado, y todo el que se humilla será ensalzado* (Luc. 14, 11; 18, 14). Pues el valle rellenado crece, pero el monte y

la colina rebajados decrecen; porque ciertamente en la fe del Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, la gentilidad recibió la plenitud de la gracia, y Judea por el error de su perfidia perdió aquello de lo que se hinchaba. Pues *todo valle será rellenado*, porque los corazones de los humildes se llenarán de la gracia de las virtudes por la elocuencia de la sagrada doctrina, según aquello que está escrito: *El que hace brotar fuentes en los valles* (Sal. 103, 10). Y de donde rursum se dice: *Y los valles abundarán en trigo* (Sal. 64, 14). Pues de los montes se desliza el agua, porque la doctrina de la verdad abandona las mentes soberbias. Pero las fuentes brotan en los valles, porque las mentes de los humildes reciben la palabra de la predicación. Ya vemos, ya contemplamos los valles abundar en trigo, porque sus bocas están llenas del alimento de la verdad, aquellos que parecían ser mansos y sencillos y despreciables para este mundo.

4. Al mismo Juan el Bautista, porque el pueblo lo había visto dotado de una admirable santidad, creía que él era aquel monte singularmente excelso y sólido del cual está escrito: *En los últimos días el monte de la casa del Señor estará preparado en la cima de los montes* (Miq. 4, 1). Pues pensaban que él era el Cristo, como se dice por el Evangelio: *Como el pueblo estuviera a la expectativa y todos pensaran en sus corazones acerca de Juan, si tal vez él fuera el Cristo, a quien también preguntaban diciendo: ¿Eres tú el Cristo?* (Luc. 3, 15). Pero si el mismo Juan no fuera un valle en sí mismo, no habría sido lleno del espíritu de

la gracia. El cual, para mostrar lo que era, dijo: *Viene tras de mí uno más fuerte que yo, a quien no soy digno de soltar la correa de sus sandalias* (Mc. 1, 7). Y de nuevo dice: *El que tiene a la esposa es el esposo; pero el amigo del esposo que está y lo oye, se alegra con gozo por la voz del esposo. Este gozo mío, pues, está cumplido.* *A Él le conviene crecer, pero a mí menguar* (Jn. 3, 29, 30). He aquí que cuando por su admirable operación de virtudes era tal que se creía que era el Cristo, no solo respondió que no era el Cristo, sino que incluso afirmó no ser digno de soltar la correa de su sandalia, esto es, de escudriñar el misterio de su encarnación. Creían que la Iglesia era la esposa de aquel que juzgaban que era el Cristo por ser él mismo el Cristo. Pero dice: *El que tiene a la esposa es el esposo* (Ibid.). Como si dijera: "Yo no soy el esposo, sino que soy el amigo del esposo". Y no afirmaba alegrarse por su propia voz, sino en la voz del esposo, porque no se alegraba en su corazón porque fuera escuchado humildemente por los pueblos al hablar, sino porque él mismo oía la voz de la verdad en su interior para hablar hacia fuera. Lo cual bien dice que es un gozo cumplido, porque quienquiera que se alegra de su propia voz, no tiene un gozo pleno. De donde también se añade: *A Él le conviene crecer, pero a mí menguar* (Ibid.).

5. En este asunto debe preguntarse en qué creció Cristo y en qué fue disminuido Juan, sino en que el pueblo, viendo la abstinencia de Juan y contemplándolo alejado de los hombres, pensaba que él era el Cristo; pero contemplando a

Cristo comiendo con los publicanos y caminando entre pecadores, creía que no era el Cristo, sino que era un profeta. Pero mientras por el transcurso del tiempo tanto Cristo, que era tenido por profeta, fue reconocido como Cristo, y Juan, que se creía que era el Cristo, se dio a conocer como profeta, se cumplió lo que su precursor predijo de Cristo: *A Él le conviene crecer, pero a mí menguar* (Jn. 3, 30). Ciertamente, en la estimación del pueblo Cristo creció, porque fue reconocido como lo que era; y Juan disminuyó, porque dejó de ser llamado lo que no era. Por tanto, puesto que el mismo Juan persistió en la santidad porque perduró en la humildad del corazón, y muchos cayeron por esto, porque se hincharon ante sí mismos con pensamiento exaltado, dígase rectamente: *Todo valle será rellenado, y todo monte y colina serán rebajados*, porque los humildes reciben el don que los corazones de los soberbios repelen de sí mismos.

6. Sigue: *Y lo torcido se enderezará, y los caminos ásperos serán llanos*. Lo torcido se hace derecho cuando los corazones de los malos, desviados por la injusticia, se dirigen a la regla de la justicia (Is. 40, 4). Y lo áspero se transforma en caminos llanos cuando las mentes duras e iracundas vuelven a la suavidad de la mansedumbre por la infusión de la gracia celestial. Pues cuando la palabra de verdad no es recibida por una mente iracunda, es como si la aspereza del camino repeliera el paso del que avanza. Pero cuando la mente iracunda, por la gracia de la mansedumbre recibida, recibe la palabra de corrección o

de exhortación, allí encuentra un camino llano el predicador, donde antes por la aspereza del camino no podía avanzar, esto es, poner el paso de la predicación.

7. Sigue: *Y toda carne verá la salvación de Dios*. Puesto que toda carne se entiende como todo hombre, todo hombre en esta vida no pudo ver la salvación de Dios, a saber, a Cristo. ¿Hacia dónde dirige el profeta el ojo de la profecía en esta sentencia sino hacia el día del juicio final? Donde, con los cielos abiertos, los ángeles sirviendo, los apóstoles sentados juntos, Cristo aparezca en la sede de su majestad, y todos, tanto los elegidos como los réprobos por igual, lo verán, para que tanto los justos se alegren sin fin por el don de la retribución, como los injustos giman para siempre en la venganza del suplicio. Porque como esta sentencia apunta a esto, que será visto por toda carne en el examen final, rectamente se añade: *Decía, pues, a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: Engendros de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?* Pues la ira venidera es la advertencia de la venganza final, de la cual no puede huir el pecador entonces, quien ahora no recurre a los lamentos de la penitencia. Y debe notarse que la descendencia mala, imitando las acciones de los padres malos, se llaman "engendros de víboras", porque por el hecho de que envidian a los buenos y los persiguen, que retribuyen mal por algunas cosas, y que buscan lesiones para los prójimos, puesto que en todas estas cosas siguen los caminos de sus predeceso-

res carnales, son como hijos venenosos nacidos de padres venenosos.

8. Pero porque ya hemos pecado, porque estamos envueltos en el uso de la mala costumbre, diga qué debemos hacer para que podamos huir de la ira venidera. Sigue: *Haced, pues, frutos dignos de penitencia*. En estas palabras debe notarse que el amigo del esposo amonesta que deben hacerse no solo frutos de penitencia, sino "dignos de penitencia". Pues una cosa es hacer fruto de penitencia, otra hacer fruto digno de penitencia. Pues para que hablemos según los frutos dignos de penitencia, debe saberse que a quien no ha cometido nada ilícito, a este se le concede con derecho que use de las cosas lícitas; y que de tal modo haga obras de piedad que, sin embargo, si no quisiera, no abandone las cosas que son del mundo. Si alguno ha caído en la culpa de la fornicación, o tal vez, lo que es más grave, en el adulterio, tanto más debe apartar de sí las cosas lícitas cuanto recuerda que ha perpetrado incluso cosas ilícitas. Pues no debe ser igual el fruto de la buena obra del que delinquió menos y del que delinquió más, o del que cayó en ningún crimen y del que cayó en algunos, y del que ha caído en muchos. Por esto, pues, que se dice: *Haced frutos dignos de penitencia*, se interpela la conciencia de cada uno, para que busque ganancias tanto mayores de buenas obras por la penitencia cuanto más graves daños se infirió a sí mismo por la culpa.

9. Pero los judíos, gloriándose de la nobleza de su estirpe, por eso mismo no querían reconocerse

pecadores, porque habían descendido de la estirpe de Abraham. A quienes rectamente se dice: *Y no comencéis a decir: Tenemos a Abraham por padre. Porque os digo que Dios es poderoso para suscitar hijos de Abraham de estas piedras*. Pues ¿qué fueron las piedras sino los corazones de los gentiles, insensibles al entendimiento de Dios omnipotente? Como también se dice a algunos de los judíos: *Quitaré el corazón de piedra de vuestra carne* (Ez. 11, 19). Ni inmerecidamente con el nombre de piedras fueron significados los gentiles, porque adoraron piedras. De donde está escrito: *Sean semejantes a ellos los que los hacen, y todos los que confían en ellos* (Sal. 113, 8). De cuyas piedras, ciertamente, fueron suscitados hijos de Abraham, porque mientras los duros corazones de los gentiles creyeron en la simiente de Abraham, esto es, en Cristo, se hicieron hijos de Aquel a cuya simiente están unidos. De donde también se dice a los mismos gentiles por el egregio predicador: *Si vosotros sois de Cristo, por tanto sois simiente de Abraham* (Gál. 3, 29). Si, por tanto, nosotros por la fe de Cristo ya existimos como simiente de Abraham, los judíos por su perfidia han dejado de ser hijos de Abraham. Que los padres buenos no pueden aprovechar a los hijos malos en aquel día del tremendo examen lo atestigua el profeta que dice: *Si Noé, Daniel y Job estuvieran en medio de ellos, vivo yo, dice el Señor Dios, que no librarán a hijo ni a hija, sino que ellos mismos por su justicia librarán sus almas* (Ez. 14, 14, 20). Y de nuevo, que los hijos buenos en nada aprovechan a los padres malos,

sino que más bien la bondad de los hijos redunde en el reato de los padres malos, la Verdad misma dice a los judíos que no creen: *Si yo expulso los demonios por Beelzebub, ¿vuestros hijos por quién los expulsan? Por eso ellos mismos serán vuestros jueces* (Luc. 11, 19).

10. Sigue: *Pues ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles.* *Por tanto, todo árbol que no hace buen fruto será cortado y arrojado al fuego.* El árbol de este mundo es todo el género humano. El hacha, en cambio, es nuestro Redentor, que es sostenido como por el mango y el hierro a través de su humanidad, pero corta a través de su divinidad. Esta hacha, ciertamente, ya está puesta a la raíz del árbol, porque aunque espera por paciencia, se ve, sin embargo, qué es lo que va a hacer. *Pues todo árbol que no hace buen fruto será cortado y arrojado al fuego*, porque cada perverso encuentra preparada más pronto la quema de la Gehena, quien aquí desprecia hacer el fruto de la buena obra. Y debe notarse que dice que el hacha está puesta no junto a las ramas, sino a la raíz. Pues cuando son quitados los hijos de los malos, ¿qué otra cosa sino las ramas de un árbol infructuoso son cortadas? Pero cuando toda la progenie es quitada junto con el padre, el árbol infructuoso ha sido cortado desde la raíz, para que ya no quede de donde crezca de nuevo una descendencia depravada. En cuyas palabras de Juan el Bautista consta que los corazones de los oyentes se turbaron, cuando inmediatamente se añade: *Y las multitudes le preguntaban,

diciendo: ¿Qué haremos, pues?* Pues habían sido heridas por el terror las que buscaban consejo.

11. Sigue: *Respondiendo, les decía: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene, y el que tiene comida haga lo mismo.* Por el hecho de que la túnica es más necesaria para nuestro uso que la capa (*pallium*), pertenece al fruto digno de penitencia que debamos dividir con los prójimos no solo las cosas exteriores y menos necesarias, sino las mismas cosas que nos son muy necesarias, a saber, o el alimento con el que vivimos carnalmente, o la túnica con la que nos vestimos. Pues porque está escrito en la ley: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Mat. 22, 39, de Lev. 19, 18), se convence de amar menos al prójimo quien no parte con él en su necesidad incluso aquellas cosas que le son necesarias a sí mismo. Por eso, pues, se da el precepto sobre dividir dos túnicas con el prójimo, porque esto no pudo decirse de una sola, ya que si una sola se divide, nadie se viste. Pues en media túnica queda desnudo tanto el que recibe como el que dio. Entre estas cosas, sin embargo, debe saberse cuánto valen las obras de misericordia, cuando se prescriben ante las demás para los frutos dignos de penitencia. De aquí que también por sí misma la Verdad diga: *Dad limosna, y he aquí que todas las cosas son limpias para vosotros* (Luc. 11, 41). De aquí que de nuevo diga: *Dad, y se os dará* (Ibíd., 6, 38). De aquí que esté escrito: *Al fuego ardiente lo extingue el agua, y la limosna resiste a los pecados* (Ecli. 3, 33). De aquí que de nuevo se diga: *Encierra la limosna en el seno del pobre y ella

rogará por ti* (Ibíd., 29, 15). De aquí que el buen padre amoneste al hijo inocente, diciendo: *Si tuvieras mucho, da abundantemente; si tuvieras poco, estudia impartir de buen grado incluso lo poco* (Tob. 4, 9).

12. Para que nuestro Redentor mostrara cuánta virtud hay en la continencia y en la acogida de los indigentes, dice: *El que recibe a un profeta en nombre de profeta, recibirá recompensa de profeta; y el que recibe a un justo en nombre de justo, recibirá recompensa de justo* (Mat. 10, 41). En estas palabras debe notarse que no dice: recompensa de parte del profeta, o recompensa de parte del justo; sino: recibirá la recompensa del profeta, y la recompensa del justo. Pues una cosa es la recompensa de parte del profeta, otra la recompensa del profeta; y una cosa es la recompensa de parte del justo, otra la recompensa del justo. ¿Qué significa decir: *Recibirá la recompensa del profeta*, sino que aquel que sustenta a un profeta con su largueza, aunque él mismo no tenga profecía, tendrá sin embargo ante el Señor omnipotente los premios de la profecía? Aquel es tal vez justo, y cuanto nada posee en este mundo, tanto mayor confianza tiene para hablar en favor de la justicia. Mientras aquel que posee algo en este mundo sustenta a este, y tal vez aún no presume hablar libremente por la justicia, se hace partícipe de la libertad de justicia de aquel, para recibir junto con él los premios de la justicia, a quien ayudó sustentándolo, en la medida en que él mismo hubiera podido hablar libremente esa misma justicia. Aquel está lleno del espíritu

de profecía, pero sin embargo carece de alimento corporal. Y si el cuerpo no se restaura, es cierto que la voz misma se retira. El que, por tanto, dio alimento al profeta por el hecho de que es profeta, dio al profeta las fuerzas para hablar. Recibirá, pues, con el profeta la recompensa del profeta, porque aunque no estuvo lleno del espíritu de profecía, exhibió sin embargo esto ante los ojos de Dios, que ayudó. De aquí que sobre ciertos hermanos peregrinos se diga a Gayo por medio de Juan: *Pues por el nombre de Cristo partieron, nada recibiendo de los gentiles.* *Nosotros, pues, debemos acoger a tales, para que seamos cooperadores de la verdad* (3 Juan 7, 8). Pues quien concede subsidios temporales a los que tienen dones espirituales, existe como cooperador en esos mismos dones espirituales. Pues habiendo pocos que perciben dones espirituales, y muchos que abundan en cosas temporales, por esto se insertan los ricos en las virtudes de los pobres, en lo que consuelan a esos mismos santos pobres de sus riquezas. De donde, cuando por la voz de Isaías el Señor prometía a la gentilidad abandonada, esto es, a la santa Iglesia, los méritos de las virtudes espirituales, como arbustos en el desierto, también prometió igualmente el olmo, diciendo: *Pondré el desierto en estanques de aguas, y la tierra inviable en corrientes de aguas; daré en la soledad el cedro y la espina, el mirto y el olivo; pondré en el desierto el abeto, el olmo y el boj a la vez, para que vean y sepan, y recapaciten y entiendan a la vez* (Is. 41, 18, 20).

13. Ciertamente, el Señor ha puesto el desierto en estanques de aguas, y la tierra inviable en corrientes de aguas, porque a la gentilidad, que antes por la aridez de la mente no producía ningún fruto de buenas obras, le dio los raudales de la santa predicación, y aquella misma tierra, a la que antes por la aspereza de su sequedad no se abría camino para los predicadores, emanó después corrientes de doctrina. A ella todavía se le promete por un gran don: *Daré en la soledad el cedro y la espina* (Ibíd., 19). El cedro, porque es de gran fragancia y de naturaleza incorruptible, lo aceptamos con razón en la promesa. En cuanto a la espina, habiéndose dicho al hombre pecador: *Tu tierra te germinará espinas y abrojos* (Gén. 3, 18), ¿qué maravilla si se promete a la santa Iglesia aquello que se multiplica para el hombre pecador como castigo? Pero con el nombre de cedros se designa a aquellos que exhiben virtudes y signos en su operación, que pueden decir con Pablo: *Somos el buen olor de Cristo para Dios* (2 Cor. 2, 15). Cuyos corazones están de tal modo consolidados en el amor eterno, que ninguna putrefacción del amor terrenal los corrompe ya. Por la espina, en cambio, se designa a los hombres de doctrina espiritual, que mientras discurren sobre los pecados y las virtudes, y ora amenazan con los suplicios eternos, ora prometen los gozos del reino celestial, punzan los corazones de los oyentes. Y así perforan la mente con el dolor de la compunción, de modo que de sus ojos, como si fuera una cierta sangre del alma, corren las lágrimas. El mirto, ciertamente, es de una virtud tem-

perante, de tal modo que restringe los miembros disueltos templándolos. ¿Qué, pues, se designa por el mirto, sino aquellos que saben compadecerse de las aflicciones de los prójimos y templan su tribulación por medio de la compasión? según aquello que está escrito: *Gracias a Dios, que nos consuela en toda nuestra tribulación, para que podamos también nosotros mismos consolar a los que están en toda angustia* (2 Cor. 1, 4). Quienes, mientras llevan una palabra o la ayuda del consuelo a sus prójimos afligidos, sin duda los restringen al estado de rectitud, para que no se disuelvan en la desesperación por una tribulación inmoderada. ¿A quiénes aceptamos por el olivo, sino a los misericordiosos? porque también en griego *eleos* se llama la misericordia, y como el licor del olivo, el fruto de la misericordia brilla ante los ojos del Dios omnipotente. A esto todavía se añade en la promesa: *Pondré en el desierto el abeto, el olmo y el boj a la vez* (Is. 41, 19). ¿Quiénes son designados por el abeto, que creciendo mucho se eleva a las alturas del aire, sino aquellos que, situados todavía en cuerpos terrenales dentro de la santa Iglesia, contemplan ya las cosas celestiales? Y aunque al nacer salieron de la tierra, sin embargo, contemplando elevan ya el vértice de su mente cerca de los éteres. ¿Y qué se expresa por el olmo sino las mentes de los seculares? Los cuales, mientras todavía sirven a los cuidados terrenales, no dan ningún fruto de virtudes espirituales. Pero aunque el olmo no tiene fruto propio, suele sin embargo sostener la vid con fruto, porque también los hombres secu-

lares dentro de la santa Iglesia, aunque no tengan los dones de las virtudes espirituales, mientras sin embargo sustentan a los hombres santos llenos de dones espirituales con su largueza, ¿qué otra cosa hacen sino sostener la vid con racimos? ¿A qué otros designa el boj, que no progresa en altura, y aunque no tenga fruto, tiene sin embargo verdor, sino a aquellos que dentro de la santa Iglesia todavía no pueden producir buenas obras por la debilidad de la edad, pero sin embargo, siguiendo la creencia de sus padres fieles, mantienen la fe de perpetuo verdor? Después de todo lo cual se añade aptamente: *Para que vean y sepan, y recapaciten y entiendan a la vez.* Pues para esto se pone el cedro en la Iglesia, para que quienquiera que atraiga del prójimo el olor de las virtudes espirituales, él mismo tampoco se entumezca en el amor de la vida eterna, sino que se encienda para los deseos de los bienes celestiales. Para esto se pone la espina, para que quien haya sido compungido por la palabra de su predicación, él mismo también aprenda por el ejemplo de aquel a compungir los corazones de los que le siguen con la palabra de la predicación. Para esto se pone el mirto, para que quien en el ardor de la tribulación haya recibido de la boca o de la obra del prójimo que se compadece el temperamento del consuelo, él mismo aprenda también de qué manera ofrecer el temperamento de su consuelo a los prójimos afligidos. Para esto se pone el olivo, para que quien conoce las obras de la misericordia ajena aprenda de qué manera debe él mismo tener misericordia del prójimo indigente.

Para esto se pone el abeto, para que quienquiera que reconozca la fuerza de su contemplación, él mismo también se encienda para contemplar los premios eternos. Para esto se pone el olmo, para que quienquiera que haya mirado a aquel que no puede tener el fruto espiritual de las virtudes, pero sin embargo sustenta a los que están llenos de dones espirituales, él mismo también sirva a la vida de los santos con cuanta largueza pueda, y sostenga los racimos de los bienes celestiales que no puede producir engendrando. Para esto se pone el boj, para que quien considera que muchos situados todavía en la debilidad tienen el verdor de la verdadera fe, también él mismo se avergüence de ser infiel. Bien, pues, descritos primero los árboles, se dice: *Para que vean y sepan, y recapaciten y entiendan.* Donde también se añade aptamente *A la vez*, porque siendo diversos los comportamientos de los hombres dentro de la santa Iglesia y diversos los órdenes, es necesario que todos aprendan simultáneamente, mientras en ella se ven a la vez para ser imitados hombres espirituales de diversa cualidad, edad y orden. Pero he aquí que, mientras buscamos mostrar el olmo, nos hemos divagado demasiado lejos por muchos arbustos. Volvamos, pues, a aquello por lo cual presentamos el testimonio del profeta. *El que recibe a un profeta en nombre de profeta, recibirá recompensa de profeta*, porque aunque el olmo no tenga fruto, sin embargo sosteniendo la vid con frutos, hace propios estos mismos frutos que bien sustenta en otro.

14. Pero porque Juan nos amonesta a grandes obras, diciendo: *Haced pues frutos dignos de penitencia* (Mat. 3, 8; Luc. 3, 8). Y de nuevo: *El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene comida, haga lo mismo* (Luc. 3, 11); ya se da a entender claramente qué es lo que la Verdad dice: *Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora el reino de los cielos padece violencia, y los violentos lo arrebatan* (Mat. 11, 12). Cuyas palabras de la sentencia suprema deben ser por nosotros escrutadas con gran empeño. Pues debe preguntarse cómo puede el reino de los cielos padecer violencia. ¿Pues quién infiere violencia al cielo? Y de nuevo debe preguntarse si el reino de los cielos puede padecer violencia, por qué padeció esa misma violencia desde los días de Juan el Bautista, y no también antes. Pero como la ley dice: *Si alguien hiciera esto o aquello, muera de muerte*, es patente para todos los que leen que hirió a todos los pecadores con la pena de su severidad, pero no los redujo a la vida por medio de la penitencia. En cambio, cuando Juan el Bautista, precediendo a la gracia del Redentor, predica la penitencia, para que el pecador que por la culpa está muerto viva por la conversión, ciertamente desde los días de Juan el Bautista el reino de los cielos padece violencia. ¿Pero qué es el reino de los cielos, sino el lugar de los justos? Pues solo a los justos se deben los premios de la patria celestial, para que los humildes, los castos, los mansos y los misericordiosos lleguen a los gozos supremos. Pero cuando alguien, o hinchado por la soberbia, o manchado por un crimen de la

carne, o encendido por la ira, o impío por la crueldad, vuelve a la penitencia después de las culpas y percibe la vida eterna, entra como pecador en lugar ajeno. Desde los días, pues, de Juan el Bautista el reino de los cielos padece violencia, y los violentos lo arrebatan, porque quien prescribió la penitencia a los pecadores, ¿qué otra cosa enseñó sino que se hiciera violencia al reino de los cielos?

15. Recapacitemos, pues, hermanos carísimos, sobre los males que hemos hecho, y desgastémonos a nosotros mismos con asiduos lamentos. La herencia de los justos, que no retuvimos por la vida, arrebatémosla por la penitencia. Dios omnipotente quiere padecer de nosotros tal violencia. Pues quiere que el reino de los cielos sea arrebatado por nuestros llantos, lo cual no se debe a nuestros méritos. Por tanto, ninguna cualidad de nuestros males, ninguna cantidad nos rompa de la certeza de la esperanza. Proporciona una gran confianza de perdón aquel ladrón venerable, que no es venerable por aquello por lo que fue ladrón; pues ladrón por la crueldad, venerable por la confesión. Considerad, pues, considerad cuán incomprensibles son las entrañas de la misericordia en el Dios omnipotente. Aquel ladrón, apartado con las manos ensangrentadas de las gargantas del camino, fue suspendido en el patíbulo de la cruz; allí confesó, allí fue sanado, allí mereció oír: *Hoy estarás conmigo en el paraíso* (Luc. 23, 43). ¿Qué es esto? ¿Quién bastaría para decir, quién para estimar tan grande bondad de Dios? Desde la misma pena del crimen llegó a los premios de la virtud. Por esto mismo, además,

Dios omnipotente permitió a sus elegidos caer en ciertos lapsos, para que a otros que yacen en la culpa, si resurgen hacia Él con todo el corazón, les devuelva la esperanza del perdón y les abra el camino de la piedad por los lamentos de la penitencia. Ejercitémonos, pues, a nosotros mismos en los lamentos, extingamos con llantos y frutos dignos de penitencia las culpas que cometimos; no perezcan los tiempos que nos han sido concedidos para la indulgencia, porque nosotros que vemos a muchos ya sanados de sus iniquidades, ¿qué otra cosa tenemos sino una prenda de la misericordia suprema?

LIBRO SEGUNDO

HOMILÍA XXI

Pronunciada ante el pueblo en la basílica de la bienaventurada Virgen María, en el santo día de Pascua.

LECTURA. DEL S. EVANG. SEGÚN MARCOS 16, 1-7.

En aquel tiempo, María Magdalena, y María la de Santiago, y Salomé compraron aromas para que, viniendo, ungieran a Jesús. *Y muy de mañana, el primer día de la semana, vienen al monumento, ya salido el sol.* *Y decían entre sí: ¿Quién nos revolverá la piedra de la puerta del monumento?* *Y mirando, vieron la piedra revuelta.* *Pues era muy grande.* *Y entrando en el monumento, vieron a un joven sentado a la derecha, cubierto con una estola blanca, y

se quedaron estupefactas.* *El cual les dijo: No os espantéis.* *Buscáis a Jesús Nazareno crucificado; resucitó, no está aquí.* *He aquí el lugar donde lo pusieron.* *Pero id, decid a sus discípulos y a Pedro que os precede a Galilea.* *Allí lo veréis, como os dijo.*

1. En muchas lecturas, hermanos carísimos, he acostumbrado a hablaros a través de lo dictado; pero porque, al desfallecer mi estómago, no puedo yo mismo leer aquellas cosas que he dictado, percibo que algunos de vosotros escuchan con menos agrado. Por lo cual ahora, contra la costumbre, quiero exigir de mí mismo que durante las sagradas solemnidades de las misas exponga la lectura del santo Evangelio no dictando, sino conversando. Y recíbase tal como hablamos, porque la voz de la conversación excita los corazones aletargados más que el discurso de la lectura, y como con una cierta mano de solicitud pulsa para que despierten. Y ciertamente no veo que yo pueda ser suficiente para esta obra; pero sin embargo la caridad suministra las fuerzas que la impericia niega. Pues conozco a quien dijo: *Abre tu boca, y yo la llenaré* (Sal. 80, 11). Esté, pues, en nuestra voluntad la buena obra, pues por el auxilio divino estará en la perfección. Da la osadía de hablar incluso esa misma gran solemnidad de la resurrección del Señor, porque es muy indigno que calle las debidas alabanzas la lengua de la carne en aquel día, en el cual día precisamente resucitó la carne del Autor.

2. Habéis oído, hermanos carísimos, que las santas mujeres que habían seguido al Señor

vinieron con aromas al monumento, y con afán de humanidad obsequian a aquel a quien habían amado vivo, incluso muerto. Pero el hecho realizado significa algo que ha de realizarse en la santa Iglesia. Pues de tal modo es necesario que oigamos lo que se hizo, en cuanto que recapacitemos también qué cosas deben ser hechas por nosotros a partir de su imitación. Y nosotros, pues, creyendo en aquel que está muerto, si, repletos del olor de las virtudes, buscamos al Señor con la reputación de las buenas obras, venimos ciertamente a su monumento con aromas. Pero aquellas mujeres que vinieron con aromas ven ángeles, porque precisamente aquellas mentes ven a los ciudadanos supremos, las cuales se dirigen al Señor a través de santos deseos con los olores de las virtudes. Pero debemos notar qué es aquello de que se vea al ángel sentado a la derecha. ¿Pues qué se designa por la izquierda sino la vida presente, y qué por la derecha sino la vida perpetua? De donde en el Cantar de los Cantares está escrito: *Su izquierda bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará* (Cant. 2, 6). Porque, por tanto, nuestro Redentor ya había pasado la corrupción de la vida presente, rectamente el ángel que había venido a anunciar su vida perenne estaba sentado a la derecha. El cual apareció cubierto con una estola blanca, porque anunció los gozos de nuestra festividad. Pues la blancura de la vestidura denuncia el esplendor de nuestra solemnidad. ¿Digamos nuestra, o suya? Pero para que confesemos con más verdad, digamos tanto suya como nuestra. Pues aquella resurrección de

nuestro Redentor fue tanto nuestra festividad, porque nos redujo a la inmortalidad; y existió como festividad de los ángeles, porque al revocarnos a las cosas celestiales completó su número. En su festividad, pues, y en la nuestra, apareció el ángel con vestiduras blancas, porque mientras nosotros somos reducidos a las cosas supremas por la resurrección del Señor, se reparan las pérdidas de la patria celestial.

3. Pero oigamos qué dice a las mujeres que llegaban: *No os espantéis.* Como si dijera abiertamente: Pavoneen aquellos que no aman el advenimiento de los ciudadanos supremos; teman sobremanera quienes, oprimidos por los deseos carnales, desconfían de poder alcanzar la sociedad de ellos. Pero vosotras, ¿por qué teméis sobremanera, vosotras que veis a vuestros conciudadanos? De donde también Mateo, describiendo que apareció un ángel, dice: *Su aspecto era como un relámpago, y sus vestiduras como la nieve* (Mat. 28, 3). Pues en el relámpago está el terror del miedo, y en la nieve el halago de la blancura. Porque ciertamente Dios omnipotente es tanto terrible para los pecadores como suave para los justos, rectamente el ángel, testigo de su resurrección, es demostrado tanto en el relámpago del rostro como en la blancura del hábito, para que por su misma especie tanto aterrara a los réprobos como acariciara a los piadosos. De donde rectamente también precedía al pueblo que caminaba por los desiertos una columna de fuego en la noche y una columna de nube en el día (Éxod. 13, 21, 22). Pues en el fuego está el terror,

y en la nube el suave halago de la visión; pero se toma el día como la vida del justo, y la noche la vida del pecador. De donde también Pablo dice a los pecadores convertidos: *Fuisteis en algún tiempo tinieblas, pero ahora luz en el Señor* (Ef. 5, 8). En el día, pues, fue mostrada la columna por la nube, y en la noche por el fuego, porque Dios omnipotente aparecerá tanto suave para los justos como terrible para los injustos. Viniendo al juicio, acaricia a estos por la mansedumbre de la lenidad, pero a aquellos los aterra por la severidad de la justicia.

4. Pero ya oigamos qué añade el ángel: *Buscáis a Jesús Nazareno.* Jesús en el habla latina se interpreta como saludable, esto es, salvador. Pero ciertamente muchos podían entonces llamarse Jesús, no sin embargo sustancialmente, sino por apelación. Por eso también se añade el lugar, para que se manifieste de qué Jesús se ha dicho: *Nazareno.* Y añadió inmediatamente la causa: *Crucificado.* Y agregó: *Resucitó, no está aquí.* Se dice que no está aquí por la presencia de la carne, el cual sin embargo en ninguna parte faltará por la presencia de la majestad. *Pero id, decid a sus discípulos y a Pedro que os precede a Galilea.* Debemos preguntarnos por qué, nombrados los discípulos, Pedro es designado por su nombre. Pero si el ángel no expresara a este por su nombre, el que había negado al maestro no se atrevería a venir entre los discípulos. Se le llama, pues, por su nombre, para que no desesperara por la negación. En cuya cuestión debemos considerar por qué Dios omnipotente permitió que aquel a quien

había dispuesto preferir a toda la Iglesia temiera la voz de una criada y se negara a sí mismo. Lo cual precisamente reconocemos que fue hecho por la dispensación de una gran piedad, para que el que había de ser el futuro Pastor de la Iglesia aprendiera en su propia culpa de qué manera debía compadecerse de los demás. Primero, pues, se lo mostró a sí mismo, y entonces lo antepuso a los demás, para que por su propia debilidad reconocerla cuán misericordiosamente debía tolerar las debilidades ajenas.

5. Bien se dice de nuestro Redentor: *Os precederá a Galilea, allí lo veréis, como os dijo.* Pues Galilea se interpreta como transmigración realizada. Pues ya nuestro Redentor había transmigrado de la pasión a la resurrección, de la muerte a la vida, de la pena a la gloria, de la corrupción a la incorrupción. Y primero es visto por los discípulos en Galilea después de la resurrección, porque después veremos alegres la gloria de su resurrección, si tan solo transmigramos de los vicios a la alteza de las virtudes. El que, pues, es anunciado en el sepulcro, es mostrado en la transmigración, porque el que es reconocido en la mortificación de la carne es visto en la transmigración de la mente. Estas cosas, hermanos carísimos, las hemos recorrido para la exposición de la lectura evangélica por la gran solemnidad del día, pero place que hablemos algo más sutilmente sobre esta misma solemnidad.

6. Porque dos eran las vidas, de las cuales a una conocíamos, y a la otra desconocíamos. Pues una es mortal, la otra inmortal; una de corrupción,

la otra de incorrupción; una de muerte, la otra de resurrección. Pero vino el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, asumió una y mostró la otra. Padeció una muriendo, y mostró la otra resucitando. Si, pues, prometiera la resurrección de la carne a nosotros que conocemos la vida mortal, y sin embargo no exhibiera ésta visiblemente, ¿quién creería a sus promesas? Hecho, pues, hombre, apareció en la carne, se dignó morir por voluntad, resucitó por potestad, y mostró con el ejemplo lo que nos prometió en el premio. Pero quizás alguien diga: Con razón resucitó Aquél que, siendo Dios, no pudo ser retenido por la muerte. Para instrucción, pues, de nuestra ignorancia, para fortalecimiento de nuestra debilidad, no quiso que el ejemplo de su resurrección nos bastara. Solo murió en aquel tiempo, y sin embargo de ningún modo resucitó solo. Pues está escrito: *Muchos cuerpos de los santos que habían dormido resucitaron* (Mt 27, 52). Se han quitado, pues, todos los argumentos de la perfidia. Para que nadie diga: El hombre no debe esperar de sí lo que exhibió el Dios hombre en su carne, he aquí que conocemos que los hombres han resucitado con Dios, y de quienes no dudamos que fueron puros hombres. Si, pues, somos miembros de nuestro Redentor, presumamos en nosotros lo que consta haberse realizado en la cabeza. Si mucho nos abatimos, debemos esperar en nosotros, los miembros últimos, lo que hemos oído de sus miembros superiores.

7. He aquí que viene a la memoria lo que los judíos decían insultando al Hijo de Dios crucifica-

do: *Si es rey de Israel, baje de la cruz y creeremos en él* (Mt 27, 42). Si Él bajara entonces de la cruz, cediendo a los que le insultaban, ciertamente no nos demostraría la virtud de la paciencia. Pero esperó un poco, toleró los oprobios, sostuvo las burlas, guardó la paciencia, difirió la admiración; y Quien no quiso bajar de la cruz, resucitó del sepulcro. Fue, pues, más resurgir del sepulcro que bajar de la cruz. Fue más destruir la muerte resucitando que conservar la vida bajando. Pero como los judíos no veían en absoluto que Éste bajara de la cruz ante sus insultos, cuando lo veían muriendo, creyeron haberlo vencido, se alegraron como si hubieran extinguido su nombre. Pero he aquí que desde la muerte su nombre creció por el mundo, desde la cual esta turba infiel creyó haberlo extinguido; y a quien se alegraba de ver muerto, le duele verlo difunto, porque conoce que Éste ha llegado a su gloria a través de la pena. Lo cual bien significan los hechos de Sansón en el libro de los Jueces (Jueces 16, 1-3), quien habiendo entrado en Gaza, ciudad de los filisteos, los filisteos, conociendo pronto su entrada, de repente rodearon la ciudad con asedios, asignaron guardias, y se alegraron de haber ya aprehendido al fortísimo Sansón. Pero qué hizo Sansón lo hemos sabido. A media noche se llevó las puertas de la ciudad y subió a la cima del monte. ¿A quién, hermanos carísimos, en este hecho, a quién sino a nuestro Redentor significa aquel Sansón? ¿Qué designa la ciudad de Gaza sino el infierno? ¿Qué se demuestra por los filisteos sino la perfidia de los judíos? Quienes cuando vieron al Señor muer-

to, y su cuerpo ya puesto en el sepulcro, asignaron guardias al punto, y como si hubieran atrapado a Sansón en Gaza, se alegraron de tener retenido en los claustros del infierno a Aquél que había aparecido como autor de la vida. Pero Sansón no sólo salió a media noche, sino que también se llevó las puertas, porque evidentemente nuestro Redentor resurgiendo antes de la luz, no sólo salió libre del infierno, sino que también destruyó los mismos claustros del infierno. Se llevó las puertas y subió a la cima del monte, porque resucitando se llevó los claustros del infierno, y ascendiendo penetró en los reinos de los cielos. Amemos, pues, con toda nuestra mente esta gloria de su resurrección, hermanos carísimos, la cual tanto antes se demostraba por el signo como después fue patente por el hecho, y muramos por su amor. He aquí que en la resurrección de nuestro autor hemos reconocido a sus ministros los ángeles como conciudadanos nuestros. Apresurémonos, pues, a aquella frecuente solemnidad de estos ciudadanos. A éstos, cuando aún no podemos por la visión, unámonos por el deseo y la mente. Transmigremos de los vicios a las virtudes, para que merezcamos ver a nuestro Redentor en Galilea. Ayude Dios omnipotente a nuestro deseo de vida, Quien por nosotros entregó a la muerte a su Hijo único, nuestro Señor Jesucristo, Quien con Él vive y reina Dios en la unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXII.

Pronunciada ante el pueblo en la basílica del bienaventurado Juan, que se llama Constantiniana, el Sábado después de Pascua. LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN JUAN 20, 1-9.

En aquel tiempo, el primer día de la semana, María Magdalena vino temprano, cuando aún estaba oscuro, al monumento, y vio la piedra quitada del monumento. Corrió, pues, y vino a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús amaba, y les dijo: Se han llevado al Señor del monumento y no sabemos dónde lo han puesto. Salió, pues, Pedro y aquel otro discípulo y vinieron al monumento. Y corrían los dos juntos; y aquel otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y vino primero al monumento. Y habiéndose inclinado, vio los lienzos puestos allí, pero no entró. Vino, pues, Simón Pedro siguiéndole, y entró en el monumento. Y vio los lienzos puestos allí, y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con los lienzos, sino aparte, envuelto en un lugar. Entonces entró también aquel discípulo que había venido primero al monumento, y vio, y creyó. Pues aún no sabían las Escrituras, que convenía que Él resucitara de entre los muertos.

1. El estómago quebrantado por una larga molestia me prohibió durante mucho tiempo hablar a vuestra caridad sobre la exposición de la lectura evangélica. Pues la voz misma sucumbe ante la fuerza del clamor; y porque no valgo para ser oído por muchos, confieso que me avergüenzo de hablar entre muchos. Pero yo mismo reprendo en mí esta vergüenza. ¿Pues qué? ¿Acaso si no puedo aprovechar a muchos, no me cuidaré de unos

pocos? Y si no puedo llevar muchas gavillas de la cosecha, ¿acaso debo volver vacío a la era? Pues aunque no valgo para llevar tantas como debo, ciertamente llevaré unas pocas, ciertamente dos, ciertamente una. Pues la intención misma de la debilidad tiene la certeza de su recompensa, porque nuestro juez supremo, aunque considera el peso en la retribución, sin embargo pondera las fuerzas en el peso.

2. La lectura del santo Evangelio que acabáis de oír, hermanos, está muy abierta en la superficie histórica, pero sus misterios han de ser buscados por nosotros con brevedad. *María Magdalena, cuando aún estaba oscuro, vino al monumento.* Según la historia se nota la hora, pero según el entendimiento místico se señala la inteligencia de la que busca. Pues María buscaba en el monumento al autor de todas las cosas, a quien había visto muerto en la carne; y porque no lo encontró en absoluto, creyó que había sido robado. Aún, pues, estaban las tinieblas cuando vino al monumento. Corrió más aprisa y lo anunció a los discípulos. Pero corrieron más que los otros aquellos que amaron más que los otros, a saber, Pedro y Juan. *Corrían los dos juntos, pero Juan corrió más aprisa que Pedro y vino primero al monumento,* pero no se atrevió a entrar. Vino, pues, Pedro después, *e entró.* ¿Qué significa, hermanos, qué significa ese correr? ¿Acaso ha de creerse que esta descripción tan sutil del evangelista carece de misterios? En modo alguno. Pues ni Juan diría de sí que se adelantó y que no entró, si hubiera creído que faltaba un misterio

en su misma trepidación. ¿Qué, pues, se designa por Juan sino la Sinagoga, qué por Pedro sino la Iglesia? Y no parezca ser maravilla que por el más joven se diga que es significada la Sinagoga, y por el mayor la Iglesia, porque aunque para el culto de Dios es primera la Sinagoga que la Iglesia de las gentes, para el uso del siglo es primera la multitud de las gentes que la Sinagoga, atestiguándolo Pablo, quien dice: *Que no es primero lo que es espiritual, sino lo que es animal* (1 Cor 15, 46). Por el mayor, pues, Pedro, se significa la Iglesia de las gentes, por el más joven, Juan, la Sinagoga de los judíos. Corrieron ambos juntos, porque, desde el tiempo de su nacimiento hasta el ocaso, por camino igual y común, aunque no con sentido igual y común, la gentilidad corrió con la Sinagoga.

3. Vino la Sinagoga primero al monumento, pero de ningún modo entró, porque ciertamente percibió los mandatos de la ley, oyó las profecías sobre la encarnación y pasión del Señor, pero no quiso creer en Él muerto. Pues Juan vio los lienzos puestos, pero sin embargo no entró, porque evidentemente la Sinagoga también conoció los sacramentos de las sagradas Escrituras, y sin embargo difirió el entrar creyendo a la fe de la pasión del Señor. A Quien profetizó durante mucho y largo tiempo, lo vio presente y lo rechazó; lo despreció por ser hombre, no quiso creer que Dios se había hecho mortal en la carne. ¿Qué es esto, pues, sino que tanto corrió más aprisa, y sin embargo permaneció vacía ante el monumento? *Pero vino Simón Pedro siguiéndole, y entró en

el monumento,* porque habiéndole seguido después la Iglesia de las gentes, tanto conoció al mediador de Dios y de los hombres, el hombre Jesús Cristo, como muerto en la carne, y lo creyó Dios vivo. *Vio los lienzos puestos allí, y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con los lienzos, sino aparte, envuelto en un lugar.* ¿Qué creemos ser esto, hermanos, que el sudario de la cabeza del Señor no se encuentra en el monumento con los lienzos, sino porque, atestiguándolo Pablo (1 Cor 11, 3), la cabeza de Cristo es Dios, y los sacramentos incomprensibles de la divinidad están disjuntos del conocimiento de nuestra debilidad, y su potencia trasciende la naturaleza de la criatura? Y debe notarse que se dice que se encuentra no sólo aparte, sino también envuelto en un lugar. Pues un lienzo que se envuelve, no se ve en él ni principio ni fin. Rectamente, pues, el sudario de la cabeza fue hallado envuelto, porque la alteza de la divinidad ni comenzó a ser, ni cesa; ni nace por un principio, ni se estrecha por un término.

4. Pero bien se añade: *En un lugar,* porque Dios no está en la división de las mentes. Pues Dios está en la unidad, y merecen tener su gracia aquellos que no se dividen unos de otros por los escándalos de las sectas. Pero porque por el sudario suele limpiarse el sudor de los que trabajan, puede también expresarse por el nombre de sudario el trabajo de Dios, Quien en sí mismo ciertamente permanece siempre quieto e inconmutable, pero sin embargo denuncia que trabaja cuando soporta las duras depravaciones de los

hombres. De donde también dice por el profeta: *He trabajado sosteniendo* (Jer 6, 11). Pero Dios apareció en la carne, trabajó por nuestra debilidad. El cual trabajo de su pasión mientras los incrédulos lo vieron, no quisieron venerarlo. Pues a Quien veían mortal en la carne, se dignaron creer que era inmortal por la divinidad. De donde también dice Jeremías: *Les darás el pago, Señor, según las obras de sus manos, les darás por escudo del corazón tu trabajo* (Lam 3, 64-65). Pues para que los dardos de la predicación no penetraran sus corazones, mientras desdeñaron el trabajo de su pasión, tuvieron como ese mismo trabajo suyo por escudo, para no permitir que sus palabras pasaran hacia ellos por aquello por lo que lo vieron trabajar hasta la muerte. ¿Pero qué somos nosotros sino miembros de nuestra cabeza, esto es, de Dios? Por los lienzos, pues, del cuerpo, se significan las ligaduras de los trabajos, que ahora constriñen a todos los elegidos, esto es, a sus miembros. El sudario, pues, que había estado sobre su cabeza se encuentra aparte, porque la pasión misma de nuestro Redentor está disjunta de lejos de nuestra pasión, puesto que Él mismo padeció sin culpa lo que nosotros toleramos con culpa. Él mismo quiso sucumbir a la muerte espontáneamente, a la cual nosotros llegamos contra nuestra voluntad.

5. Sigue: *Entonces entró también aquel discípulo que había venido primero al monumento.* Después de que entró Pedro, entró también Juan. Entró después el que había venido primero. Debe notarse, hermanos, que al fin del mundo también

Judea será reunida a la fe del Redentor, atestiguándolo Pablo, quien dice: *Hasta que entrara la plenitud de las gentes, y así todo Israel se salvara* (Rom 11, 25-26). Y *vio y creyó.* ¿Qué, hermanos, qué ha de estimarse que creyó? ¿Acaso que el Señor había resucitado, a quien buscaba? No ciertamente, porque aún había tinieblas en el monumento, y las palabras añadidas también contradicen cuando se dice: *Pues aún no sabían las Escrituras, que convenía que Él resucitara de entre los muertos.* ¿Qué vio, pues, y qué creyó? Vio los lienzos puestos, y creyó lo que la mujer había dicho, que el Señor había sido quitado del monumento. En lo cual ha de ponderarse la grandeza de la dispensación divina, que los corazones de los discípulos tanto se encienden para que busquen, como se difieren para que no encuentren, a fin de que la debilidad del ánimo, atormentada por su mismo dolor, se haga tanto más purgada para encontrar, y tanto más fuertemente retenga cuando haya encontrado, cuanto más tarde haya encontrado lo que buscaba.

6. Estas cosas, hermanos carísimos, las hemos recorrido con brevedad sobre la lectura evangélica; ahora resta que hablemos algo sobre la nobleza misma de tan gran solemnidad. Pues rectamente llamaré a ésta la nobleza de la solemnidad, porque antecede a las demás solemnidades. Pues así como en el sagrado lenguaje se dicen el santo de los santos, o el Cantar de los cantares, por su magnitud, así esta festividad rectemente puede llamarse la solemnidad de las solemnidades. Pues desde esta solemnidad se nos dio el ejemplo

de la resurrección, se abrió la esperanza de la patria celestial, y se hizo ya presumible la gloria del reino supremo. Por ésta los elegidos, que aunque en el seno de la tranquilidad, sin embargo eran retenidos en los claustros del infierno, fueron devueltos a los amenos lugares del paraíso. Lo que dijo antes de la pasión, el Señor lo cumplió en su resurrección: *Si yo fuere exaltado*, dijo, *de la tierra, todo lo atraeré hacia mí* (Jn 12, 32). Pues todo lo atrajo, Él que no dejó a ninguno de sus elegidos entre los de abajo. Todo lo quitó, a saber, lo elegido. Pues ni a los infieles, y a los entregados a suplicios eternos por sus crímenes, reparó el Señor para el perdón resucitando; sino que arrebató de los claustros del infierno a aquellos a quienes reconoció como suyos en la fe y en las obras. De donde rectamente dice también por Oseas: *Seré tu muerte, oh muerte; seré tu mordisco, oh infierno* (Os 13, 14). Pues aquello que matamos, hacemos para que no sea en absoluto. Pues de aquello que mordemos, retiramos una parte y dejamos otra parte. Porque, pues, en sus elegidos mató fundadamente a la muerte, existió como muerte de la muerte. Pero porque del infierno retiró una parte y dejó otra parte, no mató fundadamente, sino que mordió al infierno. Dice, pues: *Seré tu muerte, oh muerte.* Como si dijera abiertamente: Porque en mis elegidos te aniquilo fundadamente, seré tu muerte; seré tu mordisco, oh infierno, porque quitados ellos, te traspaso en parte. ¿Qué es, pues, esta solemnidad que destruyó los claustros del infierno y nos abrió las puertas del reino celestial? Inquiérase más

sutilmente su nombre. Requiérase al egregio predicador.

7. Veamos qué denuncia sobre su estimación. Pues dice: *Porque nuestra pascua, que es Cristo, ha sido inmolada* (1 Cor 5, 7). Si, pues, Cristo es la pascua, debemos ponderar qué habla la ley sobre la pascua, para que indaguemos más sutilmente si parecen ser dichas sobre Cristo. Pues Moisés dice: *Tomarán de la sangre del cordero y la pondrán sobre ambos postes, y en los dinteles de las casas en las que lo comerán; y comerán la carne esa noche asada al fuego, y panes ázimos con lechugas silvestres.* *No comeréis de él nada crudo, ni cocido en agua, sino sólo asado al fuego.* *Devoraréis la cabeza con sus pies y sus intestinos, ni quedará de él nada hasta la mañana.* *Si quedara algo residuo, lo quemaréis al fuego* (Ex 12, 7 ss.). Donde también se añade: *Así, pues, lo comeréis. Ceñiréis vuestros riñones, y tendréis calzado en vuestros pies, teniendo báculos en las manos, y comeréis apresuradamente* (Ibíd., 11). Todas las cuales cosas evidentemente nos producen gran edificación, si fueren discutidas por interpretación mística. Pues quién sea la sangre del cordero, lo habéis aprendido no ya oyendo, sino bebiendo. La cual sangre se pone sobre ambos postes, cuando se sorbe no sólo con la boca del cuerpo, sino también con la boca del corazón. Pues en ambos postes se pone la sangre del cordero, cuando el sacramento de su pasión se toma con la boca para la Redención, y también se piensa con mente atenta para la imitación. Pues quien así recibe la sangre de su Redentor que aún

no quiere imitar su pasión, puso la sangre en un poste, la cual también ha de ponerse sobre los dinteles de las casas. ¿Pues qué aceptamos espiritualmente por casas sino nuestras mentes, en las cuales habitamos por el pensamiento? De cuya casa el dintel es la intención misma, que preemina a la acción. Quien, pues, dirige la intención de su pensamiento a la imitación de la pasión del Señor, pone la sangre del cordero en el dintel de la casa. O ciertamente nuestras casas son los cuerpos mismos, en los cuales, mientras vivimos, habitamos. Y ponemos la sangre del cordero en el dintel de la casa, porque llevamos la cruz de su pasión en la frente. Sobre el cual cordero se añade aún: *Y comerán la carne esa noche asada al fuego* (Ex 12, 8). En la noche ciertamente comemos el cordero, porque en el sacramento recibimos ahora el cuerpo del Señor, cuando aún no vemos mutuamente nuestras conciencias. Cuya carne, sin embargo, ha de ser asada al fuego, porque evidentemente el fuego disuelve la carne que el agua coció; pero la que el fuego cuece sin agua, la fortalece. Así el fuego coció la carne de nuestro Cordero, porque la misma fuerza de su pasión lo volvió más valiente para la resurrección, y lo fortaleció para la incorrupción. Pues quien convaleció de la muerte, evidentemente su carne se endureció por el fuego. De donde también dice por el Salmista: *Se secó como una teja mi virtud* (Sal 21, 16). ¿Pues qué es la teja antes del fuego sino barro blando? Pero por el fuego se hace que se solidifique. La virtud, pues, de su humanidad

se secó como una teja, porque desde el fuego de la pasión creció hacia la virtud de la incorrupción.

8. Pero los sacramentos percibidos de nuestro Redentor por sí solos no bastan para la verdadera solemnidad de la mente, si no se les unen también las buenas obras. ¿Pues qué aprovecha percibir su cuerpo y sangre con la boca, y contrariarle con costumbres perversas? De donde bien se añade aún para el comer: *Y panes ázimos con lechugas silvestres* (Ex 12, 8). Come panes sin fermento quien ejercita obras rectas sin la corrupción de la vanagloria, quien exhibe los mandatos de la misericordia sin mezcla de pecado, para no arrebatar perversamente lo que dispensa como rectamente. Este fermento del pecado también lo habían mezclado con su buena acción aquellos a quienes decía el Señor por voz del profeta como reprensión: *Venid a Betel y obrad impíamente* (Amós 4, 4). Y después de poco: *Y sacrificad alabanza de lo fermentado* (Ibíd., 5). Pues inmola alabanza de lo fermentado quien prepara para Dios un sacrificio de la rapiña. Las lechugas silvestres, por su parte, son muy amargas. Las carnes del Cordero, pues, han de comerse con lechugas silvestres, para que cuando recibamos el cuerpo del Redentor, nos aflijamos en llantos por nuestros pecados, a fin de que la amargura misma de la penitencia limpie del estómago de la mente el humor de la vida perversa. Donde también se añade: *No comeréis de él nada crudo, ni cocido en agua* (Ex 12, 9). He aquí que ya las palabras mismas de la historia nos repelen del entendimiento histórico. ¿Acaso, hermanos

carísimos, aquel pueblo israelita constituido en Egipto acostumbraba a comer el cordero crudo, para que la ley le diga: *No comeréis de él nada crudo*? Donde también se añade: *Ni cocido en agua.* ¿Pero qué designa el agua sino la ciencia humana, según esto que se dice por Salomón en voz de los herejes: *Las aguas furtivas son más dulces* (Prov 9, 17)? ¿Qué significan las carnes crudas del Cordero sino su humanidad dejada sin consideración y sin reverencia del pensamiento? Pues todo lo que pensamos sutilmente lo cocemos como con la mente. Pero la carne del cordero ni ha de comerse cruda, ni cocida en agua, porque nuestro Redentor ni ha de ser estimado como puro hombre, ni ha de pensarse a través de la sabiduría humana cómo Dios pudo encarnarse. Pues todo el que cree que nuestro Redentor es un puro hombre, ¿qué otra cosa hace sino comer las carnes crudas del cordero, las cuales evidentemente no quiso cocer por el entendimiento de su divinidad? Pero todo el que intenta discutir los misterios de su encarnación según la sabiduría humana, quiere cocer las carnes del cordero con agua, esto es, quiere penetrar el misterio de su dispensación por la ciencia disuelta. Quien, pues, desea celebrar la solemnidad del gozo pascual, ni cueza el cordero con agua, ni lo coma crudo, para que ni apetezca penetrar la profundidad de su encarnación por la sabiduría humana, ni crea en Él como en un puro hombre; sino coma las carnes asadas al fuego, para que sepa que todas las cosas son dispensadas por la potencia del Espíritu Santo. Sobre lo cual rectamente se añade aún: *Devo-

raréis la cabeza con los pies y los intestinos* (Ex 12, 9), porque nuestro Redentor es alfa y omega, a saber, Dios antes de los siglos, y hombre al fin de los siglos. Y como ya predijimos, hermanos, aprendimos atestiguándolo Pablo que *la cabeza de Cristo es Dios* (1 Cor 11, 3). Devorar la cabeza del cordero, pues, es percibir su divinidad por la fe. Devorar los pies del cordero es buscar las huellas de su humanidad amando e imitando. ¿Pero qué son los intestinos sino los mandatos ocultos y místicos de sus palabras? Los cuales devoramos cuando tomamos las palabras de vida con avidez. En cuya palabra de devoración, ¿qué otra cosa se reprende sino el torpor de nuestra pereza? Que ni requerimos sus palabras y misterios por nosotros mismos, ni oímos de grado lo dicho por otros. *No quedará de él nada hasta la mañana* (Ex 12, 10), porque sus dichos han de ser discutidos con gran solicitud, a fin de que antes de que aparezca el día de la resurrección, en esta noche de la vida presente sean penetrados todos sus mandatos entendiendo y obrando. Pero porque es muy difícil que toda palabra sagrada pueda ser entendida, y todo misterio suyo ser penetrado, rectamente se añade: *Si algo quedara, lo quemaréis al fuego* (Ibíd.). Quemamos al fuego lo que queda del cordero cuando reservamos humildemente a la potestad del Espíritu Santo aquello que no podemos entender ni penetrar sobre el misterio de su encarnación, para que nadie se atreva soberbiamente ni a despreciar ni a denunciar lo que no entiende, sino que lo entrega al fuego cuando lo reserva al Espíritu Santo.

9. Puesto que, pues, hemos conocido de qué modo ha de comerse la pascua, ahora reconozcamos por quiénes debe ser comida. Sigue: *Y así la comeréis. Ceñiréis vuestros riñones* (Ibíd., 11). ¿Qué se entiende en los riñones sino el deleite de la carne? De donde también el Salmista pide, diciendo: *Quema mis riñones* (Sal 25, 2). Pues si no supiera que el placer de la libido está en los riñones, de ningún modo hubiera pedido que fueran quemados. De donde, porque la potestad del diablo prevaleció en el género humano máximamente por la lujuria, se dice de él por voz del Señor: *Su potestad está en sus lomos* (Job 40, 11). Quien, pues, come la pascua, debe tener los riñones ceñidos, para que quien celebra la solemnidad de la resurrección y de la incorrupción, ya no esté sujeto a ninguna corrupción por los vicios, dome los placeres, restrinja la carne de la lujuria. Pues ni conoció qué sea la solemnidad de la incorrupción quien aún por la incontinencia está sujeto a la corrupción. Estas cosas son duras para algunos, pero estrecha es la puerta que conduce a la vida (Mt 7, 13). Y tenemos ya muchos ejemplos de continentes. De donde también bien se añade aún: *Tendréis calzado en vuestros pies* (Ex 12, 11). ¿Pues qué son nuestros pies sino las obras? ¿Qué, por su parte, el calzado, sino las pieles de animales muertos? El calzado, por lo demás, protege los pies. ¿Y qué son los animales muertos, de cuyas pieles se protegen nuestros pies, sino los antiguos padres, que nos precedieron a la patria eterna? Mientras contemplamos sus ejemplos, protegemos los pies de nuestra obra. Tener, pues,

calzado en los pies es contemplar la vida de los difuntos, y guardar nuestras huellas de la herida del pecado. *Teniendo báculos en las manos* (Ibíd.). ¿Qué designa la ley por el báculo sino la custodia pastoral? Debe notarse que primero se nos manda ceñir los riñones, después tener báculos, porque deben asumir el cuidado pastoral aquellos que ya en su propio cuerpo saben domar los flujos de la lujuria, para que cuando predican cosas fuertes a otros, ellos mismos no sucumban enervadamente a los deseos blandos. Pero bien se añade: *Y comeréis apresuradamente* (Ibíd.). Notad, carísimos hermanos, notad lo que se dice, *apresuradamente.* Conoced los mandatos de Dios, los misterios del Redentor, los gozos de la patria celestial con apresuramiento, y cuidad de cumplir los preceptos de la vida con apresuramiento. Porque pues sabemos que hoy aún es lícito obrar bien, ignoramos si mañana será lícito. Comed, pues, apresuradamente la pascua, esto es, anhelad la solemnidad de la patria celestial. Nadie se entorpezca en el camino de esta vida, para no perder el lugar en la patria. Nadie entreteja demoras para los estudios que deben desearse, sino que perfeccione lo comenzado, no sea que no le sea lícito cumplir lo que inicia. Si no somos perezosos para el amor de Dios, ayuda Aquel a quien amamos, Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXIII.

Pronunciada ante el pueblo en la basílica del bienaventurado Pedro apóstol, el día después de Pascua. LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN LUCAS 24, 13-35.

En aquel tiempo, dos de los discípulos de Jesús iban aquel mismo día a una aldea que estaba a sesenta estadios de Jerusalén, llamada Emaús, y ellos mismos hablaban entre sí de todas estas cosas que habían sucedido. Y sucedió que, mientras hablaban y razonaban entre sí, el mismo Jesús acercándose iba con ellos. Pero sus ojos estaban retenidos para que no lo conocieran. Y les dijo: ¿Qué pláticas son estas que conferís entre vosotros mientras camináis, y estáis tristes? Y respondiendo uno, de nombre Cleofás, le dijo: ¿Eres Tú el único forastero en Jerusalén, y no has conocido las cosas que se han hecho en ella en estos días? A los cuales Él dijo: ¿Qué cosas? Y dijeron: De Jesús Nazareno, que fue un varón profeta, poderoso en obra y palabra ante Dios y todo el pueblo; y cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros príncipes para condenación de muerte, y lo crucificaron. Nosotros, por nuestra parte, esperábamos que Él fuera el que había de redimir a Israel. Y ahora sobre todo esto, hoy es el tercer día que se hicieron estas cosas. Pero también unas mujeres de las nuestras nos han aterrado, las cuales antes de la luz estuvieron en el monumento, y no hallado su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto una visión de ángeles, que dicen que Él vive. Y fueron algunos de los nuestros al monumento, y así lo hallaron como las mujeres habían dicho, pero a Él no lo

hallaron. Y Él les dijo: ¡Oh necios y tardos de corazón para creer en todo lo que han hablado los profetas! ¿Acaso no convenía que Cristo padeciera estas cosas y entrara en su gloria? Y empezando por Moisés y por todos los profetas, les interpretaba en todas las Escrituras las cosas que eran de Él. Y se acercaron a la aldea a donde iban. Y Él fingió que iba más lejos. Y le obligaron diciendo: Quédate con nosotros, porque atardece y ya el día se ha inclinado. Y entró con ellos. Y sucedió que, mientras estaba a la mesa con ellos, tomó el pan y lo bendijo y lo partió, y se lo alargaba. Y se abrieron sus ojos y lo conocieron, y Él desapareció de sus ojos. Y dijeron entre sí: ¿Acaso no estaba ardiendo nuestro corazón en nosotros mientras nos hablaba en el camino y nos abría las Escrituras? Y levantándose en la misma hora regresaron a Jerusalén, y hallaron congregados a los once y a los que estaban con ellos, diciendo: Que ha resucitado el Señor verdaderamente y se ha aparecido a Simón. Y ellos mismos contaban lo que había sucedido en el camino, y cómo lo conocieron en la fracción del pan.

1. Para vosotros, que trabajáis en la solemnidad cotidiana, pocas cosas han de decirse; y quizás éstas aprovechen más útilmente, porque a menudo incluso los alimentos que bastan menos se toman con más avidez. Así pues, he determinado discutir el sentido de la lectura evangélica sumariamente y no por palabras individuales, para que un discurso más prolífico de exposición no pueda cargar vuestro amor. He aquí que habéis oído, hermanos carísimos, que a dos discípulos

que caminaban por el camino, no ciertamente creyendo, pero sin embargo hablando de Él, se les apareció el Señor, pero no les mostró una forma que reconocieran. Esto, pues, hizo el Señor fuera en los ojos del cuerpo lo que se hacía entre ellos dentro en los ojos del corazón. Pues ellos mismos dentro tanto amaban como dudaban, y a ellos el Señor fuera estaba presente, y no mostraba quién era. Así pues, a los que hablaban de Él les exhibió su presencia, pero a los que dudaban de Él les ocultó la forma de su conocimiento. Ciertamente les dirigió palabras, reprendió la dureza de su entendimiento; les abrió los misterios de la sagrada Escritura que eran sobre Sí mismo, y sin embargo, porque aún en sus corazones Él era un extraño para la fe, fingió que iba más lejos. Pues fingir decimos que es componer; de donde también llamamos alfareros a los compositores del barro. Nada, pues, hizo la Verdad simple por duplicidad, sino que se les exhibió en el cuerpo tal como era entre ellos en la mente. Pero debían ser probados si aquellos que, aunque aún no lo amaran como a Dios, al menos hubieran podido amarlo como a un extraño. Pero porque no podían ser ajenos a la caridad aquellos con quienes caminaba la Verdad, lo llaman al hospicio como a un extraño. ¿Pero por qué decimos, lo llaman, cuando allí está escrito: *And they constrained Him?* De cuyo ejemplo ciertamente se colige que a los extraños no sólo hay que invitarlos al hospicio, sino incluso traerlos. Ponen la mesa, ofrecen alimentos, y conocen a Dios en la fracción del pan, a quien no

habían conocido en la exposición de la sagrada Escritura.

2. No fueron, pues, iluminados oyendo los preceptos de Dios, sino que fueron iluminados haciéndolos, porque está escrito: *No los oidores de la ley son justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados* (Rom 2, 13). Quienquiera, pues, que quiera entender lo oído, apresúrese a cumplir por la obra aquellas cosas que ya pudo entender. He aquí que el Señor no fue conocido mientras hablaba, y se dignó ser conocido mientras es alimentado. Amad, pues, la hospitalidad, hermanos carísimos, amad las obras de la caridad. Pues de aquí se dice por Pablo: *Permanezca en vosotros la caridad de la fraternidad, y no olvidéis la hospitalidad.* *Pues por ésta algunos pluguieron, habiendo recibido ángeles en el hospicio* (Heb 13, 1). De aquí dice Pedro: *Hospitalarios unos con otros sin murmuración* (1 Pe 4, 9). De aquí la misma Verdad dice: *Fui huésped, y me recibisteis* (Mt 25, 35). Es cosa muy reputada, y entregada a nosotros por el relato de nuestros mayores. Cierto padre de familia con toda su casa servía con gran estudio de hospitalidad; y como diariamente recibiera extraños a su mesa, cierto día vino un extraño entre los otros, y fue llevado a la mesa. Y mientras el padre de familia por la costumbre de la humildad quería derramar agua en sus manos, habiéndose vuelto tomó el jarro, pero de repente no encontró a aquel en cuyas manos había querido derramar el agua. Y maravillándose él mismo consigo de este hecho, esa misma noche el Señor le dijo por una visión: Los

demás días me recibiste en mis miembros, pero el día de ayer me recibiste en Mí mismo. He aquí que viniendo al juicio, dirá: *Lo que hicisteis a uno de estos mis mínimos, a Mí me lo hicisteis* (Mt 25, 40). He aquí que antes del juicio, cuando es recibido por sus miembros, busca a sus receptores incluso por Sí mismo; y sin embargo nosotros somos perezosos para la gracia de la hospitalidad. Ponderad, hermanos, cuán grande sea la virtud de la hospitalidad. Recibid a Cristo en vuestras mesas, para que podáis ser recibidos por Él en los convites eternos. Ofreced ahora hospitalidad al Cristo extraño, para que Él no os desconozca en el juicio como a extraños, sino para que os reciba como propios al reino, con la ayuda de Él mismo que vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXIV.

Pronunciada ante el pueblo en la basílica del bienaventurado Lorenzo mártir, fuera de los muros de la Ciudad, el Miércoles de Pascua. LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN JUAN 21, 1-14.

En aquel tiempo, se manifestó Jesús otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberíades. Y se manifestó de esta manera. Estaban juntos Simón Pedro, y Tomás, llamado el Dídimo, y Natanael, que era de Caná de Galilea, y los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dice: "Voy a pescar". Le dicen ellos: "Vamos nosotros también contigo". Y salieron, y subieron a una barca, y aquella noche no pescaron nada.

Pero cuando se hizo de mañana, se presentó Jesús en la orilla; mas los discípulos no conocieron que era Jesús. Jesús, pues, les dice: "Muchachos, ¿tenéis algo de comer?". Le respondieron: "No". Y Él les dijo: "Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis". La echaron, pues, y ya no podían sacarla por la multitud de peces. Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dice a Pedro: "Es el Señor". Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la túnica (porque estaba desnudo) y se echó al mar. Pero los otros discípulos vinieron en la barca (porque no estaban lejos de tierra, sino como a doscientos codos), arrastrando la red con los peces. Así que descendieron a tierra, vieron brasas puestas, y un pez puesto encima, y pan. Jesús les dice: "Traed de los peces que habéis pescado ahora". Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres. Y siendo tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: "Venid, comed". Y ninguno de los que estaban a la mesa se atrevía a preguntarle: "¿Tú quién eres?", sabiendo que era el Señor. Y viene Jesús, y toma el pan, y se lo da, y el pez de igual manera. Ésta fue ya la tercera vez que Jesús se manifestó a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos.

1. La lectura del santo Evangelio que acaba de ser leída en vuestros oídos, hermanos míos, golpea el alma con una pregunta, pero por su golpe indica la fuerza del discernimiento. Pues puede preguntarse por qué Pedro, que fue pescador antes de su conversión, volvió a la pesca después de su conversión; y puesto que la Verdad

dice: *Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de Dios* (Lc 9, 62), ¿por qué repitió lo que había abandonado? Pero si se inspecciona la virtud del discernimiento, más pronto se ve que ciertamente un negocio que existió sin pecado antes de la conversión no fue culpa repetirlo incluso después de la conversión. Pues sabemos que Pedro fue pescador, pero Mateo fue telonario; y después de su conversión Pedro volvió a la pesca, pero Mateo no volvió a sentarse en el negocio del telonio, porque una cosa es buscar el sustento por la pesca, y otra aumentar el dinero con las ganancias del telonio. Pues hay muchos negocios que o apenas o de ninguna manera pueden ejercerse sin pecados. Por tanto, a aquellas cosas que implican pecado, es necesario que el alma no regrese después de la conversión.

2. También puede preguntarse por qué, trabajando los discípulos en el mar, después de su resurrección el Señor estuvo en la orilla, quien antes de su resurrección caminó ante los discípulos en las olas del mar (Mt 14, 25). La razón de lo cual se conoce pronto si se pondera la causa que entonces existía. ¿Qué significa el mar sino el presente siglo, que se choca con los tumultos de las causas y las olas de la vida corruptible? ¿Qué se figura por la solidez de la orilla sino aquella perpetuidad del descanso eterno? Porque, pues, los discípulos aún estaban en las olas de la vida mortal, trabajaban en el mar. Pero porque nuestro Redentor ya había pasado la corrupción de la carne, después de su resurrección estaba en la

orilla. Como si el mismo misterio de su resurrección hablara a los discípulos por estas cosas, diciendo: "Ya no me aparezco a vosotros en el mar, porque no estoy con vosotros en las olas de la perturbación". De aquí es que en otro lugar, después de su resurrección, dice a los mismos discípulos: *Éstas son las palabras que os hablé cuando aún estaba con vosotros* (Lc 24, 44). Pues no es que no estuviera con ellos a quienes aparecía presente corporalmente, pero sin embargo ya niega que esté con ellos, de cuyo cuerpo mortal distaba por la inmortalidad de la carne. Lo que allí confiesa, estando puesto con ellos, que no está con ellos, eso también aquí lo indica por la situación de su cuerpo, cuando, navegando ellos todavía, demuestra que Él está ya en la orilla.

3. Pero se produjo para los discípulos una gran dificultad en la pesca, para que, al venir el Maestro, se produjera una gran sublimidad de admiración. El cual al punto dijo: *Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis*. Dos veces se lee en el santo Evangelio que el Señor mandó que se echaran las redes para pescar: a saber, antes de la pasión y después de la resurrección. Pero antes de que nuestro Redentor padeciera y resucitara, manda ciertamente echar la red para pescar, pero no manda si debía echarse a la derecha o a la izquierda; mas después de la resurrección, apareciéndose a los discípulos, manda echar la red a la derecha. En aquella pesca se capturaron tantos que las redes se rompían; en ésta se capturaron muchos, y las redes no se rompieron. ¿Quién, en efecto, no sabe que los buenos se figuran por la

derecha y los malos por la izquierda? Aquella pesca, pues, en la que no se manda especialmente en qué parte deba echarse la red, designa a la Iglesia presente, que recoge a los buenos junto con los malos, ni elige a quiénes arrastre, porque ignora a quiénes pueda elegir. Mas esta pesca realizada después de la resurrección del Señor fue echada sólo a la derecha, porque sólo la Iglesia de los elegidos llega a ver la gloria de su claridad, la cual nada tendrá de la obra de la izquierda. En aquella pesca la red se rompe por la multitud de los peces, porque ahora entran a la confesión de la fe tantos réprobos junto con los elegidos que despedazan también a la misma Iglesia con herejías. En esta pesca, ciertamente, se capturan peces tanto muchos como grandes, y la red no se rompe, porque la santa Iglesia de los elegidos, descansando en la paz continua de su Autor, ya no es desgarrada por ninguna disensión.

4. Capturados ya peces tan grandes, *subió Simón Pedro y sacó la red a tierra*. Creo ya que vuestra caridad advierte qué es esto de que Pedro arrastra la red a tierra. A él, en efecto, le fue encomendada la santa Iglesia; a él se le dice especialmente: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Apacienta mis ovejas* (Jn 21, 15.16). Lo que, pues, después se abre en la voz, esto se significa ahora en la obra. Porque, pues, el predicador de la Iglesia nos separa de las olas de este mundo, ciertamente es necesario que Pedro lleve la red llena de peces a la tierra. Pues él arrastra los peces a la solidez de la orilla, porque con la voz de la santa predicación muestra a los fieles la estabilidad de

la patria eterna. Esto hizo con palabras, esto con Epístolas, esto hace diariamente con los signos de los milagros. Cuantas veces por él nos convertimos al amor del descanso eterno, cuantas veces nos separamos de los tumultos de las cosas terrenas, ¿qué otra cosa sino que, como peces enviados dentro de la red de la fe, somos arrastrados a la orilla? Pero cuando se dice que la red está llena de grandes peces, se añade también cuántos, a saber, ciento cincuenta y tres. El número no está vacío de un gran misterio, sino que la profundidad de tan gran misterio os espera atentos. Pues no expresaría el evangelista tan solícitamente la suma de la cantidad, si no hubiera juzgado que ésta estaba llena de un sacramento. Sabéis, pues, que en el Antiguo Testamento toda obra se manda por los mandatos del Decálogo, pero en el Nuevo la virtud de la misma obra se da por la gracia septiforme del Espíritu Santo a los fieles multiplicados. Al cual anunciando el profeta, dice: *Espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará el espíritu del temor del Señor* (Is 11, 2). Pero percibe la obra en este Espíritu aquel que reconoce la fe de la Trinity, de modo que crea que tanto el Padre como el Hijo y el mismo Espíritu Santo son de una misma virtud, y confiese que son de una misma sustancia. Porque, pues, los siete que arriba dijimos se dieron más ampliamente por el Nuevo Testamento, y diez preceptos por el Antiguo, toda nuestra virtud y obra puede comprenderse plenamente por diez y siete. Llevemos, pues, por el triángulo

diez y siete, y llegan a ciento cincuenta y tres. Cuyo número ciertamente no está vacío de un gran misterio, porque en el Antiguo Testamento leemos que se mandó llamar año jubilar al año quincuagésimo (Lv 25, 11), en el cual, a saber, todo el pueblo descansaría de toda obra. Pero el verdadero descanso está en la unidad. Ciertamente el uno no puede dividirse; pues donde hay escisión de división, no hay verdadero descanso. Llevemos, pues, por el triángulo cincuenta y uno, para que se hagan ciento cincuenta y tres. Porque, pues, toda nuestra obra exhibida en la fe de la Trinidad tiende al descanso, llevamos diez y siete tres veces, para que debamos llegar a cincuenta y uno. Y nuestro verdadero descanso es entonces, cuando ya reconocemos la misma claridad de la Trinidad, la cual tenemos por cierto que está en la unidad de la divinidad. Llevamos cincuenta y uno tres veces, y tenemos la suma de los elegidos en la patria celestial casi como el número de ciento cincuenta y tres peces. Después de la resurrección del Señor, pues, fue digno que la red echada capturara tantos peces cuantos designaran solamente a los elegidos ciudadanos de la patria celestial.

5. Entre estas cosas, ciertamente, tanto la lectura de ayer del santo Evangelio como la de hoy nos amonestan a que debamos inspeccionar vigilantes por qué se lee que nuestro Señor y Redentor comió un pez asado después de su resurrección. Pues no está vacío de misterio lo que se repite en el hecho. Pues en esta lectura hay pan y pez asado, pero en aquella que se leyó el día

de ayer (Lc 24, 13 ss.), con el pez asado comió también un panal de miel. ¿Qué creemos que significa el pez asado sino al mismo Mediador de Dios y de los hombres habiendo padecido? Pues Él se dignó esconderse en las aguas del género humano, quiso ser capturado por el lazo de nuestra muerte, y fue como asado por la tribulación en el tiempo de su pasión. Pero el que se dignó hacerse pez asado en la pasión, se nos mostró panal de miel en la resurrección. ¿O el que quiso figurar en el pez asado la tribulación de su pasión, quiso expresar en el panal de miel ambas naturalezas de su persona? El panal, en efecto, es miel en la cera, pero la miel en la cera es la divinidad en la humanidad. Lo cual tampoco discrepa de esta lectura, pues come pez y pan. Pues el que pudo ser asado como pez por la humanidad, nos refresca con el pan por la divinidad, el cual dice: *Yo soy el pan vivo que bajó del cielo* (Jn 6, 41.52). Comió, pues, pez asado y pan, para que por su mismo alimento nos mostrara que tanto padeció la pasión por nuestra humanidad, como procuró nuestro refresco por su divinidad. Lo cual, si vigilantes inspeccionamos, vemos también cómo nos conviene para imitarlo. Pues así indica el Redentor lo suyo, para que allane el camino de la imitación a nosotros que le seguimos. He aquí que en su alimento nuestro Señor quiso unir el panal al pez asado, porque, a saber, recibe en su cuerpo para el descanso eterno a aquellos que, mientras sienten aquí tribulaciones por el Señor, no se apartan del amor de la dulzura interna. Con el pez asado se toma el panal, porque los que aquí

reciben aflicción por la verdad, allí son saciados con la verdadera dulzura.

6. Debe notarse también que se describe que el Señor tuvo el último convite con siete discípulos; pues se menciona que Pedro y Tomás, Natanael, los hijos de Zebedeo y otros dos de sus discípulos estuvieron en él. ¿Por qué celebra el último convite con siete discípulos, sino porque anuncia que sólo aquellos que están llenos de la gracia septiforme del Espíritu Santo estarán con Él en el refrigerio eterno? También en siete días se desarrolla todo este tiempo, y a menudo por el número septenario se designa la perfección. Se alimentan, pues, de la presencia de la Verdad en el último convite aquellos que ahora trascienden las cosas terrenas por el estudio de la perfección, a quienes el amor de este mundo no ata, cuyos deseos comenzados no embota, aunque de algún modo les estorbe por las tentaciones. Sobre este convite extremo se dice en otro lugar por Juan: *Bienaventurados los que han sido llamados a la cena de las bodas del Cordero* (Apoc 19, 9). Por eso narra que fueron llamados no a la comida, sino a la cena, porque ciertamente el convite al final del día es la cena. Los que, pues, acabado el tiempo de la vida presente, llegan al refrigerio de la contemplación suprema, son llamados no a la comida del Cordero, sino a la cena. Cuaya cena, por cierto, se expresa en este último convite, al cual se menciona que asisten siete discípulos, porque, como dijimos, el refrigerio interno repara entonces a aquellos que ahora anhelan en el amor del Espíritu, llenos de la gracia septiforme. Tra-

tad, pues, estas cosas con vosotros mismos, hermanos, desead ser llenos de la presencia de este espíritu. Ponderad por lo presente lo que os puede seguir en lo futuro. Ponderad si estáis llenos de este espíritu; vosotros sabéis si podéis llegar a aquel convite. Pues quienquiera que sea aquel a quien este espíritu no repara ahora, ciertamente ayuna de aquel refrigerio del convite eterno. Recordad lo que dice Pablo sobre el mismo espíritu: *Si alguno no tiene el espíritu de Cristo, éste no es de Él* (Rom 8, 9). Casi como un título de posesión divina es este espíritu de amor. ¿Acaso tiene el espíritu de Cristo aquel cuya mente disipan los odios, infla la soberbia, exaspera la ira hasta la división de la mente, tortura la avaricia, enerva la lujuria?

Ponderad cuál sea el espíritu de Cristo. Ciertamente aquel que hace que se amen amigos y enemigos, que se desprecien las cosas terrenas, que se anhelen con fervor las celestiales, que la carne se desgaste por los vicios, que la mente se frene de las concupiscencias. Si, pues, queréis conocer el derecho de posesión de Dios, ponderad la persona de vuestro poseedor. Pues he aquí lo que hemos dicho, Pablo lo clama con voz verídica: *Si alguno no tiene el espíritu de Cristo, éste no es de Él* (Rom 8, 9). Como si dijera abiertamente: Quien ahora no es regido por Dios que habita en él, no se alegra después por la forma de la claridad divina. Pero nosotros, sin embargo, nos debilitamos ante estas cosas que se han dicho, y aún no alcanzamos la cumbre de la perfección; pongamos diariamente los pasos del santo deseo en el

camino de Dios. Nos consuela la Verdad que dice por el Salmista: *Mis ojos vieron mi imperfección, y en tu libro todos serán escritos* (Sal 138, 16). No nos será del todo nociva nuestra imperfección si, constituidos en el itinerario de Dios, ni miramos a las cosas pasadas, ni dejamos de apresurarnos a pasar a las que restan. Pues el que inflama dignamente los deseos de los imperfectos, los robustece alguna vez hasta la perfección, por nuestro Señor Jesucristo, que con Él vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXV.

Pronunciada ante el pueblo en la basílica de San Juan, que se llama Constantiniana, el Jueves de Pascua. LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN JUAN 20, 11-18:

2. Pero María, mientras lloraba, se inclinó y miró dentro del sepulcro. Ciertamente ya había visto el sepulcro vacío, ya había anunciado que el Señor había sido llevado; ¿por qué es que se inclina de nuevo, y desea ver de nuevo? Pero al que ama no le basta con haber mirado una vez, porque la fuerza del amor multiplica la intensidad de la búsqueda. Buscó, pues, primero, y de ningún modo encontró; perseveró para buscar, de donde también sucedió que encontró, y se hizo que los deseos dilatados crecieran, y creciendo, captaran lo que habían encontrado. De aquí es, pues, lo que la Iglesia dice del mismo esposo en el Cantar de los Cantares: *En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma; lo busqué

y no lo encontré.* Me levantaré y rodearé la ciudad: por las calles y las plazas buscaré al que ama mi alma (Cant 3, 1). Ella también redobla el fracaso del hallazgo, diciendo: *Lo busqué y no lo encontré* (Ibíd.). Pero porque el hallazgo no se alarga por mucho tiempo si la búsqueda no cesa, añade: *Me encontraron los vigilantes que custodian la ciudad.* ¿Habéis visto al que ama mi alma? Cuando los hube pasado un poco, encontré al que ama mi alma (Ibíd. 3, 3. 4). Pues buscamos al Amado en el lecho cuando en algún pequeño descanso de la vida presente suspiramos por el deseo de nuestro Redentor. Buscamos por la noche porque, aunque ya en Él vela la mente, sin embargo, todavía el ojo está en tinieblas. Pero al que no encuentra a su Amado, le resta levantarse y rodear la ciudad, esto es, recorrer con la mente y la búsqueda la santa Iglesia de los elegidos; que lo busque por las calles y las plazas, esto es, que mire a los que caminan por lugares estrechos y anchos, para que, si puede encontrar en ellos algunas de sus huellas, las busque con empeño, porque hay algunos, incluso de vida secular, que tienen algo que imitar de la acción de la virtud. Pero al buscar, nos encuentran los vigilantes que custodian la ciudad, porque los santos padres, que custodian el estado de la Iglesia, salen al encuentro de nuestros buenos estudios para enseñarnos, ya sea con su palabra o con su escrito. A los cuales, cuando pasamos un poco, encontramos al que amamos, porque nuestro Redentor, aunque hombre entre los hombres por su humildad, fue sin embargo superior a los hombres por su divinidad. Cuando,

pues, se pasan los vigilantes, se encuentra al Amado, porque cuando vemos que los profetas y apóstoles están por debajo de Él, consideramos que aquel que es Dios por naturaleza está por encima de los hombres. Primero, pues, se busca sin ser encontrado, para que después de encontrado se retenga más estrechamente. Pues los santos deseos, como ya dijimos, crecen con la dilación. Pero si desfallecen con la dilación, no eran deseos. Con este amor ardió todo el que pudo alcanzar la verdad. De aquí, pues, dice David: *Mi alma tuvo sed de Dios vivo; ¿cuándo vendré y apareceré ante la faz de Dios?* (Sal 41, 3). De aquí nos amonesta, diciendo: *Buscad siempre su rostro* (Sal 104, 4). De aquí dice el profeta: *Mi alma te ha deseado en la noche, pero también con mi espíritu en mis entrañas velaré hacia ti desde la mañana* (Is 26, 9). De aquí, de nuevo, dice la Iglesia en el Cantar de los Cantares: *Herida de caridad estoy yo* (Cant 4, 9). Pues es justo que alcance la salud por la visión del médico la que, por el ardor de su deseo, lleva la herida del amor en el pecho. De aquí de nuevo dice: *Mi alma se derritió cuando el Amado habló* (Ibíd. 5, 6). Pues la mente del hombre que no busca la belleza de su Creador es malvadamente dura, porque permanece fría en sí misma. Pero si ya comenzara a arder por el deseo de seguir al que ama, derretida por el fuego del amor, corre. Se vuelve ansiosa por el deseo, se envilece en el mundo todo lo que agradaba, nada hay que deleite fuera del Creador, y las cosas que antes deleitaban al ánimo, se vuelven después vehementemente onerosas. Nada consuela su

tristeza mientras todavía aquel que es deseado no es contemplado. Se aflige la mente, la luz misma es fastidio; y por tal fuego se cuece en la mente el herrumbre de la culpa, y el ánimo encendido, al modo del oro, porque perdió su belleza por el uso, resplandece por el incendio.

3. Veamos, pues, con qué fruto la fuerza del amor en ella redobla la obra de la búsqueda, ella que así ama, que se inclina de nuevo hacia el sepulcro que había observado. Sigue: *Vio a dos ángeles de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había sido puesto el cuerpo de Jesús.* ¿Qué es lo que en el lugar del cuerpo del Señor se ven dos ángeles, uno sentado a la cabeza y otro a los pies, sino porque en lengua latina ángel se dice mensajero, y aquel debía ser anunciado desde su pasión, que es Dios antes de los siglos y hombre al fin de los siglos? Como a la cabeza se sienta el ángel cuando se predica por el apóstol Juan que *en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios* (Jn 1, 1). Y como a los pies se sienta el ángel cuando dice: *El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros* (Ibíd., 14). Podemos también por los dos ángeles conocer los dos Testamentos, uno anterior y otro posterior. Los cuales ángeles, por cierto, están unidos entre sí por el lugar del cuerpo del Señor, porque sin duda ambos Testamentos, mientras con igual sentido anuncian que el Señor se encarnó, murió y resucitó, se sientan como el Testamento anterior a la cabeza y el Testamento posterior a los pies. De donde también los dos querubines que cubren el propiciatorio se

miran mutuamente con los rostros vueltos hacia el propiciatorio (Éx 25, 20). Pues querubín se dice plenitud de ciencia. ¿And qué se significa por los dos querubines sino ambos Testamentos? ¿Qué, en verdad, se figura por el propiciatorio sino el Señor encarnado? De quien dice Juan: *Él mismo es, pues, la propiciación por nuestros pecados* (1 Jn 2, 2). Y mientras el Antiguo Testamento denuncia que esto debe hacerse, lo cual el Nuevo Testamento clama como hecho acerca del Señor, ambos querubines se miran mutuamente entre sí, mientras vuelven sus rostros hacia el propiciatorio, porque mientras ven al Señor encarnado puesto entre ellos, no discrepan de su propio aspecto, ellos que narran concordemente el misterio de su dispensación.

4. Reclaman a María los ángeles, diciendo: *Mujer, ¿por qué lloras?* Y les dice: *Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto.* Pues las mismas sagradas elocuencias que en nosotros excitan lágrimas de amor, consuelan esas mismas lágrimas mientras nos prometen la forma de nuestro Redentor. Pero hay que notar según la historia que la mujer no dice: "Se han llevado el cuerpo de mi Señor", sino: *Se han llevado a mi Señor.* Pues el uso de la sagrada elocuencia es que a veces por la parte signifique el todo, pero a veces por el todo la parte. Pues por la parte signa el todo, como está escrito de los hijos de Jacob: *Porque descendió Jacob a Egipto en setenta almas* (Gén 46, 27). Ni en verdad las almas descendieron a Egipto sin los cuerpos; sino que por la sola alma se significa todo el hombre,

porque por la parte se expresa el todo. Y solo el cuerpo del Señor había yacido en el sepulcro, y María no buscaba el cuerpo del Señor, sino al Señor arrebatado, designando claramente la parte por el todo. *Habiendo dicho esto, se volvió hacia atrás y vio a Jesús de pie, y no sabía que era Jesús.* Hay que notar que María, que todavía dudaba de la resurrección del Señor, se volvió hacia atrás para ver a Jesús, porque claramente por esa misma duda suya había puesto como la espalda en la cara del Señor, a quien de ningún modo creía que hubiera resucitado. Pero porque amaba y dudaba, lo veía y no lo reconocía; y tanto el amor se lo mostraba como la duda se lo ocultaba. Cuya ignorancia todavía se expresa cuando se añade: *Y no sabía que era Jesús.* *Quien le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?* Se interroga la causa del dolor para que se aumente el deseo, a fin de que cuando nombrara a quien buscaba, ardiera más intensamente en su amor. *Ella, estimando que era el hortelano, le dice: Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré.* Quizá ni errando erró esta mujer que creyó que Jesús era el hortelano. ¿Acaso no era para ella espiritualmente el hortelano, que en su pecho plantaba por las semillas de su amor los verdes brotes de las virtudes?

5. Pero, ¿qué es lo que, habiendo visto a aquel que creyó que era el hortelano, a quien todavía no había dicho a quién buscaba, dice: *Señor, ¿si tú te lo has llevado?* Pues como si ya hubiera dicho por el deseo de quién lloraba, dice a aquel a quien no había nombrado. Pero la fuerza del

amor suele hacer esto en el ánimo, que crea que nadie ignora a aquel en quien él siempre piensa. Rectamente también esta mujer no dice a quién busca, y sin embargo dice: *Si tú te lo has llevado,* porque no piensa que sea incógnito para otro aquel a quien ella misma así continuamente llora con deseo. *Jesús le dice: María.* Después que la llamó por el vocablo común de su sexo y no fue reconocido, la llama por su nombre. Como si le dijera abiertamente: Reconoce a aquel por quien eres reconocida. También al hombre perfecto se le dice: *Te he conocido por tu nombre* (Éx 33, 12), porque hombre es el vocablo común de todos nosotros, pero Moisés es el propio, al cual rectamente se le dice que es conocido por su nombre, como si el Señor le dijera abiertamente: No te conozco generalmente como a los demás, sino especialmente. María, pues, porque es llamada por su nombre, reconoce al autor, y al punto lo llama Rabboni, esto es, Maestro, porque era Él mismo el que era buscado exteriormente, y Él mismo el que la enseñaba interiormente para que lo buscara. Ya en verdad no se añade por el evangelista qué hizo la mujer, pero se insinúa por lo que oyó. A la cual se le dice: *No me toques; pues aún no he subido a mi Padre.* Pues en estas palabras se muestra que María quiso abrazar las huellas de aquel a quien reconoció. Pero el Maestro le dice: *No me toques.* No porque después de la resurrección el Señor rechazara el tacto de las mujeres, cuando de las dos que venían a su sepulcro está escrito: *Se acercaron y estrecharon sus pies* (Mt 28, 9).

6. Pero por qué no deba ser tocado, se añade también la razón cuando se añade: *Pues aún no he subido a mi Padre.* Pues en nuestro corazón entonces Jesús sube al Padre, cuando es creído igual al Padre. Pues quienquiera que no lo cree igual al Padre, todavía en su pecho el Señor no ha subido al Padre. Aquel, pues, toca verdaderamente a Jesús, que cree al Hijo coeterno con el Padre. Pues en el corazón de Pablo ya al Padre Jesús había subido, cuando el mismo Pablo decía: *El cual, estando en forma de Dios, no tuvo por rapiña el ser igual a Dios* (Fil 2, 6). De donde Juan también tocó a nuestro Redentor con la mano de la fe, quien dice: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Éste estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por Él fueron hechas* (Jn 1, 1. 2). Toca, pues, al Señor el que lo cree igual al Padre por la eternidad de su sustancia. Pero quizá alguien sea pulsado por una tácita cuestión de cómo el Hijo puede ser igual al Padre. En cuya cosa, lo que la humana naturaleza no vale comprender admirando, resta que esto sepa que es creíble por otra admiración. Tiene, pues, lo que a estas cosas se responda bajo brevedad. Consta, pues, que Él mismo creó a la madre en cuyo virgíneo útero por la humanidad sería creado. ¿Qué maravilla, pues, si es igual al Padre el que es anterior a la madre? Con Pablo también atestiguando aprendimos que *Cristo es virtud de Dios y sabiduría de Dios* (1 Cor 1, 24). El que, pues, piensa que el Hijo es menor, deroga especialmente al Padre, cuya sabiduría confiesa que le es desigual. ¿Pues qué hombre potente llevaría

con ecuanimidad si alguien le dijera: "Grande eres, por cierto, pero sin embargo tu sabiduría es menor que tú"? El mismo Señor también dice: *Yo y el Padre somos uno* (Jn 10, 30). Y de nuevo dice: *El Padre mayor es que yo* (Ibíd., 14, 28). De quien también está escrito que *estaba sujeto a sus padres* (Lc 2, 51). ¿Qué maravilla, pues, si por su humanidad se aserta menor que el Padre en el cielo, por la cual estaba sujeto incluso a los padres en la tierra? Por cuya humanidad ahora se dice a María: *Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.* Al decir *mi* y *vuestro*, ¿por qué no dice comúnmente *nuestro*? Pero hablando distintamente indica que tiene al mismo Padre y Dios de modo diferente que nosotros. *Subo a mi Padre,* a saber, por naturaleza: *Y a vuestro Padre,* por la gracia. *A mi Dios,* porque descendí; *a vuestro Dios,* porque subiréis. Pues porque yo también soy hombre, Dios es para mí; porque vosotros habéis sido liberados del error, Dios es para vosotros. Distintamente, pues, para mí es Padre y Dios, porque a quien antes de los siglos engendró Dios, lo creó hombre al fin de los siglos conmigo. *Viene María Magdalena anunciando a los discípulos que he visto al Señor, y estas cosas me dijo.* He aquí que la culpa del género humano se corta allí de donde procedió. Pues porque en el paraíso la mujer propinó la muerte al varón (Gén 3, 7), desde el sepulcro la mujer anuncia la vida a los varones; y narra las palabras de su vivificador la que había narrado las palabras de la serpiente mortífera. Como si al género humano no con

palabras, sino con hechos el Señor dijera: De qué mano os fue inferida la bebida de la muerte, de esa misma recibid la copa de la vida.

7. Estas cosas acerca de la exposición de la lección evangélica sucintamente recorremos; ahora, con la ayuda del mismo Señor de quien hablamos, consideremos tanto la gloria de su resurrección como las entrañas de su piedad. Pues más pronto quiso resucitar de la muerte, para que nuestra alma no permaneciera mucho tiempo en la muerte de la infidelidad. De donde bien también se dice por el Salmista: *Del torrente en el camino beberá, por eso exaltará la cabeza* (Sal 109, 7). Pues en el género humano, desde el mismo inicio del mundo, el torrente de la muerte había fluido; pero de este torrente el Señor bebió en el camino, porque gustó la muerte de paso. And por eso exaltó la cabeza, porque esto que muriendo puso en el sepulcro, resucitando lo elevó sobre los ángeles; y de allí hirió al antiguo enemigo eternamente, de donde permitió que las manos de los perseguidores se ensañaran contra Él temporalmente. Lo cual abiertamente el Señor indica al bienaventurado Job, diciendo: *¿Acaso capturarás al Leviatán con el anzuelo?* (Job 40, 19. 20).

8. Por el Leviatán, que se dice "adición de ellos", se designa a aquella ballena devoradora del género humano. El cual, mientras prometió añadir la divinidad al hombre, le quitó la inmortalidad. El cual también, mientras propinó la culpa de la prevaricación al primer hombre, mientras se multiplica en los siguientes con pésima

persuasión, les amontona penas sin cesar. Pero en el anzuelo se muestra el cebo, el aguijón se oculta. A éste, pues, el Padre omnipotente lo capturó con el anzuelo, porque envió a su Hijo unigénito encarnado a la muerte de aquél, en el cual tanto la carne pasible pudiera verse, como la divinidad impasible no pudiera verse. Y cuando esta serpiente mordió el cebo del cuerpo por las manos de los perseguidores, lo perforó el aguijón de la divinidad. Pero antes lo había reconocido como Dios en sus milagros, mas de su conocimiento cayó en la duda cuando lo vio pasible. Como un anzuelo, pues, sujetó las fauces del que tragaba, mientras en Él se patentizaba el cebo de la carne, que el devorador apeteciera; y la divinidad latía en el tiempo de la pasión, la cual mataría. En el anzuelo de su encarnación fue capturado, porque mientras apetece en Él el cebo del cuerpo, fue traspasado por el aguijón de la divinidad. Allí, por cierto, estaba la humanidad que atrajera hacia sí al devorador; allí la divinidad que perforara; allí la abierta enfermedad que provocara; allí la oculta virtud que traspasara la fauce del raptor. En el anzuelo, por tanto, fue capturado, porque murió de allí de donde mordió. Y perdió a los mortales que por derecho poseía, porque presumió apetecer con la muerte al inmortal en quien no tenía derecho.

9. De aquí es también que esta misma María de quien hablamos vive, porque aquel que nada debía a la muerte sucumbió por el género humano. De aquí es que nosotros diariamente volvemos a la vida después de las culpas, porque el creador

descendió a nuestra pena sin culpa. He aquí que ya el antiguo enemigo perdió aquellos despojos que había tomado del género humano, perdió la victoria de su suplantación. Diariamente los pecadores vuelven a la vida, diariamente son arrebatados de sus fauces por la mano del Redentor. De donde bien también se dice al bienaventurado Job de nuevo por la voz divina: *¿O perforarás con una armilla su mejilla?* (Job 40, 21). La armilla (o anillo), donde se pone, constriñe rodeando. ¿Qué, pues, por la armilla sino la divina misericordia que nos circunda se designa? La cual perfora la mejilla de este Leviatán mientras nos muestra todavía, después de perpetradas las cosas que prohibió, el remedio de la penitencia. Con la armilla el Señor perfora la mejilla del Leviatán porque Él mismo, con la inefable potencia de su misericordia, sale al encuentro de la malicia del antiguo enemigo de tal modo que a veces pierde incluso a los que ya capturó. Y como que caen de la boca de aquél los que, después de perpetradas las culpas, vuelven a la inocencia. Pues ¿quién, una vez arrebatado por su boca, escaparía de su mejilla si no estuviera perforada? ¿Acaso no tuvo en su boca a Pedro cuando lo negó (Mt 26, 76 ss.)? ¿Acaso no tuvo en su boca a David cuando se sumergió en tal vorágine de lujuria (2 Sam 12, 4)? Pero mientras ambos volvieron a la vida por la penitencia, este Leviatán los perdió de algún modo como por el agujero de su mejilla. Por el agujero, pues, de la mejilla fueron sustraídos de su boca los que, después de la perpetración de tanta iniquidad, volvieron arrepintiéndose. Pero

¿qué hombre escaparía de la boca de este Leviatán de modo que no cometa ninguna cosa ilícita? Pero de aquí conocemos cuánto somos deudores del Redentor del género humano, que no solo nos prohibió ir a la boca del Leviatán, sino que incluso nos concedió volver de su boca. Quien no quitó la esperanza al pecador porque perforó su mejilla para otorgar la vía de escape, a fin de que al menos huya después del mordisco el que incauto antes no quiso precaverse para no ser mordido. En todas partes, pues, nos sale al encuentro la medicina superna, porque tanto dio al hombre preceptos para que no peque, como sin embargo dio al pecador remedios para que no desespere. De donde hay que precaverse sumamente para que nadie por la delectación del pecado sea arrebatado por la boca de este Leviatán; y sin embargo, si fuera arrebatado, no desespere, porque si llora perfectamente el pecado, todavía encuentra el agujero en su mejilla por el cual escape.

10. Está presente un testigo de la divina misericordia, esta misma María de quien hablamos, de quien el fariseo, mientras quería obstruir la fuente de la piedad, decía: *Éste, si fuera profeta, sabría ciertamente quién y qué clase de mujer es la que lo toca, porque es pecadora* (Lc 7, 39). Pero ella lavó con lágrimas las manchas del corazón y del cuerpo, y tocó las huellas de su Redentor, ella que abandonó sus propios caminos depravados. Se sentaba a los pies de Jesús y escuchaba la palabra de su boca. Se había adherido a Él vivo, lo buscaba muerto. Encontró vivo a quien buscó muerto. Y tanto lugar de gracia encontró

con Él, que ella misma lo anunció a los mismos apóstoles, esto es, a sus mensajeros. ¿Qué, pues, hermanos, qué en esta cosa debemos mirar sino la inmensa misericordia de nuestro Creador, que nos puso como en un signo para ejemplo de penitencia a aquellos a quienes hizo vivir por la penitencia después de la caída? Pues pondero a Pedro, considero al ladrón, miro a Zaqueo, contemplo a María, y nada más veo en estos sino ejemplos de esperanza y de penitencia puestos ante nuestros ojos. Pues quizá alguien ha caído en la fe; mire a Pedro, que lloró amargamente lo que tímidamente había negado (Mt 26, 75). Otro ardió en la malicia de la crueldad contra su prójimo; mire al ladrón, que incluso en el mismo artículo de la muerte llegó a los premios de la vida arrepintiéndose (Lc 23, 43). Otro, anhelando con los ardores de la avaricia, arrebató lo ajeno; mire a Zaqueo, quien si algo quitó a alguien, lo devolvió cuadruplicado (Lc 19, 8). Otro, encendido por el fuego de la libido, perdió la limpieza de la carne; mire a María, que en sí misma coció el amor de la carne con el fuego del amor divino. He aquí que el Dios omnipotente en todas partes pone ante nuestros ojos a quienes debemos imitar, en todas partes opone ejemplos de su misericordia. Las cosas malas, pues, ya desagraden, incluso las experimentadas. De buena gana olvida el Dios omnipotente que fuimos nocivos, preparado para computar nuestra penitencia como inocencia. Manchados después de las aguas de la salud, renazcamos de las lágrimas. Así pues, según la voz del primer Pastor, *como niños recién nacidos

codiciad la leche* (1 Pe 2, 2). Volved, pequeños hijos, al seno de vuestra madre la eterna sabiduría; succiónad los abundantes pechos de la piedad de Dios; llorad las cosas pasadas, evitad las inminentes. Nuestro Redentor consolará nuestros llantos momentáneos con el gozo eterno, quien vive y reina con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXVI.

Pronunciada ante el pueblo en la basílica del bienaventurado Juan, que se llama Constantiniana, en la octava de Pascua. LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN JUAN 20, 19-31.

En aquel tiempo, cuando era tarde aquel día, uno de los sábados, y las puertas estaban cerradas donde estaban los discípulos congregados por miedo a los judíos, vino Jesús y se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros. Y cuando hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Se alegraron, pues, los discípulos al ver al Señor. Les dijo, pues, de nuevo: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así os envío yo. Habiendo dicho esto, sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: a quienes perdonéis los pecados, les son perdonados, y a quienes se los retengáis, les son retenidos. Pero Tomás, uno de los doce, que se dice Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijeronle, pues, los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Pero él les dijo: Si no viere en sus manos la marca de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en

su costado, no creeré. Y después de ocho días de nuevo estaban sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Vino Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y dijo: Paz a vosotros. Luego dice a Tomás: Mete aquí tu dedo y mira mis manos; y trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás y le dijo: Señor mío y Dios mío. Le dice Jesús: Porque me has visto, Tomás, has creído: bienaventurados los que no vieron y creyeron. Muchas otras señales hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritas en este libro. Pero éstas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre.

1. La primera cuestión de esta lección evangélica pulsa el ánimo, cómo después de la resurrección el cuerpo del Señor fue verdadero, que pudo entrar a los discípulos estando las puertas cerradas. Pero debemos saber que si la operación divina se comprende por la razón, no es admirable; ni la fe tiene mérito a la cual la razón humana ofrece el experimento. Pero estas mismas obras de nuestro Redentor, que de ningún modo pueden ser comprendidas por sí mismas, deben ser ponderadas por su otra operación, para que hechos más admirables den fe a las cosas admirables. Pues aquel cuerpo del Señor entró a los discípulos estando las puertas cerradas, el cual ciertamente salió a los ojos humanos por su nacimiento del útero cerrado de la Virgen. ¿Qué maravilla, pues, si entró estando las puertas cerradas después de su resurrección, el que ya iba a vivir eternamente,

quien viniendo para morir no salió por el útero abierto de la Virgen? Pero porque acerca de aquel cuerpo que podía verse la fe de los que miraban dudaba, les mostró al punto las manos y el costado; ofreció la carne para ser palpada, la cual introdujo estando las puertas cerradas. En cuya cosa mostró dos maravillas y, según la razón humana, muy contrarias entre sí, mientras después de su resurrección demostró que su cuerpo era tanto incorruptible como sin embargo palpable. Pues es necesario que se corrompa lo que se palpa, y no puede palparse lo que no se corrompe. Pero de modo admirable e inestimable nuestro Redentor exhibió su cuerpo tanto incorruptible después de la resurrección como palpable, para que mostrando lo incorruptible invitara al premio, y ofreciendo lo palpable afirmara para la fe. Y se demostró, pues, incorruptible y palpable para que mostrara que su cuerpo después de la resurrección era verdaderamente tanto de la misma naturaleza como de otra gloria.

2. Les dijo: *Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así os envío yo.* Esto es, como el Padre Dios me envió a mí Dios, también yo hombre os envío a vosotros hombres. El Padre envió al Hijo, a quien constituyó para ser encarnado por la redención del género humano. Al cual ciertamente quiso que viniera al mundo para la pasión, pero sin embargo amó al Hijo a quien envió a la pasión. Pero el Señor envía a los elegidos apóstoles al mundo no para los gozos del mundo, sino, como Él mismo fue enviado, para las pasiones. Porque, pues, tanto el Hijo es amado por el Padre y sin embargo

es enviado a la pasión, así también los discípulos son amados por el Señor, quienes sin embargo son enviados a la pasión en el mundo. Por tanto se dice: *Como me envió el Padre, así os envío yo,* esto es, con aquella caridad os amo cuando os envío entre los escándalos de los perseguidores, con la cual caridad me ama el Padre, a quien hizo venir para tolerar las pasiones. Aunque el ser enviado también puede entenderse según la naturaleza de la divinidad. Por eso mismo, pues, se dice que el Hijo es enviado por el Padre, por lo cual es engendrado por el Padre. Pues también al Espíritu Santo, quien aunque es coigual al Padre y al Hijo, sin embargo no se encarnó, el mismo Hijo afirma que lo envía, diciendo: *Cuando venga el Paráclito, a quien yo os enviaré del Padre* (Jn 15, 26). Pues si el ser enviado debiera entenderse solo como ser encarnado, el Espíritu Santo de ningún modo se diría que es enviado, el cual de ninguna manera se encarnó. Sino que su misión es esa misma procesión por la cual procede del Padre y del Hijo. Como, pues, el Espíritu se dice que es enviado porque procede, así también el Hijo no incongruentemente se dice que es enviado porque es engendrado.

Habiendo dicho esto, sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. ¿Por qué nuestro Señor dio el Espíritu Santo una vez permaneciendo en la tierra, y otra vez presidiendo en el cielo? Pues no se muestra claramente que el Espíritu Santo haya sido dado en ningún otro lugar (Hechos 2, 1 sig.), sino ahora cuando se percibe por el soplo, y después cuando, viniendo del cielo, se manifiesta en

variadas lenguas. ¿Por qué, pues, se da primero en la tierra a los discípulos, y después se envía desde el cielo, sino porque son dos los preceptos de la caridad, a saber, el amor a Dios y el amor al prójimo? En la tierra se da el Espíritu para que se ame al prójimo; desde el cielo se da el Espíritu para que se ame a Dios. Así como, pues, una es la caridad y dos los preceptos, así uno es el Espíritu y dos las daciones. Primero por el Señor permaneciendo en la tierra, después desde el cielo, porque en el amor del prójimo se aprende cómo se debe llegar al amor de Dios. Por lo cual también dice el mismo Juan: *El que no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve?* (1 Jn 4, 20). Y ciertamente el mismo Espíritu Santo ya estaba en las mentes de los discípulos para la fe, pero sin embargo no fue dado por una dación manifiesta sino después de la resurrección. Por lo cual también está escrito: *Aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado* (Jn 7, 39). Por lo cual también se dice por Moisés: *Chuparon miel de la piedra, y aceite de la piedra firme* (Dt 32, 13). Pues nada de tal se lee según la historia, si se revisa toda la serie del Antiguo Testamento. En ninguna parte aquel pueblo chupó miel de la piedra, en ninguna parte aceite. Pero porque según la voz de Pablo: *La piedra era Cristo* (1 Cor 10, 4), chuparon miel de la piedra los que vieron los hechos y milagros de nuestro mismo Redentor. Pero chuparon aceite de la piedra firme, porque merecieron ser ungidos por la efusión del Espíritu Santo después de su resurrección. Como si, pues, la piedra débil dio

miel, cuando el Señor todavía mortal mostró la dulzura de sus milagros a los discípulos. Pero la piedra firme derramó aceite, porque, hecho ya impasible después de su resurrección, por el soplo del espíritu emanó el don de la santa unción.

De este aceite se dice por el profeta: *Se pudrirá el yugo ante la presencia del aceite* (Is 10, 27). Pues bajo el yugo de la dominación demoníaca estábamos sujetos, pero fuimos ungidos con el aceite del Espíritu Santo. Y porque la gracia de la libertad nos ungió, el yugo de la dominación demoníaca se pudrió, atestiguándolo Pablo, quien dice: *Donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad* (2 Cor 3, 17). Debe saberse, en verdad, que aquellos que antes tuvieron el Espíritu Santo, para que ellos mismos vivieran inocentemente y aprovecharan a algunos en la predicación, por eso lo recibieron patentemente después de la resurrección del Señor, para que pudieran aprovechar no a pocos, sino a muchos. Por lo cual también en esta misma dación del Espíritu se dice: *A quienes perdonareis los pecados, les son perdonados, y a quienes se los retuviereis, les son retenidos.* Place considerar a aquellos discípulos, llamados a tan grandes cargas de humildad, a qué cumbre de gloria han sido conducidos. He aquí que no solo se vuelven seguros de sí mismos, sino que también reciben la potestad de relajación de la obligación ajena; y obtienen el principado del juicio celestial, para que en lugar de Dios retengan los pecados a algunos y a otros los relajen. Así, así convenía que fueran ensalzados por Dios los que tanto habían consentido en ser humillados por

Dios. He aquí que quienes temen el severo juicio de Dios se convierten en jueces de las almas; y condenan o liberan a otros los que temían ser ellos mismos condenados.

Ciertamente los obispos ocupan ahora el lugar de estos en la Iglesia. Reciben la autoridad de ligar y de solver quienes obtienen el grado de gobierno. Gran honor, pero es una carga pesada la de este honor. Pues es duro que quien no sabe mantener la moderación de su propia vida se convierta en juez de la vida ajena. Y muchísimas veces sucede que ocupa aquí el lugar del juicio aquel cuya vida mínimamente concuerda con el lugar. Y a menudo ocurre que o condena a los inmerecidos, o él mismo, estando ligado, suelta a otros. A menudo, al solver y ligar a los súbditos, sigue el movimiento de su propia voluntad, y no los méritos de las causas. De donde resulta que se priva de esta misma potestad de ligar y solver quien la ejerce por sus propias voluntades, y no por las costumbres de los súbditos. A menudo sucede que el Pastor se mueve por odio o por gracia hacia cualquier prójimo; pero no pueden juzgar dignamente de los súbditos quienes en las causas de los súbditos siguen o sus propios odios o su gracia. Por lo cual rectamente se dice por el profeta: *Mortificaban las almas que no mueren; y vivificaban las almas que no viven* (Ez 13, 19). Pues mortifica al que no muere quien condena al justo. Y se esfuerza por vivificar al que no ha de vivir quien intenta absolver al reo del suplicio.

Por tanto, las causas deben ser sopesadas, y entonces debe ejercerse la potestad de ligar y

solver. Se debe ver qué culpa precedió, o qué penitencia siguió después de la culpa, para que a aquellos a quienes Dios omnipotente visita por la gracia de la compunción, los absuelva la sentencia del pastor. Pues entonces es verdadera la absolución del que preside, cuando sigue el arbitrio del juez interno. Lo cual significa bien aquella resurrección del muerto de cuatro días, la cual demuestra que el Señor primero llamó y vivificó al muerto, diciendo: *Lázaro, ven fuera* (Jn 11, 43); y después aquel que había salido vivo fue desatado por los discípulos, como está escrito: *Y como hubiese salido el que había estado ligado con vendas, entonces dijo a los discípulos: Desatadlo, y dejadlo ir* (Jn 11, 45). He aquí que los discípulos desatan al que ya vive, a quien el maestro había resucitado muerto. Pues si los discípulos desataran a Lázaro muerto, mostrarían hedor más que virtud. Por cuya consideración debe observarse que nosotros debemos desatar por la autoridad pastoral a aquellos que conocemos que nuestro autor vivifica por la gracia que resucita. Cuya vivificación, ciertamente, se conoce ya en la misma confesión del pecado antes de la operación de la rectitud. Por lo cual también a este mismo muerto Lázaro de ninguna manera se le dice *Revive*, sino *Ven fuera*. Pues todo pecador, mientras esconde su culpa dentro de la conciencia, yace oculto en su interior, se esconde en sus penetrales. Pero el muerto sale fuera cuando el pecador confiesa espontáneamente sus iniquidades. A Lázaro, pues, se le dice: *Ven fuera*. Como si abiertamente se dijera a

cualquiera muerto en la culpa: ¿Por qué escondes tu reato dentro de la conciencia? Sal ya fuera por la confesión, tú que te ocultas ante ti mismo interiormente por la negación. Salga, pues, fuera el muerto, esto es, confiese el pecador su culpa. Y a quien sale fuera, desátenlo los discípulos, para que los pastores de la Iglesia deban removerle la pena que mereció quien no se avergonzó de confesar lo que hizo. Estas cosas he dicho brevemente sobre el orden de la solución, para que los pastores de la Iglesia se esforzen por solver o por ligar bajo una gran moderación. Pero ya sea que el pastor ligue justa o injustamente, la sentencia del pastor debe ser temida por la grey, no sea que el que está sometido, aun cuando sea ligado tal vez injustamente, merezca esa misma sentencia de su obligación por otra culpa. El pastor, pues, tema absolver o ligar indiscretamente. Pero aquel que está bajo la mano del pastor tema ser ligado incluso injustamente; ni reprenda temerariamente el juicio de su pastor, no sea que, aunque haya sido ligado injustamente, por la misma soberbia de la hinchada reprensión se haga una culpa la que no existía. Pero porque hemos dicho estas cosas brevemente por una digresión, volvamos al orden de la exposición.

Tomás, en cambio, uno de los doce, el que se dice Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Faltó este único discípulo, al volver oyó lo que había sucedido, y oído, se negó a creerlo. Vino otra vez el Señor, y al discípulo que no creía le ofreció su costado para ser palpado, le mostró las manos y, mostrada la cicatriz de

sus heridas, sanó la herida de la infidelidad de aquel. ¿Qué, hermanos carísimos, qué advertís en medio de esto? ¿Acaso creéis que sucedió por azar que aquel discípulo elegido faltara entonces, y viniendo después oyera, oyendo dudara, dudando palpara, palpando creyera? No sucedió esto por azar, sino por divina disposición. Pues obró de modo admirable la superna clemencia para que aquel discípulo que dudaba, mientras palpaba en su maestro las heridas de la carne, sanara en nosotros las heridas de la infidelidad. Pues más nos aprovechó para la fe la infidelidad de Tomás que la fe de los discípulos que creyeron, porque mientras aquel es reducido a la fe por el tacto, nuestra mente, pospuesta toda duda, se consolida en la fe. Pues así permitió el Señor que el discípulo dudara después de su resurrección, mas no lo abandonó en la duda, así como antes de su nacimiento quiso que María tuviera esposo, quien sin embargo no llegó a sus nupcias. Pues así el discípulo que dudaba y palpaba fue hecho testigo de la verdadera resurrección, como el esposo de la madre había sido custodio de la íntegra virginidad.

Palpó, pues, y exclamó: *Señor mío y Dios mío.* Le dice Jesús: *Porque me has visto, Tomás, has creído.* Como el apóstol Pablo diga: *Es, pues, la fe la sustancia de las cosas que se esperan, el argumento de las que no aparecen* (Heb 11, 1), ciertamente consta que la fe es argumento de aquellas cosas que no pueden aparecer. Pues las que aparecen ya no tienen fe, sino conocimiento. Así pues, mientras Tomás vio, mientras palpó, ¿por qué se le dice: *Porque me has visto, has

creído*? Pero una cosa vio y otra creyó. Pues por un hombre mortal la divinidad no pudo ser vista. Vio, pues, al hombre, y confesó a Dios, diciendo: *Señor mío y Dios mío.* Al ver, pues, creyó, quien considerando al hombre verdadero, exclamó que este era Dios, a quien no podía ver.

Alegra mucho lo que sigue: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron.* En cuya sentencia ciertamente nosotros somos especialmente señalados, los que retenemos en la mente a quien no vimos en la carne. Nosotros somos señalados, pero si seguimos nuestra fe con las obras. Pues aquel cree verdaderamente que ejercita obrando lo que cree. Por el contrario, de aquellos que retienen la fe solo de nombre dice Pablo: *Confiesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan* (Tit 1, 16). De aquí dice Santiago: *La fe sin obras está muerta* (Sant 2, 26). De aquí al bienaventurado Job sobre el antiguo enemigo del género humano dice el Señor: *Absorberá el río y no se maravillará, y tiene confianza de que el Jordán influya en su boca* (Job 40, 18). ¿Quién, pues, es designado por el río, sino el flujo del género humano? El cual género ciertamente fluye desde el origen hasta el fin y, a modo de agua, recorre desde el licor de la carne hasta el término competente. ¿Qué por el Jordán, sino la forma de los bautizados es señalada? Porque como en el río Jordán el mismo autor de nuestra redención se dignó ser bautizado, rectamente con el nombre de Jordán se expresa la multitud de aquellos que son contenidos dentro del sacramento del bautismo. El antiguo enemigo del género humano,

pues, absorbió el río, porque desde el origen del mundo hasta el advenimiento del Redentor, apenas escapando unos pocos elegidos, arrastró al género humano al vientre de su malicia. De quien rectamente se dice: *Absorberá el río y no se maravillará*, porque no lo tiene por gran cosa cuando arrebata a los infieles. Pero es muy grave lo que se añade: *Y tiene confianza de que el Jordán influya en su boca*, porque después de haber arrebatado a todos los infieles desde el origen del mundo, todavía presume poder recibir incluso a los fieles. Pues con la boca de la pestífera persuasión los devora diariamente, a aquellos en quienes la vida réproba discorda de la confesión de la fe.

Esto, pues, hermanos carísimos, temedlo con toda intención, pensadlo en vuestro interior con mente solícita. He aquí que celebramos las solemnidades pascuales; pero debemos vivir de tal modo que merezcamos llegar a las fiestas eternas. Pasan todas las cosas que se celebran festivamente de forma temporal. Cuidad, los que asistís a estas solemnidades, de no ser separados de la solemnidad eterna. ¿Qué aprovecha asistir a las fiestas de los hombres, si aconteciera faltar a las fiestas de los ángeles? Sombra de la solemnidad venidera es la solemnidad presente. Por eso celebramos esta anualmente, para que seamos conducidos a aquella que no es anual, sino continua. Cuando esta se realiza en el tiempo establecido, nuestra memoria se refresca para el deseo de aquella. Por la frecuentación, pues, del gozo temporal, la mente se caliente y enfervorice hacia los

gozos eternos, para que por la verdad de la alegría disfrute en la patria lo que medita por la sombra del gozo en el camino. Componed, pues, vuestra vida, hermanos, y vuestras costumbres. Preved cuán severo vendrá en el juicio aquel que resucitó manso de la muerte. Ciertamente en el día del tremendo examen aparecerá a los suyos, con los ángeles, con los arcángeles, con los tronos, con las dominaciones, con los principados y potestades, ardiendo los cielos y la tierra, conmovidos todos los elementos ciertamente en el terror de su obsequio. Poned, pues, ante vuestros ojos a este juez de tanto pavor; temedle a él que ha de venir, para que, cuando venga, lo veáis no tímidos, sino seguros. Debe ser temido, pues, para no ser temido. Su terror nos ejercite al uso de la buena operación, su miedo restrinja nuestra vida de la depravación. Creedme, hermanos, que tanto estaremos entonces seguros de su presencia, cuanto ahora nos afanamos por ser sospechosos de la culpa.

Ciertamente si alguno de vosotros, habiendo de decir su causa con su adversario, debiera ser presentado mañana ante mi juicio, pasaría tal vez toda la noche insomne, qué se le podría decir, qué respondería a las objeciones, lo daría vueltas en sí con mente solícita y ferviente, temería vehementemente encontrarme áspero, dudaría de aparecer nocivo ante mí. ¿Quién soy yo? ¿o qué soy yo? ciertamente no mucho después habré de ser gusano después de hombre, y polvo después de gusano. Si, pues, con tanto cuidado se teme el juicio del polvo, ¿con qué intención debe pensar-

se, con qué pavor debe preverse el juicio de tanta majestad?

Pero porque hay algunos que están inciertos sobre la resurrección de la carne, y nosotros entonces enseñamos esto más rectamente si también salimos al encuentro de las cuestiones ocultas de vuestros corazones: debemos decir unas pocas cosas sobre esa misma fe de la resurrección. Pues muchos dudan de la resurrección, como también nosotros fuimos alguna vez, los cuales, mientras ven por los sepulcros reducirse la carne a la putrefacción y los huesos al polvo, desconfían de que la carne y los huesos puedan ser reparados del polvo, y así como razonando entre sí dicen: ¿Cuándo el hombre es reducido del polvo? ¿cuándo se hace que la ceniza se anime? A los cuales brevemente respondemos que es mucho menos para Dios reparar lo que fue que haber creado lo que no fue. ¿O qué maravilla si rehace al hombre del polvo, quien creó todas las cosas a la vez de la nada? Pues más admirable es haber fundado el cielo y la tierra de ningunas cosas existentes, que reparar al hombre mismo de la tierra. Pero se atiende a la ceniza, y se desespera de que pueda volver a la carne, y se busca comprender la virtud de la operación divina como por la razón. Los que ciertamente dicen estas cosas en sus pensamientos porque los milagros cotidianos de Dios se les han envilecido por la asiduidad. Pues he aquí que en un solo grano de semilla pequeñísima late toda la mole del árbol que ha de nacer. Pongamos, pues, ante los ojos la admirable magnitud de cualquier árbol; pensemos de

dónde empezó al surgir, el cual llegó a tanta mole al crecer. Hallamos sin duda su origen, una semilla pequeñísima. Consideremos ahora dónde en aquel pequeño grano de semilla late la fortaleza de la madera, la aspereza de la corteza, la magnitud del sabor y del olor, la ubertad de los frutos, el verdor de las hojas. Pues el grano de semilla tocado no es fuerte; ¿de dónde, pues, procedió la dureza de la madera? no es áspero, ¿de dónde brotó la aspereza de la corteza? no tiene sabor, ¿de dónde el sabor en los frutos? al olfato nada huele, ¿de dónde fragua el olor en los frutos? nada verde muestra en sí, ¿de dónde salió el verdor de las hojas? Todas las cosas, pues, laten a la vez en la semilla, las cuales sin embargo no salen a la vez de la semilla. Pues de la semilla se produce la raíz, de la raíz sale el vástago, del vástago nace el fruto, en el fruto también se produce la semilla. Añadamos, pues, que incluso la semilla late en la semilla. ¿Qué maravilla, pues, si recupera los huesos, los nervios, la carne y los cabellos del polvo, quien restaura cotidianamente la madera, los frutos, las hojas, en la gran mole del árbol a partir de una pequeña semilla? Cuando, pues, el ánimo que duda busca razón sobre la potencia de la resurrección, se le deben presentar las cuestiones de aquellas cosas que tanto se hacen incesantemente y, sin embargo, por la razón de ningún modo pueden ser comprendidas, para que mientras no puede penetrar por la visión de la cosa lo que contempla, crea por la promesa de la potencia divina lo que oye. Aquellas cosas, pues, hermanos carísimos, pensad que han sido

prometidas y que permanecen; las que, en cambio, pasan con el tiempo, despreciadlas como ya dejadas. A la gloria de esta resurrección que la Verdad mostró en sí, apresuraos con toda intención. Los deseos terrenales que separan del autor, huid de ellos, porque tanto más alto llegáis a la presencia de Dios omnipotente, cuanto más singularmente amáis al Mediador de Dios y de los hombres. Quien vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXVII.

Habida ante el pueblo en la basílica de san Pancracio mártir, en el día de su nacimiento.

LECTURA DEL S. EVANG. SEGÚN JUAN 15, 12-16.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Este es mi precepto: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este: que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hiciereis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe qué hace su señor. A vosotros, en cambio, os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer. No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca, para que cualquier cosa que pidiereis al Padre en mi nombre, os la dé.

Estando todas las sagradas palabras llenas de los preceptos del Señor, ¿por qué dice el Señor sobre la caridad, como de un mandato singular: *Este es mi precepto: que os améis los unos a los otros*, sino porque todo mandato procede de la sola caridad, y todos son un solo precepto, porque cualquier cosa que se manda se solidifica en la sola caridad? Pues así como de una sola raíz salen muchas ramas del árbol, así de una sola caridad se generan muchas virtudes. Ni tiene nada de verdor la rama de la buena obra si no permanece en la raíz de la caridad. Los preceptos del Señor, pues, son muchos y uno: muchos por la diversidad de la obra, uno en la raíz de la caridad. Pero de qué manera deba mantenerse esta caridad, él mismo lo insinúa, quien en muchísimas sentencias de su Escritura manda amar a los amigos en él, y amar a los enemigos por causa de él. Pues aquel tiene verdaderamente caridad que ama al amigo en Dios, y ama al enemigo por Dios. Pues hay algunos que aman a sus prójimos, pero por el afecto de parentesco y de la carne, a los cuales sin embargo en este amor las sagradas palabras no contradicen. Pero una cosa es lo que se otorga espontáneamente a la naturaleza, y otra lo que se debe a la obediencia por caridad según los preceptos del Señor. Estos, ciertamente, aman al prójimo, y sin embargo no alcanzan aquellos sublimes premios de la caridad, porque no otorgan su amor espiritualmente, sino carnalmente. Por lo cual, cuando el Señor dijo: *Este es mi precepto: que os améis los unos a los otros*, añadió inmediatamente: *Como yo os he amado.* Como

si dijera abiertamente: Amad para aquello para lo que yo os he amado.

En lo cual, hermanos carísimos, debe observarse solícitamente que el antiguo enemigo, mientras atrae nuestra mente al deleite de las cosas temporales, incita contra nosotros a un prójimo más débil, que intente arrebatarnos esas mismas cosas que amamos. Y no cuida el antiguo enemigo, al hacer esto, de quitar las cosas terrenas, sino de herir en nosotros la caridad. Pues de repente nos encendemos en odio; y mientras deseamos ser invictos fuera, somos gravemente heridos dentro; mientras defendemos cosas pequeñas fuera, perdemos dentro las mayores, porque mientras amamos la cosa temporal, perdemos la verdadera caridad. Pues todo el que nos quita lo nuestro es enemigo. Pero si empezamos a odiar al enemigo, es dentro donde perdemos lo que perdemos. Cuando, pues, sufrimos algo exteriormente del prójimo, vigilemos interiormente contra el ladrón oculto, a quien nunca se le vence mejor que cuando se ama al ladrón exterior. Pues una sola y suma es la prueba de la caridad: si se ama incluso al que se opone. De aquí es que la Verdad misma sostiene el patíbulo de la cruz y, sin embargo, otorga a sus mismos perseguidores el afecto de la caridad, diciendo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* (Lc 23, 34). ¿Qué maravilla, pues, si los discípulos aman a sus enemigos mientras viven, cuando el maestro ama a sus enemigos incluso cuando es matado? Cuya suma de la caridad expresa cuando se añade: *Nadie tiene mayor amor que este: que

uno ponga su vida por sus amigos.* El Señor había venido para morir incluso por sus enemigos, y sin embargo decía que pondría su vida por sus amigos, para demostrarnos ciertamente que mientras amando podemos sacar ganancia de los enemigos, incluso son amigos los mismos que nos persiguen.

Pero he aquí que a nosotros nadie nos persigue hasta la muerte. ¿De dónde, pues, podemos probar si amamos a los enemigos? Pero hay algo que debe hacerse en la paz de la santa Iglesia, por lo cual se aclare si en tiempo de persecución somos capaces de morir por caridad. Ciertamente el mismo Juan dice: *Quien tuviere la sustancia de este mundo, y viere a su hermano tener necesidad, y cerrare sus entrañas ante él, ¿cómo permanece la caridad de Dios en él?* (1 Jn 3, 17). De aquí también dice Juan el Bautista: *El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene* (Lc 3, 11). El que, pues, en tiempo de tranquilidad no da por Dios su túnica, ¿cuándo en la persecución va a dar su vida? Por tanto, para que la virtud de la caridad sea invicta en la perturbación, nútrase por la misericordia en la tranquilidad, a fin de que aprenda a otorgar a Dios omnipotente primero sus cosas, y después a sí mismo.

Sigue: *Vosotros sois mis amigos.* ¡Oh, cuán grande es la misericordia de nuestro creador! No somos siervos dignos, y somos llamados amigos. ¿Cuán grande es la dignidad de los hombres ser amigos de Dios? Pero habéis oído la gloria de la dignidad, oíd también el trabajo del certamen. *Si hiciereis lo que yo os mando.* Mis amigos sois, si

hacéis las cosas que yo os mando. Como si dijera abiertamente: Os gozáis de la cumbre, pensad con qué trabajos se llega a la cumbre. Ciertamente cuando los hijos de Zebedeo, interviniendo su madre, pidieron que uno se sentara a la derecha de Dios y el otro a la izquierda, oyeron: *¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?* (Mt 20, 22). Ya buscaban el lugar de la celsitud; la Verdad los reclama al camino por el cual llegarían a la celsitud. Como si se dijera: Ya os deleita el lugar de la celsitud, pero primero os ejercite el camino del trabajo. Por el cáliz se llega a la majestad. Si vuestra mente apetece lo que la endulza, primero bebed lo que duele. Así, así por la amarga copa de la confección se llega al gozo de la salvación. *Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe qué hace su señor.* *A vosotros, en cambio, os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer.* ¿Cuáles son todas las cosas que oyó de su Padre, que quiso dar a conocer a sus siervos para hacerlos sus amigos, sino los gozos de la caridad interna, sino aquellas fiestas de la patria superna que imprime diariamente en nuestras mentes por la aspiración de su amor? Pues mientras amamos lo supercelestial oído, lo amado ya lo conocemos, porque el amor mismo es conocimiento. Todas las cosas, pues, les había dado a conocer a los que, cambiados de los deseos terrenales, ardían con las antorchas del amor sumo. A estos amigos de Dios había mirado el Profeta cuando decía: *Para mí, en cambio, tus amigos, oh Dios, son sumamente honrados* (Sal 138, 17). Pues el amigo es llamado, por así decir-

lo, custodio del ánimo. Porque, pues, el Salmista previó a los elegidos de Dios separados del amor de este mundo para custodiar en los mandatos celestiales la voluntad de Dios, se admiró de los amigos de Dios diciendo: *Para mí, en cambio, tus amigos, oh Dios, son sumamente honrados.* Y como si buscáramos que al punto se nos insinuaran por él las causas de tanto honor, añadió inmediatamente: *Su principado se ha fortalecido en extremo* (Ibíd.). He aquí que los elegidos de Dios doman la carne, fortalecen el espíritu, mandan a los demonios, resplandecen con virtudes, desprecian las cosas presentes, predican la patria eterna con la voz y con las costumbres; la aman incluso muriendo y llegan a ella por los tormentos. Pueden ser matados, y no pueden ser torcidos. En extremo, pues, se ha fortalecido su principado. En esa misma pasión en la que cayeron en la muerte de la carne, ved cuán grande fue la cumbre de la mente. ¿De dónde esto, sino de que su principado se ha fortalecido? ¿Pero acaso estos grandes son pocos? Añadió: *Los contaré, y se multiplicarán sobre la arena* (Ibíd., 18). Mirad todo el mundo, hermanos: está lleno de mártires. Ya casi no somos tantos los que vemos como testigos de la verdad tenemos. Para Dios, pues, son numerables, para nosotros se han multiplicado sobre la arena, porque cuántos sean no puede ser comprendido por nosotros.

Pero quienquiera que llegue a esta dignidad de ser llamado amigo de Dios, mírese a sí mismo en sí mismo, mas los dones que percibe, por encima de sí mismo. Nada atribuya a sus propios

méritos, no sea que prorumpa en enemistades. Por lo cual también se añade: *No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y deis fruto.* Os puse para la gracia, os planté para que vayáis queriendo, y deis fruto obrando. Dije, pues, *vayáis* queriendo, porque querer hacer algo es ya ir con la mente. Pero qué tipo de fruto deban dar se añade: *And que vuestro fruto permanezca.* Todo lo que trabajamos según el presente siglo apenas basta hasta la muerte. Pues la muerte interviniente corta el fruto de nuestro trabajo. Pero lo que se hace por la vida eterna se conserva incluso después de la muerte; y empieza a aparecer entonces, cuando el fruto de los trabajos carnales empieza a no verse. Allí, pues, comienza aquella retribución donde esta se termina. Quienquiera, pues, que ya haya conocido las cosas eternas, envilézcanse en su ánimo los frutos temporales. Obremos tales frutos que permanezcan; obremos tales frutos que, cuando la muerte lo mate todo, ellos mismos tomen su inicio de la muerte. Pues que de la muerte comience el fruto de Dios, lo atestigua el Profeta, quien dice: *Cuando diere el sueño a sus amados, esta es la heredad del Señor* (Sal 126, 2, 3). Todo el que duerme en la muerte pierde la herencia; pero cuando diere el sueño a sus amados, esta es la heredad del Señor, porque los elegidos de Dios después que hayan llegado a la muerte, entonces encontrarán la herencia.

Sigue: *Para que cualquier cosa que pidiereis al Padre en mi nombre, os la dé.* He aquí que dice aquí: *Cualquier cosa que pidiereis al Padre

en mi nombre, os la dé.* De nuevo en otro lugar por el mismo Evangelista dice: *Si algo pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre* (Jn 16, 23, 24). Si todo lo que pedimos en el nombre del Hijo nos lo da el Padre, ¿qué es, pues, lo que Pablo rogó tres veces al Señor, y no mereció ser escuchado, sino que se le dijo: *Te basta mi gracia, pues la virtud en la flaqueza se perfecciona* (2 Cor 12, 9)? ¿Acaso aquel tan egregio predicador no pidió en el nombre del Hijo? ¿Por qué, pues, no recibió lo que pidió? ¿Cómo, pues, es verdad que cualquier cosa que pidiéramos al Padre en el nombre del Hijo, nos la da el Padre, si el Apóstol pidió que se le quitara el ángel de Satanás en el nombre del Hijo, y sin embargo no recibió lo que pidió? Pero porque el nombre del Hijo es Jesús, y Jesús se dice Salvador, o también Saludable, aquel, pues, pide en el nombre del Salvador que pide aquello que pertenece a la verdadera salvación. Pues si se pide aquello que no conviene, no se pide al Padre en el nombre de Jesús. Por lo cual también a los mismos apóstoles, todavía flacos, les dice el Señor: *Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre* (Jn 16, 23). Como si se dijera abiertamente: No habéis pedido en el nombre del Salvador porque no sabéis buscar la salvación eterna. De aquí es que tampoco Pablo es escuchado porque, si fuera liberado de la tentación, no le aprovechaba para la salvación (2 Cor 12, 9).

He aquí vemos, hermanos carísimos, cuántos habéis acudido a la solemnidad del mártir, dobláis las rodillas, os golpeáis el pecho, emitís

voces de oración y de confesión, regáis la cara con lágrimas. Pero sopesad, os ruego, vuestras peticiones; ved si pedís en el nombre de Jesús, esto es, si postuláis los gozos de la salvación eterna. Pues en la casa de Jesús no buscáis a Jesús, si en el templo de la eternidad oráis importunamente por las cosas temporales. He aquí que uno en la oración busca esposa, otro pide una villa, otro postula un vestido, otro depreca que se le dé alimento. Y ciertamente cuando estas cosas faltan, deben pedirse a Dios omnipotente. Pero debemos recordar continuamente lo que recibimos por mandato de nuestro mismo Redentor: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os añadirán* (Mt 6, 33). Y así, pedir estas cosas a Jesús no es errar, si sin embargo no se piden excesivamente. Pero todavía, lo que es más grave, otro postula la muerte del enemigo, y a aquel a quien no puede perseguir con la espada, lo persigue con la oración. Y vive todavía el que es maldecido, y sin embargo aquel que maldice ya es tenido por reo de su muerte. Manda Dios que se ame al enemigo (Mt 5, 44), y sin embargo se ruega a Dios que mate al enemigo. Quienquiera, pues, que así ora, en sus mismas súplicas lucha contra el creador. Por lo cual también bajo la especie de Judas se dice: *Hágase su oración en pecado* (Sal 108, 7). Pues la oración es para pecado cuando se piden aquellas cosas que prohíbe el mismo a quien se pide.

De aquí dice la Verdad: *Cuando estéis para orar, perdonad si tenéis algo en vuestros corazones* (Mc 11, 25). Cuya virtud de la remisión

mostramos más claramente si proferimos un testimonio del Antiguo Testamento. Ciertamente cuando Judea había ofendido la justicia de su creador, exigiéndolo sus culpas, prohibiendo el Señor a su profeta la oración, dice: *No asumas alabanza y oración por ellos* (Jer 7, 16). *Si Moisés y Samuel estuvieren ante mí, no está mi alma hacia este pueblo* (Ibíd., 15, 1). ¿Qué es que, omitidos y dejados tantos padres, solo Moisés y Samuel son traídos al medio, cuya admirable virtud de obtener se muestra, mientras se dice que ni ellos mismos pueden interceder? Como si abiertamente dijera el Señor: Ni a ellos escucho, a quienes por el gran mérito de su petición mínimamente desprecio. ¿Qué es, pues, que Moisés y Samuel son preferidos a los demás padres en la postulación, sino que estos dos solamente en toda la serie del Antiguo Testamento se lee que oraron incluso por sus enemigos? Uno es acometido por el pueblo con piedras (Ex 17, 4) y, sin embargo, depreca al Señor por su lapidador; el otro es depuesto del principado y, sin embargo, pedido que orara, confiesa diciendo: *Lejos de mí este pecado ante el Señor, que cese de orar por vosotros* (1 Sam 12, 23). *Si Moisés y Samuel estuvieren ante mí, no está mi alma hacia este pueblo* (Jer 15, 1). Como si dijera abiertamente: Ni a ellos escucho ahora por los amigos, a quienes sé que por el mérito de su gran virtud oran incluso por los enemigos. La virtud, pues, de la verdadera oración es la celsitud de la caridad. Y entonces cada uno alcanza lo que rectamente pide, cuando su ánimo en la petición no se oscurece por el

odio del enemigo. Pero muchísimas veces vencemos al ánimo reacio si también oramos por los enemigos. Derrama la boca la súplica por los adversarios, pero ¡ojalá el corazón mantuviera el amor! Pues a menudo también otorgamos la oración por nuestros enemigos, pero esta la fundimos más por precepto que por caridad. Pues también pedimos la vida de los enemigos y, sin embargo, tememos ser escuchados. Pero porque el juez interno considera la mente más que las palabras, nada postula por el enemigo quien por él no ora por caridad.

Pero he aquí que un enemigo ha delinquido gravemente contra nosotros, ha causado daños, ha herido a quienes ayudaban, ha perseguido a quienes amaban. Estas cosas deberían ser retenidas si nuestros delitos no nos hubieran de ser remitidos. Pues nuestro Abogado compuso para nosotros una súplica en nuestra causa; y él mismo es el juez de esa misma causa, quien es el abogado. Pero insertó una condición en la súplica que compuso, diciendo: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* (Mt 6, 12). Porque, pues, vino como juez el mismo que existió como abogado, él mismo escucha la súplica que hizo. O bien, no haciéndolo decimos: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*, y nosotros mismos nos ligamos más al decir esto; o tal vez omitimos esta condición en la oración, y nuestro abogado no reconoce la súplica que compuso, y al punto dice para sí: Sé lo que aconsejé, no es la misma oración

que hice. ¿Qué debemos hacer, pues, hermanos, sino otorgar el afecto de la verdadera caridad a los hermanos? Ninguna malicia permanezca en el corazón. Considere Dios omnipotente nuestra caridad para con el prójimo, para que otorgue su piedad a nuestras iniquidades. Recordad lo que se nos aconseja: *Perdonad, y se os perdonará* (Lc 6, 37). He aquí que se nos debe, y debemos. Perdonemos, pues, lo que se nos debe, para que se nos perdone lo que por nosotros es debido. Pero a estas cosas el ánimo se resiste, y quiere cumplir lo que oye, y sin embargo se muestra reacio.

Estamos ante la tumba del mártir, de quien sabemos a qué reino celestial llegó por qué muerte. Nosotros, si por Cristo no ponemos el cuerpo, al menos venzamos el ánimo. Se aplaca Dios con ese sacrificio, aprueba en el juicio de su piedad la victoria de nuestra paz. Pues contempla el certamen de nuestro corazón; y quien remunera después a los que vencen, ahora ayuda a los que luchan, por nuestro Señor Jesucristo su Hijo, que con él vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXVIII.

Habida ante el pueblo en la basílica de los santos Nereo y Aquileo, en el día de su nacimiento.

LECTURA DEL S. EVANG. SEGÚN JUAN 4, 46-53.

En aquel tiempo, había un cierto régulo, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaún. Este, como

hubiese oído que Jesús venía de Judea a Galilea, fue a él y le rogaba que descendiera y sanara a su hijo. Pues empezaba a morir. Díjole, pues, Jesús: Si no viereis señales y prodigios, no creéis. Dícele el régulo: Señor, desciende antes que muera mi hijo. Dícele Jesús: Vete, tu hijo vive. Creyó el hombre a la palabra que le dijo Jesús, e iba. Y ya descendiendo él, sus siervos le salieron al encuentro y le anunciaron diciendo que su hijo vivía. Preguntóles, pues, la hora en que se había sentido mejor. Y le dijeron que ayer a la hora séptima le dejó la fiebre. Conoció, pues, el padre que era aquella hora en la cual le había dicho Jesús: Tu hijo vive. Y creyó él y toda su casa.

1. La lectura del santo Evangelio que acabáis de oír, hermanos, no necesita exposición. Pero para que no parezca que la hemos pasado por alto en silencio, digamos algo en ella más exhortando que exponiendo. Sin embargo, veo que esto solo ha de ser requerido por nosotros acerca de la exposición: ¿por qué aquel que había venido a pedir la salud para su hijo oyó: *Si no viereis señales y prodigios, no creéis*? Pues quien buscaba la salud para su hijo, sin duda creía. Pues no pediría la salud de aquel a quien no creyera salvador. ¿Por qué, pues, se dice: *Si no viereis señales y prodigios, no creéis*, a quien creyó antes de ver una señal? Pero recordad qué pidió, y conoceréis claramente que dudó en la fe. Pues pidió que descendiera y sanara a su hijo. Buscaba, por tanto, la presencia corporal del Señor, que por el espíritu en ningún lugar faltaba. Menos creyó, pues, en aquel a quien no pensó que pudiera dar la salud

si no estuviera presente también en cuerpo. Pues si hubiera creído perfectamente, sin duda sabría que no había lugar donde no estuviera Dios. Por tanto, desconfió en gran parte, porque no dio honor a la majestad, sino a la presencia corporal. Así pues, pidió la salud para su hijo, y sin embargo dudó en la fe, porque creyó que aquel a quien había venido era poderoso para curar, y sin embargo pensó que estaba ausente de su hijo moribundo. Pero el Señor, a quien se le ruega que vaya, indica que no falta donde se le invita; devolvió la salud con solo una orden quien con su voluntad creó todas las cosas.

2. En lo cual debemos observar con diligencia que, como hemos aprendido por el testimonio de otro evangelista, un centurión vino al Señor diciendo: *Señor, mi criado yace paralítico en mi casa y es gravemente atormentado*. A quien Jesús le responde al punto: *Yo iré y lo curaré* (Mt 8, 6. 7). ¿Qué es esto, que el régulo ruega que vaya a su hijo y sin embargo rehúsa ir corporalmente; pero al siervo del centurión no es invitado y sin embargo promete que irá corporalmente? Al hijo del régulo no se digna asistir mediante la presencia corporal, al siervo del centurión no se desdeña de acudir. ¿Qué es esto, sino que se reprime nuestra soberbia, nosotros que en los hombres no veneramos la naturaleza por la cual fueron hechos a imagen de Dios, sino los honores y las riquezas? Y cuando pensamos en las cosas que los rodean, ciertamente descuidamos muchísimo lo interior, mientras consideramos aquellas cosas que en los cuerpos son despreciadas, olvidamos

considerar lo que son. Pero nuestro Redentor, para mostrar que lo que para los hombres es elevado debe ser despreciado, y lo que para los hombres es despreciado no debe ser despreciado por los santos, no quiso ir al hijo del régulo y estuvo dispuesto a ir al siervo del centurión. Fue reprendida, pues, nuestra soberbia, que no sabe valorar a los hombres por ser hombres. Solo valora, como hemos dicho, lo que rodea a los hombres, no mira la naturaleza, no reconoce el honor de Dios en los hombres. He aquí que el Hijo de Dios no quiere ir al hijo del régulo, y sin embargo está dispuesto a venir por la salud de un siervo. Ciertamente, si el siervo de cualquiera de nosotros nos rogara que debiéramos ir a él, al punto nuestra soberbia nos respondería en pensamiento tácito, diciendo: No vayas, porque te rebajas, tu honor es despreciado, el lugar se vuelve vil. He aquí que viene del cielo quien no desprecia acudir a un siervo en la tierra; y sin embargo nosotros, que somos de la tierra, despreciamos ser humillados en la tierra. Pues, ¿qué puede ser más vil, qué más despreciable ante Dios, que conservar el honor ante los hombres y no temer los ojos del testigo interno? De donde también en el sagrado Evangelio dice el Señor a los fariseos: *Vosotros sois los que os justificáis delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones, porque lo que es elevado para los hombres es abominable ante Dios* (Lc 16, 15). Notad, hermanos, notad lo que se dice. Pues si lo que es elevado para los hombres es abominable ante Dios, el pensamiento de nuestro corazón está tanto más en lo profundo ante Dios cuanto

más elevado para los hombres, y la humildad de nuestro corazón está tanto más en lo alto ante Dios cuanto más en lo bajo para los hombres.

3. Despreciemos, pues, cualquier bien que hagamos, que ninguna obra nuestra nos infle, ni la abundancia de las cosas ni la gloria nos ensalcen. Si por cualesquiera bienes afluentes nos hinchamos interiormente, somos despreciados por Dios. Por el contrario, de los humildes dice el Salmista: *El Señor guarda a los pequeños* (Sal 114, 6). Porque llama pequeños a los humildes, después de haber pronunciado la sentencia, añadió el consejo; pues como si preguntáramos qué haría él mismo ante esto, añadió: *Fui humillado y me libró* (ibid.). Pensad, pues, estas cosas, hermanos, consideradlas con toda intención. No veneréis en vuestros prójimos los bienes de este mundo. Honrad por Dios esto en los hombres, a quienes sin embargo no estáis encomendados, que fueron hechos a imagen de Dios. Lo cual guardáis verdaderamente en vuestros prójimos si antes no os hincháis en el corazón dentro de vosotros mismos. Pues quien todavía se ensalza por las cosas transitorias, no sabe venerar en el prójimo lo que permanece. No consideréis, pues, en vosotros mismos lo que tenéis, sino lo que sois. He aquí que el mundo que se ama huye. Estos santos, ante cuya tumba estamos, pisotearon el mundo floreciente con el desprecio de su mente. Había vida larga, salud continua, opulencia de bienes, fecundidad en la descendencia, tranquilidad en una paz duradera; y sin embargo, cuando florecía en sí mismo, ya en sus corazones el mun-

do se había marchitado. He aquí que ya el mundo se ha marchitado en sí mismo, y todavía florece en nuestros corazones. Por todas partes muerte, por todas partes llanto, por todas partes desolación, por doquier somos golpeados, por doquier somos llenados de amarguras; y sin embargo, con la mente ciega de la concupiscencia carnal amamos sus mismas amarguras, seguimos al que huye, nos adherimos al que resbala. And because we cannot retain the sliding, we slide with it, which we hold as it falls. Alguna vez el mundo nos retuvo para sí con deleite; ahora está tan lleno de plagas, que el mundo mismo ya nos envía a Dios. Considerad, pues, que no son nada las cosas que corren temporalmente. El fin de lo temporal muestra cuán nada es lo que pudo pasar. La caída de las cosas indica que la cosa transitoria era también entonces casi nada cuando parecía estar en pie. Considerad, pues, estas cosas, hermanos carísimos, con solícita consideración, fijad el corazón en el amor de la eternidad; para que, mientras despreciáis alcanzar las cumbres terrenas, lleguéis a la gloria que poseéis por la fe, por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina Dios con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXIX.

Habida ante el pueblo en la basílica del bienaventurado Pedro el apóstol, en la Ascensión del Señor.

LECTURA DEL S. EVANG. SEGÚN MARCOS 16, 14-20.

En aquel tiempo, estando recostados los once discípulos, se les apareció Jesús y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado. Y les dijo: Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, se salvará; pero el que no crea, se condenará. Y a los que crean les seguirán estas señales. En mi nombre echarán demonios, hablarán lenguas nuevas, quitarán serpientes y, si bebieren algo mortífero, no les dañará. Pondrán las manos sobre los enfermos y se sentirán bien. Y el Señor Jesús, después de haberles hablado, fue elevado al cielo y se sienta a la diestra de Dios. Ellos, por su parte, salieron a predicar por todas partes, cooperando el Señor y confirmando la palabra con las señales que seguían.

1. El hecho de que los discípulos tardaran en creer en la resurrección del Señor no fue tanto su debilidad como, por así decirlo, nuestra futura firmeza. Pues la misma resurrección les fue mostrada, mientras dudaban, a través de muchos argumentos; los cuales, mientras nosotros los reconocemos al leerlos, ¿qué otra cosa hacemos sino afianzarnos por su duda? Pues menos me aportó María Magdalena, que creyó más rápido, que Tomás, que dudó por mucho tiempo. Pues él, al dudar, tocó las cicatrices de las heridas y amputó de nuestro pecho la herida de la duda. Para insinuar también la verdad de la resurrección del Señor, debemos notar lo que refiere

Lucas, diciendo: *Comiendo con ellos, les mandó que no se apartaran de Jerusalén* (Hch 1, 4). Y poco después: *Viéndolo ellos, fue elevado y una nube lo recibió de sus ojos* (ibid. 9). Notad las palabras, señalad los misterios. *Comiendo fue elevado*. Comió y ascendió para que, evidentemente, por el efecto de la comida se pusiera de manifiesto la verdad de la carne. Marcos, en cambio, recuerda que antes de que el Señor subiera al cielo, reprochó a los discípulos la dureza de su corazón y su infidelidad. En lo cual, ¿qué hay que considerar sino que por eso el Señor reprochó entonces a los discípulos, cuando los dejaba corporalmente, para que las palabras que decía al retirarse quedaran más profundamente impresas en el corazón de los oyentes? Reprendida, pues, su dureza, oigamos lo que dice amonestando: *Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura*.

2. ¿Acaso, hermanos míos, el santo Evangelio debía ser predicado a las cosas insensibles o a los animales brutos, para que se diga de él a los discípulos: *Predicad a toda criatura*? Pero con el nombre de toda criatura se designa al hombre. Pues existen las piedras, pero ni viven ni sienten. Existen las hierbas y los arbustos; viven, sí, pero no sienten. Digo que viven, no por el alma, sino por el verdor, porque también Pablo dice: *Insensato, lo que tú siembras no se vivifica si no muere primero* (1 Cor 15, 36). Vive, pues, lo que muere para ser vivificado. Así pues, existen las piedras, pero no viven. Existen los arbustos y viven, pero no sienten. Existen los animales brutos, que viven

y sienten, pero no disciernen. Existen los ángeles, que viven, sienten y disciernen. Pero el hombre tiene algo de toda criatura. Pues tiene el ser común con las piedras, el vivir con los árboles, el sentir con los animales, el entender con los ángeles. Si, pues, el hombre tiene algo en común con toda criatura, en cierto sentido toda criatura es el hombre. Por tanto, se predica el Evangelio a toda criatura cuando se predica solo al hombre, porque se enseña a aquel por quien todas las cosas fueron creadas en la tierra y de quien todas las cosas no son ajenas por una cierta semejanza. También puede designarse con el nombre de toda criatura a toda nación de los gentiles. Pues antes se había dicho: *No vayáis por camino de gentiles* (Mt 10, 5). Pero ahora se dice: *Predicad a toda criatura*, para que, evidentemente, la predicación rechazada primero por Judea se convirtiera entonces en ayuda para nosotros, cuando aquella soberbia la hubo rechazado para testimonio de su propia condenación. Pero cuando la Verdad envía a los discípulos a predicar, ¿qué otra cosa hace en el mundo sino esparcir granos de semilla? Y envía pocos granos en la semilla para recibir los frutos de muchas cosechas de nuestra fe. Pues no surgiría en todo el mundo una cosecha tan grande de fieles si de la mano del Señor no hubieran llegado sobre la tierra racional aquellos granos elegidos de predicadores. Sigue:

3. *El que crea y sea bautizado, se salvará; pero el que no crea, se condenará*. Tal vez cada uno diga para sí: Yo ya he creído, me salvaré. Dice la verdad, si mantiene la fe con las obras.

Pues la verdadera fe es aquella que en lo que dice con palabras no contradice con las costumbres. Por esto dice Pablo acerca de ciertos falsos fieles: *Confiesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan* (Tit 1, 16). Por esto dice Juan: *El que dice que conoce a Dios y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso* (1 Jn 2, 4). Siendo esto así, debemos reconocer la verdad de nuestra fe en la consideración de nuestra vida. Pues entonces somos verdaderamente fieles si cumplimos con obras lo que prometemos con palabras. En el día del bautismo, ciertamente, prometimos renunciar a todas las obras del antiguo enemigo y a todas sus pompas. Por tanto, que cada uno de vosotros vuelva los ojos de la mente a su propia consideración; y si guarda después del bautismo lo que prometió antes del bautismo, alégrese, seguro ya de que es fiel. Pero he aquí que apenas ha guardado lo que prometió si se ha deslizado hacia el ejercicio de obras depravadas, hacia la concupiscencia de las pompas del mundo; veamos si ya sabe llorar por lo que erró. Pues ante un juez misericordioso tampoco será tenido por falaz quien vuelve a la verdad, incluso después de haber mentido, porque Dios omnipotente, al recibir de buen grado nuestra penitencia, oculta él mismo en su juicio aquello en lo que erramos. Sigue:

4. *Y a los que hayan de creer les seguirán estas señales:* *En mi nombre echarán demonios, hablarán lenguas nuevas, quitarán serpientes; y si bebieren algo mortífero, no les dañará; pondrán las manos sobre los enfermos y se sentirán bien.* ¿Acaso, hermanos míos, porque no hacéis estas

señales, creéis muy poco? Pero estas cosas fueron necesarias en el comienzo de la Iglesia. Pues para que la fe creciera, debía ser nutrida con milagros, porque nosotros también, cuando plantamos arbustos, les echamos agua durante tanto tiempo hasta que vemos que ya han cobrado fuerza en la tierra; y una vez que han echado raíces, dejamos de regar. Por esto dice Pablo: *Las lenguas son señal no para los fieles, sino para los infieles* (1 Cor 14, 22). Tenemos acerca de estas señales y virtudes algo que debemos considerar aún más sutilmente. Pues la santa Iglesia hace diariamente de modo espiritual lo que entonces hacía corporalmente por medio de los apóstoles. Pues sus sacerdotes, cuando por la gracia del exorcismo imponen la mano a los fieles y prohíben que los espíritus malignos habiten en su mente, ¿qué otra cosa hacen sino echar demonios? Y todos los fieles que ya abandonan las palabras seculares de la vida vieja, pero resuenan los santos misterios y narran, en cuanto pueden, las alabanzas y el poder de su Creador, ¿qué otra cosa hacen sino hablar nuevas lenguas? Quienes, mientras con sus buenas exhortaciones quitan la malicia de los corazones ajenos, quitan serpientes. Y mientras escuchan persuasiones pestíferas, pero no son arrastrados en absoluto a una obra depravada, es ciertamente mortífero lo que beben, pero no les dañará. Quienes, cada vez que ven a sus prójimos flaquear en una buena obra, mientras acuden a ellos con toda su virtud y con el ejemplo de su propia conducta robustecen la vida de los que vacilan en su propia acción, ¿qué otra cosa hacen

sino imponer las manos sobre los enfermos para que se sientan bien? Milagros que, sin duda, son tanto mayores cuanto que son espirituales; tanto mayores cuanto que por ellos no se resucitan cuerpos, sino almas. Estas señales, pues, hermanos carísimos, si queréis las hacéis vosotros con la ayuda de Dios. Pues por aquellas señales exteriores no pueden obtener la vida quienes las operan. Pues aquellos milagros corporales a veces muestran la santidad, pero no la hacen; en cambio estos espirituales, que se realizan en la mente, no muestran la virtud de la vida, sino que la hacen. Aquellos pueden tenerlos también los malos, pero de estos no pueden disfrutar sino los buenos. Por lo cual dice la Verdad de algunos: *Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les confesaré que nunca os conocí; apartaos de mí, los que obráis la iniquidad* (Mt 7, 22-23; Sal 6, 9). No queráis, pues, hermanos carísimos, amar las señales que pueden tenerse en común con los réprobos; sino amad estos milagros de caridad y de piedad que acabamos de mencionar, los cuales son tanto más seguros cuanto más ocultos, y de los cuales tanto mayor es la retribución ante el Señor cuanto menor es la gloria ante los hombres. Sigue:

5. *Y el Señor Jesús, después de haberles hablado, fue elevado al cielo y se sienta a la diestra de Dios.* En el Antiguo Testamento sabemos que Elías fue arrebatado al cielo. Pero uno es el cielo aéreo y otro el etéreo. El cielo aéreo es el más

próximo a la tierra; de donde también llamamos aves del cielo a las que vemos volar en el aire. Elías, pues, fue elevado al cielo aéreo para ser llevado repentinamente a una región secreta de la tierra, donde viviera ya en gran quietud de carne y espíritu hasta que vuelva al fin del mundo y pague la deuda de la muerte. Pues él aplazó la muerte, no la evitó. Pero nuestro Redentor, porque no la aplazó, la venció y la consumió resucitando, y declaró la gloria de su resurrección ascendiendo. Debe notarse también que se lee que Elías ascendió en un carro, para que se demostrara claramente que el hombre puro necesitaba ayuda ajena. Ciertamente, aquellas ayudas fueron hechas y mostradas por medio de ángeles, porque ni siquiera al cielo aéreo podía ascender por sí mismo aquel a quien agobiaba la debilidad de su naturaleza. Pero de nuestro Redentor se lee que fue elevado sin carro y sin ángeles, porque el que había hecho todas las cosas era llevado, sin duda, sobre todas las cosas por su propia virtud. Pues volvía a donde estaba, y regresaba de donde permanecía, porque cuando por su humanidad ascendía al cielo, por su divinidad contenía igualmente la tierra y el cielo.

6. Así como José, vendido por sus hermanos, prefiguró la venta de nuestro Redentor, así Enoc trasladado y Elías elevado al cielo aéreo designaron la Ascensión del Señor. Tuvo, pues, el Señor pregoneros y testigos de su Ascensión, uno antes de la ley y otro bajo la ley, para que algún día viniera él mismo que verdaderamente hubiera podido penetrar los cielos. Por lo cual, el orden

mismo en la elevación de ambos se distingue por ciertos incrementos. Pues se recuerda que Enoc fue trasladado (Gén 5, 24) y que Elías fue subido al cielo (4 Re 2, 11), para que viniera después aquel que, ni trasladado ni subido, penetrara el cielo etéreo por su propia virtud. El Señor mostró en la traslación de aquellos que como siervos designaron la Ascensión dominicana, y en sí mismo que ascendió al cielo, que a nosotros, que creemos en él, nos otorgaría también la limpieza de la carne y que bajo él crecería por incrementos de los tiempos la virtud de la castidad. Pues Enoc tuvo esposa e hijos; pero de Elías se lee que no tuvo ni esposa ni hijos. Considerad, pues, cómo creció por incrementos la limpieza de la santidad, lo cual se muestra patentemente tanto por los siervos trasladados como por la persona del Señor que asciende. Pues Enoc fue trasladado, habiendo sido engendrado por unión carnal y engendrando por unión carnal. Elías fue arrebatado, habiendo sido engendrado por unión carnal, pero ya no engendrando por unión carnal. El Señor, en cambio, fue elevado sin engendrar por unión carnal ni haber sido engendrado por unión carnal.

7. Debemos considerar qué es lo que dice Marcos: *Se sienta a la diestra de Dios*; y Esteban dice: *Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la diestra de Dios* (Hch 7, 55). ¿Por qué Marcos atestigua que lo ve sentado y Esteban de pie? Pero sabéis, hermanos, que sentarse es propio del que juzga, y estar de pie es propio del que lucha o ayuda. Porque, pues, nuestro Reden-

tor elevado al cielo ahora juzga todas las cosas y al final viene como juez de todos, Marcos lo describe sentado después de la asunción, porque después de la gloria de su Ascensión será visto como juez al final. Esteban, en cambio, puesto en el trabajo del combate, lo vio de pie, a quien tuvo como ayudante, porque para que aquel venciera en la tierra la infidelidad de los perseguidores, su gracia luchó por él desde el cielo.

8. Sigue: *Ellos, por su parte, salieron a predicar por todas partes, cooperando el Señor y confirmando la palabra con las señales que seguían.* ¿Qué hay que considerar en esto, qué hay que encomendar a la memoria, sino que a la orden siguió la obediencia, y a la obediencia las señales? Pero como, con la ayuda de Dios, hemos recorrido brevemente la lectura evangélica exponiéndola, resta que digamos algo sobre la consideración misma de tan gran solemnidad.

9. Debemos preguntarnos primero por qué, al nacer el Señor, se aparecieron ángeles y, sin embargo, no se lee que se aparecieran con vestiduras blancas; mientras que, al ascender el Señor, se lee que los ángeles enviados se aparecieron con vestiduras blancas. Pues así está escrito: *Viéndolo ellos, fue elevado y una nube lo recibió de sus ojos. Y mientras ellos miraban al cielo yéndose él, he aquí que dos varones se pusieron junto a ellos con vestiduras blancas* (Hch 1, 9). Con las vestiduras blancas se manifiesta el gozo y la solemnidad del ánimo. ¿Por qué, pues, al nacer el Señor los ángeles no se aparecen con vestiduras blancas y al ascender el Señor se aparecen con

vestiduras blancas, sino porque entonces se hizo una gran solemnidad para los ángeles, cuando el Dios-hombre penetró en el cielo? Porque al nacer el Señor se veía la divinidad humillada; en cambio, al ascender el Señor, es la humanidad la que ha sido exaltada. Las vestiduras blancas son más propias de la exaltación que de la humillación. En su asunción, pues, debieron verse ángeles con vestiduras blancas, porque el que en su natividad apareció como Dios humilde, en su Ascensión se mostró como hombre sublime.

10. Pero esto debemos considerarlo muchísimo, hermanos carísimos, en esta solemnidad: que hoy ha sido borrado el quirógrafo de nuestra condenación y ha cambiado la sentencia de nuestra corrupción. Pues aquella naturaleza a la que se dijo: *Tierra eres y a la tierra irás* (Gén 3, 19), hoy ha ido al cielo. Por esta misma elevación de nuestra carne, el bienaventurado Job llama al Señor "ave" mediante una figura. Pues porque vio que Judea no entendería el misterio de su Ascensión, pronunció sentencia sobre su infidelidad diciendo: *El ave ignoró la senda* (Job 28, 7). Pues con razón el Señor es llamado ave, porque libró el cuerpo carnal hacia los éteres. Quien no creyó que él ascendió al cielo ignoró la senda de esta ave. De esta solemnidad se dice por el Salmista: *Tu magnificencia ha sido elevada sobre los cielos* (Sal 8, 2). De ella dice de nuevo: *Subió Dios entre júbilo y el Señor al son de trompeta* (Sal 46, 6). De ella dice otra vez: *Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres* (Sal 67, 19). Subiendo, en efecto, a lo

alto llevó cautiva la cautividad, porque absorbió nuestra corrupción con la virtud de su incorrupción. Y dio dones a los hombres porque, enviado el Espíritu desde lo alto, a unos dio palabra de sabiduría, a otros palabra de ciencia, a otros gracia de virtudes, a otros gracia de curaciones, a otros géneros de lenguas, a otros interpretación de las palabras (1 Cor 12, 8). Dio, pues, dones a los hombres. De esta gloria de su Ascensión dice también Habacuc: *Se elevó el sol y la luna se mantuvo en su orden* (Hab 3, 11 según LXX). ¿Quién es designado con el nombre de sol sino el Señor, y quién con el nombre de luna sino la Iglesia? Pues hasta que el Señor subió a los cielos, su santa Iglesia temía de todas las formas las adversidades del mundo; pero después de haber sido robustecida por su Ascensión, predicó abiertamente lo que creyó ocultamente. Se elevó, pues, el sol y la luna se mantuvo en su orden porque, cuando el Señor se dirigió al cielo, su santa Iglesia creció en la autoridad de la predicación. De aquí dice la voz de la misma Iglesia por Salomón: *He aquí que este viene saltando en los montes y saltando los collados* (Cant 2, 8). Consideró, en efecto, las cumbres de tan grandes obras y dijo: *He aquí que este viene saltando en los montes*. Pues al venir para nuestra redención, dio, por así decir, ciertos saltos. ¿Queréis, hermanos carísimos, reconocer sus mismos saltos? Del cielo vino al útero, del útero vino al pesebre, del pesebre vino a la cruz, de la cruz vino al sepulcro, del sepulcro volvió al cielo. He aquí que, para hacernos correr tras él, la Verdad manifestada por la carne dio por nosotros

ciertos saltos, porque *exultó como un gigante para recorrer su camino* (Sal 18, 6), para que nosotros le dijéramos de corazón: *Atráenos tras de ti, correremos al olor de tus ungüentos* (Cant 1, 3).

11. Por lo cual, hermanos carísimos, conviene que lo sigamos con el corazón allá donde creemos que él ha ascendido con el cuerpo. Huyamos de los deseos terrenos, que ya nada nos deleite en las cosas ínfimas a nosotros, que tenemos un Padre en los cielos. Y esto debemos ponderarlo muchísimo: que aquel que ascendió apacible volverá terrible; y todo lo que nos mandó con mansedumbre, nos lo exigirá con severidad. Nadie, pues, menosprecie los tiempos concedidos de penitencia, nadie descuide cuidar de sí mismo mientras puede, porque nuestro Redentor vendrá entonces tanto más severo al juicio cuanto mayor paciencia nos otorgó antes del juicio. Tratad, pues, estas cosas con vosotros mismos, hermanos, revolvedlas en la mente con asiduo pensamiento. Aunque el ánimo fluctúe todavía por las perturbaciones de las cosas, fijad ya, sin embargo, el ancla de vuestra esperanza en la patria eterna, afianzad la intención de la mente en la verdadera luz. He aquí que hemos oído que el Señor ha ascendido al cielo. Mantengamos, pues, en la meditación lo que creemos. Y si todavía estamos retenidos aquí por la debilidad del cuerpo, sigámoslo, sin embargo, con los pasos del amor. Pero no abandona nuestro deseo aquel mismo que lo dio, Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con Dios Padre en

la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXX.

Habida ante el pueblo en la basílica de san Pedro el apóstol, en el día santo de Pentecostés.

LECTURA DEL S. EVANG. SEGÚN JUAN 14, 23-31.

En aquel tiempo, decía Jesús a sus discípulos: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama, no guarda mis palabras. Y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió. Os he hablado de estas cosas estando con vosotros. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os sugerirá todo lo que yo os haya dicho. La paz os dejo, mi paz os doy. No os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Habéis oído que yo os he dicho: Me voy y vuelvo a vosotros. Si me amarais, os alegraríais ciertamente de que me vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis. Ya no hablaré mucho con vosotros. Pues viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada. Pero para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me dio el mandato, así lo hago.

1. Nos agrada, hermanos carísimos, recorrer brevemente las palabras de la lectura evangélica,

para que después sea lícito detenerse más tiempo en la contemplación de tan gran solemnidad. Pues hoy el Espíritu Santo vino sobre los discípulos con un sonido repentino (Hch 2, 2 ss.), y cambió las mentes de los hombres carnales hacia su amor, y apareciendo por fuera lenguas de fuego, por dentro se encendieron los corazones, porque mientras reciben a Dios en la visión del fuego, ardieron dulcemente por el amor. Pues el Espíritu Santo mismo es amor. De donde también dice Juan: *Dios es caridad* (1 Jn 4, 8. 16). El que, pues, con mente íntegra desea a Dios, ciertamente ya tiene a quien ama. Pues nadie podría amar a Dios si no tuviera a aquel a quien ama. Pero he aquí que, si a cada uno de vosotros se le preguntara si ama a Dios, con toda confianza y mente segura responde: Lo amo. Pero en el comienzo mismo de la lectura habéis oído lo que dice la Verdad: *Si alguno me ama, guardará mi palabra*. La prueba del amor es, pues, la manifestación de la obra. De aquí dice en su Epístola el mismo Juan: *El que dice: Amo a Dios, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso* (ibid. 20). Pues verdaderamente amamos a Dios si, frente a nuestros placeres, nos ceñimos a sus mandamientos. Pues el que todavía se desparrama por deseos ilícitos, ciertamente no ama a Dios, porque le contradice en su propia voluntad.

2. *Y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él.* Considerad, hermanos carísimos, cuán grande es esta solemnidad: tener el advenimiento de Dios en el hospedaje del corazón. Ciertamente, si cualquier amigo rico y

poderoso entrara en vuestra casa, se limpiaría toda la casa con toda prisa, para que no hubiera nada que ofendiera los ojos del amigo que entra. Limpie, pues, las suciedades de la mala obra quien prepara a Dios la casa de su mente. Pero ved lo que dice la Verdad: *Vendremos y haremos morada en él*. Pues en los corazones de algunos viene y no hace morada, porque a través de la compunción perciben ciertamente la mirada de Dios, pero en el tiempo de la tentación olvidan esto mismo por lo que se habían compungido; y así vuelven a perpetrar pecados, como si apenas los hubieran llorado. Aquel, pues, que verdaderamente ama a Dios, que guarda sus mandamientos, en su corazón el Señor viene y hace morada, porque el amor de la divinidad lo penetra de tal modo que no se aparta de este amor en el tiempo de la tentación. Aquel, pues, ama de verdad cuya mente no es vencida por el deleite depravado mediante el consentimiento. Pues cada uno está tanto más separado del amor superior cuanto más se deleita en lo inferior. Por lo cual se añade todavía: *El que no me ama, no guarda mis palabras*. Volved, pues, a vosotros mismos en vuestro interior, hermanos carísimos; buscad si amáis verdaderamente a Dios; y sin embargo, nadie se crea a sí mismo, diga lo que le diga el ánimo sin el testimonio de la obra. Sobre el amor al Creador, pregúntese a la lengua, a la mente y a la vida. Nunca está ocioso el amor de Dios. Pues obra grandes cosas, si existe; pero si rehúsa obrar, no es amor.

Y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió. Sabéis, hermanos carísimos, que el mismo que habla es el Hijo unigénito, el Verbo del Padre, y por eso la palabra que el Hijo habla no es del Hijo, sino del Padre, porque el Hijo mismo es el Verbo del Padre. *Os he hablado de estas cosas estando con vosotros.* ¿Cuándo no permanecería con aquellos quien, a punto de ascender al cielo, promete diciendo: *He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo* (Mt 28, 20)? Pero el Verbo encarnado permanece y se retira: se retira en el cuerpo, permanece en la divinidad. Afirma, pues, que permanecía entonces con ellos porque aquel que siempre estaba presente por su poder invisible, se retiraba ya de la visión corporal.

3. *Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os sugerirá todo lo que yo os haya dicho.* Muchos sabéis, hermanos míos, que en la lengua griega *paraclitus*, en latín se dice *advocatus* (abogado) o *consolator* (consolador). Se llama abogado porque interviene ante la justicia del Padre por el error de los delincuentes. Él, que es de la misma sustancia que el Padre y el Hijo, se dice que ruega por los delincuentes porque a aquellos a quienes llena, los hace orantes. De donde también dice Pablo: *Pues el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables* (Rom 8, 26). Pero es menor el que pide que aquel a quien se pide; ¿cómo, pues, se dice que el Espíritu pide, si no es menor? Pero el Espíritu mismo pide porque inflama para pedir a aquellos

a quienes llena. El mismo Espíritu es llamado consolador porque, a los que se duelen por haber pecado, mientras les prepara la esperanza del perdón, les levanta el ánimo de la aflicción de la tristeza. De él se promete con razón: *Él os enseñará todas las cosas*. Porque si el mismo Espíritu no asiste al corazón del oyente, ociosa es la palabra del doctor. Nadie, pues, atribuya al hombre que enseña lo que entiende de boca del que enseña, porque si no está dentro el que enseña, la lengua del doctor trabaja en vano por fuera. He aquí que todos oís por igual una sola voz del que habla, y sin embargo no percibís por igual el sentido de la voz oída. Si, pues, la voz no es dispar, ¿por qué en vuestros corazones es dispar la inteligencia de la voz, sino porque, a través de esto que la voz del que habla advierte comúnmente, hay un maestro interior que enseña a algunos especialmente sobre la inteligencia de la voz? De esta unción del Espíritu se dice de nuevo por Juan: *Como su unción os enseña sobre todas las cosas* (1 Jn 2, 27). Por tanto, no se es instruido por la voz cuando la mente no es ungida por el Espíritu. Pero ¿por qué decimos esto de la doctrina de los hombres, cuando ni siquiera el mismo Creador habla para la instrucción del hombre si no le habla a ese mismo hombre por la unción del Espíritu? Ciertamente Caín, antes de perpetrar de obra el fratricidio, oyó: *Pecaste, descansa* (Gén 4, 7 según LXX). Pero porque, por exigencia de sus culpas, fue advertido por la voz, no por la unción del Espíritu, pudo oír las palabras de Dios, pero despreció guardarlas. De-

bemos preguntarnos por qué se dice del mismo Espíritu: *Os sugerirá todas las cosas*, siendo que sugerir suele ser propio del inferior. Pero como a veces decimos que sugerir es suministrar, se dice que el Espíritu invisible sugiere, no porque nos introduzca el conocimiento desde abajo, sino desde lo oculto. *La paz os dejo, mi paz os doy.* Aquí dejo, allí doy. A los que siguen les dejo, a los que llegan les doy.

4. He aquí, hermanos carísimos, que hemos analizado brevemente las palabras de la sagrada lectura; ahora traslademos el ánimo a la contemplación de tan gran solemnidad. Pero como junto con la lectura evangélica se os ha recitado también la lectura de los Hechos de los apóstoles (Hch 2), saquemos de ella algo para nuestra contemplación. Habéis oído, en efecto, que el Espíritu Santo apareció sobre los discípulos en lenguas de fuego y dio el conocimiento de todas las lenguas. ¿Qué designaba evidentemente con este milagro, sino que la santa Iglesia, llena del mismo Espíritu, hablaría con la voz de todas las naciones? Los que intentaron edificar una torre contra Dios perdieron la comunión de una sola lengua (Gén 11, 8), pero en aquellos que temían a Dios humildemente se unieron todas las lenguas. Aquí, pues, la humildad mereció la virtud; allí, la soberbia la confusión.

5. Pero debemos preguntarnos por qué el Espíritu Santo, coeterno con el Padre y el Hijo, apareció en fuego; por qué en fuego y en lenguas a la vez; por qué se muestra a veces en una paloma y otras verdaderamente en fuego; por qué sobre

el Hijo unigénito apareció en especie de paloma y sobre los discípulos en fuego (Hch 2, 2 ss.); de modo que ni sobre el Señor vino en fuego, ni sobre los discípulos se mostró en paloma. Volvamos, pues, a resolver estas cuatro cosas que hemos propuesto.

Pues el Espíritu, coeterno con el Padre y el Hijo, se muestra en fuego porque Dios es fuego incorpóreo, inefable e invisible, como atestigua Pablo: *Nuestro Dios es fuego consumidor* (Heb 12, 29). En efecto, Dios es llamado fuego porque por él se consume la herrumbre de los pecados. De este fuego dice la Verdad: *Fuego vine a traer a la tierra, ¿y qué quiero sino que arda?* (Lc 12, 49). Pues se han llamado "tierra" a los corazones terrenos que, mientras amontonan siempre en sí los pensamientos más bajos, son pisoteados por los espíritus malignos. Pero el Señor envía fuego a la tierra cuando inflama los corazones de los carnales con el hálito del Espíritu Santo. Y la tierra arde cuando el corazón carnal, frío en sus depravados placeres, abandona las concupiscencias del presente siglo y se inflama en el amor de Dios. Con razón, pues, apareció el Espíritu en fuego, porque de todo corazón que llena sacude el torpor del frío y lo enciende en el deseo de su eternidad.

Pero se mostró en lenguas de fuego porque el mismo Espíritu es coeterno con el Hijo, y la lengua tiene la máxima afinidad con el Verbo. Pues el Hijo es el Verbo del Padre. Y como es una misma la sustancia del Espíritu y del Verbo, el mismo Espíritu debió mostrarse en la lengua.

O ciertamente porque por la lengua procede la palabra, en lenguas apareció el Espíritu, porque quienquiera que es tocado por el Espíritu Santo, confiesa al Verbo de Dios, esto es, al Hijo unigénito; y no puede negar al Verbo de Dios porque ya tiene la lengua del Espíritu Santo. O ciertamente el Espíritu apareció en lenguas de fuego porque a todos los que llena los hace a la vez ardientes y hablantes. Los doctores tienen lenguas de fuego porque, mientras predican que se debe amar a Dios, inflaman los corazones de los oyentes. Pues también es ociosa la palabra del que enseña si no puede proporcionar el incendio del amor. Este incendio de la doctrina lo habían concebido de la misma boca de la Verdad los que decían: *¿No estaba nuestro corazón ardiendo en nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos abría las Escrituras?* (Lc 24, 32). En efecto, por la palabra oída se enardece el ánimo, se retira el frío del torpor, la mente se vuelve ansiosa en el deseo celestial y ajena a las concupiscencias terrenas. El amor verdadero que la llena la atormenta en llantos; pero mientras es atormentada por tal ardor, se alimenta de sus mismos tormentos. Le agrada oír los preceptos celestiales; y por cuantos mandatos es instruida, por otras tantas antorchas se inflama; y lo que antes estaba entumecido por los deseos, después arde por las palabras. De donde bien se dice por Moisés: *En su diestra la ley de fuego* (Dt 33, 2). Pues la izquierda es de los réprobos, que también han de ser puestos a la izquierda; pero se llaman diestra de Dios los elegidos. En la diestra de Dios, pues, está la ley de

fuego, porque los elegidos de ningún modo oyen los mandatos celestiales con corazón frío, sino que para estos se enardecer los amores íntimos con antorchas. La palabra se lleva al oído, y la mente de ellos, airada contra sí misma, se consume por la llama de la dulzura interna.

Pero el Espíritu Santo se mostró en paloma y en fuego porque a todos los que llena los hace sencillos y ardientes: sencillos por la pureza, ardientes por la emulación. Pues no puede agradar a Dios ni la sencillez sin celo, ni el celo sin sencillez. De aquí que la misma Verdad dice: *Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas* (Mt 10, 16). En lo cual se ha de notar que el Señor no quiso advertir a sus discípulos sobre la paloma sin la serpiente, ni sobre la serpiente sin la paloma, para que la astucia de la serpiente encendiera la sencillez de la paloma, y la sencillez de la paloma templara la astucia de la serpiente. De aquí que Pablo dice: *No os hagáis niños en los sentidos* (1 Cor 14, 20). He aquí que hemos oído la prudencia de la serpiente; ahora seamos advertidos sobre la sencillez de la paloma: *Sino sed pequeñuelos en la malicia* (ibíd.). De aquí que se dice del bienaventurado Job: *Era un hombre sencillo y recto* (Job 1, 1). ¿Pero qué es la rectitud sin la sencillez, o qué es la sencillez sin la rectitud? Puesto que, por tanto, este Espíritu enseña tanto la rectitud como la sencillez, debió mostrarse tanto en fuego como en paloma, para que todo corazón que es tocado por su gracia se vuelva tranquilo por la suavidad de la mansedumbre e inflamado por el celo de la justicia.

6. Pero, por último, se ha de preguntar por qué en nuestro mismo Redentor, Mediador entre Dios y los hombres, apareció por medio de una paloma, y en los discípulos por medio del fuego. Ciertamente el Hijo unigénito de Dios es el juez del género humano. ¿Pero quién soportaría su justicia si, antes de congregarnos por la mansedumbre, hubiera querido examinar nuestras culpas por el celo de la rectitud? Por tanto, hecho hombre por los hombres, se mostró afable a los hombres. No quiso herir a los pecadores, sino congregarlos. Quiso primero corregir con mansedumbre, para tener a quienes después salvar en el juicio. Debió, pues, aparecer sobre él el Espíritu en paloma, el cual no venía para herir ya los pecados por el celo, sino para tolerarlos todavía por la mansedumbre. Pero, por el contrario, sobre los discípulos debió mostrarse el Espíritu Santo en fuego, para que a estos, que eran simplemente hombres y por tanto pecadores, los encendiera como siervos espirituales contra sí mismos, y ellos mismos castigaran en sí por la penitencia los pecados que Dios, por mansedumbre, perdonaría. Pues ni ellos mismos podían estar sin pecado, los que se adherían al magisterio celestial, como atestigua Juan, que dice: *Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros* (1 Jn 1, 8). En el fuego, pues, vino en los hombres, pero en la paloma apareció en el Señor, porque nuestros pecados, que el Señor tolera piadosamente por mansedumbre, nosotros debemos observarlos cautamente por el celo de la rectitud y quemarlos siempre con el

ardor de la penitencia. Así pues, por la paloma se mostró el Espíritu en el Redentor, pero por el fuego en los hombres, porque cuanto más se nos ha atemperado la severidad de nuestro juez, tanto más debe encenderse nuestra debilidad contra sí misma. Cumplida, pues, la razón de las cuatro proposiciones, pasemos a contemplar los dones del mismo Espíritu.

7. Pues de este Espíritu está escrito: *Su Espíritu adornó los cielos* (Job 26, 13). Pues los adornos de los cielos son las virtudes de los que predican. Adornos que, por cierto, enumera Pablo, diciendo: *A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu, a otro fe en el mismo Espíritu, a otro gracia de curaciones en el mismo Espíritu, a otro operación de virtudes, a otro profecía, a otro discreción de espíritus, a otro géneros de lenguas, a otro interpretación de sermones.* *Pero todas estas cosas las obra uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno según quiere* (1 Cor 12, 8 ss.). Por tanto, cuantos son los bienes de los que predican, tantos son los adornos de los cielos. De aquí que de nuevo está escrito: *Por la palabra del Señor se afirmaron los cielos* (Sal 31, 6). Pues la palabra del Señor es el Hijo del Padre. Pero sobre los mismos cielos, a saber, los santos apóstoles, para que se muestre que toda la santa Trinidad obró a la vez, se añade de repente sobre la divinidad del Espíritu Santo: *Y por el espíritu de su boca toda la virtud de ellos* (ibíd.). Por tanto, la virtud de los cielos se tomó del espíritu, porque no presumirían oponerse a las potestades

de este mundo si la fortaleza del Espíritu Santo no los hubiera consolidado. Pues sabemos qué clase de doctores tuvo la santa Iglesia antes del advenimiento de este Espíritu, y vemos de qué fortaleza se llenaron después de su advenimiento.

8. Ciertamente, que el mismo pastor de la Iglesia, ante cuyo cuerpo sacratísimo estamos sentados, diga de cuánta debilidad y de cuánto temor era antes del advenimiento del Espíritu, al ser interrogado por una criada portera. Pues, herido por la sola voz de una mujer, mientras temió morir, negó la vida (Jn 18, 17). Y entonces Pedro negó en la tierra, cuando el ladrón confesaba en la cruz (Lc 23, 41-42). Pero oigamos qué clase de hombre es este de tanto temor después del advenimiento del Espíritu. Se reúne el magistrado y los ancianos, se les prohíbe a los apóstoles azotados que hablen en el nombre de Jesús: Pedro respondió con gran autoridad: *Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres* (Hch 5, 29). And de nuevo: *Si es justo ante Dios escucharos a vosotros más que a Dios, juzgadlo vosotros.* *Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído* (ibíd. 4, 19-20). *Y ellos se retiraban gozosos de la presencia del consejo, porque fueron hallados dignos de sufrir afrentas por el nombre de Jesús* (ibíd. 5, 41). He aquí que se goza Pedro en los azotes, quien antes temía en las palabras. El que antes temió al ser interrogado por la voz de una criada, después del advenimiento del Espíritu Santo, aun siendo azotado, doblega las fuerzas de los príncipes. Agrada levantar los ojos de la fe a la virtud de este Obrero y considerar dis-

persamente a los Padres del Nuevo y del Antiguo Testamento. He aquí que, abiertos los mismos ojos de la fe, contemplo a David, a Amós, a Daniel, a Pedro, a Pablo, a Mateo, y quiero considerar qué clase de artífice es este Espíritu Santo, pero desfallezco en mi misma consideración. Pues llena a un niño citarista y lo hace salmista (1 Sm 16, 18). Llena a un pastor de bueyes que cultiva sicómoros y lo hace profeta (Am 7, 14). Llena a un niño abstinente y lo hace juez de ancianos (Dn 13, 46 ss.). Llena a un pescador y lo hace predicador (Mt 4, 19). Llena a un perseguidor y lo hace doctor de las gentes (Hch 9, 1 ss.). Llena a un publicano y lo hace evangelista (Lc 5, 27-28). ¡Oh, qué clase de artífice es este Espíritu! No se da demora alguna para aprender en todo lo que quiere. Tan pronto como toca la mente, enseña, y el solo haberla tocado es haber enseñado. Pues al ilustrar súbitamente el ánimo humano, lo cambia; de repente le hace negar lo que era, de repente le hace mostrar lo que no era.

9. Pensemos en nuestros santos predicadores, qué tales los encontró en el día de hoy, qué tales los hizo. Ciertamente, los que residían en una habitación por miedo a los judíos, cada uno conocía la lengua de su nacimiento, y sin embargo ni en esa misma lengua que conocían presumían hablar abiertamente de Cristo. Vino el Espíritu y les enseñó en la boca por la diversidad de lenguas, pero les robusteció en la mente por la autoridad (Hch 2, 2 ss.). Y comenzaron a hablar de Cristo incluso en lenguas extrañas, ellos que antes temían hablar de él incluso en su propia

lengua. Pues el corazón inflamado despreció los tormentos del cuerpo que antes temía; venció la fuerza del temor carnal por el amor al Creador. Y los que antes sucumbían de temor ante sus adversarios, ya presidían sobre ellos con autoridad. El que, por tanto, los elevó a la cumbre de tan gran alteza, ¿qué otra cosa diría sino que hizo cielos las mentes de hombres terrenos? Considerad, hermanos carísimos, después de la encarnación del Hijo unigénito de Dios, qué tal solemnidad es la de hoy por el advenimiento del Espíritu Santo. Pues así como aquella, así también esta es honorable. En aquella, en efecto, Dios, permaneciendo en sí mismo, recibió al hombre; pero en esta, los hombres recibieron a Dios que venía de lo alto. En aquella, Dios se hizo hombre por naturaleza; en esta, los hombres se hicieron dioses por adopción. Si, por tanto, no queremos permanecer carnales en la muerte, amemos, hermanos carísimos, a este Espíritu vivificante.

10. Pero porque la carne no conoce el espíritu, quizás diga alguno consigo mismo con pensamiento carnal: «¿Cómo puedo amar a quien no conozco?». Esto también nosotros lo concedemos, porque la mente, atenta a las cosas visibles, no sabe ver lo invisible. Pues no piensa en nada sino en lo visible, y aun cuando no está actuando sobre ello, atrae sus imágenes hacia el interior; y mientras yace en imágenes corpóreas, no puede elevarse a lo incorporeo. De donde resulta que tanto peor desconoce al Creador cuanto más familiarmente lleva en su pensamiento a la criatura corpórea. Pero ya que no podemos ver a Dios, te-

nemos algo que podemos hacer, para que se abra un camino por el que el ojo de nuestra inteligencia llegue a él. Ciertamente, a quien no podemos ver de ningún modo en sí mismo, ya lo podemos ver en sus siervos. Al contemplar que estos obran maravillas, se nos hace cierto que Dios habita en sus mentes. Pero en lo incorpóreo, tomemos el uso de las cosas corporales. Pues ninguno de nosotros puede contemplar claramente el sol naciente fijando la vista en su esfera, porque los ojos, tensos ante sus rayos, son rechazados; pero vemos los montes iluminados por el sol, y vemos que el sol ya ha salido. Ya que, por tanto, no podemos ver al Sol de Justicia en sí mismo, veamos los montes iluminados por su claridad, a saber, los santos apóstoles, que brillan por sus virtudes, resplandecen por sus milagros, a quienes la claridad del Sol nacido inundó; y aunque sea invisible en sí mismo, se nos ha mostrado visible a través de ellos, como a través de montes iluminados. Pues la virtud de la divinidad en sí es como el sol en el cielo; la virtud de la divinidad en los hombres, el sol en la tierra. Miremos, pues, al Sol de Justicia en la tierra, a quien no podemos ver en el cielo, para que, mientras caminamos en la tierra con pie de obra firme por medio de él, elevemos alguna vez los ojos al cielo para contemplarlo. Pero nuestro camino se hace con pie firme en la tierra si se ama a Dios y al prójimo con mente íntegra. Pues ni Dios es amado verdaderamente sin el prójimo, ni el prójimo es amado verdaderamente sin Dios. De aquí es que, como ya dijimos en otro sermón (Supra, homilía 26, núm. 3), se

lee que el mismo Espíritu fue dado dos veces a los discípulos: primero por el Señor que habitaba en la tierra, después por el Señor que presidía en el cielo. En la tierra, ciertamente, se da para que se ame al prójimo; desde el cielo, para que se ame a Dios. ¿Pero por qué primero en la tierra y después desde el cielo, sino porque se da claramente a entender que, según la voz de Juan: «El que no ama a su hermano, a quien ve, a Dios, a quien no ve, ¿cómo puede amarlo?»? (1 Jn 4, 20). Amemos, pues, al prójimo, hermanos, amemos al que está junto a nosotros, para que podamos llegar al amor de aquel que está sobre nosotros. Medite la mente en el prójimo lo que ha de ofrecer a Dios, para que merezca perfectamente gozar en Dios con el prójimo. Entonces llegaremos a aquella alegría de la celestial concurrencia, de la cual hemos recibido ahora la prenda del Espíritu Santo. Tendamos con todo amor hacia ese fin, en el cual nos alegraremos sin fin. Allí está la sociedad santa de los ciudadanos celestiales; allí la solemnidad cierta; allí el descanso seguro; allí la paz verdadera, que ya no se nos deja, sino que se nos da por nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXI

Tenida ante el pueblo en la basílica de san Lorenzo mártir, el sábado de las Cuatro Témporas de septiembre. LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN LUCAS 13, 6-13.

En aquel tiempo, decía Jesús a las turbas esta parábola: «Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Dijo entonces al viñador: "He aquí que hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo halló. Córtala, pues, ¿para qué ha de ocupar también la tierra?". Pero él, respondiendo, le dijo: "Señor, déjala también este año, hasta que cave alrededor de ella y le eche un cesto de estiércol. Y si diere fruto, bien; si no, la cortarás en el futuro». Y estaba enseñando en la sinagoga de ellos los sábados. Y he aquí una mujer que tenía un espíritu de enfermedad desde hacía dieciocho años, y estaba encorvada, y no podía en absoluto mirar hacia arriba. Al verla Jesús, la llamó a sí y le dijo: «Mujer, quedas libre de tu enfermedad». Y le impuso las manos; y al instante se enderezó y glorificaba a Dios, etc.

1. Nuestro Señor y Redentor habla a través de su Evangelio unas veces con palabras, otras con hechos; a veces una cosa con las palabras y otra con los hechos; pero a veces lo mismo con las palabras que con los hechos. Pues habéis oído dos cosas del Evangelio, hermanos: la higuera infructuosa y la mujer encorvada, y en ambos casos se empleó la piedad. Dijo aquello por medio de una parábola, realizó esto por medio de una demostración. Pero esta higuera infructuosa significa lo mismo que la mujer inclinada, y la higuera reservada lo mismo que la mujer enderezada. El señor de la viña vino por tercera vez a la higuera y no encontró fruto alguno, y la mujer que fue enderezada había estado encorvada durante dieciocho

años. Ahora bien, con este número de dieciocho años se significa aquello que se dice, que el señor de la viña vino a la higuera infructuosa por tercera vez. Por tanto, ya que al anticipar hemos tocado sumariamente todas las cosas, discutamos ahora cada una según el orden de la lectura.

2. Un hombre tenía una higuera plantada en su viña; y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. ¿Qué designa la higuera, sino la naturaleza humana? ¿Qué denuncia la mujer inclinada, sino significando la misma naturaleza? La cual fue tanto bien plantada como la higuera, cuanto bien [creada] como la mujer; pero habiendo caído en culpa por su propia voluntad, no conserva ni el fruto de la obra ni el estado de rectitud. Pues cayendo en el pecado por su voluntad, porque no quiso dar el fruto de la obediencia, perdió el estado de rectitud. Ella, que fue creada a semejanza de Dios, mientras no persistió en su dignidad, despreció conservar lo que había sido plantada o creada. El señor de la viña vino a la higuera por tercera vez, porque requirió la naturaleza del género humano antes de la ley, bajo la ley y bajo la gracia, esperando, amonestando y visitando.

3. Dijo entonces al viñador: He aquí que hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo halló. Vino antes de la ley, porque a través del entendimiento natural se dio a conocer a cada uno por su propio ejemplo cómo debía actuar con respecto al prójimo. Vino en la ley, porque enseñó mandando. Vino después de la ley por la gracia, porque mostró la presencia de su piedad exhibiéndola. Pero, sin embargo, se queja de no

haber encontrado fruto en los tres años, porque la ley natural inspirada no corrige las mentes de ciertos malvados, ni los preceptos los instruyen, ni los milagros de su encarnación los convierten. Pero, ¿qué se expresa por el viñador, sino el orden de los prepósitos (prelados)? Quienes, mientras están al frente de la Iglesia, sin duda gestionan el cuidado de la viña del Señor. Pues el primer viñador de esta viña fue el apóstol Pedro. A este nosotros, aunque indignos, le seguimos, en cuanto trabajamos para vuestra instrucción enseñando, suplicando y reprendiendo.

4. Pero ya debe oírse con gran temor lo que se dice al viñador sobre el árbol infructuoso: Córtala; ¿para qué ha de ocupar también la tierra? Cada uno según su medida, en cuanto ocupa un lugar en la vida presente, si no muestra el fruto de la buena obra, ocupa la tierra como un árbol infructuoso, porque en ese lugar en el que él está, también niega a otros la ocasión de trabajar. Pero en este mundo cualquier poderoso, si no tiene el fruto de la buena obra, también presta un impedimento a los demás, porque todos los que están bajo él son oprimidos por la sombra de su perversidad, como por el ejemplo de su depravación. El árbol infructuoso está arriba, y abajo yace la tierra estéril. La sombra del árbol infructuoso se espesa desde arriba, y el rayo del sol no se permite de ningún modo descender a la tierra, porque mientras los súbditos de cualquier patrón perverso observan ejemplos perversos, ellos también, permaneciendo infructuosos, se ven privados de la luz de la verdad. Y, oprimidos por la sombra,

no reciben el calor del sol, porque permanecen fríos ante Dios desde el mismo lugar por donde en este mundo están mal protegidos. Pero sobre cualquier poderoso y perverso de este tipo ya casi no hay requerimiento por parte de Dios. Pues después de que se perdió a sí mismo, solo queda buscar por qué oprime también a otros. De donde el señor de la misma viña dice bien: ¿Para qué ha de ocupar también la tierra? Pues ocupa la tierra quien grava las mentes ajenas; ocupa la tierra quien no ejercita el lugar que tiene en las buenas obras.

5. Pero, sin embargo, nos corresponde a nosotros orar por tales personas. Pues oigamos lo que dice el viñador: Señor, déjala también este año, hasta que cave alrededor de ella. ¿Qué es cavar alrededor de la higuera, sino reprender (increpar) a las mentes infructuosas? Pues toda fosa está en lo profundo. And sin duda la reprensión, al mostrar la mente a sí misma, la humilla. Cada vez, pues, que corregimos a alguien de su pecado, cavamos alrededor del árbol infructuoso como por deber de cultivo. Pero oigamos lo que se dice después de la excavación: Y le echaré un cesto de estiércol. ¿Qué es el cesto de estiércol sino la memoria de los pecados? Pues los pecados de la carne son llamados estiércol. De donde también se dice por el profeta: Se han podrido las bestias de carga en su estiércol (Jl 1, 17). Que las bestias de carga se pudran en su estiércol es que todos los carnales acaben su vida en el hedor de la lujuria. Nosotros, por tanto, cada vez que reprendemos a una mente carnal por sus pecados, cada vez que traemos a su

memoria los vicios pasados, volcamos como un cesto de estiércol alrededor del árbol infructuoso, para que recuerde la memoria de los males que cometió y engorde para la gracia de la compunción como por el hedor. Se echa, pues, el cesto de estiércol a la raíz del árbol cuando la conciencia de su depravación es tocada por la memoria del pensamiento. Y cuando la mente se excita a sí misma a los lamentos por la penitencia y se reforma para la gracia de la buena obra, la raíz del corazón vuelve a la fecundidad de la obra como por el contacto del estiércol: llora lo que recuerda haber hecho y se disgusta consigo misma por cómo recuerda haber sido: dirige su intención contra sí misma e inflama el ánimo hacia cosas mejores. Por tanto, el árbol revive del hedor al fruto, porque el ánimo se resucita a sí mismo a las buenas obras por la consideración del pecado. Y hay muchos que oyen las reprensiones y, sin embargo, desprecian volver a la penitencia y, siendo infructuosos para Dios, permanecen verdes en este mundo. Pero oigamos lo que añade el viñador de la higuera: Y si diere fruto, bien; si no, la cortarás en el futuro. Porque ciertamente quien no quiere aquí engordar para la fecundidad por la reprensión, caerá allí de donde ya no puede levantarse por la penitencia; y será cortado en el futuro, aunque aquí parezca permanecer verde sin fruto.

6. Y estaba enseñando en la sinagoga de ellos los sábados. Y he aquí una mujer que tenía un espíritu de enfermedad desde hacía dieciocho años. Hace un momento ya dijimos que esto era el triple

advenimiento del Señor a la higuera infructuosa, lo cual significa el número de dieciocho años para la mujer encorvada. Pues en el sexto día fue hecho el hombre (Gén 1, 27), y en ese mismo sexto día todas las obras del Señor fueron perfeccionadas. Pero el número senario llevado a un triángulo hace dieciocho. Ya que, por tanto, el hombre, que fue hecho en el sexto día, no quiso tener obras perfectas, sino que permaneció enfermo antes de la ley, bajo la ley y en el comienzo de la gracia naciente, la mujer estuvo encorvada durante dieciocho años. Y estaba encorvada, y no podía en absoluto mirar hacia arriba. Todo pecador que piensa en cosas terrenas y no busca las celestiales, no puede mirar hacia arriba; porque mientras sigue los deseos inferiores, se encorva desde la rectitud de su mente y ve siempre esto que piensa sin cesar. Volved a vuestros corazones, hermanos carísimos, y observad siempre qué dais vueltas en vuestros pensamientos a todas horas. Uno piensa en honores, otro en el dinero, otro en la ambición por las fincas. Todas estas cosas están en lo bajo, y cuando la mente se implica en tales cosas, se dobla desde la rectitud de su estado. Y porque no se eleva al deseo celestial, como la mujer inclinada, no puede mirar hacia arriba de ningún modo.

7. Sigue: Al verla Jesús, la llamó a sí y le dijo: Mujer, quedas libre de tu enfermedad. Y le impuso las manos; y al instante se enderezó. Llamó y enderezó, porque iluminó y ayudó. Llama, pero no endereza, cuando ciertamente somos iluminados por su gracia, pero, por exigencia de nuestros méritos, no podemos ser ayudados.

Pues muchas veces vemos las cosas que hay que hacer, pero no las cumplimos con la obra. Nos esforzamos y desfallecemos. El juicio de la mente contempla la rectitud, pero la fortaleza de la obra sucumbe ante ella, porque sin duda ya es parte de la pena del pecado que por don se pueda ciertamente contemplar el bien, pero que, sin embargo, ocurra por el mérito ser repelido de aquello que se contempla. Pues la culpa habitual (usitata culpa) liga a la mente, de modo que no puede en absoluto elevarse a la rectitud. Lo intenta y resbala, porque donde permaneció voluntariamente mucho tiempo, allí también cae forzada aun cuando no quiera. Sobre esta nuestra encorvadura desde el tipo del género humano, dice bien el Salmista: Estoy encorvado y humillado hasta el extremo (Sal 37, 7). Pues contemplando que el hombre había sido creado para contemplar la luz suprema, pero enviado fuera por exigencia de los pecados, lleva las tinieblas de su mente, no apetece las cosas superiores (superna), atiende a las ínfimas (infimis), no desea en absoluto las celestiales, da vueltas siempre en su ánimo a las terrenas, y esto que dolió de su género, lo exclamó en sí mismo diciendo: Estoy encorvado y humillado hasta el extremo. Pues perdiendo la contemplación de lo celestial, si el hombre pensara solo en lo necesario de la carne, estaría encorvado y humillado, pero sin embargo no lo estaría hasta el extremo. Por tanto, aquel a quien no solo la necesidad derriba de los pensamientos superiores, sino que también el placer ilícito postra, no solo está encorvado, sino encorvado hasta el extremo.

De aquí que otro profeta diga sobre los espíritus inmundos: Los que dijeron a tu alma: Encórvate para que pasemos (Is 51, 23). Pues el alma está recta cuando desea lo superior, y de ningún modo se dobla hacia lo ínfimo. Pero los espíritus malignos, cuando ven que esta permanece en su rectitud, no pueden pasar por ella. Pues el pasar de ellos es esparcir en ella deseos inmundos. Dicen, pues: Encórvate para que pasemos, porque si ella misma no se derriba para apetecer lo ínfimo, la perversidad de aquellos no prevalece en modo alguno contra ella; y no pueden pasar por ella, a la que temen rígida contra ellos en su intención superior.

8. Por tanto, hermanos carísimos, no demos paso a los espíritus malignos en nosotros cuando codiciamos lo terreno, cuando nos encorvamos para apetecer lo temporal. Avergoncémonos, pues, de codiciar lo terreno y de ofrecer las espaldas de nuestras mentes a los adversarios que ascienden. Siempre mira a la tierra el que está encorvado, y no recuerda por qué precio fue redimido el que busca lo ínfimo. De aquí que también se diga por Moisés que aquel que está oprimido por una joroba (gibbus), no sea promovido en modo alguno al sacerdocio (Lev 21, 20). Y cuantos hemos sido redimidos por la sangre de Cristo, somos hechos miembros de ese mismo sumo sacerdote. De donde también se nos dice por Pedro: Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio (1 Pe 2, 9). Pero el que tolera una joroba, siempre mira a lo ínfimo. Por tanto, es rechazado del sacerdocio, porque cualquiera que está atento solo

a lo terreno, es él mismo testigo para sí mismo de que no es miembro del sumo sacerdote. De aquí que, de nuevo, los peces que no tienen aletillas (pennulas) sean prohibidos para el alimento del pueblo fiel (Lev 11, 10). Pues los peces que tienen aletillas de escamas suelen dar saltos incluso sobre las aguas. ¿Qué se figura, pues, con los peces alados sino las almas elegidas? Las cuales ciertamente son las únicas que pasan al cuerpo de la Iglesia celestial, las cuales, apoyadas ahora en las aletillas de las virtudes, saben dar saltos por el deseo celestial, para apetecer lo superior por la contemplación, aunque en sí mismas recaigan de nuevo por la carne mortal. Si, por tanto, ya hemos reconocido los bienes de la patria celestial, desplázcanos, hermanos carísimos, el estar encorvados. Póngase ante los ojos a la mujer encorvada y al árbol infructuoso. Recordemos los males que hicimos, echemos a la raíz del corazón el cesto de estiércol, para que entonces engorde en el fruto de la retribución lo que aquí nos hedía por la penitencia. Y si no podemos obrar la suma de las virtudes, Dios mismo se alegra de nuestro lamento. Pues por el mismo inicio de la justicia le agradaremos nosotros, que castigamos lo injusto que hicimos. Ni habrá demora en los llantos, porque los gozos que han de permanecer enjugan más rápido las lágrimas que pasan. Por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXII

Tenida ante el pueblo en la basílica de los santos Proceso y Martiniano, el día de su nacimiento. LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN LUCAS 9, 23-27.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día, y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la salvará. Pues ¿qué aprovecha al hombre si gana todo el mundo, pero se pierde a sí mismo y hace daño de sí mismo? Porque el que se avergüence de mí y de mis palabras, de este se avergonzará el Hijo del hombre cuando venga en su majestad, y en la del Padre y de los santos ángeles. Pero os digo verdaderamente: hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios».

1. Ya que nuestro Señor y Redentor vino al mundo como hombre nuevo, dio nuevos preceptos al mundo. Pues opuso a nuestra vida vieja, nutrida en los vicios, la contrariedad de su novedad. Porque ¿qué conocía el hombre viejo, el hombre carnal, sino retener lo suyo, arrebatar lo ajeno si podía, codiciarlo si no podía? Pero el médico celestial aplica medicamentos que se oponen a cada uno de los vicios. Pues así como por el arte de la medicina lo cálido se cura con lo frío y lo frío con lo cálido, así nuestro Señor opuso predicamentos contrarios a los pecados, para prescribir continencia a los lúbricos, generosidad (largitatem) a los tenaces, mansedumbre a los iracundos y humildad a los soberbios. Ciertamente, cuando proponía nuevos mandatos a quienes le seguían,

dijo: Si alguno no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo (Lc 14, 33). Como si dijera claramente: Vosotros que por la vida vieja codiciáis lo ajeno, por el estudio de la nueva conversación (modo de vida) dad incluso lo vuestro. Pero oigamos lo que dice en esta lectura: El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo. Allí se dice que neguemos lo nuestro, aquí se dice que nos neguemos a nosotros mismos. Y quizás no es laborioso para el hombre dejar sus cosas, pero es muy laborioso dejarse a sí mismo. Pues es menos negar lo que se tiene, pero es muchísimo negar lo que se es.

2. Pero a nosotros, que venimos a él, el Señor nos mandó que renunciáramos a lo nuestro, porque cuantos venimos al certamen (agonem) de la fe, asumimos una lucha (luctamen) contra los espíritus malignos. Pero los espíritus malignos no poseen nada propio en este mundo. Por tanto, desnudos debemos luchar con los desnudos. Pues si alguien vestido lucha con uno desnudo, más rápido es derribado a tierra, porque tiene de donde ser asido. ¿Qué son todas las cosas terrenas sino ciertas vestiduras del cuerpo? Por tanto, quien se apresura al combate contra el diablo, arroje las vestiduras para no sucumbir. Nada posea en este mundo amándolo, no busque deleite alguno de las cosas que pasan, para que no sea asido para la caída desde aquello con que se cubre para su deseo. Pero no basta con dejar lo nuestro, si no nos dejamos también a nosotros mismos. ¿Qué es lo que decimos: "Dejémonos también a nosotros mismos"? Pues si nos dejamos a noso-

tros mismos, ¿a dónde iremos fuera de nosotros? ¿O quién es el que va, si se ha desamparado a sí mismo? Pero somos una cosa caídos por el pecado, y otra cosa creados por la naturaleza; una cosa lo que hicimos, otra lo que fuimos hechos. Dejémonos a nosotros mismos tal como nos hicimos pecando, y permanezcamos nosotros mismos tal como fuimos hechos por la gracia. Pues he aquí que quien fue soberbio, si convertido a Cristo se ha hecho humilde, se deja a sí mismo. Si algún lujurioso ha cambiado su vida por la continencia, ha negado ciertamente lo que fue. Si algún avaro ha dejado ya de ambicionar, y ha aprendido a dar lo propio quien antes arrebataba lo ajeno, sin duda alguna se ha dejado a sí mismo. Ciertamente es él mismo por naturaleza, pero no es él mismo por malicia. Pues de aquí está escrito: Convierte a los impíos, y no serán (Prov 12, 7). Pues los impíos convertidos no serán, no porque no serán en absoluto en su esencia (essentia), sino que evidentemente no serán en la culpa de la impiedad. Entonces, pues, nos dejamos a nosotros mismos, entonces nos negamos a nosotros mismos, cuando evitamos lo que fuimos por la vejez y nos esforzamos por aquello a lo que somos llamados por la novedad. Pensemos cómo se había negado a sí mismo Pablo, que decía: Vivo yo, pero ya no yo (Gál 2, 20). Pues se había extinguido aquel sañudo perseguidor y había empezado a vivir el piadoso predicador. Pues si fuera él mismo, ciertamente no sería piadoso. Pero quien niega que vive, diga de dónde es que clama palabras santas por la doctrina de la verdad. Inmediatamente

añade: Pero vive en mí Cristo (Ibíd.). Como si dijera claramente: Yo ciertamente he sido extinguido de mí mismo, porque no vivo carnalmente; pero sin embargo no estoy muerto esencialmente, porque vivo espiritualmente en Cristo. Diga, pues, la Verdad, diga: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo. Porque si uno no desfallece de sí mismo, no se aproxima a aquel que está sobre él; ni puede aprehender lo que está más allá de él, si no ha sabido sacrificar (mactare) lo que es. Así las plantas de las hortalizas se trasponen para que progresen y, por así decirlo, se desarraigan para que crezcan. Así las semillas de las cosas desfallecen en la mezcla de la tierra, para que en la reparación de su género surjan más abundantemente. Pues de donde parece que han perdido lo que eran, de allí reciben el aparecer como esto que no eran.

3. Pero quien ya se niega a sí mismo de los vicios, debe buscar las virtudes en las que crezca. Pues cuando se dijo: El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, inmediatamente se añade: Y tome su cruz cada día, y sígame. Pues de dos modos se toma la cruz: cuando o bien el cuerpo es afligido por la abstinencia, o bien el ánimo es afligido por la compasión hacia el prójimo. Pensemos cómo Pablo había llevado su cruz de ambos modos, él que decía: Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que predicando a otros yo mismo sea reprobado (1 Cor 9, 27). He aquí que en la aflicción del cuerpo hemos oído la cruz de la carne; oigamos ahora en la compasión hacia el prójimo la cruz de la mente. Pues

dice: ¿Quién enferma y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza y yo no me quemo? (2 Cor 11, 29). Pues el predicador perfecto, para dar ejemplo de abstinencia, llevaba la cruz en el cuerpo. Y porque atraía hacia sí los daños de la enfermedad ajena, llevaba la cruz en el corazón.

3. Pero porque ciertos vicios están próximos a las virtudes mismas, debemos decir qué vicio asedia la abstinencia de la carne y cuál asedia la compasión de la mente. Pues, desde cerca, la vanagloria asedia a veces la abstinencia de la carne, porque mientras se mira la delgadez en el cuerpo y la palidez en el rostro, la virtud manifestada es alabada; y tanto más rápido se derrama hacia fuera cuanto más sale a los ojos humanos por la palidez mostrada. And muchas veces sucede que esto que se cree hacer por causa de Dios, se hace solo por los favores humanos. Lo cual significa bien aquel Simón que, encontrado en el camino (Mt 27, 32), lleva la cruz del Señor en carga obligatoria (angaria). Pues las cargas ajenas se llevan en angaria cuando algo se hace por el afán de vanidad. ¿Quiénes son, pues, designados por Simón, sino los abstinentes y arrogantes? Quienes por la abstinencia ciertamente afligen la carne, pero no buscan interiormente el fruto de la abstinencia. Simón lleva, pues, la cruz del Señor en angaria, porque cuando no es llevado a la obra buena por una buena voluntad, el pecador realiza la acción del justo sin fruto. De donde el mismo Simón lleva la cruz, pero no muere, porque los abstinentes y arrogantes ciertamente afligen el cuerpo por la abstinencia, pero viven para el mundo por

el deseo de la gloria. Pero la falsa piedad (pietas falsa) asedia muchas veces ocultamente la compasión del ánimo, de modo que a veces arrastra a esta incluso hasta el condescender con los vicios, cuando uno no debe ejercer compasión hacia las culpas, sino celo (zelum). Pues al hombre se le debe compasión, y a los vicios rectitud, para que en un mismo hombre amemos el bien que fue hecho y persigamos los males que hizo, no sea que, al remitir las culpas incautamente, parezca que ya no compadecemos por caridad, sino que hemos sucumbido por negligencia.

4. Sigue: Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la salvará. Así se le dice al fiel: Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la salvará. Como si se le dijera a un agricultor: Si guardas el trigo, lo pierdes; si lo siembras, lo renuevas. Pues ¿quién no sabe que el trigo, cuando se echa en la semilla, perece de los ojos, desfallece en la tierra? Pero de donde se pudre en el polvo, de allí reverdece en la renovación. Ya que ciertamente la santa Iglesia tiene un tiempo de persecución y otro de paz; nuestro Redentor distingue sus tiempos en los preceptos. Pues en el tiempo de persecución hay que entregar la vida, pero en el tiempo de paz hay que quebrar los deseos terrenales que más pueden dominar. De donde también se dice ahora: Pues ¿qué aprovecha al hombre si gana todo el mundo, pero se pierde a sí mismo y hace daño de sí mismo? Cuando falta la persecución de los adversarios, hay que custodiar el corazón con mucha más vigilancia. Pues

en el tiempo de paz, ya que es lícito vivir, place también ambicionar. Cuya avaricia ciertamente se reprime bien si se considera solícitamente el estado mismo del que ambiciona. Pues ¿por qué insistir en recoger, cuando no puede permanecer él mismo el que recoge? Considere, pues, cada uno su carrera, y reconocerá que pueden bastarle las pequeñas cosas que tiene. Pero quizás teme que en el camino de esta vida falte el sustento. El camino breve reprende nuestros largos deseos; en vano se llevan muchas cosas cuando está cerca aquello por donde se va. Muchas veces, sin embargo, también vencemos la avaricia, pero todavía obsta que mantenemos los caminos de la rectitud con menor custodia de perfección. Pues a menudo despreciamos todas las cosas que pasan, pero sin embargo todavía nos vemos impedidos por el uso de la vergüenza humana (verecundiae), de modo que todavía no podemos expresar con la voz la rectitud que conservamos en la mente; y tanto descuidamos el rostro de Dios para la defensa de la justicia cuanto tememos los rostros humanos contra la justicia. Pero a esta herida también se le añade un medicamento congruente cuando el Señor dice: Porque el que se avergüence de mí y de mis palabras, de este se avergonzará el Hijo del hombre cuando venga en su majestad, y en la del Padre y de los santos ángeles.

5. Pero he aquí que ahora los hombres dicen entre sí: Nosotros ya no nos avergonzamos del Señor ni de sus palabras, porque lo profesamos con voz abierta. A los cuales yo respondo que en este pueblo cristiano hay muchos que confiesan

a Cristo por esto: porque ven que todos son cristianos. Pues si el nombre de Cristo no estuviera hoy en tan gran gloria, la santa Iglesia no tendría tantos profesores de Cristo. Por tanto, no basta para la prueba de la fe la voz de la profesión, a la cual la profesión de la generalidad defiende de la vergüenza (verecundia). Hay, sin embargo, un lugar donde cada uno se interrogue a sí mismo, para que se pruebe verazmente en la confesión de Cristo, si ya no se avergüenza de su nombre, si con toda la fuerza de su mente ha sometido el pudor humano (pudorem). Pues ciertamente en el tiempo de la persecución los fieles podían avergonzarse de ser despojados de sus bienes, de ser derribados de sus dignidades, de ser afligidos con azotes. Pero en el tiempo de paz, ya que estas cosas faltan en nuestras persecuciones, hay otro lugar donde seamos mostrados a nosotros mismos. Tememos a menudo ser despreciados por los prójimos, nos indignamos de tolerar las injurias de palabra; si acaso ocurre una disputa con el prójimo, nos avergonzamos de ser los primeros en dar satisfacción. Pues el corazón carnal, mientras busca la gloria de esta vida, rechaza la humildad. Y muchas veces el mismo hombre que está airado desea reconciliarse con el que discuerda de él, pero se avergüenza de ir primero a dar satisfacción. Consideremos los hechos de la Verdad, para que veamos dónde yacen las acciones de nuestra depravación. Pues si somos miembros de la Cabeza suprema, debemos imitar a aquel a quien estamos unidos. ¿Qué dice el egregio predicador Pablo para ejemplo de nuestra

instrucción? Hacemos legación por Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros; os suplicamos por Cristo: reconciliaos con Dios (2 Cor 5, 20). He aquí que hicimos discordia entre nosotros y Dios pecando, y sin embargo Dios envió primero a sus legados hacia nosotros, para que nosotros mismos, que pecamos, viniéramos a la paz de Dios siendo suplicados. Avergüéncese, pues, la soberbia humana, confúndase cada uno si no da primero satisfacción al prójimo, cuando después de nuestra culpa, para que debamos reconciliarnos con él, el mismo Dios que fue ofendido, interviniendo los legados, nos suplica.

6. Sigue: Pero os digo verdaderamente: hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios. El reino de Dios, hermanos carísimos, no siempre se llama reino venidero en la sagrada elocuencia, sino que a veces se llama así a la Iglesia presente. De donde está escrito: Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos (Mt 13, 41). Pues en aquel reino no habrá escándalos, donde ciertamente los reprobados no son admitidos. Por cuyo ejemplo evidentemente se colige que en este lugar se llama reino de Dios a la Iglesia presente. Y porque algunos de los discípulos habían de vivir en el cuerpo hasta que vieran la Iglesia de Dios construida y erigida contra la gloria de este mundo, se dice ahora con promesa consolatoria: Hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios. Pero cuando el Señor daba tan grandes preceptos de sufrir la muerte,

¿por qué fue necesario que llegara súbitamente a esta promesa? Si atendemos a esto sutilmente, reconocemos con cuánta dispensación de piedad se actúa. Pues a los discípulos rudos (rudibus) también se les debía prometer algo de la vida presente, para que pudieran consolidarse con más robustez en la futura. Así, al pueblo israelita que había de ser liberado de la tierra de Egipto se le promete la tierra de promisión, y cuando había de ser llamado a los dones celestiales, se le persuade con promesas terrenas. ¿Por qué esto? ¿Para que, mientras hubiera algo que percibiera de cerca, creyera ya con más fidelidad aquello que hubiera podido oír de lejos? Pues el pueblo carnal, si no recibía cosas pequeñas, no creería las grandes. Dios omnipotente, por tanto, al otorgar cosas terrenas, persuade hacia las celestiales, para que percibiendo lo que veía, aprendiera a esperar lo que no veía en absoluto; y se hiciera tanto más sólido respecto a lo invisible cuanto las promesas visibles lo apoyaran para la certeza de la esperanza. De donde rectamente se dice también por el Salmista: Les dio las regiones de las gentes, y poseyeron los trabajos de los pueblos, para que guarden sus justificaciones y busquen su ley (Sal 104, 44. 45). Así pues, en este lugar la Verdad hablando a los discípulos rudos, promete que se verá el reino de Dios en la tierra, para que esto sea presumido por ellos con más fidelidad en el cielo. De ese mismo reino que ya vemos que ha sido sublimado en el mundo, esperemos el reino que creemos que se ha de percibir en el cielo. Pues hay algunos que son censados con el nombre de cris-

tianismo, pero no tienen la fe del cristianismo. Estiman que solo existen las cosas visibles, no apetecen las invisibles, porque ni siquiera sospechan que existan. Estamos ante los cuerpos de los santos mártires, hermanos míos. ¿Acaso estos entregarían su carne a la muerte si no les hubiera constado ciertísimamente que existe la vida por la que debían morir? And he aquí que los que así creyeron, resplandecen (coruscant) con milagros. Pues a sus cuerpos extintos vienen los enfermos vivos y son sanados, vienen los perjuros y son vejados por el demonio, vienen los endemoniados y son liberados. ¿Cómo, pues, viven allí donde viven, si viven en tantos milagros aquí donde están muertos?

7. Cuento una cosa, hermanos, breve en palabras, pero no pequeña en mérito, que conocí por el relato de algunos ancianos religiosos. En el tiempo de los godos hubo una matrona muy religiosa que venía frecuentemente a la iglesia de estos mártires. Un día, habiendo venido según la costumbre a orar, al salir encontró a dos monjes que estaban allí bajo hábito de peregrino (peregrino habitu); creyó que eran peregrinos y mandó que se les diera algo de limosna (eleemosynae). Pero antes de que su encargado se hubiera acercado a ellos para otorgar la limosna, se le acercaron más y dijeron: «Tú nos visitas ahora, nosotros te buscaremos en el día del juicio y, en cuanto podamos, te favoreceremos». Dicho esto, desaparecieron de sus ojos. Ella, aterrorizada, volvió a orar y se derramó más largamente en lágrimas. Y después de esto se hizo tanto más insistente en la

oración cuanto más segura estaba de la promesa. Pero si, según la voz de Pablo, la fe es la sustancia de las cosas que se esperan, el argumento de las que no aparecen (Heb 11, 1), ya no decimos de ningún modo que creáis en la vida venidera, porque he aquí que ellos mismos, que viven en ella, se presentan visiblemente a las miradas humanas. Pues lo que puede verse, mejor se dice que se sabe que se cree. El Señor, por tanto, quiso que conociéramos la vida venidera más que creerla, él que nos muestra también visiblemente que viven con él aquellos a quienes recibe invisiblemente.

8. A estos, pues, hermanos carísimos, hacedlos vuestros patronos (patronos) en la causa de vuestro examen, la cual tenéis ante el juez severo (districto judice); emplead a estos como defensores en el día de aquel terror tan grande. Ciertamente, si mañana se hubiera de ventilar una causa vuestra cualquiera ante algún gran juez, todo el día de hoy se pasaría en pensamientos, vuestra fraternidad buscaría un patrono y actuaría con grandes ruegos para que le viniera un defensor ante tan gran juez. He aquí que el juez severo, Jesús, va a venir; se aplica el terror de aquel consejo tan grande de ángeles y arcángeles. En aquella asamblea se discute nuestra causa, y sin embargo ahora no buscamos patronos que tengamos entonces como defensores. Están presentes nuestros defensores, los santos mártires; quieren ser rogados y, por así decirlo, buscan ser buscados. Buscad, pues, a estos como ayudantes de vuestra oración, hallad a estos como protectores de vuestra culpa (reatus), porque para no

tener que castigar a los pecadores, también quiere ser rogado aquel mismo que juzga. De donde también durante tanto tiempo amenaza con la ira y, sin embargo, espera misericordiosamente. Pero de tal modo nos reconforte su misericordia que no nos vuelva negligentes de ningún modo. De tal modo nos perturben nuestros pecados que la mente no prorrumpa en la desesperación, porque aunque presumiendo tememos, y temiendo esperamos, pronto hemos de alcanzar el reino eterno, por aquel que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXIII

Tenida ante el pueblo en la basílica de san Clemente, el viernes de las Cuatro Témporas de septiembre. LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN LUCAS 7, 36-50.

En aquel tiempo, un fariseo rogó a Jesús que comiera con él. Y entrando en la casa del fariseo, se sentó a la mesa (discubuit). Y he aquí que una mujer, que era pecadora en la ciudad, al saber que Jesús se había sentado a la mesa en casa del fariseo, trajo un alabastro de ungüento (alabastrum unguenti), y estando detrás junto a sus pies, comenzó a regar sus pies con lágrimas, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y besaba sus pies, y los ungía con el ungüento. Al ver esto el fariseo que le había invitado, dijo para sí: «Este, si fuera profeta, sabría ciertamente quién y qué clase de mujer es la que le toca, porque es una pecadora». Y respondiendo Jesús, le dijo: «Simón,

tengo algo que decirte». Y él dijo: «Maestro, di». Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. ¿Quién de ellos, pues, le amará más? Respondiendo Simón, dijo: «Estimo que aquel a quien más perdonó». Y él le dijo: «Rectamente has juzgado». Y vuelto hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer?» Entré en tu casa, no me diste agua para mis pies; ella, en cambio, ha regado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste un beso; ella, en cambio, desde que entró, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza con aceite; ella, en cambio, ha ungido mis pies con ungüento. Por lo cual te digo: sus muchos pecados le son perdonados, porque ha amado mucho. Pero a quien menos se le perdona, menos ama. Y dijo a ella: «Tus pecados te son perdonados». Y comenzaron los que estaban a la mesa con él a decir para sí: «¿Quién es este que incluso perdona pecados?» Y dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado; vete en paz».

1. Al pensar en la penitencia de María, me dan más ganas de llorar que de decir nada. ¿Pues el pecho de quién, aunque fuera de piedra, no ablandarían aquellas lágrimas de esta pecadora para ejemplo de penitencia? Pues consideró lo que había hecho, y no quiso moderar lo que hacía. Entró entre los que comían, vino sin ser llamada, ofreció lágrimas en medio del banquete. Aprendad con qué dolor arde la que no se avergüenza de llorar incluso en medio del banquete. A esta que Lucas llama mujer pecadora, y Juan

nombra María, creemos que es aquella María de la cual Marcos atestigua que fueron expulsados siete demonios. ¿Y qué se designa por los siete demonios sino todos los vicios? Porque como en siete días se comprende todo el tiempo, rectamente se figura la totalidad por el número siete. María, pues, tuvo siete demonios, la que estuvo llena de todos los vicios. Pero he aquí que, porque vio las manchas de su fealdad, corrió a lavarse a la fuente de la misericordia, no se avergonzó ante los comensales. Pues porque se avergonzaba gravemente de sí misma por dentro, creyó que no había nada de qué avergonzarse por fuera. ¿Qué nos admiramos, pues, hermanos, de que María venga, o de que el Señor la reciba? ¿Diré que la recibe o que la atrae? Diré mejor, que la atrae y la recibe, porque sin duda él mismo la atrajo por dentro mediante la misericordia, él que la recibió por fuera mediante la mansedumbre (mansuetudinem). Pero ya recorriendo el texto del santo Evangelio, veamos también el orden mismo por el cual vino para ser sanada.

2. Trajo un alabastro de ungüento, y estando detrás junto a los pies de Jesús, comenzó a regar sus pies con lágrimas, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y besaba sus pies, y los ungía con el ungüento. Está claro, hermanos, que la mujer que antes estaba entregada a actos ilícitos había empleado el ungüento para sí para el olor de su carne. Lo que, pues, se había exhibido torpemente para sí, eso lo ofrecía ya laudablemente a Dios. Había deseado cosas terrenas con los ojos, pero ahora quebrantándolos por la penitencia

lloraba. Había exhibido los cabellos para el arreglo de su rostro, pero ahora enjugaba las lágrimas con sus cabellos. Había dicho cosas soberbias con la boca, pero besando los pies del Señor, fijaba esto en las huellas de su Redentor. Cuantos deleites tuvo en sí, tantos holocaustos (holocausta) encontró de sí misma. Convirtió el número de sus crímenes al número de virtudes, para que sirviera todo a Dios en la penitencia, todo lo que de sí misma había despreciado a Dios en la culpa.

3. Pero el fariseo, al ver esto, la desprecia, y no solo reprende a la mujer pecadora que viene, sino también al Señor que la recibe, diciendo para sí: «Este, si fuera profeta, sabría ciertamente quién y qué clase de mujer es la que le toca, porque es una pecadora». He aquí que el fariseo, verdaderamente soberbio para consigo y falsamente justo, reprende a la enferma por su enfermedad y al médico por su socorro; él que también estaba enfermo por la herida de la elación, y lo ignoraba. Pero entre dos enfermos estaba presente el médico; pero una enferma mantenía íntegro su sentido en la fiebre, mientras que el otro en la fiebre de la carne había perdido el sentido de la mente. Ella, en efecto, lloraba por lo que había hecho; pero el fariseo, envanecido por una falsa justicia, exageraba la fuerza de su propia invalidez. En su enfermedad, pues, también había perdido el sentido, él que ignoraba incluso esto mismo: que estaba lejos de la salud. Pero entre estas cosas, un gemido nos obliga a mirar a ciertos hombres de nuestro orden, quienes, dotados del oficio sacerdotal (sacerdotali officio), si acaso han hecho

algo justamente en lo exterior, aunque sea tenuemente, al punto desprecian a sus súbditos y se dignan de menos a todos los pecadores que se encuentran entre el pueblo, y no quieren compadecerse de ellos cuando confiesan su culpa y, como al modo del fariseo, desprecian ser tocados por una mujer pecadora. Esta mujer, por cierto, si hubiera venido a los pies del fariseo, sin duda se habría marchado rechazada a puntapiés. Pues creería que él se mancharía con el pecado ajeno. Pero porque una verdadera justicia no le llenaba, estaba enfermo por la herida ajena. Por lo cual siempre es necesario que, cuando contemplamos a cualquier pecador, nos lloremos primero a nosotros mismos en la calamidad de aquel, porque tal vez en cosas semejantes o hemos caído, o podemos caer si no hemos caído. Y si la censura del magisterio debe siempre perseguir los vicios con la virtud de la disciplina, conviene, sin embargo, que discernamos solícitamente que debemos severidad (districtionem) a los vicios, pero compasión a la naturaleza. Pues si el pecador ha de ser herido, el prójimo ha de ser nutrido. Pero cuando ya por la penitencia él mismo golpea lo que hizo, ya nuestro prójimo no es pecador, porque cuando dirige la justicia de Dios contra sí mismo, también castiga en sí lo que la justicia divina reprende.

4. Pero oigamos ya por qué sentencia es convencido aquel hombre soberbio y arrogante. Pues se le opone un paradigma (paradigma) de dos deudores, de los cuales uno debe menos y el otro más; perdonada la deuda de ambos, se le

pregunta quién de ellos ama más al otorgante de la condonación. A cuyas palabras respondió él al punto: «Aquel ama más a quien más se le perdona». En lo cual ha de notarse que, mientras el fariseo es convencido por su propia sentencia, como un frenético (phreneticus) lleva la cuerda con la que ha de ser atado. Se le enumeran los bienes de la pecadora, se le enumeran los males del falso justo, cuando se dice: «Entré en tu casa, no me diste agua para mis pies; ella, en cambio, ha regado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos.» No me diste un beso; ella, en cambio, desde que entró, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza con aceite; ella, en cambio, ha ungido mis pies con ungüento. Tras la enumeración se añade la sentencia: «Por lo cual te digo: sus muchos pecados le son perdonados, porque ha amado mucho». ¿Qué creemos, hermanos míos, que es el amor (dilectionem) sino un fuego? ¿Y qué es la culpa sino el moho (rubiginem)? De donde ahora se dice: «Sus muchos pecados le son perdonados, porque ha amado mucho». Como si se dijera abiertamente: Incendió plenamente el moho del pecado, porque arde fuertemente por el fuego del amor. Pues tanto más se consume el moho del pecado cuanto más el corazón del pecador se quema con el gran fuego de la caridad. He aquí que aquella que había venido enferma al médico es sanada, pero de su salud otros enferman todavía. Pues los que estaban a la mesa juntos se quejaron, diciendo para sí: «¿Quién es este que incluso perdona pecados?» Pero el médico celestial no desprecia a los

enfermos, incluso a los que ve volverse peores por el medicamento. A aquella que había sanado la confirma por la sentencia de su piedad, diciendo: «Tu fe te ha salvado; vete en paz». Pues la fe la salvó porque no dudó de que podía recibir lo que pedía. Pero ya de aquel mismo había recibido esa misma certeza de la esperanza, de quien por la esperanza buscaba también la salud. Pero se le manda ir en paz para que no se desvíe más del camino de la verdad hacia la vía del escándalo. Por lo cual se dice también a través de Zacarías: «Para dirigir nuestros pies al camino de la paz» (Lc 1, 79). Pues entonces dirigimos nuestros pasos al camino de la paz cuando caminamos por aquel itinerario de acciones en el cual no discordamos de la gracia de nuestro Autor.

5. Estas cosas, hermanos carísimos, las hemos recorrido mediante la exposición histórica; pero ahora, si os place, tratemos aquellas cosas que han sido dichas mediante el sentido místico (mystico intellectu). ¿A quién, en efecto, designa el fariseo que presume de una falsa justicia, sino al pueblo judaico? ¿Y a quién la mujer pecadora, pero que viene a las huellas del Señor y llora, sino a la gentilidad (gentilitatem) convertida? La cual vino con el alabastro, derramó el ungüento, estuvo detrás junto a los pies del Señor, regó sus pies con lágrimas, los enjugó con sus cabellos, y no cesó de besar esos mismos pies que regaba y enjugaba. Nosotros, pues, nosotros somos los que aquella mujer expresó, si con todo el corazón volvemos al Señor tras los pecados, si imitamos los lutos de su penitencia. ¿Pues qué se expresa

por el ungüento sino el olor de la buena fama (bonae odor opinionis)? De donde también dice Pablo: «Olor de Cristo somos para Dios en todo lugar» (2 Cor 2, 15). Si, pues, hacemos obras rectas con las cuales rociemos la Iglesia con el olor de la buena fama, ¿qué derramamos sobre el cuerpo del Señor sino ungüento? Pero la mujer estuvo junto a los pies de Jesús. Pues estuvimos contra los pies del Señor cuando, puestos en pecados, éramos retenidos lejos de sus caminos. Pero si nos convertimos a la verdadera penitencia tras los pecados, ya estamos detrás junto a sus pies, porque seguimos las huellas de aquel a quien impugnábamos. La mujer regó sus pies con lágrimas. Lo cual nosotros también hacemos verazmente si nos inclinamos hacia cualesquiera de los últimos miembros del Señor mediante el afecto de la compasión, si nos compadecemos de sus santos en la tribulación, si consideramos su tristeza como nuestra. La mujer enjugó con sus cabellos los pies que había regado. Los cabellos, por cierto, son superfluos al cuerpo. ¿Y qué es la abundante sustancia terrena sino que mantiene la apariencia de los cabellos? La cual, mientras es superflua para el uso de la necesidad, incluso cortada no siente. Con los cabellos, pues, enjugamos los pies del Señor cuando nos compadecemos de sus santos, a quienes amamos por caridad, incluso de aquellas cosas que nos son superfluas, de modo que así duela la mente por la compasión, que también la mano generosa muestre el afecto del dolor. Pues riega con lágrimas los pies del Redentor, pero no los enjuga con sus cabellos, aquel

que de algún modo se compadece del dolor de los prójimos, pero sin embargo no se compadece de ellos con aquellas cosas que le sobran. Llora y no enjuga aquel que otorga ciertamente palabras de dolor, pero no ministrando lo que falta, no corta mínimamente la fuerza del dolor. La mujer besa los pies que enjuga. Lo cual nosotros también hacemos plenamente si amamos estudiosamente a aquellos a quienes sostenemos por generosidad, para que no nos sea pesada la necesidad del prójimo, para que esa misma indigencia suya que es sustentada no se nos vuelva onerosa y, mientras la mano otorga lo necesario, el ánimo se entorpezca en el amor.

6. También puede entenderse por los pies el misterio mismo de su encarnación (mysterium incarnationis), por el cual la divinidad tocó la tierra, porque tomó carne. «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14). Besamos, pues, los pies del Redentor cuando amamos con todo el corazón el misterio de su encarnación. Ungimos los pies con ungüento cuando predicamos esa misma potencia de su humanidad con la buena fama del elocuencia sagrada. Pero el fariseo ve esto y tiene envidia, porque cuando el pueblo judaico contempla a la gentilidad (gentilitatem) predicando a Dios, se consume en su propia malicia. Pero nuestro Redentor enumera los hechos de esa misma mujer como los bienes de la gentilidad, para que el pueblo judaico reconozca en qué mal yace. Pues de tal modo es rechazado el fariseo que a través de él, como hemos dicho, se muestra a aquel pueblo pérfido. «Entré en tu casa, no me

diste agua para mis pies; ella, en cambio, ha regado mis pies con lágrimas». El agua, por cierto, está fuera de nosotros, el humor de las lágrimas dentro de nosotros, porque a saber, aquel pueblo infiel ni siquiera aquellas cosas que estaban fuera de sí otorgó jamás por el Señor; pero la gentilidad convertida derramó por él no solo la sustancia de las cosas, sino también su sangre. «No me diste un beso; ella, en cambio, desde que entró, no ha cesado de besar mis pies». El beso, por cierto, es signo de amor (dilectionis). Y aquel pueblo infiel no dio el beso a Dios, porque no quiso amar por caridad a aquel a quien sirvió por temor. Pero la gentilidad llamada no cesa de besar las huellas de su Redentor, porque suspira continuamente en su amor. De donde también se dice en el Cantar de los Cantares por la voz de la esposa acerca de ese mismo Redentor suyo: «Béseme con el beso de su boca» (Cant 1, 2). Rectamente desea el beso de su Creador la que se prepara para obedecerle por amor. «No ungiste mi cabeza con aceite». Si tomamos los pies del Señor como el misterio de su encarnación, congruentemente se designa por su cabeza la divinidad misma. De donde también dice Pablo: «La cabeza de Cristo es Dios» (1 Cor 11, 3). En Dios, en efecto, y no en él como hombre, profesaba creer el pueblo judaico. Pero se dice al fariseo: «No ungiste mi cabeza con aceite», porque descuidó predicar con digna alabanza incluso esa misma potencia de su divinidad en la que el pueblo judaico prometió creer. «Ella, en cambio, ha ungido mis pies con ungüento», porque mientras la gentilidad creyó el misterio de su

encarnación, predicó con suma alabanza incluso sus partes ínfimas. Pero ya nuestro Redentor concluye los bienes enumerados cuando añade mediante su sentencia: «Por lo cual te digo: sus muchos pecados le son perdonados, porque ha amado mucho». Como si dijera abiertamente: Y si es muy duro lo que se cuece, abunda sin embargo el fuego del amor por el cual incluso las cosas duras se consumen.

7. Es grato considerar entre estas cosas una piedad tan grande. Con qué estimación guarda la Verdad en sí las obras de la mujer pecadora, pero penitente, las cuales enumera a su adversario bajo tan gran distribución. El Señor estaba a la mesa (discumbebat) para el convite del fariseo, pero se deleitaba con los banquetes de la mente en la mujer penitente. En casa del fariseo, la Verdad se alimentaba por fuera; en la mujer pecadora, pero convertida, se alimentaba por dentro. De donde también la santa Iglesia, que le busca bajo la especie de un cervatillo de los ciervos (hinnuli cervorum), le dice en el Cantar de los Cantares: «Indícame dónde pastoreas, dónde te recuestas al mediodía» (Cant 1, 7). Pues cervatillo de los ciervos es llamado el Señor según la carne asumida, hijo de los antiguos padres. Verdaderamente al mediodía (meridie) el calor arde más ferviente, y el cervatillo busca un lugar sombrío, a quien el fuego del calor no afecta. Por lo tanto, el Señor descansa en aquellos corazones que el amor del presente siglo no enciende, que los deseos de la carne no abrasan, que, encendidos por sus ansiedades, no se secan en las concupiscencias de este

mundo. De donde también se dice a María: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc 1, 35). Lugares sombríos busca, pues, el cervatillo para pastar al mediodía, porque de tales mentes se alimenta el Señor, las cuales, templadas por el respeto de la gracia, no se queman por los deseos corporales. Por lo tanto, más alimentaba por dentro la mujer penitente que el fariseo alimentaba al Señor por fuera, porque del calor de las cosas carnales nuestro Redentor había huido como un cervatillo a la mente de aquella a quien, tras el fuego de los vicios, templaba la sombra de la penitencia.

8. Pensemos qué piedad es no solo admitir ante sí a la mujer pecadora, sino también ofrecerle sus pies para que los toque. Consideremos la gracia del Dios misericordioso y condenemos la multitud de nuestra culpa (reatus). He aquí que ve y soporta a los pecadores, tolera a los que se resisten y, sin embargo, cada día llama clementemente a través del Evangelio. Desea nuestra confesión de corazón puro y ha perdonado todo lo que hemos delinquido. La misericordia del Redentor ha templado para nosotros la severidad de la ley (districtio legis). Pues en ella está escrito: «Si alguien hiciera esto o aquello, muera de muerte. Si alguien hiciera esto o lo otro, sea sepultado bajo las piedras» (Éx 19, 12; Lev 20, ss.). Apareció nuestro Creador y Redentor en la carne; promete a la confesión de los pecados no la pena, sino la vida; recibe a la mujer que confiesa sus heridas y la despide sana. Inclinó, pues, hacia la misericordia la dureza de la ley, porque a quienes

ella justamente condena, él mismo misericordiosamente los libera. Por lo cual bien está escrito también en la ley que «las manos de Moisés eran pesadas; tomando, pues, una piedra, la pusieron debajo, en la que se sentó; Aarón y Jur, en cambio, sostenían sus manos» (Éx 17, 12). Pues Moisés se sentó en la piedra cuando la ley descansó en la Iglesia. Pero esta misma ley tuvo manos pesadas, porque no sobrellevó misericordiosamente a todos los pecadores, sino que los hirió con severa severidad. Aarón, por su parte, se interpreta como «monte de fortaleza», y Jur como «fuego». ¿A quién, pues, significa este monte de fortaleza sino a nuestro Redentor, de quien se dice por el profeta: «En los últimos días estará preparado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes» (Is 2, 2)? ¿O quién se figura por el fuego sino el Espíritu Santo, de quien el mismo Redentor dice: «Fuego vine a traer a la tierra» (Lc 12, 49)? Aarón y Jur sostienen, pues, las manos pesadas de Moisés y, al sostenerlas, las vuelven más ligeras, porque el Mediador entre Dios y los hombres, viniendo con el fuego del Espíritu Santo, nos muestra como tolerables mediante la inteligencia espiritual los pesados mandatos de la ley que, mientras se mantenían carnalmente, no podían ser llevados. Como si volviera ligeras las manos de Moisés, porque desvió el peso de los mandatos de la ley hacia la virtud de la confesión. Esta promesa de misericordia nos la insinuó a nosotros que le seguimos, cuando dice por el profeta: «No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva» (Ez 33, 11). De aquí

nuevamente bajo la especie de Judea se dice a cada alma pecadora: «Si un hombre dejara a su mujer, y ella retirándose tomara a otro marido, ¿acaso volverá a ella más? ¿acaso no estará polucionada y contaminada aquella mujer? Tú, en cambio, has fornicado con muchos amantes, pero sin embargo vuelve a mí, dice el Señor» (Jer 3, 1). He aquí que dio un paradigma de mujer torpe. Mostró que tras la torpeza no puede ser recibida. Pero este mismo paradigma que propuso lo vence por la misericordia, cuando dice que una mujer fornicaria no puede ser recibida de ningún modo y, sin embargo, él mismo espera para recibir a un alma fornicaria. Pensad, hermanos, el peso de piedad tan grande. Dice lo que no puede hacerse y demuestra que él mismo puede hacer incluso esto contra la costumbre. He aquí que llama, y a quienes denuncia como manchados, a estos también busca abrazarlos, de los cuales se queja de haber sido abandonado. Nadie, pues, pierda el tiempo de tanta misericordia, nadie rechace los remedios ofrecidos de la piedad divina. He aquí que la benignidad suprema nos llama a los que nos habíamos apartado y prepara el seno de su clemencia para nosotros que regresamos. Cada uno, pues, piense por qué deuda está constreñido, cuando Dios lo espera y no se exaspera por el desprecio. El que no quiso permanecer, vuelva; el que despreció estar en pie, al menos levántese tras la caída. Con cuánto amor nos espera nuestro Creador lo insinúa cuando dice por el profeta: «Atendí y escuché, nadie habla lo que es bueno; no hay quien recapacite en su corazón y diga:

¿Qué he hecho?» (Jer 8, 6). Ciertamente nunca debimos pensar cosas malas. Pero porque no quisimos pensar cosas rectas, he aquí que todavía aguanta para que recapacitemos. Ved el seno de tanta piedad, considerad abierto para vosotros el regazo de la misericordia; a quienes perdió pensando mal, los busca recapacitando bien. Hacia vosotros, pues, hermanos carísimos, hacia vosotros volved los ojos de la mente, y proponed como ejemplo de imitación a la mujer pecadora penitente; aquellas cosas que recordáis haber delinquido en la adolescencia, aquellas en la juventud, lloradlas; las manchas de las costumbres y de las obras, enjugadlas con lágrimas. Amemos ya las huellas de nuestro Redentor, que despreciamos pecando. He aquí, como hemos dicho, que se abre el seno de la piedad suprema para recibirnos, ni se desprecia en nosotros la vida manchada. Por el hecho de que horrorizamos nuestra mancha, concordamos ya con la limpieza interna. El Señor nos abraza clementemente al regresar, porque la vida de los pecadores ya no puede serle indigna, pues se lava con llantos en Cristo Jesús Señor nuestro, que vive y reina con el Padre, Dios, en la unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXIV

Tenida ante el pueblo en la basílica de los bienaventurados Juan y Pablo, el tercer domingo después de Pentecostés. LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN LUCAS 15, 1-10. En aquel tiempo, los publicanos (publicani) y pecadores se

acercaban a Jesús para oírle. Y los fariseos y escribas murmuraban, diciendo: «Porque este recibe a los pecadores y come con ellos». Y les propuso esta parábola, diciendo: «¿Qué hombre de vosotros, que tiene cien ovejas, y si perdiera una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la que se había perdido hasta que la encuentra?» Y cuando la encuentra, se la pone sobre sus hombros gozoso; y viniendo a casa, convoca a los amigos y vecinos, diciéndoles: "Congratulaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido". Os digo que así habrá gozo en el cielo por un pecador que hace penitencia, más que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia. ¿O qué mujer que tiene diez dracmas, y si perdiera una dracma, no enciende la lámpara, y vuelca la casa, y busca diligentemente hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, convoca a sus amigas y vecinas, diciendo: "Congratulaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido". Así os digo, habrá gozo ante los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia».

1. El tiempo estival, que es muy contrario a mi cuerpo, me ha prohibido hablar de la exposición del Evangelio, habiendo intervenido una larga demora. ¿Pero acaso porque la lengua calló, dejó de arder la caridad? Pues digo esto, que cada uno de vosotros reconoce en sí mismo. Frecuentemente la caridad, impedida por ciertas ocupaciones, tanto arde íntegra en el corazón y, sin embargo, no se muestra en la obra, porque también cuando el sol se cubre con una nube no se ve

en la tierra y, sin embargo, arde en el cielo. Así, así suele estar ocupada la caridad, y por dentro ejerce la fuerza de su ardor y por fuera no muestra las llamas de la obra. Pero porque ahora ha vuelto el tiempo para hablar, vuestros estudios me encienden para que tanto más me agrade hablar cuanto vuestras mentes esperan esto con más deseo.

2. Habéis oído en la lectura evangélica, hermanos míos, que los pecadores y publicanos se acercaron a nuestro Redentor; y fueron recibidos no solo para conversar, sino incluso para comer juntos. Viendo lo cual los fariseos, se indignaron. De la cual cosa colegid que la verdadera justicia tiene compasión, la falsa justicia indignación; aunque también los justos suelan indignarse rectamente con los pecadores. Pero una cosa es lo que se hace por el humo de la soberbia (typho superbiae), otra lo que se hace por el celo de la disciplina (zelo disciplinae). Pues se indignan, pero no indignados; desesperan, pero no desesperados; conmueven a persecución, pero amando, porque aunque por fuera exageren las reprensiones por la disciplina, por dentro sin embargo conservan la dulzura por la caridad. Anteponen en su ánimo frecuentemente a aquellos mismos a quienes corrigen; consideran mejores incluso a aquellos a quienes juzgan. Haciendo lo cual, a saber, mediante la disciplina custodian a los súbditos y mediante la humildad se custodian a sí mismos. Por el contrario, aquellos que suelen enorgullecerse de la falsa justicia desprecian a todos los demás; no condescenden con ninguna misericordia hacia los débiles y, en cuanto no se

creen pecadores, en tanto se vuelven peores pecadores. De cuyo número por cierto habían sido los fariseos, quienes, juzgando al Señor porque recibía a los pecadores, reprendían con corazón árido a la fuente misma de la misericordia.

3. Pero porque estaban enfermos de tal modo que no sabían que estaban enfermos, para que reconocieran lo que eran, el Médico celestial los cura con blandos fomentos, les presenta un benigno paradigma y oprime en su corazón la hinchazón de la herida. Pues dice: ¿Qué hombre de vosotros que tiene cien ovejas, y si perdiere una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras aquella que se había perdido? He aquí que, por una admirable dispensación de piedad, la Verdad dio una semejanza que el hombre pudiera reconocer en sí mismo y que, sin embargo, perteneciera especialmente al mismo Autor de los hombres. Porque, siendo el cien un número perfecto, Él mismo tuvo cien ovejas cuando creó la sustancia de los ángeles y de los hombres. Pero una oveja pereció entonces cuando el hombre, pecando, abandonó los pastos de la vida. Dejó, pues, a las noventa y nueve ovejas en el desierto, porque dejó en el cielo a aquellos coros supremos de los ángeles. ¿Pero por qué el cielo es llamado desierto, sino porque se dice desierto a lo que ha sido dejado (derelictum)? Pues el hombre desertó del cielo cuando pecó. En el desierto, sin embargo, habían permanecido las noventa y nueve ovejas cuando el Señor buscaba a una en la tierra, porque el número de la criatura racional —a saber, de ángeles y hombres— que había

sido creada para ver a Dios, había disminuido al perecer el hombre; y para que la suma perfecta de las ovejas se integrara en el cielo, el hombre perdido era buscado en la tierra. Pues lo que aquí el evangelista dice 'en el desierto', otro lo dice 'en los montes', para significar 'en las alturas' (Mt 18, 12), porque sin duda las ovejas que no habían perecido estaban en los lugares sublimes. Y cuando hubiere hallado la oveja, la pone sobre sus hombros gozoso. Puso a la oveja sobre sus hombros porque, asumiendo la naturaleza humana, Él mismo cargó con nuestros pecados. Y viniendo a casa, convoca a los amigos y vecinos, diciéndoles: Congratulaos conmigo, porque he hallado mi oveja que se había perdido. Hallada la oveja, vuelve a casa, porque nuestro Pastor, reparado el hombre, volvió al reino celestial. Allí encuentra a los amigos y vecinos, a saber, a aquellos coros de ángeles que son sus amigos porque custodian continuamente su voluntad en su propia estabilidad. Son también sus vecinos porque disfrutan de la claridad de su visión por su asiduidad. Y es de notar que no dice 'Congratulaos con la oveja hallada', sino 'conmigo', porque ciertamente su gozo es nuestra vida, y cuando somos conducidos de nuevo al cielo, completamos la solemnidad de su alegría.

4. Os digo que así habrá gozo en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, más que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia. Debemos considerar, hermanos míos, por qué el Señor confiesa que hay más gozo en el cielo por los pecadores convertidos que por los justos

que se mantienen, sino por esto que nosotros mismos conocemos por la experiencia cotidiana de la visión: que frecuentemente aquellos que no se saben oprimidos por ninguna mole de pecados, se mantienen ciertamente en el camino de la justicia y no perpetran nada ilícito, pero sin embargo no anhelan ansiosamente la patria celestial, y se permiten el uso de las cosas lícitas tanto más cuanto recuerdan no haber perpetrado nada ilícito. Y frecuentemente permanecen perezosos para ejercitar los bienes principales, porque están muy seguros de sí mismos de no haber cometido males más graves. Por el contrario, a veces aquellos que recuerdan haber hecho algunas cosas ilícitas, compungidos por su mismo dolor, se encienden en el amor de Dios y se ejercitan en grandes virtudes, buscan todas las cosas difíciles del santo combate, abandonan todas las cosas del mundo, huyen de los honores, se alegran al recibir contumelias, arden en deseo, anhelan la patria celestial; y porque consideran que se han desviado de Dios, compensan las pérdidas precedentes con las ganancias subsiguientes. Por tanto, se produce mayor gozo en el cielo por el pecador convertido que por el justo que se mantiene, porque también el general en la batalla ama más a aquel soldado que, habiendo regresado tras la huida, oprime fuertemente al enemigo, que a aquel que nunca volvió la espalda y nunca hizo nada valientemente. Así, el agricultor ama más aquella tierra que, tras las espinas, produce frutos abundantes, que aquella que nunca tuvo espinas y nunca produjo una cosecha fértil.

5. Pero entre estas cosas se ha de saber que hay muchos justos en cuya vida hay tan gran gozo que de ningún modo se les puede anteponer ninguna penitencia de los pecadores. Pues muchos no son conscientes de ningún mal en sí mismos y, sin embargo, se ejercitan en la aflicción de tan gran ardor como si estuvieran angustiados por todos los pecados. Rechazan también todas las cosas lícitas, se ciñen sublimemente para el desprecio del mundo, no quieren permitirse todo lo que sea, se amputan a sí mismos incluso los bienes concedidos, desprecian lo visible, se encienden por lo invisible, se alegran con los lamentos, se humillan en todas las cosas; y así como algunos deploran los pecados de obra, así ellos deploran los pecados de pensamiento. ¿Qué diría yo de estos, por tanto, sino que son a la vez justos y penitentes, que se humillan en la penitencia por el pecado de pensamiento y, sin embargo, perseveran siempre rectos en la obra? De aquí, pues, se ha de colegir cuánto gozo causa a Dios cuando el justo se lamenta humildemente, si causa gozo en el cielo cuando el injusto condena mediante la penitencia lo que hizo mal.

6. Sigue: ¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si perdiere una dracma, no enciende una lámpara, y trastorna la casa, y busca diligentemente hasta que encuentra la dracma que había perdido? Quien es significado por el pastor, es el mismo que por la mujer. Pues Él mismo es Dios, Él mismo es la Sabiduría de Dios. Y porque la imagen se expresa en la dracma, la mujer perdió la dracma cuando el hombre, que había sido creado

a imagen de Dios, pecando se apartó de la semejanza de su Creador. Pero la mujer enciende la lámpara porque la Sabiduría de Dios apareció en la humanidad. La lámpara, ciertamente, es la luz en una vasija de barro (testa): y la luz en la vasija de barro es la divinidad en la carne. De esta vasija de su cuerpo dice la misma Sabiduría: Se secó como una vasija de barro (testa) mi virtud (Sal 21, 16). Porque, como la vasija de barro se solidifica en el fuego, su virtud se secó como una vasija de barro porque fortaleció la carne asumida para la gloria de la resurrección a partir de la tribulación de la pasión. Además, encendida la lámpara, trastorna la casa, porque tan pronto como su divinidad brilló a través de la carne, toda nuestra conciencia se conmocionó. Pues la casa se trastorna cuando la conciencia humana se perturba con la consideración de su propia culpa. Palabra 'trastorno' (eversionis) que no discrepa de lo que se lee en otros códice, 'limpia' (emundat), porque ciertamente la mente depravada, si no es primero trastornada por el temor, no se limpia de los vicios acostumbrados. Trastornada, pues, la casa, se encuentra la dracma, porque mientras se perturba la conciencia del hombre, se repara en el hombre la semejanza del Creador. Y cuando la hubiere hallado, convoca a sus amigas y vecinas, diciendo: Congratulaos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido. ¿Quiénes son estas amigas o vecinas sino aquellas potestades celestiales ya mencionadas arriba? Las cuales están tanto más cerca de la Sabiduría suprema cuanto más se le aproximan por la gracia de la

visión continua. Pero entre estas cosas de ningún modo debemos dejar negligentemente por qué se cuenta que esta mujer, por quien se figura la Sabiduría de Dios, tuvo diez dracmas, de las cuales perdió una, que encontró cuando la buscó. Pues el Señor creó la naturaleza de los ángeles y de los hombres para conocerle a Él, la cual, cuando quiso que consistiera para la eternidad, sin duda la creó a su semejanza. Mas la mujer tuvo diez dracmas porque nueve son los órdenes de los ángeles. Pero para que se completara el número de los elegidos, el hombre fue creado como el décimo, el cual no pereció para su Creador ni siquiera después de la culpa, porque la Sabiduría eterna, brillando con milagros a través de la carne desde la luz de la vasija de barro, lo reparó.

7. Hemos dicho que hay nueve órdenes de ángeles porque ciertamente sabemos, según atestigua la sagrada elocuencia, que existen: ángeles, arcángeles, virtudes, potestades, principados, dominaciones, tronos, querubines y serafines. Pues de que existen ángeles y arcángeles atestiguan casi todas las páginas de la sagrada elocuencia. De los querubines y serafines hablan frecuentemente, como es sabido, los libros de los profetas. También el apóstol Pablo enumera los nombres de cuatro órdenes a los Efesios, diciendo: Sobre todo principado, y potestad, y virtud, y dominación (Ef 1, 21). El cual, escribiendo de nuevo a los Colosenses, dice: Ya sean tronos, o potestades, o principados, o dominaciones (Col 1, 16). Ya había descrito las dominaciones, los principados y las potestades al hablar a los Efesios;

pero, disponiéndose a decir esas cosas también a los Colosenses, antepuso los 'tronos', de los cuales aún nada había dicho a los Efesios. Por tanto, cuando a aquellos cuatro que dijo a los Efesios —esto es, principados, potestades, virtudes y dominaciones— se unen los tronos, son cinco los órdenes que se expresan especialmente. A los cuales, cuando se les adjuntan los ángeles y arcángeles, los querubines y los serafines, sin duda se halla que los órdenes de los ángeles son nueve. Por lo cual también al mismo ángel que fue creado primero, se le dice por el profeta: Tú eres el sello de la semejanza, lleno de sabiduría y perfecto en hermosura, estuviste en las delicias del paraíso de Dios (Ez 28, 12). Donde se ha de notar que no se dice que fue hecho a semejanza de Dios, sino el sello de la semejanza, para que, cuanto más sutil es su naturaleza en él, tanto más similarmente se insinúe expresada en él la imagen de Dios. En cuyo lugar se añade a continuación: Toda piedra preciosa fue tu vestidura: el sardio, el topacio y el jaspe, el crisólito, el ónice y el berilo, el zafiro, el carbunclo y la esmeralda (Ibíd., 13). He aquí que dijo nueve nombres de piedras, porque ciertamente son nueve los órdenes de los ángeles. Con cuyos órdenes, sin duda, aquel primer ángel estuvo adornado y cubierto, porque, mientras fue antepuesto a todas las huestes de los ángeles, fue más claro en comparación con ellos.

8. Pero ¿por qué hemos recorrido brevemente enumerando estos coros de ángeles que permanecen, si no expresamos también sutilmente sus ministerios? Pues en lengua griega los ángeles

son llamados 'mensajeros' (nuntii), y los arcángeles 'mensajeros supremos' (summi nuntii). Se ha de saber también que el vocablo ángel es un nombre de oficio, no de naturaleza. Pues aquellos santos espíritus de la patria celestial son ciertamente siempre espíritus, pero de ningún modo pueden ser llamados siempre ángeles, porque solo son ángeles entonces, cuando por medio de ellos se anuncian algunas cosas; por lo cual también se dice por el Salmista: Que hace a sus espíritus ángeles (Sal 103, 4). Como si dijera claramente: A los que siempre tiene como espíritus, los hace también ángeles cuando quiere. Mas aquellos que anuncian cosas menores son llamados ángeles; los que anuncian las cosas supremas, arcángeles. De aquí es, ciertamente, que a la Virgen María no es enviado un ángel cualquiera, sino el arcángel Gabriel (Lc 1, 26). Pues para este ministerio era digno que viniera el ángel supremo, quien anunciaba lo más excelso de todo. Los cuales, por eso, son designados también con nombres privados, para que se signifique por los vocablos, incluso en la operación, qué es lo que pueden. Pues ni en aquella santa ciudad, a la que perfecciona el pleno conocimiento por la visión de Dios omnipotente, obtienen por eso nombres propios para que sus personas no pudieran ser conocidas sin nombres; sino que, cuando vienen a nosotros para ministrar algo, entre nosotros toman también los nombres de sus ministerios.

9. Pues Miguel [significa] '¿Quién como Dios?'; Gabriel, 'fortaleza de Dios'; y Rafael es llamado 'medicina de Dios'. Y cada vez que se hace algo

de admirable virtud, se cuenta que Miguel es enviado, para que por el mismo acto y nombre se dé a entender que nadie puede hacer lo que Dios prevalece en hacer. Por lo cual también aquel antiguo enemigo, que por soberbia deseó ser semejante a Dios, diciendo: Subiré al cielo, sobre las estrellas del cielo ensalzaré mi trono, me sentaré en el monte del testamento, en los lados del Aquilón, subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo (Is 14, 13), mientras al fin del mundo sea dejado en su propia virtud para ser aniquilado por el suplicio extremo, se cuenta que ha de combatir con el arcángel Miguel, como se dice por Juan: Se produjo una batalla con el arcángel Miguel (Ap 12, 7); para que quien soberbio se había ensalzado a semejanza de Dios, aniquilado por Miguel aprenda que nadie se eleva a la semejanza de Dios por la soberbia. A María también es enviado Gabriel (Lc 1, 26), que es llamado 'fortaleza de Dios'. Pues venía a anunciar a Aquel que se dignó aparecer humilde para debelar las potestades aéreas. De quien se dice por el Salmista: Alzad, príncipes, vuestras puertas, y alzaos, puertas eternales, y entrará el Rey de la gloria. ¿Quién es este Rey de la gloria? El Señor fuerte y potente, el Señor potente en la batalla (Sal 23, 9. 10). Y de nuevo: El Señor de las virtudes, Él mismo es el Rey de la gloria (Ibíd.). Por la 'fortaleza de Dios', pues, debía ser anunciado Aquel que, Señor de las virtudes y potente en la batalla, venía a la guerra contra las potestades aéreas. Rafael también se interpreta, como hemos dicho, 'medicina de Dios', porque ciertamente, mientras tocó los

ojos de Tobías como por el oficio de curar (Tob 11, 13), limpió las tinieblas de su ceguera. Quien, por tanto, es enviado a curar, era digno ciertamente de ser llamado medicina de Dios. Pero, porque hemos recorrido brevemente interpretando los nombres de los ángeles, ahora resta que sigamos brevemente los vocablos mismos de los oficios.

10. Pues son llamados Virtudes aquellos espíritus por quienes se hacen más frecuentemente signos y milagros. Potestades son llamados también aquellos que han recibido esto más poderosamente que los demás en su orden: que a su jurisdicción están sujetas las virtudes adversas, por cuya potestad son refrenadas para que no prevalezcan en tentar los corazones de los hombres tanto como quieren. Principados son llamados también los que presiden incluso a los mismos espíritus buenos de los ángeles, los cuales, mientras disponen lo que se ha de hacer a los otros que les están sujetos, los presiden para cumplir los ministerios divinos. Dominaciones son llamados, además, los que trascienden incluso a las potestades y al principado con una alta disimilitud. Pues principar (principari) es existir como primero entre los demás, pero dominar (dominari) es poseer también a los que están sujetos. Aquellas huestes de ángeles, por tanto, que preeminentes sobresalen con admirable potencia, son llamadas Dominaciones por el hecho de que las demás les están sujetas para la obediencia. Tronos son llamadas también aquellas huestes sobre las cuales, para ejercer el juicio, siempre preside Dios omnipotente. Pues porque en lengua latina llamamos

a los tronos 'sedes' (asientos), son llamados 'tronos de Dios' aquellos que son colmados con tan gran gracia de la divinidad que el Señor se sienta en ellos y decreta sus juicios a través de ellos. Por lo cual también se dice por el Salmista: Te sientas sobre el trono, tú que juzgas la equidad (Sal 9, 5). Querubín significa también 'plenitud de ciencia'. Y aquellas huestes más sublimes son llamadas por eso Querubines, porque están colmadas de una ciencia tanto más perfecta cuanto más de cerca contemplan la claridad de Dios; de modo que, según la medida de la criatura, conocen plenamente todas las cosas en tanto que se aproximan por el mérito de su dignidad a la visión de su Creador. Serafines son llamadas también aquellas huestes de santos espíritus que, por una singular cercanía a su Creador, arden con incomparable amor. Pues Serafines son llamados los 'ardientes' o los 'incendiarios'. Los cuales, porque están de tal modo unidos a Dios que entre ellos y Dios no median otros espíritus, tanto más arden cuanto más de cerca le ven. Cuya llama es ciertamente el amor, porque cuanto más sutilmente contemplan la claridad de su divinidad, tanto más fuertemente se inflaman en su amor.

11. Pero ¿de qué nos sirve recorrer estas cosas sobre los espíritus angélicos, si no procuramos derivar esto también para nuestro provecho mediante una congruente consideración? Pues porque aquella ciudad suprema consta de ángeles y hombres, a la cual creemos que ascienden tantos del género humano cuantos ángeles elegidos permanecieron allí, según está escrito: Fijó los térmi-

nos de los pueblos según el número de los ángeles de Dios (Dt 32, 8), también nosotros debemos extraer algo de aquellas distinciones de los ciudadanos supremos para uso de nuestra propia conducta, e inflamarnos para el incremento de las virtudes mediante buenos estudios. Porque, creyéndose que ha de ascender allí una multitud de hombres tan grande como la multitud de ángeles que permaneció, resta que los mismos hombres que regresan a la patria celestial imiten, al volver allí, algo de aquellas huestes. Pues las distintas conductas de los hombres corresponden a los órdenes de cada una de las huestes, y son asignados a su suerte mediante la semejanza de conducta. Pues hay muchos que reciben cosas pequeñas, pero sin embargo no desisten de anunciar piadosamente estas mismas cosas pequeñas a sus hermanos. Estos, por tanto, corren al número de los ángeles. Y hay algunos que, confortados por el don de la divina largueza, prevalecen tanto para recibir como para anunciar lo más excelso de los secretos celestiales. ¿A dónde, pues, son asignados estos sino entre el número de los arcángeles? Y hay otros que hacen cosas admirables y obran poderosamente signos. ¿A dónde corresponden estos, pues, sino a la suerte y al número de las virtudes supremas? Y hay algunos que incluso ahuyentan a los espíritus malignos de los cuerpos obsesos, y los expulsan por la virtud de la oración y por la fuerza de la potestad recibida. ¿A dónde obtienen estos su mérito, pues, sino entre el número de las potestades celestiales? Y hay algunos que, por las virtudes recibidas, trascienden

incluso los méritos de los hombres elegidos; y siendo mejores que los buenos, presiden también a los hermanos elegidos. ¿A dónde han recibido estos su suerte, pues, sino entre los números de los principados? Y hay algunos que de tal modo dominan en sí mismos todos los vicios y todos los deseos que, por el mismo derecho de pureza, son llamados dioses entre los hombres; por lo cual también se dice a Moisés: He aquí que te he constituido dios de Faraón (Éx 7, 1). ¿A dónde corren estos, pues, sino entre los números de las dominaciones? Y hay algunos que, mientras se dominan a sí mismos con vigilante cuidado, y mientras se examinan con solícita intención, adhiriéndose siempre al temor divino, reciben esto en el don de la virtud: que pueden juzgar rectamente también a los demás. Mientras la contemplación divina está presente en sus mentes, el Señor presidiendo en ellos como en su propio trono examina los hechos de los demás, y lo dispensa todo admirablemente desde su sede. ¿Qué son estos, pues, sino tronos de su Creador? ¿O a dónde son adscritos sino a los números de las sedes supremas? Por medio de los cuales, mientras la santa Iglesia es regida, frecuentemente incluso los elegidos son juzgados acerca de algunos de sus actos débiles. Y hay algunos que están tan llenos de amor a Dios y al prójimo que justamente son llamados querubines. Pues porque, como hemos dicho antes, 'querubín' significa 'plenitud de ciencia', y por lo que dijo Pablo hemos aprendido que la plenitud de la ley es la caridad (Rom 13, 10), todos los que están más abundantemente llenos de la caridad

de Dios y del prójimo que los demás han percibido la suerte de sus méritos entre los números de los querubines. Y hay algunos que, encendidos por las teas de la contemplación suprema, anhelan solo el deseo de su Creador; ya nada desean en este mundo, se alimentan solo del amor de la eternidad, rechazan todo lo terreno, trascienden en su mente todas las cosas temporales, aman y arden, y descansan en su mismo ardor; amando arden, hablando encienden también a otros, y a quienes tocan con la palabra, los hacen arder al punto en el amor de Dios. ¿Qué llamaría yo a estos, pues, sino serafines, cuyo corazón convertido en fuego brilla y quema, porque tanto iluminan los ojos de las mentes hacia las cosas supremas como, compungiendo mediante el llanto, purgan la herrumbre de los vicios? Aquellos, por tanto, que así están inflamados en el amor de su Creador, ¿a dónde han recibido la suerte de su vocación sino entre el número de los serafines?

16. Porque se ha de pensar muy especialmente que quien recuerda haber cometido cosas ilícitas, debe esforzarse por abstenerse incluso de algunas lícitas, a fin de que por esto satisfaga a su Creador; de modo que quien cometió cosas prohibidas, deba privarse incluso de las concedidas, y se reprenda a sí mismo en lo mínimo quien recuerda haber faltado en lo máximo. Demasiado es lo que hablo, si no afirmo esto con los testimonios de la sagrada elocuencia. Ciertamente la Ley del Antiguo Testamento prohíbe codiciar la mujer ajena (Éx 20, 17), pero no veta penalmente que un rey ordene cosas fuertes a sus soldados, o

que se desee agua. Y todos sabemos que David, traspasado por el aguijón de la concupiscencia, codició y tomó a la esposa de otro (2 Sam 11, 4). Azotes dignos siguieron a su culpa, y corrigió el mal que perpetró mediante los lamentos de la penitencia. Quien, cuando mucho tiempo después estaba sentado frente a las filas de los enemigos, quiso por deseo beber agua de la cisterna de Belén (2 Sam 23, 14 s.). Cuyos soldados elegidos, irrumpiendo por medio de las tropas de los adversarios, trajeron ilesos el agua que el rey había deseado. Pero el hombre instruido por los flagelos, al punto se reprendió a sí mismo por haber deseado agua con peligro de los soldados, y derramándola, la ofreció como libación al Señor, como está escrito allí: La ofreció como libación al Señor (2 Sam 23, 17; 1 Crón 11, 18). Pues el agua derramada se convirtió en sacrificio al Señor, porque mató la culpa de la concupiscencia mediante la penitencia de su propia reprensión. Aquel, pues, que en otro tiempo no temió codiciar la mujer ajena, después incluso se espantó por haber codiciado agua. Porque como recordaba haber perpetrado cosas ilícitas, ya rígido contra sí mismo, se abstenía incluso de las lícitas. Así, así hacemos penitencia, si deploramos perfectamente lo que hemos cometido. Consideremos las riquezas celestiales de nuestro Creador. Nos vio pecar, y lo soportó.

17. El que nos prohibió pecar antes de la culpa, incluso después de la culpa no desiste de esperarnos para el perdón. He aquí que él mismo, a quien despreciamos, nos llama. Nos hemos apartado de él, y sin embargo no se aparta. Por lo cual

bien se dice por Isaías: Y tus ojos estarán viendo a tu maestro, y tus oídos oirán la voz de quien advierte a tus espaldas (Is 30, 20. 21). Como de frente fue advertido el hombre cuando, creado para la justicia, recibió los preceptos de rectitud. Pero cuando despreció estos mismos preceptos, dio, por así decirlo, la espalda de la mente en la cara a su Creador. Pero he aquí que todavía sigue por detrás y advierte, porque ya es despreciado por nosotros, y sin embargo no cesa todavía de llamarnos. Como si diéramos la espalda en la cara a aquel cuyas palabras despreciamos, cuyos preceptos pisoteamos; pero estando a nuestras espaldas nos llama de nuevo a los que nos hemos apartado, él que ve que es despreciado, y sin embargo clama por los preceptos, espera por la paciencia. Considerad, pues, hermanos carísimos, si el siervo de cualquiera de vosotros, mientras le habláis, de pronto se ensoberbeciera, os diera la espalda en la cara, ¿no heriría el señor despreciado su soberbia, no infligiría las heridas de una severa corrección? He aquí que nosotros, pecando, hemos dado la espalda en la cara a nuestro Autor, y sin embargo somos sostenidos. A los soberbiamente apartados, benignamente los llama de nuevo, y él que pudo herirnos al apartarnos, promete dones para que volvamos. Tanta misericordia de nuestro Creador ablande, pues, la dureza de nuestra culpa, y el hombre que pudo haber experimentado por el golpe el mal que hizo, al menos al ser esperado se avergüence.

18. Un asunto, hermanos, refiero brevemente, el cual conocí por el relato del venerable varón

Maximiano, entonces padre de mi monasterio y presbítero, pero ahora obispo de Siracusa. Esto, por lo tanto, si lo escucháis con atención, creo que no poco ayudará a vuestra caridad. En nuestros tiempos existió recientemente un tal Victorino, que también fue llamado por otro nombre, Emiliano, no pobre en bienes según la medianía de la vida; pero como la mayoría de las veces reina en la opulencia de las cosas la culpa de la carne, cayó en un cierto crimen, que debió haber temido grandemente, y haber pensado en la inmensidad de su muerte. Compungido, pues, por la consideración de su culpa, se levantó contra sí mismo, abandonó todas las cosas de este mundo, buscó un monasterio. En el cual monasterio, por cierto, destacó con tanta humildad y tanta severidad consigo mismo, que todos los hermanos, que allí habían crecido en el amor de la divinidad, se veían obligados a despreciar su propia vida al ver la penitencia de aquel. Pues se dedicó con todo el esfuerzo de su mente a castigar la carne, a quebrantar sus propias voluntades, a buscar oraciones furtivas, a lavarse con lágrimas cotidianas, a desear el desprecio de sí mismo, a temer la veneración ofrecida por los hermanos. Este, por lo tanto, solía adelantarse a las vigilias nocturnas de los hermanos; y como el monte en el que está situado el monasterio destacaba por un lado en una parte más secreta, allí había hecho costumbre salir antes de las vigilias, para matarse diariamente en el llanto de la penitencia tanto más libremente cuanto más secretamente. Pues contemplaba la severidad de su futuro juez,

y, ya concordando con el mismo juez, castigaba con lágrimas la culpa de su crimen. Pero una cierta noche, el abad del monasterio, vigilando, al verlo salir ocultamente, lo siguió con paso lento afuera. Al verlo postrado en oración en el lado secreto del monte, quiso esperar a que se levantara, para explorar también esa misma longanimidad de su oración, cuando de pronto una luz enviada del cielo se derramó sobre él que yacía postrado en oración; y tanta claridad se esparció en aquel lugar, que toda la parte de aquella región resplandecía con la misma luz; la cual, cuando el abad la vio, tembló y huyó. Y cuando después de un largo espacio de una hora el mismo hermano regresó al monasterio, su abad, para aprender si había reconocido la efusión de tan gran luz sobre sí mismo, procuró interrogarlo, diciendo: ¿Dónde has estado, hermano? Pero él, creyendo que podía ocultarse, respondió que había estado en el monasterio. Al negarlo él, el abad se vio obligado a decir lo que había visto. Pero él, viendo que había sido descubierto, manifestó también esto que ocultaba al abad, añadiendo: Cuando viste la luz descender del cielo sobre mí, vino también al mismo tiempo una voz, diciendo: Tu pecado te es perdonado. Y por cierto, Dios omnipotente pudo perdonar su pecado callando; pero hablando por la voz, irradiando por la luz, quiso sacudir nuestros corazones a la penitencia con el ejemplo de su misericordia. Nos maravillamos, hermanos carísimos, de que el Señor derribara del cielo a su perseguidor Saulo, y le hablara desde el cielo. He aquí que en nuestros tiempos

también un pecador y penitente oyó una voz de las cosas celestiales. A aquel se le dijo: ¿Por qué me persigues? (Hech 9, 4). Pero este mereció oír: Tu pecado te es perdonado. Mucho más inferior es en méritos este pecador penitente que Pablo. Pero como todavía hablamos en este asunto de Saulo anhelando la crueldad de la muerte, séanos permitido decir audazmente que Saulo, por causa de la soberbia, oyó la voz de la reprensión, pero este, por causa de la humildad, oyó la voz de la consolación. A este, porque la humildad lo había postrado, la piedad divina lo levantaba; a aquel, porque la soberbia lo había levantado, la severidad divina lo humillaba. Tened, pues, confianza, hermanos míos, en la misericordia de nuestro Creador; pensad en lo que hacéis, recapacitad en lo que habéis hecho. Mirad la largueza de la piedad suprema, y venid con lágrimas al juez misericordioso, mientras todavía espera. Pues considerando que es justo, no descuidéis vuestros pecados; pero considerando que es piadoso, no desesperéis. Dios hombre ofrece confianza al hombre ante Dios. Hay una gran esperanza para nosotros los penitentes, porque nuestro abogado se ha convertido en nuestro juez. Quien vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXV.

Tenida ante el pueblo en la basílica de san Menas mártir, el día de su nacimiento.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN LUCAS 21, 9-19.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Cuando oyereis hablar de guerras y sediciones, no os aterréis; es oportuno que estas cosas sucedan primero, pero aún no es el fin inmediatamente. Entonces les decía: Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestilencias y hambres, y terrores del cielo, y habrá grandes señales. Pero antes de todas estas cosas, os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, llevándoos ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre. Pero estas cosas os sucederán para testimonio. Poned, pues, en vuestros corazones el no premeditar cómo habéis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, a la cual no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios. Seréis entregados incluso por vuestros padres y hermanos y parientes y amigos, y matarán a algunos de vosotros. Y seréis odiados por todos los hombres por causa de mi nombre, y no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

1. Como nos hemos alejado bastante de la ciudad, para que una hora demasiado tardía no nos impida el regreso, es necesario que un sermón más breve recorra la exposición del santo Evangelio. Nuestro Señor y Redentor anuncia los males precursores de un mundo que perece, para que tanto menos perturben los que vienen, cuanto más hayan sido preconocidos. Pues menos hieren

los dardos que se prevén; y nosotros soportamos más tolerablemente los males del mundo si estamos prevenidos contra ellos por el escudo de la presciencia. He aquí que dice: Cuando oyereis hablar de guerras y sediciones, no os aterréis; pues es necesario que estas cosas sucedan primero, pero aún no es el fin inmediatamente. Se deben considerar las palabras de nuestro Redentor, por las cuales nos anuncia que hemos de padecer una cosa interiormente y otra exteriormente. Pues las guerras pertenecen a los enemigos, las sediciones a los ciudadanos. Para indicar, pues, que somos turbados interior y exteriormente, confiesa que padecemos una cosa de los enemigos y otra de los hermanos. Pero al preceder estos males, como no sigue inmediatamente el fin, añade: Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestilencias y hambres, y terrores del cielo; y habrá grandes señales. O como se encuentra en algunos códices: Terrores del cielo y tempestades. Y después se añade: Y habrá grandes señales. La última tribulación es precedida por muchas tribulaciones, y por los frecuentes males que preceden se indican los males perpetuos que seguirán. Y por eso, después de las guerras y sediciones no es inmediatamente el fin, porque deben preceder muchos males, para que puedan anunciar un mal sin fin. Pero como se han dicho tantos signos de perturbación, conviene que recorramos brevemente la consideración de cada uno de ellos, porque es necesario que padezcamos unas cosas del cielo, otras de la tierra, otras de los elementos,

otras de los hombres. Dice, pues: Se levantará nación contra nación, he aquí la perturbación de los hombres; habrá grandes terremotos por los lugares, he aquí la mirada de la ira desde arriba; habrá pestilencias, he aquí la desigualdad de los cuerpos; habrá hambre, he aquí la esterilidad de la tierra; y terrores del cielo y tempestades, he aquí la desigualdad del aire. Porque, por tanto, todas las cosas han de ser consumadas, antes de la consumación todas las cosas se turban; y nosotros, que en todo hemos faltado, en todo somos heridos, para que se cumpla lo que se dice: Y el orbe de la tierra peleará con él contra los insensatos (Sab 5, 21). Pues todas las cosas que recibimos para el uso de la vida, las convertimos al uso de la culpa; pero todas las que inclinamos al uso de la maldad, se nos vuelven para el uso de la venganza. Ciertamente convertimos la tranquilidad de la paz humana al uso de una vana seguridad; amamos la peregrinación de la tierra en lugar de la habitación de la patria; redujimos la salud de los cuerpos al uso de los vicios; la abundancia de la fertilidad no la encaminamos a la necesidad de la carne, sino a la perversidad del placer; los mismos serenos halagos del aire los obligamos a servirnos para el amor del deleite terrenal. Con razón, pues, queda que todas las cosas nos hieran a la vez, las cuales todas a la vez servían malamente subyugadas a nuestros vicios, para que cuantos gozos tuvimos antes incólumes en el mundo, tantos tormentos nos veamos obligados a sentir después por él mismo. Pero se debe notar lo que se dice: Terrores del cielo y tempestades.

Puesto que las tempestades invernales suelen venir por el orden de los tiempos, ¿por qué en este lugar se predice que vendrán tempestades como signo de perdición, sino porque el Señor anuncia que vienen aquellas tempestades que de ningún modo guardan el orden de los tiempos? Pues las que vienen ordenadamente no son signo; sino que son signo las tempestades que confunden incluso los mismos estatutos de los tiempos. Lo cual también nosotros hemos experimentado recientemente, pues hemos visto todo el tiempo estival convertido en lluvias invernales.

Todos los elegidos, pues, porque son miembros de la cabeza suprema, también siguen a su cabeza en las pasiones, de modo que sientan a los mismos adversarios en su muerte en cuya vida confiaban, y tanto más les crezca la recompensa de la obra, cuanto más les aprovecha el lucro de la virtud por el daño de la caridad ajena.

2. Pero como todas estas cosas no provienen de la injusticia del que hiere, sino del mérito del mundo que padece, se anteponen las acciones de los hombres malvados cuando se dice: Pero antes de todas estas cosas comenzarán a echaros mano, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas, llevándoos ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre. Como si dijera abiertamente: Primero los corazones de los hombres, y después los elementos se turban, para que cuando el orden de las cosas se confunde, se demuestre de qué retribución procede ya. Pues aunque el fin del mundo dependa de su mismo orden, encontrando sin embargo a cada uno de los más perversos, para

que dignamente sean oprimidos por sus ruinas, se da a conocer cuando se añade: Llevándoos ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre. Pero estas cosas os sucederán para testimonio. ¿Para testimonio de quiénes, por cierto, sino de aquellos que, o bien persiguiendo infligen muertes, o bien viendo no imitan? Pues la muerte de los justos es para ayuda de los buenos, para testimonio de los malos, a fin de que de allí perezcan los perversos sin excusa, de donde los elegidos toman ejemplo para vivir.

3. Pero al oír tantos terrores, los corazones de los débiles podían turbarse, y por eso se añade consuelo cuando al punto se subraya: Poned, pues, en vuestros corazones el no premeditar cómo habéis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, a la cual no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios. Como si dijera abiertamente a sus miembros débiles: No os aterréis, no tengáis miedo; vosotros os acercáis al certamen, pero yo peleo; vosotros pronunciáis las palabras, pero yo soy el que habla. Sigue: Seréis entregados incluso por vuestros padres y hermanos, y parientes y amigos, y matarán a algunos de vosotros. Menor dolor causan los males que son inferidos por extraños. Pero más se ensañan en nosotros aquellos tormentos que padecemos de parte de aquellos en cuya disposición confiábamos, porque con el daño del cuerpo nos torturan los males de la caridad perdida. De aquí es que sobre Judas su traidor dice el Señor por el Salmista: Y por cierto, si mi enemigo me hubiera maldecido, lo habría soportado ciertamente; y si aquel

que me odiaba hubiera hablado grandes cosas contra mí, me habría ocultado ciertamente de él. Pero tú, hombre unánime, mi guía y mi conocido, que junto conmigo tomabas dulces alimentos, en la casa de Dios caminamos con acuerdo (Sal 54, 13 s.). Y de nuevo: El hombre de mi paz en quien yo esperaba, y que comía mis panes, aumentó contra mí la traición (Sal 40, 10). Como si dijera con palabras abiertas sobre su traidor: Tanto más gravemente he soportado su transgresión, cuanto más la sentí de parte de aquel que parecía ser mío.

4. Pero como es duro lo que se predice sobre la aflicción de la muerte, al punto se añade consuelo sobre el gozo de la resurrección, cuando se dice: No perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. Sabemos, hermanos, que la carne cortada duele, el cabello cortado no duele. Dice, pues, a sus mártires: No perecerá ni un cabello de vuestra cabeza; diciendo claramente, por cierto: ¿Por qué teméis que perezca lo que al ser cortado duele, cuando ni siquiera aquello en vosotros puede perecer que al ser cortado no duele? Sigue: En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas. Por eso la posesión de la alma se pone en la virtud de la paciencia, porque la paciencia es raíz y guardiana de todas las virtudes. Por la paciencia, en efecto, poseemos nuestras almas, porque mientras aprendemos a dominarnos a nosotros mismos, empezamos a poseer esto mismo que somos. Pero la paciencia consiste en soportar con ecuanimidad los males ajenos, en no ser mordido por ningún dolor contra aquel incluso que inflige los males. Pues el

que de tal modo soporta los males de su prójimo que, sin embargo, se duele en silencio y busca un tiempo de digna retribución, no exhibe paciencia, sino que la aparenta. Pues está escrito: La caridad es paciente, es benigna (1 Cor 13, 4). Es paciente para tolerar los males ajenos, pero es benigna para amar incluso a aquellos a quienes soporta. Pues de aquí por sí misma dice la Verdad: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, orad por los que os persiguen y calumnian (Mt 5, 44; Lc 6, 27). Es virtud, por tanto, ante los hombres tolerar a los adversarios, pero es virtud ante Dios amarlos, porque Dios solo acepta este sacrificio que ante sus ojos en el altar de la buena obra enciende la llama de la caridad.

5. Pero se debe saber que la mayoría de las veces parecemos ser pacientes por esto, porque no podemos devolver los males. Pero el que por esto no devuelve el mal porque de ningún modo puede, sin duda alguna, como ya dijimos, no es paciente, porque la paciencia no se busca en la apariencia, sino en el corazón. Por el vicio de la impaciencia se disipa la doctrina misma, nodriza de las virtudes. Pues está escrito: La doctrina del hombre se conoce por la paciencia (Prov 19, 11). Por tanto, tanto menos se muestra uno docto, cuanto menos paciente se le convence de ser. Ni puede en verdad dar bienes enseñando, si viviendo no sabe tolerar con ecuanimidad los males ajenos. Pues con cuánta altura destaca la virtud de la paciencia, de nuevo lo indica Salomón, diciendo: Mejor es el paciente que el varón fuerte, y el que domina su ánimo que el conquistador de

ciudades (Prov 16, 32). Menor es, por tanto, la victoria de conquistar ciudades, porque están fuera las cosas que se vencen. Pero mayor es lo que se vence por la paciencia, porque el ánimo mismo es vencido por sí mismo, y se somete a sí mismo, cuando la paciencia lo abate en la humildad de la tolerancia. Pero se debe saber que suele suceder a menudo a los pacientes, que en aquel tiempo en que padecen cosas adversas u oyen contumelias no son golpeados por ningún dolor, y de tal modo exhiben paciencia, que cuidan incluso de guardar la inocencia del corazón. Pero cuando después de un poco recuerdan estas mismas cosas que han soportado, son instigados por el fuego de un dolor vehementísimo, buscan argumentos de venganza, y la mansedumbre que tuvieron al tolerar, la pierden en su retractación juzgándose a sí mismos.

6. Pues el astuto adversario mueve guerra contra dos: inflamando a uno, por cierto, para que sea el primero en proferir contumelias; pero provocando al otro, para que, herido, devuelva las contumelias. Pero como ya resultó vencedor de aquel a quien movió a proferir contumelias, se duele más acremente contra aquel a quien no pudo mover a devolver las injurias; de donde resulta que se levanta con toda su fuerza contra aquel que considera que ha soportado con fortaleza las contumelias. A quien, porque no pudo conmoverlo en aquel mismo lanzamiento de dardos de las injurias, retirándose por un momento del certamen abierto, busca en el pensamiento secreto un tiempo de engaño; y el que perdió en la guerra

pública, se enciende para presentar acechanzas ocultamente. Pues ya en tiempo de quietud vuelve al ánimo del vencedor, y trae a la memoria o los daños de las cosas o los dardos de las injurias; exagerando vehementemente todo lo que le fue inferido, lo muestra como intolerable, y perturba el ánimo del que está tranquilo con tanta furia, que a menudo el varón paciente, cautivo, se avergüenza incluso después de la victoria de haber tolerado aquello con ecuanimidad; y le duele no haber devuelto las contumelias, y busca devolver cosas peores, si se presentara la ocasión. ¿A quiénes, pues, son estos semejantes, sino a aquellos que por la fortaleza son vencedores en el campo, pero por la negligencia son capturados después dentro de los recintos de la ciudad? ¿A quiénes son estos semejantes, sino a aquellos a quienes un grave lánguido que irrumpe no les quita la vida, pero una fiebre recurrente que viene levemente los mata? Aquel, pues, guarda verdaderamente la paciencia, que tanto en su momento tolera los males ajenos sin dolor, como, reconsiderando estas mismas cosas, se regocija de haber soportado tales cosas, para que no perezca el bien de la paciencia en tiempo de quietud, el cual se custodia en las perturbaciones.

7. Pero como hoy celebramos el nacimiento de un mártir, hermanos míos, de ningún modo debemos considerarnos extraños a la virtud de su paciencia. Pues si, con la ayuda del Señor, nos esforzamos por guardar la virtud de la paciencia, aunque vivamos en la paz de la Iglesia, tenemos sin embargo la palma del martirio. Pues hay dos

géneros de martirio: uno en la mente, otro en la mente y en la acción a la vez. Por tanto, podemos ser mártires, aunque no seamos degollados por ninguna espada de los que golpean. Morir a manos del perseguidor es martirio en obra abierta; pero soportar contumelias, amar al que nos odia, es martirio en el pensamiento oculto. Pues que hay dos géneros de martirio, uno en obra oculta y otro en pública, lo atestigua la Verdad, que pregunta a los hijos de Zebedeo, diciendo: ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? (Mt 20, 22). A lo cual, cuando ellos respondieron al punto: Podemos, inmediatamente el Señor respondió, diciendo: Beberéis ciertamente mi cáliz. ¿Pues qué entendemos por el cáliz, sino el dolor de la pasión? Sobre el cual dice en otro lugar: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz. And los hijos de Zebedeo, esto es Santiago y Juan, no ambos murieron por el martirio, y sin embargo ambos oyeron que beberían el cáliz. Pues Juan de ningún modo terminó su vida por el martirio, pero sin embargo resultó mártir, porque la pasión que no recibió en el cuerpo la guardó en la mente. Y nosotros, pues, por este ejemplo podemos ser mártires sin espada, si custodiamos verdaderamente la paciencia en el ánimo. No juzgo fuera de propósito, hermanos carísimos, si os refiero un ejemplo de cómo guardar la paciencia para vuestra edificación.

8. Hubo en nuestros días un tal llamado Esteban, padre de un monasterio situado cerca de los muros de la ciudad de Rieti, varón muy santo, singular en la virtud de la paciencia. Y sobreviven

muchos que lo conocieron, y relatan su vida o su muerte. Era la lengua de este hombre rústica, pero su vida era docta. Este, por amor de la patria celestial, lo había despreciado todo, huía de poseer algo en este mundo; evitaba los tumultos de los hombres, estaba dedicado a frecuentes y prolongadas oraciones. Sin embargo, la virtud de la paciencia había crecido en él de tal manera que consideraba amigo suyo al que le hubiera inferido alguna molestia; daba gracias por las contumelias; si en su misma pobreza se le hubiera inferido algún daño, lo consideraba como la mayor ganancia; estimaba a todos sus adversarios como nada más que ayudantes. Cuando el día de la muerte lo urgía a salir del cuerpo, se reunieron muchos para encomendar sus almas a tan santa alma que se retiraba de este mundo. Y cuando alrededor de su lecho asistían todos los que se habían reunido, algunos vieron con ojos corporales a los ángeles que entraban, pero de ningún modo pudieron decir nada; otros no vieron nada en absoluto; pero a todos los que estaban presentes los hirió un temor tan vehementísimo que nadie pudo permanecer allí mientras aquella santa alma salía. Y tanto estos que habían visto como estos que no habían visto nada en absoluto, heridos y aterrados todos por un mismo temor, huyeron, y nadie pudo asistir allí mientras él moría. Considerad, pues, hermanos, de qué manera aterra Dios omnipotente cuando ha de venir como juez severo, si así aterró a los que asistían cuando vino como alguien grato y remunerador; o de qué manera puede ser temido cuando pueda ser visto,

si así abatió las mentes de los presentes incluso cuando no pudo ser visto. Ved, hermanos carísimos, cómo la paciencia guardada en aquella paz eclesiástica elevó a este hombre a tan gran altura de retribución. ¿Qué le dio su Creador interiormente, de quien nos manifestó tanta gloria en el día de su partida y exteriormente? ¿A quiénes hemos de creer que está asociado este hombre sino a los santos mártires, a quien, atestiguándolo también los ojos corporales, consta que fue recibido por los espíritus bienaventurados? No murió este herido por ninguna espada, y sin embargo recibió en su partida la corona de la paciencia que guardaba en la mente. Probamos diariamente que es verdad lo que se dijo antes de nosotros: que la santa Iglesia, llena de flores de los elegidos, tiene lirios en la paz, rosas en la guerra.

9. Se debe saber además que la virtud de la paciencia suele ejercitarse de tres modos. Pues unas son las cosas que soportamos de parte de Dios, otras del antiguo adversario, otras del prójimo. Del prójimo, en efecto, soportamos persecuciones, daños y contumelias; del antiguo adversario, tentaciones; de parte de Dios, en cambio, soportamos flagelos. Pero en todos estos tres modos la mente debe vigilarse a sí misma con ojo atento, para que contra los males del prójimo no sea arrastrada a la retribución del mal; para que contra las tentaciones del adversario no sea seducida al deleite o al consentimiento del pecado; para que contra los flagelos del Creador no prorrumpa en el exceso de la murmuración. Pues el adversario es vencido perfectamente cuando nuestra

mente ni es arrastrada por el deleite y el consentimiento entre sus tentaciones, y es guardada del odio entre las contumelias del prójimo, y es contenida de la murmuración entre los flagelos de Dios. Y haciendo estas cosas, no busquemos que se nos retribuyan bienes presentes; pues por el trabajo de la paciencia se han de esperar los bienes de la vida futura, para que entonces comience la recompensa de nuestro trabajo, cuando ya todo trabajo cesa por completo. Por lo cual también se dice por el Salmista: No será para siempre el olvido del pobre, la paciencia de los pobres no perecerá para siempre (Sal 9, 19). Pues parece como si pereciera la paciencia de los pobres cuando nada se recompensa por ella a los humildes en esta vida. Pero la paciencia de los pobres no perecerá para siempre, porque entonces se percibe su gloria, cuando terminan a la vez todas las cosas laboriosas. Guardad, pues, hermanos, la paciencia en el ánimo, y ejercitadla, cuando la cosa lo exija, en la obra. Que a ninguno de vosotros muevan las palabras injuriosas al odio del prójimo, que ningún daño de las cosas perecederas os turbe. Pues si con ánimo firme teméis los daños que han de permanecer, no consideráis graves los daños de las cosas transitorias; si contempláis la gloria de la retribución eterna, no os doléis por la injuria temporal. Tolerad, pues, a vuestros adversarios, pero amad como hermanos a los que toleráis. Buscad premios eternos por los daños temporales. Y ninguno de vosotros confíe que puede cumplir esto por sus propias fuerzas, sino alcanzad por medio de oraciones que él

mismo, que lo manda, lo conceda. Y sabemos que escucha de buena gana a los que le piden, cuando se pide que se otorgue lo que él manda. Cuando se llama continuamente en la oración, él auxilia prontamente en la tentación, por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con él como Dios en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXVI.

Tenida ante el pueblo en la basílica de los bienaventurados apóstoles Felipe y Santiago, el segundo domingo después de Pentecostés.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN LUCAS 14, 16-24.

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos esta parábola: Un hombre hizo una gran cena, y llamó a muchos. Y envió a su siervo a la hora de la cena a decir a los invitados que vinieran, porque ya todas las cosas están preparadas. Y comenzaron todos a una a excusarse. El primero le dijo: He comprado una villa, y tengo necesidad de salir y verla; te ruego que me des por excusado. Y el otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas; te ruego que me des por excusado. Y el otro dijo: He tomado esposa, y por tanto no puedo venir. Y regresando el siervo, anunció estas cosas a su señor. Entonces, airado el padre de familia, dijo a su siervo: Sal pronto a las plazas y calles de la ciudad, e introduce aquí a los pobres y a los débiles, y a los ciegos y a los cojos. Y

dijo el siervo: Señor, hecho está como mandaste, y aún hay lugar. Y dijo el Señor al siervo: Sal por los caminos y cercados, y oblígalos a entrar, para que se llene mi casa. Pues os digo que ninguno de aquellos varones que fueron llamados gustará mi cena.

1. Suele haber esta diferencia, hermanos carísimos, entre los deleites del cuerpo y del corazón: que los deleites corporales, cuando no se tienen, encienden en sí un grave deseo, pero cuando se tienen y se consumen, al punto vuelven al que los come al hastío por la saciedad. Por el contrario, los deleites espirituales, cuando no se tienen, están en el hastío, pero cuando se tienen, están en el deseo; y tanto más son deseados por el que los come, cuanto más son comidos por el que los desea. En aquellos place el apetito, la experiencia displace; en estos el apetito es vil, y la experiencia place más. En aquellos el apetito genera saciedad, y la saciedad genera hastío; en estos, en cambio, el apetito genera saciedad, y la saciedad pare apetito. Pues los deleites espirituales aumentan el deseo en la mente mientras sacian, porque cuanto más se percibe su sabor, tanto más se conoce lo que se ha de amar con más avidez. Y por eso, al no tenerlos no pueden ser amados, porque se ignora su sabor. ¿Quién puede amar lo que ignora? Por tanto, el Salmista nos advierte diciendo: Gustad y ved qué suave es el Señor (Sal 33, 9). Como si dijera abiertamente: No conocéis su suavidad si no la gustáis en absoluto. Pero tocad el alimento de vida con el paladar del corazón, para que probando su dulzura podáis amar. Pero el hombre

perdió estos deleites entonces, cuando pecó en el paraíso (Gén 3, 6); salió fuera cuando cerró la boca al alimento de la dulzura eterna. De donde nosotros también, nacidos en la penuria de esta peregrinación, venimos aquí ya fastidiados, y no sabemos qué debemos desear; y tanto más se aumenta la enfermedad de nuestro hastío, cuanto más se aleja el ánimo de comer aquella dulzura; y ya no apetece los deleites internos por lo mismo que se ha desacostumbrado a comerlos por largo y mucho tiempo. Por nuestro hastío, pues, desfallecemos, y somos fatigados por una larga peste de hambre. Y porque no queremos gustar dentro la dulzura preparada, amamos fuera, miserables, nuestra hambre. Pero la piedad suprema no desampara a quienes la desamparan.

2. Pues trae de nuevo a los ojos de nuestra memoria aquellos deleites despreciados, y nos los propone; sacude el torpor con la promesa, e invita a que debamos rechazar nuestro hastío. Pues dice: Un hombre hizo una gran cena, y llamó a muchos. ¿Quién es este hombre, sino aquel de quien se dice por el Profeta: Y es hombre, ¿y quién lo conoció? (Jer 17, 9). Quien hizo una gran cena, porque nos preparó la saciedad de la dulzura interna. Quien llamó a muchos, pero pocos vienen, porque a veces los mismos que le están sujetos por la fe, contradicen su convite eterno viviendo mal.

Sigue: Y envió a su siervo a la hora de la cena a decir a los invitados que vinieran. ¿Qué es la hora de la cena, sino el fin del mundo? En el cual ciertamente estamos nosotros, como ya hace tiempo

atestigua Pablo diciendo: Nosotros somos aquellos en quienes los fines de los siglos han venido (1 Cor 10, 11). Si, pues, ya es la hora de la cena cuando somos llamados, tanto menos debemos excusarnos del convite de Dios, cuanto más vemos que ya se ha acercado el fin del siglo. Pues por lo mismo que pensamos que ya nada resta, por eso debemos temer que perezca el tiempo de gracia que está presente. Por eso este convite de Dios no se llama comida (prandium), sino cena (coena), porque después de la comida queda la cena, pero después de la cena ya no queda ningún convite. Y porque el convite eterno de Dios se nos preparará en lo último, fue recto que este no se llamara comida, sino cena. Pero, ¿quién es designado por este siervo, que es enviado por el padre de familia para invitar, sino el orden de los predicadores? En cuyo orden, aunque todavía somos indignos, aunque estamos gravados por el peso de nuestros pecados, sin embargo nosotros también estamos en estos días, y cuando os hablo algo para vuestra edificación, esto es lo que hago, pues soy siervo del sumo padre de familia. Cuando os amonesto al desprecio del mundo, vengo a invitaros a la cena de Dios. Nadie me desprecie en este lugar por mí mismo. Y si para invitar no parezco en modo alguno digno, sin embargo son grandes los deleites que prometo. Suele suceder a menudo, hermanos míos, lo que digo, que una persona poderosa tenga un siervo despreciado; y cuando por él manda tal vez alguna respuesta a los suyos o a extraños, no se desprecia la persona del siervo que habla, porque se guarda en el corazón la

reverencia del señor que envía. Ni consideran los que oyen por quién, sino qué o de quién oyen. Así pues, hermanos, así obrad vosotros, y si tal vez nos despreciáis dignamente, guardad sin embargo en vuestra mente la reverencia del Señor que llama. Obedeced de buena gana para ser comensales del sumo padre de familia. Discutid vuestros corazones, y arrojad de ellos el hastío mortal. Pues para rechazar vuestro hastío ya están preparadas todas las cosas. Pero si todavía sois carnales, tal vez buscáis manjares carnales. He aquí que esos mismos manjares carnales se han convertido para vosotros en alimento espiritual. Pues para limpiar el hastío de vuestra mente, aquel cordero singular ha sido inmolado para vosotros en la cena del Señor.

3. Pero, ¿qué hacemos nosotros, que vemos que esto que se añade todavía sucede por obra de muchos? Y comenzaron todos a una a excusarse. Dios ofrece lo que debió ser rogado; sin ser rogado quiere dar lo que apenas podía esperarse que se dignara otorgar siendo pedido, y es despreciado; anuncia los deleites preparados de la refracción eterna, y sin embargo todos a una se excusan. Pongamos ante los ojos de la mente las cosas mínimas, para que podamos pensar dignamente las mayores. Si algún poderoso enviara a invitar a cualquier pobre, ¿qué, hermanos, pregunto, qué haría aquel pobre sino alegrarse de su misma invitación, dar una respuesta humilde, cambiar su vestido, apresurarse a ir cuanto antes, no sea que otro llegara antes que él al convite del poderoso? Un hombre rico, pues, invita, y el pobre se apresu-

ra a acudir; somos invitados al convite de Dios, y nos excusamos. Pero he aquí que entre esto puedo estimar lo que vuestros corazones se responden a sí mismos. Pues tal vez dicen para sí en sus pensamientos ocultos: No queremos excusarnos, pues nos alegramos tanto de ser llamados como de llegar a aquel convite de la refracción superna.

4. Vuestras mentes, hablándoos tales cosas, dicen la verdad, si no aman más lo terreno que lo celestial, si no están más ocupadas en las cosas corporales que en las espirituales. Por lo cual aquí también se añade la causa misma de los que se excusan, cuando al punto se agrega: El primero dijo: He comprado una villa, y tengo necesidad de salir y verla; te ruego que me des por excusado. ¿Qué se designa por la villa sino la sustancia terrena? Salió, pues, a ver la villa el que sólo piensa en las cosas exteriores a causa de la sustancia. Otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas; te ruego que me des por excusado. ¿Qué entendemos por las cinco yuntas de bueyes sino los cinco sentidos del cuerpo? Los cuales rectamente también son llamados yuntas, porque se duplican en ambos sexos. Los cuales sentidos corporales ciertamente, porque no saben comprender las cosas internas, sino que sólo conocen las exteriores, y, abandonando lo íntimo, tocan lo que está fuera, rectamente por ellos se designa la curiosidad. La cual, mientras busca discutir la vida ajena, ignorando siempre su propia intimidad, se esmera en pensar las cosas exteriores. Pues grave es el vicio de la curiosidad, la cual, mientras lleva la mente de

cualquiera al exterior para investigar la vida del prójimo, siempre le oculta su propia intimidad, de modo que conociendo lo ajeno, no se conozca a sí misma, y el ánimo del curioso, cuanto más perito sea en el mérito ajeno, tanto más se hace ignorante del suyo. Por esto mismo, pues, se dice también de las mismas cinco yuntas de bueyes: Voy a probarlas; te ruego que me des por excusado. Pues las mismas palabras del que se excusa no discrepan de la significación de su vicio cuando dice: Voy a probarlas, porque ciertamente a veces la prueba suele pertenecer a la curiosidad. Pero hay que notar que tanto el que se excusa de la cena de quien lo invita por la villa, como el que lo hace por probar las yuntas de bueyes, mezclan palabras de humildad diciendo: Te ruego que me des por excusado. Pues mientras dice Te ruego, y sin embargo desprecia venir, la humildad suena en la voz, la soberbia en la acción. Y he aquí que cualquier malvado juzga esto cuando lo oye, y sin embargo no deja de hacer aquello que juzga. Pues cuando decimos a cualquiera que obra perversamente: Conviértete, sigue a Dios, deja el mundo, ¿a dónde lo llamamos sino a la cena del Señor? Pero cuando responde: Ruega por mí, porque soy pecador, no puedo hacer esto, ¿qué otra cosa hace sino rogar y excusarse a la vez? Pues diciendo: Soy pecador, insinúa humildad; pero añadiendo: No puedo convertirme, demuestra soberbia. Rogando, pues, se excusa el que introduce la humildad en la voz y ejercita la soberbia en la acción.

5. Y otro dijo: He tomado mujer, y por eso no puedo venir. ¿Qué se entiende por la mujer sino

la voluptuosidad de la carne? Pues aunque el matrimonio es bueno y fue constituido por la divina providencia para propagar la prole, algunos, sin embargo, no buscan por esto la fecundidad de la prole, sino los deseos del placer, y por lo tanto, por medio de una cosa justa puede significarse no incongruentemente una cosa injusta. El sumo padre de familia os invita, pues, a la cena del convite eterno; pero mientras uno está entregado a la avaricia, otro a la curiosidad, otro a la voluptuosidad de la carne, ciertamente todos los réprobos se excusan a la vez. Mientras a éste lo ocupa el cuidado terreno, a aquél lo devasta el pensamiento sagaz de los actos ajenos, a otro también le mancha la mente el placer carnal, y ningún fastidioso se apresura a los manjares de la vida eterna.

6. Sigue: Regresando el siervo, anunció estas cosas a su señor. Entonces, airado el padre de familia, dijo a su siervo: Sal pronto a las plazas y calles de la ciudad, e introduce aquí a los pobres y débiles, y a los ciegos y cojos. He aquí que el que se apega a la sustancia terrena más de lo justo, rehúsa venir a la cena del Señor; el que se afana en el trabajo de la curiosidad, tiene hastío de los alimentos preparados de la vida; el que sirve a los deseos carnales, rechaza los manjares del convite espiritual. Puesto que, pues, los soberbios renuncian a venir, son elegidos los pobres. ¿Por qué esto? Porque, según la voz de Pablo: Dios elige lo débil del mundo para confundir a lo fuerte (1 Cor 1, 27). Pero hay que notar cómo se describe a los que son llamados a la cena y vienen: pobres y dé-

biles. Se llaman pobres y débiles los que, según su propio juicio, son enfermos ante sí mismos. Pues hay pobres que son como fuertes, los cuales, aun puestos en la pobreza, se ensoberbecen. Los ciegos, ciertamente, son los que no tienen ninguna luz de ingenio. Los cojos también son los que no tienen pasos rectos en el obrar. Pero mientras los vicios de las costumbres se significan en la debilidad de los miembros, queda de manifiesto que así como fueron pecadores los que llamados no quisieron venir, así también son pecadores estos que son invitados y vienen. Pero los pecadores soberbios son rechazados, para que los pecadores humildes sean elegidos.

7. A estos, pues, eligió Dios, a quienes el mundo desprecia, porque frecuentemente ese mismo desprecio vuelve al hombre a sí mismo. Pues aquel que dejó a su padre y gastó pródigamente la parte de la sustancia que había recibido, después que empezó a tener hambre, vuelto en sí dijo: ¿Cuántos mercenarios en casa de mi padre abundan en pan? (Lc 15, 17). Ciertamente se había alejado mucho de sí cuando pecaba. Y si no hubiera tenido hambre, no habría vuelto en modo alguno a sí mismo, porque después de que careció de las cosas terrenas, entonces empezó a pensar qué había perdido de las espirituales. Los pobres, pues, y débiles, los ciegos y cojos son llamados y vienen, porque todos los enfermos y los despreciados en este mundo, frecuentemente tanto más pronto oyen la voz de Dios cuanto menos tienen en este mundo en qué deleitarse. Lo cual bien designa aquel joven egipcio de los

amalequitas (1 Sam 30, 11 ss.), que, mientras los amalequitas saqueaban y corrían, se quedó enfermo en el camino y se secó de hambre y de sed. A quien sin embargo David encontró y le dio comida y bebida; el cual, convaleciendo al punto, fue hecho guía de David. Encontró a los amalequitas banqueteando y con gran fortaleza postró a los que lo habían dejado débil. Ciertamente el pueblo amalequita es llamado "lamedor". ¿Y qué se designa por el pueblo lamedor sino las mentes de los seculares? Las cuales, rodeando todas las cosas terrenas, como que las lamen mientras sólo se deleitan en las temporales. Pues como pueblo lamedor hace presa, mientras amando los lucros terrenos los aumentan con los daños ajenos. Pero el joven egipcio enfermo es dejado en el camino, porque cualquier pecador, cuando empieza a enfermar del estado de este mundo, pronto cae en el desprecio de las mentes seculares. A quien sin embargo David encuentra y le da comida y bebida, porque el Señor fuerte de mano no desprecia los desechos del mundo, y frecuentemente a aquellos que, no pudiendo seguir al mundo, se quedan como en el camino, los convierte a la gracia de su amor y les alarga la comida y bebida de su palabra; y los elige como guías para sí en el camino, mientras hace de ellos incluso sus predicadores. Pues mientras introducen a Cristo en los corazones de los pecadores, conducen como David sobre los enemigos. Los cuales hieren a los amalequitas que banquetean como con la espada de David, porque con la virtud del Señor postran a todos los soberbios que en el mundo los habían

despreciado. El joven egipcio, pues, que se había quedado en el camino, mata a los amalequitas, porque frecuentemente ellos mismos superan predicando las mentes de los seculares, ellos que antes no podían correr con los seculares en este mundo.

8. Pero, una vez conducidos los pobres a la cena, oigamos lo que añade el siervo: Señor, se ha hecho como mandaste, y aún hay lugar. Muchos de tales fueron reunidos de Judea para la cena del Señor, pero la multitud que creyó del pueblo israelita no llenó el lugar del convite superno. Ya entró la muchedumbre de los judíos, pero todavía queda vacante el lugar en el reino donde debe ser recibida la numerosidad de las gentes. Por lo cual también se dice al mismo siervo: Sal por los caminos y cercados, y oblígalos a entrar, para que se llene mi casa. Cuando el Señor invita a algunos de las calles y plazas a la cena, designa ciertamente a aquel pueblo que sabía guardar la ley bajo una conversación urbana; pero cuando manda reunir a sus comensales de los caminos y cercados, busca ciertamente reunir al pueblo agreste, es decir, al gentil, de cuya significación se dice por el Salmista: Entonces se alegrarán todos los árboles de las selvas ante la faz del Señor, porque viene (Sal 95, 13). Pues los árboles de la selva son llamados las gentes, porque en su infidelidad siempre fueron retorcidos e infructuosos. Los que, pues, se convirtieron de aquel uso agreste, vinieron como de los cercados a la cena del Señor.

9. Debe notarse ciertamente que en esta tercera invitación no se dice Invita, sino Oblígalos

a entrar. Pues unos son llamados y desprecian venir; otros son llamados y vienen; de otros, en cambio, no se dice en modo alguno que sean llamados, sino que son obligados a entrar. Son llamados y desprecian venir los que ciertamente reciben el don del entendimiento, pero no siguen ese mismo entendimiento con obras; son llamados y vienen los que perfeccionan obrando la gracia del entendimiento recibida; algunos, en cambio, son llamados de tal modo que incluso son obligados. Pues hay algunos que entienden que se deben hacer cosas buenas, pero dejan de hacerlas; ven lo que deben hacer, pero no lo siguen por deseo. A éstos frecuentemente, como dijimos arriba, les sucede que la adversidad de este mundo los hiere en sus deseos carnales; intentan alcanzar la gloria temporal y no pueden; y mientras se proponen navegar por la alta mar como hacia las mayores preocupaciones de este siglo, siempre son rechazados por vientos adversos hacia las playas de su abatimiento. Y cuando ven que se rompen en sus deseos por la oposición del mundo, se acuerdan de lo que deben de sí mismos a su Autor, de modo que vuelven avergonzados a Aquel a quien soberbios abandonaban por el amor del mundo. Pues frecuentemente algunos, queriendo progresar hacia la gloria temporal, o desfallecen por una larga enfermedad, o caen afligidos por injurias, o son afligidos heridos por graves daños, y en el dolor del mundo ven que nada debieron confiar en su placer, y reprendiéndose a sí mismos en sus deseos, convierten los corazones a Dios. De éstos ciertamente dice el

Señor por el profeta: He aquí que yo cercaré tu camino con espinas, y lo cercaré con un muro, y no hallará sus sendas; y seguirá a sus amantes, y no los alcanzará; los buscará y no los hallará, y dirá: Iré y volveré a mi primer marido, porque me iba mejor entonces que ahora (Os 2, 6, 7). El marido de toda alma fiel es Dios, porque ciertamente ésta le está unida por la fe. Pero aquella alma que había estado unida a Dios sigue a sus amantes cuando la mente, que ya creyó por la fe, todavía se somete a los espíritus inmundos en el obrar, busca la gloria del mundo, se alimenta con el deleite carnal, se nutre con placeres exquisitos. Pero frecuentemente Dios omnipotente mira misericordiosamente a tal alma, y mezcla amarguras con sus placeres. Por lo cual dice: He aquí que yo cercaré tus caminos con espinas. Pues nuestros caminos están cercados de espinas cuando en aquello que malamente deseamos encontramos las punzadas de los dolores. Y los cercaré con un muro, y no hallará sus sendas. Nuestros caminos se cercan con un muro cuando duras objeciones en este mundo resisten a nuestros deseos. Y no podemos encontrar nuestras sendas, porque se nos prohíbe alcanzar esto que malamente buscamos. Y seguirá a sus amantes, y no los alcanzará; los buscará y no los hallará; porque no alcanza en modo alguno a los espíritus malignos a los que el alma se sometió en sus deseos para el efecto de sus deseos. Pero cuánta utilidad nace de esta adversidad saludable lo añade cuando se agrega: Y dirá: Iré y volveré a mi primer marido, porque me iba mejor entonces que ahora. Después, pues,

que encuentra sus caminos cercados de espinas, después que no puede alcanzar a sus amantes, vuelve al amor de su primer marido, porque frecuentemente después que no podemos obtener en este mundo lo que queremos, después que nos cansamos por la imposibilidad en los deseos terrenos, entonces reducimos a Dios a la mente, entonces empieza a gustar el que disgustaba; y Aquel cuyos preceptos nos habían sido amargos, de repente se endulza en la memoria; y el alma pecadora que intentó ser adúltera, y sin embargo no pudo en obra abierta, decreta ser esposa fiel. Los que, pues, quebrantados por las adversidades de este mundo vuelven al amor de Dios y se corrigen de los deseos de la vida presente, ¿qué son éstos, hermanos míos, sino obligados a entrar?

10. Pero es muy temible la sentencia que al punto se añade. Percibidla con el oído atento del corazón, hermanos y señores míos: en cuanto pecadores, hermanos míos; en cuanto justos, señores míos. Percibidla con oído atento, para que tanto menos la sintáis en el examen cuanto ahora la oís más temiblemente en la predicación. Pues dice: Pero os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará mi cena. He aquí que llama por sí mismo, llama por los ángeles, llama por los padres, llama por los profetas, llama por los apóstoles, llama por los pastores, llama también por nosotros, llama frecuentemente por los milagros, llama frecuentemente por los azotes, llama a veces por las cosas prósperas de este mundo, llama a veces por las adversas. Nadie desprecie, no sea que, mientras llamado

se excusa, cuando quiera entrar no pueda. Oíd lo que dice la Sabiduría por Salomón: Entonces me invocarán y no escucharé; madrugarán y no me hallarán (Prov 1, 28). De aquí es que las vírgenes necias, viniendo tarde, claman diciendo: Señor, Señor, ábrenos (Mt 25, 11). Pero ya entonces se dice a los que buscan la entrada: En verdad, en verdad os digo, no os conozco (Ibíd.). ¿Qué otra cosa entre esto, hermanos carísimos, sino que debemos dejar todas las cosas, posponer los cuidados del mundo, anhelar sólo los deseos eternos? Pero esto se ha dado a pocos.

11. Quiero amonestaros a que dejéis todas las cosas, pero no me atrevo. Si, pues, no podéis dejar todas las cosas del mundo, tened de tal modo las cosas que son de este mundo que, sin embargo, no seáis tenidos en el mundo por ellas; de modo que la cosa terrena sea poseída, no posea; para que esté bajo el dominio de vuestra mente lo que tenéis, no sea que si vuestra mente es vencida por el amor de las cosas terrenas, ella misma sea más poseída por sus cosas. Sea, pues, la cosa temporal para el uso, la eterna para el deseo; sea la cosa temporal para el camino, deseese la eterna para la llegada. Sea mirada como de lado cualquier cosa que se haga en este mundo. Pero delante de nosotros tiendan los ojos de la mente, mientras con toda intención contemplan aquello a donde llegamos. Sean extirpados de raíz los vicios, arrancados no sólo del acto de la obra, sino también del pensamiento del corazón. No nos impidan de la cena del Señor el placer de la carne, ni la solicitud de la curiosidad, ni el ardor de la

ambición, sino que incluso aquello que hacemos honestamente en el mundo lo toquemos como de cierto lado de la mente, de modo que las cosas terrenas que deleitan sirvan de tal modo a nuestro cuerpo que en modo alguno estorben al corazón. No nos atrevemos, pues, hermanos, a deciros que dejéis todas las cosas; pero sin embargo, si queréis, incluso reteniendo todas las cosas las dejáis, si de tal modo gestionáis las temporales que, sin embargo, con toda la mente tendáis a las eternas.

12. Por esto, en efecto, dice el apóstol Pablo: El tiempo es breve: resta que los que tienen esposas sean como si no las tuvieran, y los que lloran como si no lloraran, y los que se alegran como si no se alegraran, y los que compran como si no poseyeran, y los que usan de este mundo como si no usaran; porque la figura de este mundo pasa (1 Cor 7, 29 ss.). Pues tiene esposa, pero como si no la tuviera, aquel que sabe pagar de tal modo las deudas de la carne que, sin embargo, no se vea obligado por ella a adherirse al mundo con toda la mente. Pues cuando el mismo excelso predicador dice de nuevo: El que tiene esposa piensa en las cosas que son de este mundo, cómo agradar a su esposa (Ibíd., 33), el que tiene esposa como si no la tuviera es el que de tal modo procura agradar al cónyuge que, sin embargo, no desagrada al Creador. Llora también, pero como si no llorara, el que de tal modo es afligido por las pérdidas temporales que, sin embargo, consuela siempre el ánimo con las ganancias eternas. Se alegra, en cambio, pero como si no se alegrara, el que de tal modo se pone alegre por los bienes

temporales que, sin embargo, considera siempre los tormentos perpetuos; y en aquello que alivia la mente con el gozo, la oprime continuamente con el peso del temor providente. Compra, por su parte, pero como si no poseyera, el que prepara las cosas terrenas para el uso y, sin embargo, con pensamiento cauteloso prevé que ha de dejarlas muy pronto. Usa también del mundo, pero como si no lo usara, el que reduce todas las cosas necesarias exteriormente al ministerio de su vida y, sin embargo, no permite que estas mismas cosas dominen su mente, para que sujetas fuera sirvan y nunca rompan la intención del ánimo que tiende a lo alto. Quienesquiera que sean tales, para ellos ciertamente todas las cosas terrenas están presentes no para el deseo, sino para el uso, porque usan ciertamente de las cosas necesarias, pero nada desean tener con pecado. De esas mismas cosas poseídas adquieren también diariamente recompensas, y se alegran más de la buena obra que de la buena posesión.

13. Y para que estas cosas no parezcan difíciles a algunos, refiero un asunto acerca de una persona que muchos de vosotros habéis conocido, asunto que ciertamente yo mismo aprendí hace tres años en la ciudad de Centumcellae (Civitavecchia) de personas fieles. Pues recientemente en esa misma ciudad hubo un conde Teofanio (Lib. IV Diál., cap. 27), hombre entregado a actos de misericordia, atento a las buenas obras, especialmente dedicado a la hospitalidad. Ocupado en los actos de ejercer su cargo, trataba cosas terrenas y temporales; pero, como quedó más claro

por su fin, más por obligación que por intención. Pues cuando, acercándose el tiempo de su muerte, una gravísima tempestad del aire se oponía a que pudiera ser llevado a sepultar, y su esposa le preguntaba con llanto vehementísimo, diciendo: ¿Qué haré? ¿cómo te saco para sepultar, yo que no puedo salir por la puerta de esta casa por la excesiva tempestad? Entonces él respondió: No quieras, mujer, llorar, porque tan pronto como yo haya fallecido, volverá la serenidad del aire. A su voz siguió inmediatamente la muerte, y a la muerte la serenidad. Cuyas manos y pies, hinchados por el humor de la gota, se habían convertido en heridas, y estaban abiertos por la sanie que fluía. Pero cuando su cuerpo fue descubierto para lavarlo según la costumbre, sus manos y pies fueron hallados tan sanos como si nunca hubieran tenido herida alguna. Fue, pues, llevado y sepultado, y le pareció a su cónyuge que al cuarto día debía cambiarse el mármol que había sido puesto encima de su sepulcro. Cuando ciertamente fue quitado aquel mármol puesto sobre su cuerpo, emanó de su cuerpo tal fragancia de olor, como si de su carne putrefacta hubieran brotado aromas en lugar de gusanos. Dije, pues, esto para poder mostrar con un ejemplo cercano que algunos llevan el hábito secular y no tienen ánimo secular. Pues a quienes tal necesidad liga en el mundo que no pueden ser despojados del mundo por todas partes, de tal modo deben tener las cosas que son del mundo que, sin embargo, no sepan sucumbir a ellas por el quebranto de la mente. Pensad, pues, esto, y cuando no podéis dejar todas las cosas que

son del mundo, haced bien exteriormente las cosas exteriores, pero apresuraos interiormente con ardor hacia las eternas. Nada haya que retarde el deseo de vuestra mente, la delicia de ninguna cosa os implique en este mundo. Si se ama lo bueno, deléitese la mente en los bienes mejores, esto es, en los celestiales. Si se teme lo malo, propónganse al ánimo los males eternos, para que mientras allí contempla que hay tanto más que amar y tanto más que temer, no se adhiera aquí en absoluto. Para hacer estas cosas tenemos al mediador de Dios y de los hombres como nuestro ayudante, por quien obtendremos todo más rápidamente si ardemos por él con amor verdadero, el cual vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXVII.

Pronunciada ante el pueblo en la basílica del bienaventurado Sebastián mártir, el día de su nacimiento.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN LUCAS XIV, 25-33.

En aquel tiempo, dijo Jesús a las turbas: Si alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanas, y aun también a su propia alma, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque, ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula

los gastos que son necesarios, para ver si tiene con qué terminarla, no sea que después de haber puesto el cimiento y no habiendo podido terminar, todos los que lo vean empiecen a burlarse de él, diciendo: Este hombre empezó a edificar y no pudo acabar? ¿O qué rey, que va a entablar batalla contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede con diez mil salir al encuentro del que viene contra él con veinte mil? De lo contrario, cuando aquel está todavía lejos, enviando una embajada, ruega las cosas que son de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.

1. Si consideramos, hermanos carísimos, cuáles y cuán grandes son las cosas que se nos prometen en los cielos, se vuelven viles para el ánimo todas las cosas que se poseen en la tierra. Pues la sustancia terrena, comparada con la felicidad suprema, es una carga, no un subsidio. La vida temporal, comparada con la vida eterna, debe decirse que es muerte más bien que vida. Pues ese mismo defecto cotidiano de corrupción, ¿qué otra cosa es sino una cierta prolongación de la muerte? Pero, ¿qué lengua basta para decir, o qué intelecto para captar cuán grandes son aquellos gozos de la ciudad celestial, estar presente entre los coros de los ángeles, asistir con los espíritus beatísimos a la gloria del Creador, contemplar el rostro presente de Dios, ver la luz incircunscrita, no ser afectado por ningún temor a la muerte, alegrarse con el don de la incorrupción perpetua? Pero ante estas cosas oídas se inflama el ánimo,

y ya desea estar allí, donde espera gozar sin fin. Pero no se puede llegar a los grandes premios sino a través de grandes trabajos. De donde también Pablo, excelso predicador, dice: No será coronado sino el que haya luchado legítimamente (2 Tim 2, 5). Deleite, pues, a la mente la magnitud de los premios, pero no la desanime el certamen de los trabajos. Por lo cual, la Verdad dice a los que vienen a Él: Si alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanas, y aun también a su propia alma, no puede ser mi discípulo.

2. Pero conviene preguntar cómo se nos manda odiar a los padres y a los parientes carnales, a nosotros que se nos ordena amar incluso a los enemigos. Y ciertamente la Verdad dice acerca de la esposa: Lo que Dios unió, no lo separe el hombre (Mt 19, 6). Y Pablo dice: Maridos, amad a vuestras mujeres, como también Cristo amó a la Iglesia (Ef 5, 25). He aquí que el discípulo predica que se debe amar a la esposa, mientras el Maestro dice: El que no odia a su mujer, no puede ser mi discípulo. ¿Acaso el juez anuncia una cosa y el heraldo proclama otra? ¿O podemos al mismo tiempo odiar y amar? Pero si consideramos la fuerza del precepto, podemos hacer ambas cosas por la discreción, de modo que amemos a los que nos están unidos por el parentesco de la carne y a quienes conocemos como próximos, y no conozcamos odiando y huyendo a quienes padecemos como adversarios en el camino de Dios. Pues se ama como por odio a aquel que, siendo carnalmente sabio, no es escuchado mientras nos

sugiere cosas depravadas. Pero para que el Señor demostrara que este odio hacia los próximos no procede de la falta de afecto, sino de la caridad, añadió enseguida, diciendo: Y aun también a su propia alma. Se nos manda, por tanto, odiar a los próximos y odiar también nuestra alma. Consta, pues, que debe odiar al próximo amándolo el que de tal modo lo odia como a sí mismo. Pues entonces odiamos bien nuestra alma cuando no consentimos en sus deseos carnales, cuando quebrantamos su apetito, cuando resistimos a sus placeres. Aquello que, por tanto, despreciado es llevado a lo mejor, se ama como por odio. Así, así ciertamente debemos mostrar la discreción del odio hacia nuestros próximos, de modo que en ellos amemos lo que son y odiemos que se nos opongan en el camino de Dios.

3. Ciertamente, cuando Pablo iba a Jerusalén, el profeta Ágabo tomó su cinturón y se ató sus propios pies, diciendo: Así atarán en Jerusalén al hombre de quien es este cinturón (Hch 21, 11). Pero aquel que odiaba perfectamente su alma, ¿qué decía? Yo estoy dispuesto no solo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesucristo (Ibíd., 13), ni hago mi alma más preciosa que a mí mismo (Hch 20, 24). Ved cómo amando había odiado su alma, o más bien odiándola la amaba, la cual deseaba entregar a la muerte por Jesús, para resucitarla a la vida de la muerte del pecado. De esta discreción, por tanto, de nuestro odio tomemos la forma para el odio al prójimo. Ámese a cualquiera en este mundo, incluso al adversario, pero en el camino de Dios

no se ame ni siquiera al pariente si es contrario. Pues quienquiera que ya desea las cosas eternas, en esa causa de Dios que emprende, debe hacerse ajeno al padre, ajeno al madre, ajeno a la mujer, ajeno a los hijos, ajeno a los parientes, ajeno a sí mismo, para que tanto más verdaderamente conozca a Dios cuanto en su causa a nadie reconoce. Pues es mucho lo que los afectos carnales golpean la intención de la mente y oscurecen su agudeza; los cuales, sin embargo, no padecemos como nocivos si los mantenemos reprimidos. Deben ser amados, pues, los prójimos, se debe impartir la caridad a todos, tanto a parientes como a extraños, y sin embargo no hay que desviarse del amor de Dios por esa misma caridad.

4. Sabemos, además, que cuando la gloria del Señor volvía de la tierra de los filisteos a la tierra de los israelitas, fue puesta sobre un carro, y se uncieron al carro vacas que se recuerda que estaban criando, cuyos terneros encerraron en casa. Y está escrito: Iban las vacas directamente por el camino que lleva a Bet-semes, y caminaban por una misma senda, andando y mugiendo, y no se desviaban ni a la derecha ni a la izquierda (1 Sam 6, 12). ¿Qué designan las vacas sino a todos los fieles en la Iglesia, que mientras consideran los preceptos de la palabra sagrada, llevan como la gloria del Señor puesta sobre ellos? De los cuales también se ha de notar esto: que se recuerda que estaban criando, porque hay muchos que, puestos interiormente en el camino de Dios, están ligados exteriormente por afectos carnales; pero no se desvían del camino recto quienes llevan la

Gloria de Dios en la mente. He aquí, pues, que las vacas de Bet-semes avanzan. Bet-semes, en efecto, se traduce como casa del sol; y el Profeta dice: Mas para vosotros, los que teméis al Señor, nacerá el sol de justicia (Mal 4, 2). Si, pues, tendemos hacia la habitación del sol eterno, es ciertamente digno que no nos desviemos del camino de Dios por los afectos carnales. Pues con toda virtud debe considerarse que las vacas unidas al carro de Dios avanzan y gimen: dan mugidos desde lo íntimo y, sin embargo, no desvían sus pasos del camino. Así ciertamente deben ser los predicadores de Dios, así todos los fieles dentro de la santa Iglesia, de modo que se compadezcan de los prójimos por la caridad y, sin embargo, no se salgan del camino de Dios por la compasión.

5. Pero cómo deba mostrarse este mismo odio del alma, lo manifiesta la Verdad añadiendo: El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Pues la cruz se llama así por el tormento. Y de dos modos llevamos la cruz del Señor: cuando o por la abstinencia afligimos la carne, o por la compasión consideramos como propia la necesidad del prójimo. Pues quien muestra dolor en la necesidad ajena, lleva la cruz en la mente. Pero ha de saberse que hay algunos que muestran abstinencia de la carne no por Dios, sino por la gloria vana. Y hay muchos que prestan compasión al prójimo no espiritualmente, sino carnalmente, de modo que lo favorecen no para la virtud, sino como compadeciéndose de sus culpas. Estos, por tanto, parecen ciertamente llevar la cruz, pero no siguen al Señor. Por lo cual

rectamente dice esta misma Verdad: El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Llevar la cruz e ir tras el Señor es mostrar o la abstinencia de la carne o la compasión al prójimo por el deseo de la intención eterna. Pues quienquiera que muestra esto por una intención temporal, lleva ciertamente la cruz, pero rehúsa ir tras el Señor.

6. Porque ciertamente se han dado preceptos sublimes, se añade enseguida la comparación de la sublimidad que se ha de edificar, cuando se dice: Porque, ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos que son necesarios, para ver si tiene con qué terminarla, no sea que después de haber puesto el cimiento y no habiendo podido terminar, todos los que lo vean empiecen a burlarse de él, diciendo: Este hombre empezó a edificar y no pudo acabar? Todo lo que hacemos debemos preverlo mediante el ejercicio de la consideración. He aquí que, según la voz de la Verdad, el que edifica una torre prepara primero los gastos del edificio. Si, por tanto, deseamos construir la torre de la humildad, primero debemos prepararnos contra las adversidades de este mundo. Pues en esto dista el edificio terreno del celestial: en que el edificio terreno se construye reuniendo gastos, pero el edificio celestial, dispersándolos. Para aquel hacemos gastos si reunimos lo que no tenemos; para este hacemos gastos si dejamos incluso lo que tenemos. Aquellos gastos no los pudo tener aquel rico que, poseyendo muchas posesiones, buscó al Maestro diciendo: Maestro bueno, ¿qué

haciendo poseeré la vida eterna? (Mt 19, 16). El cual, cuando oyó el precepto de dejar todas las cosas, se marchó triste, y por eso se angustió en su mente, por lo que exteriormente fue más ancho en su posesión. Porque como en esta vida amaba los gastos de la grandeza, al tender hacia la patria eterna no quiso tener los gastos de la humildad. Pero ha de considerar lo que se dice: Todos los que lo vean empiecen a burlarse de él, porque, según la voz de Pablo: Hemos sido hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres (1 Cor 4, 9). Y en todo lo que hacemos debemos considerar a nuestros ocultos adversarios, que siempre acechan nuestras obras, siempre se alegran de nuestro fallo. A los cuales contemplando el Profeta, dice: Dios mío, en ti confío, no me avergüence, ni se burlen de mí mis enemigos (Sal 24, 2-3). Pues atentos a las buenas obras, si no vigilamos solícitamente contra los espíritus malignos, padecemos a esos mismos burladores a quienes tenemos como persuasores para el mal. Pero porque se ha dado la comparación sobre la construcción del edificio, ahora se añade la semejanza de lo menor a lo mayor, para que por las cosas mínimas se valoren las mayores. Pues sigue: ¿O qué rey, que va a entablar batalla contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede con diez mil salir al encuentro del que viene contra él con veinte mil? De lo contrario, cuando aquel está todavía lejos, enviando una embajada, ruega las cosas que son de paz. Un rey viene contra otro rey de igual a igual al combate, y sin embargo, si considera que no puede ser

suficiente, envía una embajada y pide las cosas que son de paz. ¿Con qué lágrimas, por tanto, debemos esperar nosotros el perdón, que en aquel tremendo examen no venimos de igual a igual al juicio con nuestro Rey, a quienes ciertamente la condición, la debilidad y la causa nos muestran inferiores?

7. Pero quizás ya hemos cortado las culpas de la mala obra, ya evitamos exteriormente todo lo depravado; ¿somos suficientes para rendir razón de nuestro pensamiento? Pues se dice que viene con veinte mil aquel contra quien no es suficiente en modo alguno este que viene con diez mil. Diez mil respecto a veinte mil son la mitad respecto al doble. Nosotros, si progresamos mucho, apenas mantenemos nuestras obras exteriores en rectitud. Pues incluso si ya se ha cortado la lujuria de la carne, todavía no se ha cortado de raíz del corazón. Pero aquel que viene a juzgar juzga al mismo tiempo lo exterior y lo interior, valora por igual los hechos y los pensamientos. Con un ejército doble, por tanto, viene contra uno sencillo el que nos discute al mismo tiempo sobre la obra y el pensamiento a nosotros que apenas estamos preparados en la sola obra. ¿Qué hay que hacer, pues, hermanos, sino que, mientras vemos que no podemos ser suficientes con un ejército sencillo contra su ejército doble, mientras todavía está lejos enviemos una embajada y pidamos las cosas que son de paz? Pues se dice que está lejos aquel que todavía no se ve presente por el juicio. Enviemos a este como embajada nuestras lágrimas, enviemos obras de misericordia, sacrifiquemos

en su ara víctimas de aplacamiento, reconozcamos que no podemos contender con él en juicio; consideremos la fuerza de su fortaleza, pidamos las cosas que son de paz. Esta es nuestra embajada, que aplaca al rey que viene. Considerad, hermanos, cuán benigno es que aquel que puede oprimir con su venida tarde en venir. Enviemos a este, como hemos dicho, nuestra embajada, llorando, dando, ofreciendo hostias sagradas. Pues singularmente ayuda para nuestra absolución la hostia del altar sagrado ofrecida con lágrimas y benignidad de ánimo, porque aquel que resucitando de entre los muertos en sí mismo ya no muere, todavía padece de nuevo por nosotros en su misterio a través de esta. Pues cuantas veces le ofrecemos la hostia de su pasión, tantas veces reparamos para nosotros su pasión para nuestra absolución.

8. A muchos de vosotros, hermanos carísimos, creo que os ha sucedido conocer esto que quiero revocar a vuestra memoria narrándolo. Se cuenta que ocurrió no lejos de nuestros tiempos que uno, capturado por los enemigos, fue llevado lejos (Lib. IV Diál., cap. 57); y como estuviera retenido mucho tiempo en cadenas, su mujer, al no recibirlo de aquel mismo cautiverio, lo creyó muerto. Por el cual, ya como por muerto, procuraba ofrecer hostias cada semana. Cuyas cadenas se soltaban en el cautiverio tantas veces cuantas hubieran sido ofrecidas hostias por su cónyuge para la absolución de su alma. Pues vuelto mucho tiempo después, maravillándose mucho, indicó a su mujer que en ciertos días, cada semana,

sus cadenas se soltaban. Cuyos días y horas examinando su mujer, entonces lo reconoció libre cuando recordaba que el sacrificio había sido ofrecido por él. De aquí, por tanto, hermanos carísimos, de aquí colegid con firme consideración cuánto puede en nosotros soltar la ligadura del corazón la hostia sagrada ofrecida por nosotros, si ofrecida por otro pudo soltar en otro las cadenas del cuerpo.

9. Muchos de vosotros, hermanos carísimos, conocisteis a Casio, obispo de la ciudad de Narni, cuya costumbre era ofrecer hostias cotidianas a Dios, de tal modo que casi no pasaba ningún día de su vida en el que no inmolara a Dios omnipotente una hostia de aplacamiento (Lib. IV Diál., cap. 56). Con cuyo sacrificio también concordaba mucho su vida. Pues distribuyendo en limosnas todo lo que tenía, cuando llegaba la hora de ofrecer el sacrificio, como deshaciéndose todo en lágrimas, se inmolaba a sí mismo con gran contrición de corazón. Cuya vida y muerte conocí por el relato de cierto diácono de venerada vida, que había sido educado por él. Decía, en efecto, que una noche el Señor se presentó a su presbítero en visión, diciendo: Ve y di al obispo: Haz lo que haces, trabaja lo que trabajas, no cese tu pie, no cese tu mano; en el natalicio de los Apóstoles vendrás a mí, y te daré tu recompensa. Se levantó el presbítero, pero porque el día natalicio de los Apóstoles estaba inminente y cercano, temió anunciar al obispo el día de una muerte tan próxima. Otra noche volvió el Señor, e incrementó vehementemente el castigo por su desobediencia, y repitió

las mismas palabras de su mandato. Entonces el presbítero se levantó para ir, pero de nuevo la debilidad del corazón fue impedimento para indicar la revelación; y descuidó ir incluso ante la amonestación del mandato repetido, y manifestar lo que había visto. Pero porque a una gran mansedumbre de gracia despreciada suele seguir una mayor ira de venganza, apareciéndose el Señor en una tercera visión, ya añadió azotes a las palabras, y fue castigado con tan severo azote que las heridas del cuerpo ablandaran en él la dureza del corazón. Se levantó, pues, instruido por el azote, fue al obispo y lo encontró, como de costumbre, junto al sepulcro del bienaventurado mártir Juvenal, disponiéndose a ofrecer el sacrificio; pidió apartarse de los circunstantes y se postró a sus pies. Y como el obispo apenas pudiera levantarlo hacia sí, mientras lloraba copiosamente, procuró conocer las causas de las lágrimas. Aquel, para relatar el orden de la visión, primero bajó el vestido de los hombros, descubrió las llagas del cuerpo, por así decir, testigos de la verdad y de la culpa, y mostró con cuánta severidad de rigor los azotes recibidos habían surcado sus miembros con el cardenal infligido. Tan pronto como el obispo vio esto, se horrorizó, y con voces de gran estupor inquirió quién se había atrevido a hacerle tales cosas. Él respondió que había padecido aquello por él mismo. Creció la admiración con el terror; pero ya el presbítero, sin añadir demoras a su interrogatorio, abrió el secreto de la revelación y le narró las palabras del mandato dominical según lo que había oído, diciendo: Haz lo que haces,

trabaja lo que trabajas, no cese tu mano, no cese tu pie; en el natalicio de los Apóstoles vendrás a mí, y te daré tu recompensa. Al oír esto, el obispo se postró en oración con gran contrición de corazón, y él, que había venido a la hora tercia para ofrecer el sacrificio, prolongó esto hasta la hora nona por la magnitud de la oración extendida. Y desde aquel día crecieron en él más y más las ganancias de la piedad; y se hizo tan fuerte en la obra como seguro por el premio, puesto que ya había empezado a tener como deudor por aquella promesa a aquel de quien él mismo había sido deudor. Tenía este la costumbre, cada año, de venir a Roma el día del natalicio de los Apóstoles; y ya receloso por esta revelación, no quiso venir según la costumbre. Por el mismo tiempo, pues, estuvo solícito, y también el segundo o el tercer año estuvo en suspenso esperando su muerte; y el cuarto, el quinto y el sexto igualmente. El cual ya podía desesperar de la verdad de la revelación si los azotes no hubieran dado fe a las palabras. He aquí que al séptimo año llegó incólume hasta las sagradas vigilias del esperado natalicio; pero un leve calor le tocó en las vigilias, y el mismo día natalicio, esperándole sus hijos, rehusó poder cumplir las solemnidades de las misas. Pero ellos, porque estaban igualmente recelosos de su fallecimiento, vinieron todos juntos a él, obligándose unánimemente a no consentir de ningún modo que aquel día se celebraran las solemnidades de las misas si su mismo antífona no accedía como intercesor ante el Señor por ellos. Entonces él, compelido, celebró misas en el oratorio del obis-

pado y dio con su mano el cuerpo del Señor y la paz a todos. El cual, terminado todo el ministerio del sacrificio ofrecido, volvió al lecho y, yaciendo allí, al ver a sus sacerdotes y ministros alrededor, como diciendo el último adiós, les amonestaba sobre guardar el vínculo de la caridad y predicaba con cuánta concordia debían unirse entre sí. Cuando de pronto, entre aquellas mismas palabras de santa exhortación, clamó con voz terrible, diciendo: Es la hora. E inmediatamente dio él mismo un lienzo a los asistentes para que, según la costumbre de los moribundos, se le extendiera ante la cara. Extendido el cual, emitió el espíritu, y así aquella alma santa, llegando a los gozos eternos, se soltó de la corrupción de la carne. ¿A quién, hermanos carísimos, a quién imitó este varón en su muerte sino a aquel a quien había contemplado en su vida? Pues diciendo: Es la hora, salió del cuerpo, porque también Jesús, terminadas todas las cosas, cuando hubo dicho: Consumado es, inclinada la cabeza, entregó el espíritu (Jn 19, 30). Lo que, pues, el Señor hizo por potestad, esto hizo el siervo por vocación.

10. Ved qué paz de gracia hizo con el Rey que viene aquella embajada enviada con hostias cotidianas, limosnas y lágrimas. Renuncie, pues, a todo quien pueda. Pero quien no puede renunciar a todo, mientras el Rey está todavía lejos, envíe una embajada, ofrezca dones de lágrimas, de limosnas, de hostias. Pues desea ser aplacado con ruegos aquel que sabe que no puede ser soportado cuando está airado. El que todavía demore en venir, sostiene una embajada de paz. Pues ya

habría venido si quisiera, y habría aniquilado a todos sus adversarios. Pero indica cuán terrible vendrá, y sin embargo tarda en venir, porque no quiere encontrar a quienes castigar. Nos denuncia el reato de nuestro desprecio, diciendo: Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo; y sin embargo confiere el remedio de la esperanza de salvación, porque quien no puede ser soportado por la ira, quiere ser aplacado por la embajada de la paz pedida. Lavad, pues, hermanos carísimos, las manchas de los pecados con lágrimas, limpiadlas con limosnas, expiadlas con las sagradas hostias. No poseáis por el deseo lo que todavía mínimamente habéis dejado por el uso. Fijad la esperanza solo en el Redentor, pasad con la mente a la patria eterna. Pues si ya nada poseéis en este mundo amándolo, también poseyendo todas las cosas las habéis dejado. Que él mismo nos conceda los gozos deseados, él que nos confirió los remedios de la paz eterna, Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXVIII.

Pronunciada ante el pueblo en la basílica del bienaventurado Clemente mártir.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN MATEO XXII, 1-13.

En aquel tiempo, hablaba Jesús a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos en parábolas, diciendo: Semejante es el reino de los cielos a un hombre rey que hizo bodas a su hijo, y envió a sus siervos a llamar a los invitados a las bodas, y no querían venir. De nuevo envió otros siervos, diciendo: Decid a los invitados: He aquí que he preparado mi comida, mis toros y mis animales cebados han sido matados, y todo está listo, venid a las bodas. Pero ellos lo descuidaron y se fueron, uno a su villa, y otro a su negocio; los demás, en cambio, echaron mano a sus siervos y, tras afrentarlos, los mataron. El rey, al oírlo, se airó; y, enviando sus ejércitos, perdió a aquellos homicidas e incendió su ciudad. Entonces dice a sus siervos: Las bodas, por cierto, están preparadas, pero los que habían sido invitados no fueron dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos encontréis llamadlos a las bodas. Y saliendo sus siervos a los caminos, congregaron a todos los que encontraron, malos y buenos, y se llenaron las bodas de comensales. Entró entonces el rey para ver a los comensales; y vio allí a un hombre no vestido con vestidura nupcial, y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí no teniendo vestidura nupcial? Pero él enmudeció. Entonces dijo el rey a los ministros: Atadas sus manos y sus pies, echadlo a las tinieblas exteriores. Allí será el llanto y el crujir de dientes. Porque muchos son los llamados, pero pocos los elegidos.

1. Deseo, hermanos carísimos, si puedo, recorrer con brevedad el texto de la lectura evangélica, para que al final de ella pueda estar libre para

hablar más largamente. Pero debe preguntarse primero si esta lectura en Mateo es la misma que se describe en Lucas bajo la apelación de cena (Lc 14, 16, sig.). Y ciertamente hay algunas cosas que parecen ser disonantes entre sí, porque aquí se menciona una comida (*prandium*), allí una cena (*coena*); aquí fue rechazado el que entró a las bodas no con vestiduras dignas, allí se afirma que ninguno de los que se dice que entraron fue rechazado. Por lo cual se colige rectamente que tanto aquí por las bodas se designa a la Iglesia presente, como allí por la cena el convite eterno y último, porque tanto a esta entran algunos que han de salir, como a aquel quienquiera que haya entrado una vez no saldrá más. Pero si alguno por acaso contendiera que esta es la misma lectura, yo juzgo mejor, salva la fe, ceder al intelecto ajeno que servir a las contiendas, puesto que también puede entenderse congruentemente que Mateo dijo sobre aquel expulsado que no había venido con vestidura nupcial lo que Lucas calló. El que por aquel se diga cena, pero por este comida, de ningún modo esto se opone a nuestra inteligencia, porque como entre los antiguos se hacía diariamente la comida a la hora nona, esa misma comida era llamada también cena.

2. Pero recuerdo haber dicho ya a menudo que frecuentemente en el santo Evangelio se llama reino de los cielos a la Iglesia presente. Pues la congregación de los justos es llamada reino de los cielos. Porque pues por el profeta dice el Señor: *El cielo es mi trono* (Is 66, 1); y Salomón dice: *El alma del justo es el trono de la sabiduría* (Sab

7, 27); Pablo también dice: *Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios* (1 Cor 1, 24); debemos colegir claramente que si Dios es sabiduría, pero el alma del justo el trono de la sabiduría, al decirse que el cielo es el trono de Dios, el cielo es, por tanto, el alma del justo. De aquí que por el Salmista se diga de los santos predicadores: *Los cielos cuentan la gloria de Dios* (Sal 18, 2). El reino de los cielos es, pues, la Iglesia de los justos, porque mientras sus corazones nada ambicionan en la tierra, por esto que suspiran por las cosas de arriba, ya reina en ellos el Señor como en las celestiales. Dígase, pues: *Semejante es el reino de los cielos a un hombre rey que hizo bodas a su hijo.*

3. Ya comprende vuestra caridad quién es este rey, padre del hijo del rey: aquel sin duda a quien el Salmista dice: *Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey* (Sal 71, 1). *Que hizo bodas a su hijo.* Pues entonces Dios Padre hizo bodas a Dios su Hijo, cuando lo unió a la naturaleza humana en el útero de la Virgen, cuando quiso que Dios antes de los siglos se hiciera hombre al fin de los siglos. Pero porque esta conjunción suele hacerse de dos personas, esté esto lejos de nuestros intelectos, que creamos unida de dos personas la persona de Dios y de hombre de nuestro Redentor Jesucristo. Pues decimos que él existe de dos y en dos naturalezas; pero evitamos como un nefando error que se crea compuesto de dos personas. Más clara y seguramente, pues, puede decirse que en esto el Padre hizo bodas al Rey el Hijo, en que le asoció la santa Iglesia por el misterio de la encarnación. El útero de la Virgen madre fue el tálamo

(*thalamus*) de este esposo. De donde también el Salmista dice: *En el sol puso su tabernáculo, y él como esposo que sale de su tálamo* (Sal 18, 6). Como esposo, en efecto, salió de su tálamo, porque para unir a sí la Iglesia, Dios encarnado salió del útero incorrupto de la Virgen. Envió, pues, a sus siervos para que invitaran a los amigos a estas bodas. Envió una vez, envió otra vez porque hizo a los predicadores de la encarnación dominical tanto primero a los profetas como después a los apóstoles. Dos veces, pues, envió a los siervos a invitar, porque tanto dijo por los profetas que la encarnación del Unigénito había de ser, como anunció por los apóstoles que ya estaba hecha. Pero porque estos que fueron invitados primero no quisieron venir al convite de las bodas, en la segunda invitación ya se dice: *He aquí que he preparado mi comida, mi toros y mis animales cebados han sido matados, y todo está listo.*

4. ¿Qué entendemos en los toros o en los animales cebados, hermanos carísimos, sino a los padres del Nuevo y del Antiguo Testamento? Porque como hablo al vulgo, es necesario que yo también explique las mismas palabras de la lectura evangélica. Pues llamamos animales cebados (*altilia*) a los que están engordados (*saginata*); pues de aquello que es alimentar (*alere*), llamamos *altilia* como si fueran *alitilia*. Como en verdad (23, q. 4, cap. 16) esté escrito en la ley: *Amarás a tu amigo, y odiarás a tu enemigo* (Mt 5, 43; Lv 19, 18), se había concedido entonces licencia a los justos para que reprimieran a los adversarios de Dios y a los

suyos con cuanta virtud pudieran, y los hirieran por el derecho de la espada. Lo cual en el Nuevo Testamento sin duda se refrena, cuando la Verdad misma predica, diciendo: *Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian* (Mt 5, 44). ¿Quiénes son, pues, significados por los toros sino los padres del Antiguo Testamento? Pues mientras habían recibido por permiso de la ley el herir a sus adversarios con la retribución del odio, por así decirlo, ¿qué otra cosa eran sino toros, que herían a sus enemigos con el cuerno de la virtud corporal? ¿Pero qué se figura por los animales cebados sino los padres del Nuevo Testamento, quienes mientras perciben la gracia de la gordura interna, esforzándose desde los deseos terrenos, se elevan a las cosas sublimes de su contemplación con alas? Pues poner el pensamiento en lo ínfimo, ¿qué otra cosa es sino una cierta aridez de mente? Pero los que por el entendimiento de las cosas celestiales ya se alimentan con el manjar de la delicia íntima sobre las cosas de arriba a través de los deseos santos, engordan como con un alimento más copioso. Pues de esta gordura había deseado el Profeta ser saciado, cuando decía: *Como de ensundia y de gordura sea llena mi alma* (Sal 62, 6). Como, pues, los predicadores de la encarnación dominical enviados sufrieron persecución de los infieles, tanto primero los profetas como después los santos apóstoles, se dice a los invitados y que no quieren venir: *Mis toros y mi animales cebados han sido matados, y todo está listo.* Como si se dijera más claramente: Mirad las muertes de los padres precedentes,

y pensad en los remedios de vuestra vida. Pero debe notarse que en la primera invitación nada se dice de los toros y animales cebados, pero en la segunda ya se menciona que los toros y animales cebados han sido inmolados, porque Dios omnipotente, cuando no queremos oír sus palabras, añade ejemplos, para que todo lo que creemos imposible se nos haga tanto más fácil de esperar, cuanto oímos que ya otros pasaron por ello.

5. Sigue: *Pero ellos lo descuidaron y se fueron, uno a su villa, y otro a su negocio.* Ir a la villa es, en efecto, entregarse inmoderadamente al trabajo terreno; pero ir al negocio es ansiar las ganancias de las acciones seculares. Porque como uno atento al trabajo terreno, pero otro dedicado a las acciones de este mundo, disimula pensar en el misterio de la encarnación dominical y vivir según él, como marchando a la villa o al negocio, rehúsa venir a las bodas del rey. Y a menudo, lo que es más grave, algunos no solo rechazan la gracia del que llama, sino que también lo persiguen. Por lo cual también se añade: *Los demás, en cambio, echaron mano a sus siervos y, tras afrentarlos, los mataron.* Pero el rey, al conocer esto, enviando sus ejércitos, perdió a aquellos homicidas e incendió su ciudad. Pierde a los homicidas porque aniquila a los perseguidores. Incendia su ciudad con fuego, porque no solo sus almas, sino también la carne en la que habían habitado, es atormentada en la llama eterna de la gehena. Se dice que extinguió a los homicidas enviando ejércitos porque en los hombres todo juicio se ejerce por medio de los ángeles. Pues ¿qué son

aquellas legiones de ángeles sino los ejércitos de nuestro Rey? Por lo cual también el mismo rey es llamado Señor de los Ejércitos (*Dominus Sabaoth*). Pues *Sabaoth* se interpreta "de los ejércitos". Envía, pues, un ejército para perder a sus adversarios, porque sin duda el Señor ejerce la venganza por medio de los ángeles. Cuya potencia de venganza oían entonces nuestros padres, pero nosotros ya la discernimos. ¿Dónde están, pues, aquellos soberbios perseguidores de los mártires? ¿Dónde aquellos que habían levantado la cerviz del corazón contra su Creador y se hinchaban con la gloria mortífera de este mundo? He aquí que ya la muerte de los mártires florece en la fe de los que viven, y aquellos que se gloriaron contra ellos de su crueldad de ningún modo vienen a nuestra memoria o están en el número de los muertos. Por los hechos, pues, conocemos lo que oímos en parábolas.

6. Pero aquel que ve que es despreciado por el invitado, no tendrá vacías las bodas del rey su hijo. Envía a otros, porque aunque trabaje en algunos, sin embargo alguna vez la palabra de Dios encontrará donde descansar. Por lo cual también se añade: *Entonces dice a sus siervos: Las bodas, por cierto, están preparadas, pero los que habían sido invitados no fueron dignos.* *Id, pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos encontréis llamadlos a las bodas.* Si en la sagrada Escritura tomamos los caminos por acciones, por las salidas de los caminos entendemos los fallos de las acciones, porque aquellos por lo general vienen fácilmente a Dios a quienes ninguna prosperidad

acompaña en los actos terrenos. Sigue: *Y saliendo sus siervos a los caminos, congregaron a todos los que encontraron, malos y buenos, y se llenaron las bodas de comensales.*

7. He aquí que ya por esa misma calidad de los comensales se muestra abiertamente que por estas bodas del rey se designa a la Iglesia presente, en la cual conviven los buenos con los malos. Está, en efecto, mezclada con una diversidad de hijos, porque de tal modo engendra a todos a la fe, que sin embargo no a todos conduce, por el cambio de vida, a la libertad de la gracia espiritual, exigiéndolo sus culpas. Pues mientras vivimos aquí, es necesario que recorramos mezclados el camino del presente siglo. Pero entonces somos discernidos, cuando llegamos. Pues los buenos solos en ninguna parte están sino en el cielo; y los malos solos en ninguna parte están sino en el infierno. Pero esta vida (23, q. 4, c. 15) que está situada entre el cielo y el infierno, así como subsiste en medio, así recibe en común a los ciudadanos de ambas partes; a los cuales, sin embargo, la santa Iglesia tanto ahora recibe indistintamente, como después discierne en la salida. Si, pues, sois buenos, mientras subsistáis en esta vida, tolerad con ecuanimidad a los malos. Pues quienquiera que no tolera a los malos, él mismo es testigo para sí por su intolerancia de que no es bueno. Pues rehúsa ser Abel aquel a quien la malicia de Caín no ejercita. Así, en la trilla de la era, los granos son oprimidos bajo la paja; así las flores nacen entre las espinas, y la rosa que huele bien crece con la espina que punza. Dos hijos tuvo, en efecto, el

primer hombre; pero uno de estos fue elegido, el otro fue réprobo (Génesis 4). El arca contuvo a tres hijos de Noé; pero dos de estos fueron elegidos, y uno fue réprobo (Génesis 9). Abraham tuvo dos hijos; pero uno fue elegido, el otro fue réprobo (Génesis 21). Isaac tuvo dos hijos; pero uno fue elegido, el otro reprobado (Génesis 27). Doce hijos tuvo Jacob; pero de estos uno fue vendido por su inocencia, mientras que los otros por su malicia fueron los vendedores del hermano (Génesis 37). Doce apóstoles fueron elegidos; pero uno fue mezclado en ellos que probara, once que fueran probados (Jn 6, 71). Siete son los diáconos ordenados por los apóstoles (Hch 6, 5); pero permaneciendo seis en la recta fe, uno existió como autor del error (Ap 2, 6). En esta Iglesia, pues, ni los malos pueden estar sin los buenos, ni los buenos sin los malos. Traed, pues, a la mente los tiempos pasados, hermanos carísimos, y fortaleceos para la tolerancia de los malos. Pues si somos hijos de los elegidos, resta que sea necesario que caminemos por sus ejemplos. Pues no fue bueno aquel que rehusó tolerar a los malos. De aquí es, en efecto, lo que el bienaventurado Job afirma de sí mismo, diciendo: *Fui hermano de los dragones y compañero de los avestruces* (Job 30, 29). De aquí se dice por Salomón con la voz del esposo a la santa Iglesia: *Como el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas* (Cant 2, 2). De aquí dice el Señor a Ezequiel: *Hijo de hombre, incrédulos y subversores están contigo, y habitas con escorpiones* (Ez 2, 6). De aquí Pedro glorifica la vida del bienaventurado Lot, diciendo: *Y libró

al justo Lot, oprimido por la injuria y la conducta de los malvados; pues por lo que veía y oía era justo, habitando entre aquellos que de día en día atormentaban el alma justa con obras inicuas* (2 Pe 2, 7. 8, sig.). De aquí Pablo alaba y fortalece la vida de los discípulos, diciendo: *En medio de una nación depravada y perversa, entre los cuales lucís como luminares en el mundo, conteniendo la palabra de vida* (Flp 2, 15). De aquí Juan atestigua a la Iglesia de Pérgamo, diciendo: *Sé dónde habitas, donde está la sede de Satanás, y mantienes mi nombre, y no has negado mi fe* (Ap 2, 13). He aquí, hermanos carísimos, que recorriendo casi todas las cosas conocemos que no fue bueno aquel a quien la perversidad de los malos no probó. Pues, por así decirlo, el hierro de nuestra alma de ningún modo se conduce a la sutileza de la punta si no ha borrado esto la lima de la perversidad ajena.

8. Pero no debe aterraros que en la Iglesia haya muchos malos y sean pocos los buenos, porque el arca en las ondas del diluvio, que fue tipo de esta Iglesia, fue tanto amplia en lo inferior como estrecha en lo superior, la cual en su cima llegó a crecer hasta la medida de un codo. Se cree, en efecto, que abajo tuvo cuadrúpedos y reptiles, pero arriba aves y hombres. Allí fue ancha, donde tuvo bestias; allí estrecha, donde conservó a los hombres, porque sin duda la santa Iglesia en las cosas carnales es amplia, en las espirituales estrecha. Pues donde tolera las costumbres bestiales de los hombres, allí relaja su seno más ampliamente. Pero donde tiene a aquellos que se

apoyan en la razón espiritual, allí ciertamente es conducida a lo sumo, pero sin embargo, porque son pocos, se estrecha. Ancha es, en efecto, la vía que conduce a la perdición, y muchos son los que van por ella; y estrecha es la que conduce a la vida, y pocos son los que la encuentran (Mt 7, 13). Hasta tal punto se estrecha el arca en lo más alto, hasta que es conducida a la medida de un codo, porque en la santa Iglesia cuantos más santos son cada uno, tanto más pocos. La cual en lo sumo es conducida a aquel que solo entre los hombres, y sin comparación de otro, nació santo. El cual, según la voz del Salmista, *se ha hecho como pájaro solitario en el edificio* (Sal 101, 8). Por tanto, tanto más deben ser tolerados los malos cuanto más abundan, porque también en la trilla de la era pocos son los granos que se guardan para los hórreos, y grandes los montones de paja que son quemados por el fuego.

9. Pero porque ya, por concesión del Señor, habéis entrado en la casa de las bodas, esto es, en la santa Iglesia, mirad con diligencia, hermanos, no sea que el rey al entrar reprenda algo en el hábito de vuestra mente. Pues con gran temor de corazón debe pensarse lo que se añade a continuación: *Entró entonces el rey para ver a los comensales; y vio allí a un hombre no vestido con vestidura nupcial.* ¿Qué pensamos, hermanos carísimos, que se expresa por la vestidura nupcial? Pues si llamamos vestidura nupcial al bautismo o a la fe, ¿quién entró a estas bodas sin bautismo y fe? Pues por eso mismo está fuera, porque aún no ha creído. ¿Qué debemos enten-

der, pues, por vestidura nupcial, sino la caridad? Entra, pues, a las bodas, pero no entra con vestidura nupcial aquel que asistiendo en la santa Iglesia tiene fe, pero no tiene caridad. Con razón se llama a la caridad vestidura nupcial, porque nuestro Creador la tuvo en sí mismo cuando vino a las bodas para asociarse a la Iglesia. Pues solo por el amor de Dios se hizo que su Unigénito uniera a sí las mentes de los hombres elegidos. De donde también dice Juan: *Pues de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito por nosotros* (Jn 3, 16). Aquel, pues, que por la caridad vino a los hombres, dio a conocer que esa misma caridad es la vestidura nupcial. Todo aquel de vosotros, pues, que puesto en la Iglesia ha creído en Dios, ya entró a las bodas; pero no vino con vestidura nupcial si no custodia la gracia de la caridad. Y ciertamente, hermanos, si alguno fuera invitado a unas bodas carnales, cambiaría de vestido, mostraría por el mismo decoro de su hábito que se alegra con el esposo y la esposa, se avergonzaría de aparecer entre los que se alegran y celebran las fiestas con vestidos despreciables. Nosotros venimos a las bodas de Dios, y disimulamos cambiar el vestido del corazón. Se alegran juntos los ángeles cuando los elegidos son asuntados al cielo. ¿Con qué mente, pues, contemplamos estas fiestas espirituales nosotros que no tenemos la vestidura nupcial, esto es, la caridad, que sola nos muestra hermosos?

10. Pero debe saberse que así como en dos maderos, el superior y el inferior a saber, se teje el vestido, así en dos preceptos se tiene la caridad,

es decir, en el amor a Dios y al prójimo. Pues está escrito: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza; y a tu prójimo como a ti mismo* (Mc 12, 30, de Dt 6, 5). En lo cual debe notarse que en el amor al prójimo se pone una medida de amor, cuando se dice: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*; pero el amor de Dios no se restringe por ninguna medida, cuando se dice: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza.* Pues no se manda a cada uno cuánto ame, sino desde cuánto, cuando se dice: *Con todo*, porque verdaderamente ama a Dios aquel que no se deja nada de sí mismo para sí. Es necesario, pues, que cualquiera que se cuide de tener en las bodas la vestidura nupcial guarde estos dos preceptos de la caridad. De aquí es, en efecto, que en el profeta Ezequiel, el vestíbulo de la puerta de la ciudad misma situada en el monte se mide por dos codos (Ez 40, 9), porque sin duda no se nos abre el acceso a la ciudad celestial si en esta Iglesia, que por lo que todavía está fuera se llama vestíbulo, no se mantiene el amor de Dios y del prójimo. De aquí es que se manda entretejer escarlata dos veces teñida (*coccus bis tinctus*) en las cortinas del tabernáculo (Ex 26, 1). Vosotros sois, hermanos, vosotros sois las cortinas del tabernáculo, que por la fe veláis los secretos celestiales en vuestros corazones. Pero en las cortinas del tabernáculo debe estar la escarlata dos veces teñida. La escarlata tiene, en efecto, apariencia de fuego. ¿Pero qué es la caridad sino fuego? Pero esa caridad debe ser dos veces teñida,

para que se tiña tanto por el amor de Dios como por el amor del prójimo. Pues aquel que de tal modo ama a Dios que por la contemplación de él descuida al prójimo, es ciertamente escarlata, pero no es dos veces teñida. De nuevo, aquel que de tal modo ama al prójimo que sin embargo deja la contemplación de Dios por el amor de aquel, es escarlata, pero no es dos veces teñida. Para que, pues, vuestra caridad pueda ser escarlata dos veces teñida, enciéndase tanto al amor de Dios como al amor del prójimo, a fin de que ni por la compasión del prójimo deje la contemplación de Dios, ni adhiriéndose más de lo que debe a la contemplación de Dios, deseche la compasión del prójimo. Así pues, todo hombre que vive entre hombres, anhele de tal modo a aquel a quien desea, que sin embargo no desampare a este con quien corría; y de tal modo preste auxilio a este, que de ningún modo se entorpezca hacia aquel a quien se apresuraba.

11. Debe saberse también que el mismo amor al prójimo se subdivide en dos preceptos, pues dice cierto sabio: *Todo lo que odias que se te haga a ti, mira que tú mismo no lo hagas a otro* (Tobías 4, 16). Y por sí misma la Verdad predica, diciendo: *Todo lo que queréis que los hombres os hagan a vosotros, hacedlo vosotros también a ellos* (Mt 7, 12). Pues si tanto lo que rectamente queremos que se nos otorgue, esto lo impartimos a los demás, como lo que no queremos que se nos haga, esto nosotros mismos evitamos hacérselo a los demás, guardamos ilesos los derechos de la caridad. Pero nadie, cuando ama a alguien, piense que tiene

enseguida la caridad si no examina primero la fuerza misma de su amor. Pues si alguien ama a quien sea, pero no lo ama por Dios, no tiene la caridad, sino que cree tenerla. La caridad verdadera es, en cambio, cuando tanto se ama al amigo en Dios, como se ama al enemigo por Dios. Pues ama por Dios a los que ama aquel que ya sabe amar también a aquellos por quienes no es amado. Pues la caridad suele probarse solo por la adversidad del odio. De donde también por sí mismo dice el Señor: *Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian* (Lc 6, 27). Ama, pues, con seguridad aquel que ama por Dios a aquel por quien comprende que no es amado. Grandes son estas cosas, altas son estas cosas, y difíciles de mostrar para muchos, pero sin embargo esta es la vestidura nupcial. Quienquiera que, recostado en las bodas, no tenga esta, tema ya solícito, al entrar el rey, cuándo sea enviado fuera. He aquí que se dice: *Entró el rey a las bodas para ver a los comensales, y vio allí a un hombre no vestido con vestidura nupcial.* Nosotros somos, hermanos carísimos, los que estamos recostados en las bodas del Verbo, los que ya tenemos fe en la Iglesia, los que nos alimentamos con los banquetes de la sagrada Escritura, los que nos alegramos de que la Iglesia esté unida a Dios. Considerad, os ruego, si habéis venido a estas bodas con vestidura nupcial, discutid vuestros pensamientos con solícita inquisición. Pesad vuestros corazones sobre cada una de las cosas, si ya no tenéis odio contra nadie, si no os encendéis con ninguna antorcha de envi-

dia contra la felicidad ajena, si por oculta malicia no os apresuráis a dañar a nadie.

12. He aquí que el rey entra a las bodas y contempla el hábito de nuestro corazón, y a aquel a quien no encuentra vestido de caridad, al punto airado le dice: *Amigo, ¿cómo entraste aquí no teniendo vestidura nupcial?* Es muy de admirar, hermanos carísimos, que a este lo llame amigo y lo repruebe, como si le dijera más claramente: Amigo y no amigo; amigo por la fe, pero no amigo por la obra. *Pero él enmudeció*, porque, lo que no puede decirse sin gemido, en aquel rigor de la última reprensión cesa todo argumento de excusa, puesto que aquel reprende por fuera el cual, como testigo de la conciencia, acusa al ánimo por dentro. Pero entre estas cosas debe saberse que quienquiera que tenga esta vestidura de la virtud, pero sin embargo todavía no la tenga perfectamente, no debe desesperar del perdón a la entrada del piadoso rey, porque él mismo también dándonos esperanza por el Salmista, dice: *Tus ojos vieron mi ser imperfecto, y en tu libro todos serán escritos* (Sal 138, 16). Pero porque hemos dicho estas pocas cosas en consuelo del que la tiene y está débil, ahora volvamos las palabras a aquel que de ningún modo tiene esta. Sigue:

13. Entonces el rey dijo a los ministros: Atadlo de pies y manos y arrojadlo a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes. Se atan entonces los pies y las manos por el rigor de la sentencia, los cuales ahora no quisieron ser atados de las obras depravadas mediante la mejora

de la vida. O ciertamente, entonces la pena ata a quienes ahora la culpa ató de las buenas obras. Pues los pies que descuidan visitar al enfermo, las manos que nada otorgan a los necesitados, ya están atados de la buena obra por voluntad. Los que, por tanto, ahora se atan espontáneamente en el vicio, entonces son atados a su pesar en el suplicio. Bien se dice, además, que sea arrojado a las tinieblas exteriores. Pues llamamos tinieblas interiores a la ceguera del corazón, y tinieblas exteriores a la noche eterna de la condenación. Entonces, pues, cada condenado es enviado no a las tinieblas interiores, sino a las exteriores, porque allí es arrojado contra su voluntad a la noche de la condenación aquel que aquí cayó espontáneamente en la ceguera del corazón. Donde también se dice que hay llanto y crujir de dientes, para que allí crujan los dientes que aquí se gozaban en la glotonez; allí lloren los ojos que aquí se ocupaban en las ilícitas concupiscencias; a fin de que cada uno de los miembros yazga sujeto al suplicio, los cuales aquí servían sujetos a cada uno de los vicios.

14. Pero rechazado uno, en quien evidentemente se expresa todo el cuerpo de los malvados, se añade enseguida una sentencia general, por la cual se dice: Porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos. Es muy de temer, hermanos carísimos, lo que hemos oído. He aquí que todos nosotros, ya llamados por la fe, hemos venido a las bodas del rey celestial, creemos y confesamos el misterio de su encarnación, tomamos los banquetes del Verbo divino, pero en el

futuro día del juicio el rey ha de entrar. Que somos llamados, lo sabemos; si somos escogidos, lo ignoramos. Por tanto, es necesario que cada uno de nosotros se humille tanto más cuanto que ignora si es escogido. Pues algunos ni siquiera comienzan lo bueno, algunos, en cambio, de ningún modo persisten en lo bueno que comenzaron. Se ve a uno llevar casi toda la vida en la depravación, pero cerca del fin de la vida es apartado de su depravación por los lamentos de una penitencia rigurosa; otro parece llevar una vida escogida, y sin embargo le sucede declinar hacia la iniquidad del error cerca del fin de la vida. Otro comienza bien lo bueno y lo consuma mejor; otro se arroja en actos malos desde la edad temprana, y en las mismas obras se consuma siempre peor que sí mismo. Por tanto, cada uno tema solícito por sí mismo tanto cuanto ignora lo que resta, porque, como debe decirse a menudo y retenerse sin olvido: Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos.

15. Pero porque a veces los ejemplos de los fieles convierten las mentes de los oyentes más que las palabras de los que enseñan, quiero deciros algo cercano, que vuestros corazones oigan tanto más temerosamente cuanto que esto les suena de cerca. Pues no decimos cosas hechas hace mucho tiempo, sino que recordamos aquellas de las cuales existen testigos, y que relatan haber estado presentes en ellas.

Mi padre tuvo tres hermanas, las cuales tres fueron vírgenes consagradas: de las cuales una se llamaba Tarsila, otra Gordiana, otra Emiliana.

Todas convertidas por un mismo ardor, consagradas en un mismo tiempo, viviendo bajo rigor regular, llevaban vida social en su propia casa (Libro IV de los Diálogos, cap. 16). Y habiendo estado por largo tiempo en la misma conversación, comenzaron Tarsila y Emiliana a crecer con incrementos diarios en el amor de su creador, y, estando aquí solo con el cuerpo, a pasar diariamente con el ánimo a lo eterno. Pero, por el contrario, el ánimo de Gordiana comenzó a entibiarse del calor del amor íntimo por diarios detrimentos, y poco a poco a volver al amor de este siglo. A menudo Tarsila solía decir a su hermana Emiliana con gran gemido: Veo que nuestra hermana Gordiana no es de nuestra suerte; pues considero que fluye hacia fuera, y no custodia el corazón para lo que se propuso. A la cual procuraban corregir con suave redargución diaria, y reformar de la levedad de las costumbres a la gravedad de su hábito. Ella, por cierto, reasumía súbitamente un rostro de gravedad entre las palabras de corrección, pero cuando pasaba la hora de la misma corrección, pasaba al punto también la sobrepuesta gravedad de la honestidad, y pronto volvía a las palabras ligeras. Se gozaba en la sociedad de muchachas laicas, y le era persona muy onerosa cualquiera que no estuviera dedicada a este mundo. Una noche, a esta Tarsila, mi tía, que entre sus hermanas había crecido en el honor y cumbre de la santidad por la virtud de la oración continua, del estudio de la aflicción, de la abstencia singular, venerable por la gravedad de vida, según ella misma relató, se le apareció en

visión mi antepasado Félix, prelado de esta Iglesia Romana, y le mostró una mansión de perpetua claridad, diciendo: Ven, porque en esta mansión de luz te recibo. Ella, al punto atacada por una fiebre subsiguiente, llegó al día extremo. Y así como convienen muchos a las mujeres y hombres nobles que mueren para consolar a sus allegados, en la misma hora de su partida muchos hombres y mujeres rodearon su lecho, entre las cuales estuvo también presente mi madre; cuando súbitamente, mirando hacia arriba, vio a Jesús que venía, y con gran atención comenzó a clamar a los circunstantes, diciendo: Retiraos, retiraos, Jesús viene. Y mientras fijaba la vista en aquel a quien veía, aquella alma santa fue desatada de la carne; y súbitamente se esparció tanta fragancia de un olor admirable, que la misma suavidad mostraba a todos que allí había venido el autor de la suavidad. Y cuando su cuerpo, según la costumbre de los muertos, fue desnudado para ser lavado, por el largo uso de la oración se halló que en sus codos y rodillas, al modo de los camellos, había crecido una piel endurecida, y lo que su espíritu viviente siempre hizo, la carne muerta lo testificaba. Esto sucedió antes del día de Navidad. Pasado este, pronto se apareció a su hermana Emiliana en visión nocturna, diciendo: Ven, para que, ya que hice la Navidad del Señor sin ti, haga ya contigo el santo día de la Teofanía. A la cual ella, al punto solícita por la salud de su hermana Gordiana, respondió: ¿Y si vengo sola, a nuestra hermana Gordiana a quién la dejo? A la cual, según afirmaba, triste de rostro le dijo de nuevo: Ven, pues

nuestra hermana Gordiana ha sido contada entre las laicas. A esta visión siguió pronto una molestia del cuerpo, y así como se había dicho, antes del día de la aparición del Señor, agravándose la misma molestia, falleció. Gordiana, en cambio, tan pronto como se vio sola, creció su depravación, y lo que antes latía oculto en el deseo del pensamiento, esto después lo ejerció en el efecto de la acción depravada. Pues olvidada del temor del Señor, olvidada del pudor y de la reverencia, olvidada de la consagración, tomó después por marido al arrendatario de sus tierras. He aquí que las tres primero se convirtieron con un mismo ardor, pero no permanecieron en un mismo estudio, porque según la voz del Señor: Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos. He dicho esto para que nadie, puesto ya en una buena obra, se atribuya las fuerzas de la buena obra, para que nadie confíe en su propia acción, porque aunque ya sabe hoy cómo es, todavía ignora qué ha de ser mañana. Nadie, pues, se goce ya seguro de sus obras, cuando todavía en la incertidumbre de esta vida ignora qué fin le seguirá. Pero porque he relatado una cosa que os aterró por la severidad divina, relato todavía otra cercana que consuele vuestros aterrados corazones por la misericordia divina; la cual, sin embargo, recuerdo haber dicho ya en otro sermón, pero vosotros de ningún modo estuvisteis presentes.

16. Hace dos años vino a mi monasterio, que está situado junto a la Iglesia de los bienaventurados mártires Juan y Pablo, un hermano por gracia de la vida religiosa, el cual, habiendo sido

probado regularmente por largo tiempo, fue al fin recibido (Libro IV de los Diálogos, cap. 38). Al cual siguió su hermano al monasterio, no por estudio de la vida religiosa, sino por amor carnal. Aquel, por cierto, que había venido por la vida religiosa agradaba mucho a los hermanos; pero, por el contrario, el hermano de aquel discrepaba mucho de su vida y costumbres. Vivía, sin embargo, en el monasterio por necesidad más bien que por voluntad. Y siendo perverso en todos sus actos, era tolerado por todos ecuánimemente por consideración a su hermano. Pues era ligero en el hablar, depravado en el obrar, cultivado en el vestido, inculto en las costumbres; pero no podía soportar que alguien le hablara de la vida del santo hábito. Además, su vida se había vuelto pesada de ver para todos los hermanos, pero sin embargo, como se ha dicho, por la gracia de su hermano era tolerable para todos. Abominaba grandemente que alguien le dijera algo sobre la corrección de su depravación. No solo hacer el bien, sino que ni siquiera podía oírlo. Con juramentos, con ira, con burlas, testificaba que nunca vendría al hábito de la santa vida religiosa. En esta peste, sin embargo, que recientemente consumió en gran parte al pueblo de esta ciudad, herido en la ingle, fue conducido a la muerte. Y cuando exhalaba el último suspiro, se reunieron los hermanos para proteger su partida orando. Ya su cuerpo estaba muerto en las extremidades, solo en el pecho anhelaba todavía el calor vital. Todos los hermanos, por tanto, comenzaron a orar por él tanto más encarecidamente cuanto que ya lo veían

partir con celeridad. Cuando de repente comenzó a clamar a los mismos hermanos asistentes con el esfuerzo que podía, y a interrumpir sus oraciones, diciendo: Retiraos, retiraos, he aquí que he sido entregado a un dragón para ser devorado, el cual por vuestra presencia no puede devorarme. Ya ha absorbido mi cabeza en su boca; dejad lugar para que no me atormente más, sino que haga lo que ha de hacer. Si he sido entregado a él para ser devorado, ¿por qué sufro demoras por causa de vosotros? Entonces los hermanos comenzaron a decirle: ¿Qué es lo que dices, hermano? Imprime sobre ti el signo de la santa cruz. Él respondía como podía, diciendo: Quiero santiguarme, pero no puedo, porque estoy oprimido por el dragón. Al oír esto los hermanos, postrados en tierra con lágrimas, comenzaron a orar con más vehemencia por su liberación. Y he aquí que de repente el enfermo, mejorado, comenzó a exultar con las voces que podía, diciendo: Gracias a Dios, he aquí que el dragón que me había recibido para devorarme ha huido, expulsado por vuestras oraciones no pudo resistir. Interceded ahora por mis pecados, porque estoy dispuesto a convertirme y a dejar totalmente la vida secular. El hombre, pues, que, como ya se ha dicho, estaba muerto en las extremidades del cuerpo, reservado para la vida, se convirtió a Dios con todo su corazón. Instruido por largos y continuos azotes en la misma vida religiosa, y hace pocos días agravándose la molestia del cuerpo, falleció. El cual, ya muriendo, no vio al dragón, porque lo venció mediante la mudanza del corazón. He aquí, hermanos míos,

que Gordiana, de quien hablé arriba, cayó de la excelencia del hábito de monja a la pena, y este hermano, de quien he narrado esto, volvió del mismo artículo de la muerte a la vida eterna. Nadie, pues, sabe lo que se hace sobre sí mismo en los ocultos juicios de Dios; porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos. Porque, por tanto, a nadie le es cierto sobre sí mismo que sea escogido, resta que todos tiemblen, todos teman por su acción, todos se gocen solo en la divina misericordia, nadie presuma de sus fuerzas. Hay quien perfeccione nuestra confianza, a saber, aquel que se dignó asumir en sí nuestra naturaleza, Jesucristo, que con el Padre vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXIX.

Tenida ante el pueblo en la basílica del bienaventurado Juan, que se llama Constantiana. LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN LUCAS XIX, 42-47.

En aquel tiempo, acercándose Jesús a Jerusalén, viendo la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡Si conocieras, también tú, y por cierto en este tu día, lo que es para tu paz! Pero ahora está oculto a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, y tus enemigos te rodearán con una trinchera; y te cercarán, y te estrecharán por todas partes, y te derribarán por tierra, y a tus hijos que están en ti; y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación. Y habiendo entrado en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían

y compraban en él, diciéndoles: Escrito está que mi casa es casa de oración. Pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Y enseñaba diariamente en el templo.

1. Deseo recorrer la breve lección del santo Evangelio con un breve sermón, si puedo, para que se preste en ella una atención más prolija a quienes saben pensar mucho a partir de pocas cosas. Que con el llanto del Señor se describe aquella subversión de Jerusalén que fue hecha por los príncipes romanos Vespasiano y Tito, nadie que haya leído la historia de la destrucción de la misma lo ignora. Pues se anuncia a los príncipes romanos cuando se dice: Porque vendrán días sobre ti, y tus enemigos te rodearán con una trinchera; y te cercarán, y te estrecharán por todas partes, y te derribarán por tierra, y a tus hijos que están en ti. Esto también que se añade: No dejarán en ti piedra sobre piedra, incluso el mismo traslado de la ciudad ya lo testifica, porque mientras ahora está construida en aquel lugar donde fuera de la puerta el Señor había sido crucificado, aquella Jerusalén anterior, como se dice, fue destruida desde los cimientos. A lo cual se añade por qué culpa le fue infligida la pena de su destrucción: Por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación. Pues el Creador de todas las cosas se dignó visitar esta ciudad mediante el misterio de su encarnación, pero ella no se acordó de su temor y de su amor. Por lo cual también, mediante la profecía, en la reprensión del corazón humano se traen al testimonio las aves del cielo, cuando se dice: El milano en el cielo conoció su

tiempo; la tórtola y la golondrina y la cigüeña guardaron el tiempo de su venida, pero mi pueblo no conoció el juicio del Señor (Jeremías 8, 7). Pero primero debe preguntarse qué es lo que se dice: Viendo la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡Si conocieras, también tú! Pues el Redentor lloró primero la ruina de la ciudad pérfida, la cual la ciudad misma no conocía que le vendría. A la cual rectamente dice el Señor que llora: Porque si conocieras, también tú, subentiéndase, llorarías, tú que ahora, porque ignoras lo que amenaza, exultas. Por lo cual también se añade: Y ciertamente en este tu día, lo que es para tu paz. Pues cuando se entregaba a los placeres de la carne y no preveía los males venideros, tenía en su día lo que podía serle para la paz. Pero por qué tuvo los bienes presentes para la paz, se manifiesta cuando se dice: Pero ahora está oculto a tus ojos. Pues si a los ojos de su corazón no estuvieran ocultos los males que amenazaban, no habría estado alegre en las prosperidades presentes. Cuya pena, que amenazaba por parte de los príncipes romanos, como predije, se añadió pronto.

2. Descrito esto, se añade lo que hizo el Señor: porque, habiendo entrado en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en él, diciéndoles: Escrito está que mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones (Isaías 56, 7). Pues el que narró los males venideros e inmediatamente entró en el templo para echar de él a los que vendían y compraban, ciertamente dio a entender que la ruina del pueblo provino principalmente de la culpa de los

sacerdotes. Pues describiendo la destrucción, pero hiriendo a los que vendían y compraban en el templo, en el efecto mismo de su obra mostró de dónde brotó la raíz de la perdición. Además, según hemos aprendido por el evangelista con otro testigo, en el templo se vendían palomas (Marcos 11, 15). ¿Y qué se entiende por las palomas sino el don del Espíritu Santo? Pero elimina del templo a los que venden y compran, porque condena tanto a los que otorgan la imposición de manos por una dádiva, como a los que se esfuerzan por comprar el don del Espíritu. Sobre el cual templo se añade pronto: Mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Pues los que residían en el templo para recibir dádivas, ciertamente no cabía duda de que buscarían el daño de quienes no las dieran. La casa de oración, pues, se había convertido en cueva de ladrones, porque sabían asistir en el templo para esto: para procurar perseguir corporalmente a los que no daban dádivas, o para matar espiritualmente a los que las daban. Pero porque nuestro Redentor no retira las palabras de la predicación ni siquiera a los indignos e ingratos, después de que mantuvo el vigor de la disciplina echando fuera a los perversos, pronto mostró el don de la gracia. Pues se añade: Y enseñaba diariamente en el templo. Hemos recorrido estas cosas según la historia tratándolas brevemente.

3. Pero porque ya sabemos que Jerusalén fue destruida y por su destrucción cambiada en algo mejor, porque sabemos que los ladrones fueron expulsados del templo y que el templo mismo

está ya demolido, debemos extraer de las cosas exteriores alguna similitud hacia lo interior, y temer la ruina de las costumbres a partir de los edificios de muros derribados. Porque viendo la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡Si conocieras, también tú! Esto lo hizo una vez, cuando anunció que la ciudad había de perecer. Esto nuestro Redentor de ningún modo cesa de hacerlo diariamente a través de sus elegidos, cuando considera que algunos han pasado de una buena vida a costumbres reprobables. Pues llora por aquellos que no saben por qué son llorados, porque, según las palabras de Salomón: Se alegran cuando han hecho el mal, y exultan en las cosas peores (Prov 2, 14). Los que, si hubieran conocido su condenación que les amenaza, se llorarían a sí mismos con las lágrimas de los elegidos. Pero la sentencia que se añade conviene bien al alma que perece: Y ciertamente en este tu día, lo que es para tu paz, pero ahora está oculto a tus ojos. Aquí tiene su día el alma perversa, que se goza en el tiempo transitorio. Para ella, las cosas presentes son para la paz, porque mientras se alegra de las cosas temporales, mientras se ensalza con honores, mientras se disuelve en el placer de la carne, mientras no se aterra por ningún pavor de la pena venidera, tiene paz en su día, la cual tendrá un grave escándalo de su condenación en el día ajeno. Pues allí ha de ser afligida donde los justos se alegrarán; y todas las cosas que ahora le son para la paz, entonces se volverán en amargura de contienda, porque empezará a contender consigo misma por qué no temió la condenación que padece, por

qué cerró los ojos de la mente para no prever los males subsiguientes. Por lo cual se le dice: Pero ahora está oculto a tus ojos. Pues el alma perversa dedicada a las cosas presentes, disuelta en los placeres terrenos, se oculta a sí misma los males subsiguientes, porque rehúye prever las cosas futuras que perturban la alegría presente; y mientras se abandona en los deleites de la vida presente, ¿qué otra cosa hace sino ir al fuego con los ojos cerrados? Por lo cual está bien escrito: En el día de los bienes no seas olvidadizo de los males (Eclo 11, 27). Y de ahí se dice por Pablo: Los que se alegran, sean como si no se alegraran (1 Cor 7, 30), porque aunque haya alguna alegría del tiempo presente, debe llevarse de tal modo que nunca se aparte de la memoria la amargura del juicio subsiguiente, a fin de que, mientras el ánimo pavoroso es traspasado por el temor de la venganza extrema, tanto se temple después la ira subsiguiente cuanto ahora la alegría presente. Pues de ahí está escrito: Bienaventurado el hombre que siempre es temeroso; pero el que es de mente dura caerá en el mal (Prov 28, 14). Pues la ira del juicio subsiguiente se llevará entonces tanto más estrictamente cuanto ahora, aun entre las culpas, mínimamente se teme.

4. Sigue: Porque vendrán días sobre ti, y tus enemigos te rodearán con una trinchera. ¿Qué mayores enemigos hay jamás para el alma humana que los espíritus malignos, que la asedian al salir del cuerpo, a la cual fomentan con deleites engañosos mientras está puesta en el amor de la carne? A la cual rodean con una trinchera,

porque traídas de nuevo ante los ojos de su mente las iniquidades que perpetró, la estrechan atrayéndola al consorcio de su propia condenación, para que, atrapada ya en la misma extremidad de la vida, vea por qué enemigos está cercada y, sin embargo, no pueda encontrar salida para escapar, porque ya no le es lícito obrar cosas buenas que, cuando le fue lícito actuar, despreció. Sobre los cuales puede entenderse todavía aptamente lo que sigue: Te cercarán y te estrecharán por todas partes. Pues los espíritus malignos estrechan al alma por todas partes cuando le replican las iniquidades no solo de obra, sino también de palabra y además de pensamiento, para que la que antes se dilató por muchas cosas en la maldad, al final sea estrechada por todas ellas en la retribución. Sigue: Y te derribarán por tierra, y a tus hijos que están en ti. Entonces el alma es consternada por tierra mediante el conocimiento de su propia culpa, cuando la carne, que creyó que era su vida, es urgida a volver al polvo. Entonces sus hijos caen en la muerte, cuando los pensamientos ilícitos que ahora proceden de ella son disipados en la venganza final de la vida, como está escrito: En aquel día perecerán todos sus pensamientos (Sal 145, 4). Los cuales pensamientos duros, a saber, pueden entenderse también por la significación de las piedras. Pues sigue: Y no dejarán en ti piedra sobre piedra. Pues la mente perversa, cuando añade a un pensamiento perverso otro todavía más perverso, ¿qué otra cosa hace sino poner piedra sobre piedra? Pero en la ciudad destruida no se deja piedra sobre piedra, porque

cuando el alma es conducida a su venganza, toda la construcción de sus pensamientos se disipa de ella.

5. Se añade por qué padece esto: Por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación. Dios omnipotente suele visitar a cada alma depravada de muchos modos. Pues asiduamente la visita con el precepto, a veces con el azote, a veces con el milagro, para que oiga cosas verdaderas que no sabía y, sin embargo, estando todavía soberbia y despreciativa, o vuelva compungida por el dolor, o vencida por los beneficios se avergüence del mal que hizo. Pero porque de ningún modo conoce el tiempo de su visitación, al final de la vida es entregada a aquellos enemigos con los cuales sea ligada en el consorcio de la condenación perpetua en el juicio eterno, como está escrito: Cuando vas con tu adversario al príncipe en el camino, procura librarte de él, no sea que te arrastre al juez, y el juez te entregue al ejecutor, y el ejecutor te mete en la cárcel (Lc 12, 58). Pues nuestro adversario en el camino es la palabra de Dios, contraria a nuestros deseos carnales en la vida presente. De la cual se libra aquel que se somete humildemente a sus preceptos. De otro modo, el adversario al juez, y el juez entregará al ejecutor, porque por la palabra del Señor despreciada, el pecador culpable será retenido en el examen del juez. Al cual el juez entrega al ejecutor, porque permite al espíritu maligno arrastrarlo a la venganza, para que él mismo exija del cuerpo para la pena al alma compelida, la cual espontáneamente le consintió para la culpa. El ejecutor mete en la cárcel, porque a

través del espíritu maligno es arrojada al infierno, hasta que venga el día del juicio, a partir del cual sea ya atormentada junto con él en los fuegos del infierno.

6. Completada, pues, la perdición de la ciudad, que nosotros hemos aplicado a la similitud del alma que perece, se añade inmediatamente: Y habiendo entrado en el templo, comenzó a echar fuera de él a los que vendían y compraban. Así como el templo de Dios está en la ciudad, así también en el pueblo fiel está la vida de los religiosos. Y a menudo algunos toman el hábito de la religión, y mientras reciben el lugar de los órdenes sagrados, arrastran el oficio de la santa religión al comercio de la negociación terrena. Pues los que venden en el templo son aquellos que otorgan por un premio aquello que por derecho compete a algunos. Pues vender la justicia es guardarla para la aceptación de un premio. Pero los que compran en el templo son aquellos que, mientras no quieren pagar al prójimo lo que es justo, y mientras desprecian hacer lo que por derecho es debido, habiendo dado un premio a los patronos compran el pecado. A los cuales bien se les dice: Mi casa es casa de oración; pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones, porque mientras a veces hombres perversos ocupan el lugar de la religión, allí matan con las espadas de su malicia donde debieron vivificar a los prójimos con la intercesión de su oración.

7. Templo y casa de Dios es también la misma mente y conciencia de los fieles. La cual, si alguna vez produce pensamientos perversos para dañar

al prójimo, como en una cueva residen ladrones y matan a los que caminan sencillamente, cuando clavan las espadas del daño en aquellos que en nada son culpables. Pues la mente de los fieles ya no es casa de oración, sino cueva de ladrones, cuando, abandonada la inocencia y la sencillez de la santidad, intenta hacer aquello con lo que pueda dañar a los prójimos. Pero porque contra todas estas cosas perversas somos incesantemente instruidos por las palabras de nuestro Redentor a través de las sagradas páginas, hasta ahora se hace esto que se dice que fue hecho, cuando se dice: Y enseñaba diariamente en el templo. Pues cuando instruye sutilmente la mente de los fieles para evitar los males, la Verdad enseña diariamente en el templo. Pero debemos saber que somos verazmente instruidos por las palabras de la verdad si miramos temerosamente e incesantemente nuestros males finales, según aquello que se dice por cierto sabio: En todas tus obras acuérdate de tus novísimos, y no pecarás eternamente (Eclo 7, 40). Debemos, pues, pesar diariamente lo que oímos de la voz de nuestro mismo Redentor: Y ciertamente en este tu día, lo que es para tu paz; pero ahora está oculto a tus ojos. Pues mientras el juez severo aguanta, y todavía no extiende la mano para herir, mientras parece haber cierta seguridad de tiempo respecto a la retribución de la venganza final, debemos pesar el mal que sigue, y pesándolo gemir, y gimiendo evitarlo, y mirar incesantemente los pecados que cometimos, y mirándolos llorar, y llorando borrarlos. Que ninguna alegría de prosperidad transitoria

nos disuelva, ni las cosas que son transitorias obstruyan los ojos de nuestra mente, ni nos lleven ciegos al fuego. Pues si se pesa estrictamente de qué peso es el reproche, se reconoce por la boca de la verdad cuando se dice al negligente y al que no prevé las cosas futuras: Y ciertamente en este tu día, lo que es para tu paz; pero ahora está oculto a tus ojos.

8. Pues debe pensarse mucho cuán terrible nos será la hora de nuestra disolución, qué pavor de mente, cuánta será entonces la memoria de todos los males, qué olvido de la felicidad pasada, qué temor y consideración del juez. ¿Qué debe sernos, pues, de las cosas presentes para el deleite, cuando, pasando todas ellas a la vez, no puede pasar lo que amenaza? ¿cuando tanto esto que se ama se acaba totalmente, como aquello se empieza donde el dolor nunca se acaba? Entonces los espíritus malignos reclaman sus propias obras en el alma que sale; entonces replican los males que persuadieron para arrastrar a una compañera a los tormentos. Pero ¿por qué decimos esto solo del alma perversa, cuando también vienen a los elegidos que salen y reclaman en ellos algo suyo, si pudieran prevalecer? Uno solo existió entre los hombres que antes de su pasión dice con voz libre: Ya no hablaré mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada (Juan 14, 30). Pues porque vio a este hombre mortal, el príncipe del mundo creyó que podría encontrar algo suyo en él. Pero sin ningún pecado salió de la corrupción del mundo el que sin pecado vino al mundo. Ni Pedro presumió decir esto

de sí contra el príncipe del mundo, el cual mereció oír: Todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será también en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, desatado será también en los cielos (Mateo 16, 19). Ni Pablo presumió decir esto, el cual antes de pagar la deuda de la muerte llegó a los secretos del tercer cielo (2 Corintios 12, 2). Ni Juan se atrevió a decir esto, el cual por amor especial se recostó sobre el pecho de su Redentor en la cena (Juan 21, 20). Pues como el Profeta dice: He aquí que en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre (Salmo 50, 7), no pudo estar en el mundo sin culpa quien al mundo vino con culpa. Pues de ahí el mismo Profeta dice: No se justificará en tu presencia todo viviente (Salmo 142, 2). De ahí Salomón dice: No hay hombre justo en la tierra que haga el bien y no peque (Eclesiastés 7, 21). De ahí Juan dice: Si dijéramos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos seducimos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan 1, 8). De ahí Santiago dice: Pues todos ofendemos en muchas cosas (Santiago 3, 2). Consta, pues, que el príncipe de este mundo tuvo algo suyo sin duda ya sea en la acción, o en la palabra, o en el pensamiento de todos los que fueron concebidos del deleite de la carne. Pero por eso no pudo ni arrebatarlos después, ni retenerlos antes, porque los libró de sus deudas aquel que por nosotros pagó la deuda de la muerte sin tener deuda, para que por tanto nuestras deudas no nos retengan bajo el derecho de nuestro enemigo, porque por nosotros el mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, devolvió gratuitamente lo

que no debía. Pues el que por nosotros devolvió la muerte indebida de la carne, nos libró de la muerte debida del alma. Dice, pues: Porque viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada (Juan 14, 30). Por lo cual debemos procurar, y pensar diariamente con grandes llantos, cuán rabioso, cuán terrible vendrá el príncipe de este mundo reclamando sus obras en nosotros el día de nuestra salida, si incluso vino a Dios que moría en la carne, y buscó algo en aquel en quien nada pudo encontrar.

9. ¿Qué vamos, pues, a decir nosotros, miserables, qué vamos a hacer, que hemos cometido innumerables males? ¿Qué diremos al adversario que reclama y encuentra muchas cosas suyas en nosotros, sino solo lo que nos es refugio cierto y esperanza sólida: que hemos sido hechos uno con aquel en quien el príncipe de este mundo tanto reclamó algo suyo como de ningún modo pudo encontrarlo? puesto que él solo es libre entre los muertos (Salmo 87, 5). Y ya somos desatados de la servidumbre del pecado por una veraz libertad, porque nos unimos a aquel que es verdaderamente libre. Pues consta, ni podemos negarlo, sino que verazmente confesamos, que el príncipe de este mundo tiene muchas cosas en nosotros; pero, sin embargo, en el tiempo de nuestra muerte ya no puede arrebatarnos, porque hemos sido hechos miembros de aquel en quien no tiene nada. Pero ¿qué aprovecha que nos unamos a nuestro mismo Redentor por la fe, si nos desunimos de él por las costumbres? Pues él mismo dice: No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de

los cielos (Mateo 7, 21). Por tanto, las obras rectas deben unirse a la fe recta. Borremos los males que hicimos mediante lamentos diarios, que las obras rectas que surgen del amor de Dios y del prójimo superen nuestras maldades pasadas, no rechacemos ningún bien que podamos otorgar a los hermanos. Pues de ningún otro modo somos hechos miembros de nuestro Redentor sino adhiriéndonos a Dios y compadeciéndonos del prójimo.

10. Pero puesto que los ejemplos incitan los corazones de los oyentes al amor de Dios y del prójimo generalmente más que las palabras, procuro indicar a vuestra caridad lo que este que está presente, mi hijo Epifanio el diácono, originario de la provincia de Isauria, suele narrar como un milagro ocurrido en la vecina tierra de Licaonia. Pues dice que en ella hubo un cierto monje, de nombre Martirio, de vida muy venerable, que desde su monasterio se dirigía por razón de visita a otro monasterio, al cual presidía un padre espiritual. Yendo, pues, encontró en el camino a un cierto leproso, a quien la enfermedad elefantina había afeado por sus miembros con densas llagas, que quería volver a su hospicio, pero que no podía por el cansancio. En ese mismo camino afirmaba tener el hospicio al cual el mismo monje Martirio se apresuraba a ir. Pero el hombre de Dios, compadecido del cansancio de ese mismo leproso, arrojó y extendió enseguida en tierra el palio con que se vestía, y puso encima al leproso, y habiéndolo sujetado por todas partes con su palio, lo levantó sobre su hombro y, volviendo, lo llevó consigo. Y cuando ya se acercaba a las puertas

del monasterio, el padre espiritual de ese mismo monasterio comenzó a clamar con grandes voces: «Corred, abrid más rápido las puertas del monasterio, porque el hermano Martirio viene trayendo al Señor». En cuanto Martirio llegó a la entrada del monasterio, el que se pensaba que era leproso, saltando de su cuello y apareciendo en aquella forma en que suele ser reconocido por los hombres el Redentor del mundo, Dios y hombre Cristo Jesús, volvió al cielo a vista de Martirio y, ascendiendo, le dijo: «Martirio, tú no te avergonzaré de mí sobre la tierra, yo no me avergonzaré de ti sobre los cielos». El cual santo varón, tan pronto como entró en el monasterio, le dijo el padre del monasterio: «Hermano Martirio, ¿dónde está el que traías?». A quien él respondió diciendo: «Yo, si hubiera sabido quién era, habría retenido sus pies». Entonces el mismo Martirio narraba que, cuando lo había llevado, de ningún modo había sentido su peso. Ni es de extrañar; pues ¿cómo podía sentir peso el que llevaba al que lo llevaba? En lo cual debemos considerar cuánto vale la compasión fraterna, cuánto nos unen al Dios omnipotente las entrañas de misericordia. Pues de allí nos aproximamos a aquel que está sobre todas las cosas, de donde nos deponemos incluso por debajo de nosotros mismos por la compasión del prójimo. En las cosas corporales nadie toca lo alto sino el que se extiende; pero en las cosas espirituales es cierto que cuanto más somos atraídos por la compasión, tanto más verdaderamente nos aproximamos a lo alto. He aquí, sin embargo, que al Redentor del mundo para nuestra edifica-

ción de ningún modo le basta que en el juicio final afirmara que diría: En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mateo 25, 40), sino que también mostró en sí esto que había dicho antes del juicio; para demostrar, a saber, que quienquiera que ahora exhibe buenas obras a los necesitados, las otorga especialmente a aquel por cuyo amor las exhibió. Y tanto más recibe cada uno mayor recompensa, cuanto que ni desprecia a aquel que parece más digno de ser despreciado. Pues ¿qué hay en la carne humana más sublime que la carne de Cristo, que está exaltada sobre los ángeles? ¿Qué hay en la carne humana más abyecto que la carne de un leproso, que se corta por las hinchadas llagas y se llena de fetidez exhalada? Pero he aquí que apareció en forma de leproso; y aquel que debe ser reverenciado sobre todas las cosas, no se dignó ser visto despreciado por debajo de todas las cosas. ¿Por qué esto, sino para que nos amonestara a nosotros, más tardos de sentido, a fin de que quienquiera que se apresura a asistir a aquel que está en el cielo, no rehúse humillarse en la tierra y compadecerse incluso de los hermanos abyectos y despreciables? Había decretado hablar a vuestra caridad con brevedad; pero puesto que no está en el hombre su camino (Jeremías 10, 23), el discurso que corre no puede ser retenido, el cual dispone aquel mismo de quien hablamos, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XL.

Pronunciada ante el pueblo en la basílica de san Lorenzo mártir el segundo domingo después de Pentecostés.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN LUCAS 16, 19-31.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y banqueteaba cada día espléndidamente. Y había un cierto mendigo, de nombre Lázaro, que yacía a su puerta, lleno de úlceras, deseando saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico, y nadie se las daba. Pero también los perros venían y lamían sus úlceras. Aconteció, pues, que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y fue sepultado en el infierno. Elevando, pues, sus ojos cuando estaba en los tormentos, vio a Abraham de lejos, y a Lázaro en su seno. Y él, clamando, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje el extremo de su dedo en agua, para que refresque mi lengua, porque soy atormentado en esta llama. Y le dijo Abraham: Hijo, recuerda que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro semejantemente males. Ahora, pues, este es consolado aquí, pero tú eres atormentado. Y en todas estas cosas entre nosotros y vosotros un gran caos ha sido fijado, de modo que los que quieren pasar de aquí a vosotros no pueden, ni de allá trasladarse acá. Y dijo: Te ruego, pues, padre, que lo envíes a la casa de mi padre;

pues tengo cinco hermanos, para que les testifique, no sea que también ellos vengan a este lugar de tormentos. Y le dijo Abraham: Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen a ellos. Pero él dijo: No, padre Abraham; sino que si alguno de entre los muertos fuera a ellos, harán penitencia. Pero le dijo él: Si no escuchan a Moisés y a los profetas, ni aunque alguno de entre los muertos resucite creerán.

1. En las palabras de la sagrada elocuencia, hermanos carísimos, primero debe guardarse la verdad de la historia, y después requerirse la inteligencia espiritual de la alegoría. Pues entonces el fruto de la alegoría se recoge suavemente, cuando primero se consolida por la historia en la raíz de la verdad. Pero puesto que a veces la alegoría edifica la fe, y la historia la moralidad, nosotros que por autoría de Dios ya hablamos a los fieles, creemos que no es impropio si posponemos ese mismo orden de hablar, a fin de que vosotros, que ya tenéis una fe firme, debáis oír primero algo brevemente sobre la alegoría; y lo que sobre la moralidad de la historia os es muy necesario, sea guardado esto como último en el orden de nuestra exposición, porque suelen recordarse mejor generalmente aquellas cosas que sucede que se oyen después.

2. Recorremos, pues, los sentidos alegóricos con brevedad, para que podamos llegar más rápido a la latitud de la moralidad. Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y banqueteaba cada día espléndidamente. ¿A quién, hermanos carísimos, a quién significa este rico que se vestía de púrpura y lino fino y banqueteaba

cada día espléndidamente, sino al pueblo judaico, que tuvo exteriormente el culto de la vida, que usó las delicias de la ley recibida para el brillo, no para la utilidad? ¿A quién, en cambio, expresa figuradamente Lázaro, lleno de úlceras, sino al pueblo gentil? El cual, mientras convertido a Dios no se avergonzó de confesar sus pecados, tuvo una herida en la piel. Pues en la herida de la piel el virus es atraído desde las vísceras y brota hacia fuera. ¿Qué es, pues, la confesión de los pecados sino una cierta rotura de las heridas? Porque el virus del pecado se abre saludablemente en la confesión, el cual se ocultaba pestíferamente en la mente. Pues las heridas de la piel atraen a la superficie el humor de la putrefacción. And al confesar los pecados, ¿qué otra cosa hacemos sino abrir el mal que se ocultaba en nosotros? Pero Lázaro, herido, deseaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico, y nadie se las daba, porque aquel pueblo soberbio despreciaba admitir a cualquier gentil al conocimiento de la ley. El cual, mientras tuvo la doctrina de la ley no para la caridad sino para la elación, se hinchó como por las riquezas recibidas. Y porque las palabras le fluían del conocimiento, caían como migajas de la mesa. Pero, por el contrario, los perros lamían las heridas del pobre que yacía. A veces suelen entenderse los predicadores por los perros en la sagrada elocuencia. Pues la lengua de los perros, mientras lame la herida, la cura, porque también los doctores santos, mientras nos instruyen en la confesión de nuestro pecado, tocan como la herida de la mente por medio de la lengua; y

porque al hablar nos arrebatan de los pecados, nos devuelven a la salud como tocando las heridas. Pues porque por el nombre de los perros se significa la lengua de los predicadores, se dice al Señor por el Salmista: La lengua de tus perros de entre los enemigos por ella misma (Salmo 67, 24). Pues de entre los judíos infieles fueron elegidos santos predicadores, los cuales, viniendo en la afirmación de la verdad contra los ladrones y salteadores, dieron grandes ladridos por el Señor, por así decirlo. Por el contrario, se dice de la reprobación de algunos: Perros mudos, que no pueden ladrar (Isaías 56, 10). Porque, pues, los santos predicadores condenan los pecados, pero aprueban la confesión de los pecados, diciendo: Confesaos unos a otros vuestros pecados, y orad unos por otros para que seáis salvos (Santiago 5, 16), los perros lamen las úlceras de Lázaro. Pues los santos doctores, mientras reciben las confesiones de los gentiles, restituyen a la salud las heridas de las mentes. Por lo cual también Lázaro se interpreta bien como "ayudado", porque ellos mismos lo ayudan para el rescate, porque curan sus heridas por la corrección de la lengua. También puede significarse por la lamedura de los perros la ancha lengua de los aduladores. Pues para los aduladores es lamer nuestras heridas lo que suelen hacer generalmente, alabar incluso esos mismos males que nosotros reprendemos en nosotros con un favor improbo. Aconteció, en verdad, que ambos murieron. El rico, que se vestía de púrpura y lino fino, fue sepultado en el infierno; pero Lázaro fue llevado por los ángeles

al seno de Abraham. ¿Qué significa el seno de Abraham sino el secreto descanso de los padres? Del cual dice la Verdad: Muchos, dice, vendrán de Oriente y Occidente, y se recostarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; pero los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores (Mateo 8, 11). Pues el que se dice vestido de púrpura y lino fino es llamado rectamente hijo del reino. El cual eleva los ojos de lejos para ver a Lázaro, porque mientras por los suplicios de su condenación los infieles están en lo profundo, atienden a todos los fieles que están sobre ellos en el descanso antes del día del juicio final, después de cuyos gozos no pueden contemplar de ningún modo. De lejos está lo que ven, porque no llegan allí por el mérito. Pero en la lengua se muestra arder más, cuando dice: Envía a Lázaro para que moje el extremo de su dedo en agua, para que refresque mi lengua, porque soy atormentado en esta llama (Lucas 16, 24). El pueblo infiel tuvo las palabras de la ley en la boca, las cuales despreció guardar con la obra. Allí, pues, arderá más, donde se mostró saber lo que no quiso hacer. Por lo cual se dice bien de los doctos y negligentes por Salomón: Todo el trabajo del hombre está en su boca, pero su alma no se saciará (Eclesiastés 6, 7), porque quienquiera que trabaja solamente para esto, para saber qué debe decir, ayuna de ese mismo refrigerio de su conocimiento con la mente vacía. Desea ser tocado por el extremo del dedo, porque entregado a los suplicios eternos desea participar de la obra de los justos aunque sea en lo último. A quien se le responde que recibió bienes en esta

vida, porque pensó que todo su gozo era la felicidad transitoria. Pues también los justos pueden tener aquí bienes, y sin embargo no recibir estos en recompensa, porque mientras apetecen cosas mejores, esto es eternas, cualesquiera bienes que hayan estado presentes, no parecen bienes en absoluto a su juicio, cuando hierven con santos deseos. Por lo cual el profeta David, que se apoyaba en las riquezas del reino y en muchos servicios, aunque veía que estos eran bienes para la necesidad, hervía sin embargo anhelante por un solo bien singular, diciendo: Para mí, sin embargo, es bueno adherirme a Dios (Salmo 72, 28). Entre estas cosas, en verdad, debe notarse lo que se le dice: Recuerda, hijo. He aquí que Abraham llama hijo a quien, sin embargo, no libera del tormento, puesto que los padres fieles precedentes de este pueblo infiel, porque consideran que muchos se han desviado de su fe, no los rescatan de los tormentos con ninguna compasión, a quienes, sin embargo, reconocen como hijos por la carne. Pero el rico puesto en los tormentos afirma tener cinco hermanos, porque el mismo pueblo judaico soberbio, que ya en gran parte está condenado, conoce a sus seguidores que dejó sobre la tierra, entregados a los cinco sentidos del cuerpo. Por el número quinario, pues, expresa a los hermanos que había dejado, porque gime, puesto en el infierno, que no se elevan a la inteligencia espiritual, y pide que se les envíe a Lázaro. A quien se le dice que tienen a Moisés y a los profetas. Pero dice: Porque no creerán, si alguno de entre los muertos no resucita. A quien enseguida se le res-

ponde: Si no escuchan a Moisés y a los profetas, ni aunque alguno de entre los muertos resucite le creerán. Ciertamente la Verdad dice de Moisés: Si creyerais a Moisés, ciertamente me creeríais también a mí. Pues él escribió de mí (Juan 5, 46). Se cumple, pues, lo que se dice por la respuesta de Abraham. Pues el Señor resucitó de entre los muertos, pero aquel pueblo judaico, porque no quiso creer a Moisés, despreció creer también a aquel que resucitó de entre los muertos. Y cuando despreció entender espiritualmente las palabras de Moisés, no llegó a aquel de quien Moisés había hablado.

3. Baste, hermanos carísimos, que hayamos recorrido sucintamente estas cosas para indagar los misterios de la alegoría; ahora vuelva el ánimo a contemplar más ampliamente la moralidad de lo sucedido: Había un hombre rico, y se vestía de púrpura y de lino fino, y banqueteaba cada día espléndidamente. Y había un cierto mendigo, de nombre Lázaro, que yacía ante la puerta del rico, lleno de úlceras. Algunos piensan que los preceptos del Antiguo Testamento son más estrictos que los del Nuevo; pero estos se engañan, sin duda, por una consideración imprevista. Pues en aquel no se castiga la tenacidad, sino la rapiña (2 Samuel 12, 6). Allí la cosa injustamente arrebatada 1655 se castiga con la restitución del cuádruplo (Mateo 19, 8). Aquí, en cambio, este rico no es reprendido por haber arrebatado lo ajeno, sino por no haber dado lo propio. Ni se dice que oprimió a alguien por la fuerza, sino que se ensoberbeció en las cosas recibidas. De aquí, pues,

debe colegirse sumamente con qué pena debe ser multado quien arrebata lo ajeno, si es herido con la condenación del infierno quien no otorga lo propio. Nadie, pues, se crea seguro diciendo: He aquí que no arrebato lo ajeno, sino que disfruto de las cosas lícitamente concedidas, porque este rico no fue castigado por haber arrebatado lo ajeno, sino porque se abandonó mal a sí mismo en las cosas recibidas. Esto fue también lo que lo entregó al infierno: porque no fue temeroso en su felicidad, porque inclinó los dones recibidos al uso de la arrogancia, porque ignoró las entrañas de la piedad, porque no quiso redimir sus pecados aun cuando le sobraba el precio para ello. Y hay algunos que no piensan que el cultivo de las vestiduras sutiles y preciosas sea pecado. Lo cual, si claramente no fuera culpa, de ningún modo la palabra de Dios expresaría tan vigilantes que el rico que es atormentado en los infiernos había estado vestido de lino fino y púrpura. Nadie busca vestimentas especiales sino por la vanagloria, a saber, para parecer más honorable que los demás. Pues que se busca una vestidura más preciosa por la sola vanagloria, la cosa misma lo atestigua: que nadie quiere vestirse allí con vestidos preciosos donde no pueda ser visto por otros. Cuya culpa podemos colegir mejor incluso por lo contrario, porque si la abyección de un vestido vil no fuera virtud, el evangelista no diría vigilantemente de Juan: Estaba vestido de pelos de camellos (Mateo 3, 4). Pero debemos notar grandemente, en la boca de la Verdad, cuán grande es el orden de la narración sobre el rico soberbio y el pobre humil-

de. He aquí que se dice: Había un hombre rico; y enseguida se añade; Y había un cierto mendigo, de nombre Lázaro. Ciertamente en el pueblo suelen conocerse más los nombres de los ricos que los de los pobres. ¿Qué es, pues, lo que el Señor, hablando del pobre y del rico, dice el nombre del pobre y no dice el nombre del rico, sino que Dios conoce y aprueba a los humildes e ignora a los soberbios? Por lo cual también ha de decir al final a algunos que se ensoberbecen por la virtud de los milagros: No sé quiénes sois: apartaos de mí todos los obreros de la iniquidad (Mateo 7, 23). Por el contrario, se dice a Moisés: Te he conocido por tu nombre (Éxodo 33, 12). Dice, pues, del rico: Un hombre. Dice del pobre: Un necesitado, de nombre Lázaro. Como si dijera abiertamente: Conozco al pobre humilde, no conozco al rico soberbio. A aquel lo tengo por conocido mediante la aprobación, a este lo ignoro por el juicio de la reprobación.

4. Debemos considerar también con qué gran providencia nuestro Creador lo dispone todo. Pues no se hace una sola cosa por una sola razón. He aquí que el mendigo Lázaro, lleno de úlceras, yace ante la puerta del rico. Por lo cual el Señor cumplió dos juicios. Pues tal vez el rico habría tenido alguna excusa si el pobre Lázaro, ulceroso, no hubiera yacido ante su puerta, si hubiera estado lejos, si su indigencia no hubiera sido molesta a sus ojos. Por otra parte, si el rico hubiera estado lejos de los ojos del pobre ulceroso, el pobre habría tolerado una tentación menor en su ánimo. Pero al poner al necesitado y ulcerado ante la

puerta del rico que abundaba en delicias, en una misma cosa tanto aumentó la condenación al rico que no se compadecía por la visión del pobre, como probó al pobre tentado diariamente por la visión del rico. Pues ¿ cuántas tentaciones creéis que toleró este necesitado, asediado por las llagas, en su pensamiento, cuando él carecía de pan y ni siquiera tenía salud, y veía ante sí que el rico tenía salud y delicias con placer; cuando veía que él era afectado por el dolor y el frío, y aquel se gozaba, se vestía de lino fino y púrpura; cuando él era deprimido por las llagas, y aquel se desbordaba en las cosas recibidas; cuando él carecía, y aquel no quería otorgar? ¿Cuán grande pensamos, hermanos míos, que fue entonces en el corazón del pobre el tumulto de la tentación, a quien ciertamente podría bastarle la pobreza para la pena, aun si hubiera estado sano; y por otra parte le habría bastado la enfermedad, aun si hubiera tenido auxilio? Pero para que el pobre fuera probado más, lo consumieron a la vez la pobreza y la enfermedad. Y además veía al rico que salía rodeado y apoyado por escuadrones de seguidores, y que él, en su enfermedad e indigencia, no era visitado por nadie. Pues que nadie estaba presente para visitarlo, lo atestiguan los perros, que lamen sus heridas libremente. De una sola cosa, pues, Dios omnipotente mostró dos juicios, al permitir que el pobre Lázaro yaciera ante la puerta del rico, para que tanto el rico impío aumentara para sí la venganza de la condenación, como el pobre tentado creciera para la remuneración. Aquel contemplaba diariamente

a quien no se compadecía, este veía a aquel por quien era probado. Dos corazones abajo, pero un solo inspector desde arriba que tanto ejercitaba a este tentándolo para la gloria, como esperaba a aquel tolerándolo para la pena. Pues sigue:

5. Aconteció, pues, que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y fue sepultado en el infierno. El cual rico, sin duda, busca como patrono, puesto ya en su suplicio, a aquel de quien en esta vida no quiso compadecerse. Pues he aquí que se añade: El cual, elevando los ojos cuando estaba en los tormentos, vio a Abraham de lejos, y a Lázaro en su seno. Y él, clamando, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje el extremo de su dedo en agua, para que refresque mi lengua, porque soy atormentado en esta llama. ¡Oh, cuán grande es la sutileza de los juicios de Dios! ¡Oh, con cuánta severidad se lleva a cabo la retribución de los actos buenos y de los malos! Ciertamente se dijo arriba que en esta vida Lázaro buscaba las migajas que caían de la mesa del rico, y nadie se las daba; ahora se dice sobre el suplicio del rico que desea que desde el extremo del dedo de Lázaro se destile agua en su boca. De aquí, pues, de aquí, hermanos, colegid cuán grande es la severidad de la estrictez de Dios. Pues aquel rico que no quiso dar al pobre herido ni lo más mínimo de su mesa, puesto en el infierno, llega incluso a pedir lo más mínimo. Pues pidió una gota de agua quien negó migajas de pan. Pero debe notarse mucho qué es lo que el rico puesto en el fuego pide: que su

lengua sea refrescada. Es costumbre de la sagrada elocuencia que a veces diga una cosa, pero por ese mismo dicho insinúe otra. Arriba, en cambio, el Señor había dicho que este rico soberbio no estaba ocioso en la locuacidad, sino banqueteando superfluamente. Ni narró que este hubiera pecado por locuacidad, sino que por elación y tenacidad había pecado por edacidad. Pero puesto que la locuacidad suele abundar en los banquetes, aquel de quien se dice que aquí banqueteó mal, se afirma que en el infierno arde más gravemente en la lengua. Pues la primera culpa que sirve a los que banquean mal es la de la locuacidad, y tras la locuacidad sigue también la ligereza del juego. Pues que al juego sigue la edacidad lo atestigua la sagrada Escritura, que dice: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantaron a jugar (Éxodo 32, 6). Pero antes de que el cuerpo se mueva al juego, la lengua se mueve a las bromas y a las palabras vanas. ¿Qué es, pues, lo que se insinúa porque el rico puesto en los tormentos pide que su lengua sea refrescada, sino que aquel que al banquetear había pecado más por la locuacidad, ardía más atrozmente en la lengua por la justicia de la retribución?

6. Pero debe considerarse con muy gran pavor esto que se le dice por la respuesta de Abraham: Hijo, recuerda que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro semejantemente males. Ahora, pues, este es consolado aquí, pero tú eres atormentado. Esta sentencia, hermanos míos, necesita más de pavor que de exposición. Pues si hay algunos de vosotros que habéis recibido algo de bien exterior

en este mundo, debéis temer ese mismo don exterior, por así decirlo, no sea que os haya sido dado por la retribución de algunos de vuestros actos, no sea que el juez que aquí restituye los bienes exteriores os rechace de la retribución del bien íntimo, no sea que este honor o estas riquezas no sean un auxilio de la virtud sino una remuneración del trabajo. He aquí que mientras se dice: Recibiste bienes en tu vida, se indica que también este rico tuvo algo de bien, por lo cual recibiera bienes en esta vida. Y a su vez, mientras se dice de Lázaro que recibió males, ciertamente se muestra que también Lázaro tuvo algún mal que fuera purgado. Pero el fuego de la indigencia purgó los males de Lázaro, y la felicidad de la vida transitoria remuneró los bienes del rico. A aquel lo afligió y limpió la pobreza, a este lo remuneró y rechazó la abundancia. Quienquiera que, pues, lo pasáis bien en este siglo, cuando recordáis que habéis hecho cosas buenas, temed mucho por ellas mismas, no sea que la prosperidad que se os ha concedido sea la remuneración de esos mismos bienes. Y cuando veis a cualquier pobre perpetrar algunas cosas reprensibles, no lo despreciéis, no desesperéis, porque tal vez lo que mancha la superfluidad de la más tenue depravación, lo purga el horno de la pobreza. Temed por vosotros mismos de todas las maneras, porque a algunas cosas incluso mal hechas ha seguido una vida próspera. Considerad ansiosamente sobre aquellos otros, porque una pobreza maestra también atormenta su vida hasta que la conduce a la rectitud.

7. Sigue: Y en todas estas cosas entre nosotros y vosotros un gran caos ha sido fijado, de modo que los que quieren pasar de aquí a vosotros no pueden, ni de allá trasladarse acá. En lo cual debe preguntarse mucho cómo se dice: Los que quieren pasar de aquí a vosotros no pueden. Pues que los que están en el infierno deseen pasar a la suerte de los bienaventurados no es duda. Pero los que ya han sido recibidos en la suerte de la bienaventuranza, ¿de qué modo se dice que quieren pasar a los que son atormentados en el infierno? Pero así como los réprobos desean pasar a los elegidos, esto es, emigrar de la aflicción de sus suplicios; así es propio de los justos querer pasar a los afligidos y puestos en los tormentos con la mente por la misericordia, y querer liberarlos. Pero los que quieren pasar desde la sede de los bienaventurados a los afligidos y puestos en los tormentos no pueden, porque las almas de los justos, aunque tengan misericordia en la bondad de su naturaleza, ya entonces unidas a la justicia de su Autor, están estrechadas por tal rectitud que no se mueven por ninguna compasión hacia los réprobos. Pues concuerdan con el juez al que están adheridos, y no condescienden ni siquiera por misericordia con aquellos a quienes no pueden rescatar, porque entonces los verán tan extraños a ellos mismos cuanto los ven rechazados por su Autor a quien aman. Ni los injustos, pues, pasan a la suerte de los bienaventurados, porque están estrechados por la condenación perpetua; ni los justos pueden pasar a los réprobos porque, ya erguidos por la justicia del juicio,

no se compadecen de ellos de ningún modo por alguna compasión.

8. Pero después que se quita al rico ardiente la esperanza sobre sí mismo, su ánimo recurre a los parientes que había dejado, porque su propia pena instruye alguna vez inútilmente la mente de los réprobos para la caridad, de modo que ya entonces amen también espiritualmente a los suyos, quienes aquí, mientras amaban los pecados, ni siquiera se amaban a sí mismos. Por lo cual ahora se añade: Te ruego, pues, padre, que lo envíes a la casa de mi padre; pues tengo cinco hermanos, para que les testifique, no sea que también ellos vengan a este lugar de tormentos. En lo cual debe notarse para el rico ardiente cuántas cosas se acumulan para el suplicio. Pues para su pena se le conserva tanto el conocimiento como la memoria. Pues reconoce a Lázaro a quien despreció, y también recuerda a sus hermanos que dejó. Pues no sería para él una venganza perfecta sobre el pobre si no lo reconociera en la retribución. Y no sería una pena perfecta en el fuego si no temiera también en los suyos esto mismo que él padece. Para que, pues, los pecadores sean más castigados en el suplicio, ven tanto la gloria de los que despreciaron como se torturan también por la pena de aquellos a quienes inútilmente amaron. Debe creerse, en verdad, que antes de la retribución del juicio final los injustos contemplan a algunos justos en el descanso, para que viéndolos en el gozo se torturen no solo por su suplicio sino también por el bien de aquellos. Los justos, en cambio, siempre intuyen

a los injustos en los tormentos, para que de aquí crezca su gozo, porque contemplan el mal que misericordiosamente escaparon; y tanto mayores gracias dan a su rescatador cuanto ven en otros lo que ellos mismos pudieron padecer si hubieran sido abandonados. Ni aquella claridad de tan gran bienaventuranza oscurece en el ánimo de los justos la pena contemplada de los réprobos, porque donde ya no habrá compasión por la miseria, sin duda no podrá disminuir la alegría de los bienaventurados. ¿Qué tiene de extraño si, mientras los justos contemplan los tormentos de los injustos, esto les venga en servicio de sus gozos, cuando también en una pintura se pone debajo el color negro para que el blanco o el rojo parezcan más claros? Pues como se ha dicho, tanto crecen sus gozos para los buenos cuanto yacen bajo sus ojos los males de los condenados que evitaron. Y aunque sus gozos les basten plenamente para el disfrute, sin duda siempre ven los males de los réprobos, porque quienes ven la claridad de su Creador, nada se hace en la criatura que no puedan ver.

9. Pero al rico que pide que se envíe a Lázaro, se le responde enseguida por Abraham: Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen a ellos. Pero aquel que había despreciado las palabras de Dios pensaba que sus seguidores no podían escucharlas. Por lo cual también respondió el rico: No, padre mío; sino que si alguno de entre los muertos fuera a ellos, creerán. A quien pronto se le dice con veraz sentencia: Si no escuchan a Moisés y a los profetas, ni aunque alguno de entre los muer-

tos resucite, le creerán, porque sin duda quienes desprecian las palabras de la ley, cuanto más sutiles son los preceptos del Redentor, que resucitó de entre los muertos, tanto más difícilmente los cumplirán. Pues es menos cualquier cosa que se dice por la ley (Deuteronomio 12), que esto que se manda por el Señor. Pues aquella manda dar los diezmos, pero nuestro Redentor manda que quienes siguen la perfección dejen todas las cosas. Aquella corta los pecados de la carne, pero nuestro Redentor condena incluso los pensamientos ilícitos (Lucas 14). Si, pues, no escuchan a Moisés y a los profetas, ni aunque alguno de entre los muertos resucite creerán, porque ¿cuándo obedecerán estos que descuidan cumplir los preceptos más viles de la ley a los mandatos más altos de nuestro Salvador? Y sin duda consta que a aquel cuyos dichos rehúsan cumplir, rehúsan sin duda alguna creerle. Baste que hayamos dicho estas cosas sobre la consideración de la misma historia.

10. Pero vosotros, hermanos, conociendo tanto el descanso de Lázaro como la pena del rico, obrad con destreza, buscad intercesores para vuestras culpas y procuraos a los pobres como abogados para el día del juicio. Pues ahora tenéis muchos Lázaros; yacen ante vuestras puertas, y carecen de estas cosas que a vosotros, ya saciados, os caen diariamente de la mesa. Las palabras de la sagrada lectura deben instruirnos para cumplir los mandatos de la piedad. Diariamente encontramos a Lázaro si lo buscamos; diariamente vemos a Lázaro, aunque no lo busquemos. He aquí que los pobres se ofrecen inoportunamente,

nos ruegan, ellos que entonces vendrán como intercesores por nosotros. Ciertamente nosotros debíamos rogar en absoluto, pero sin embargo somos rogaros. Ved si debemos negar lo que se nos pide, cuando son patronos los que piden. No perdáis, pues, los tiempos de la misericordia, no disimuléis los remedios recibidos. Antes del suplicio pensad en el suplicio. Cuando veáis a cualesquiera abyectos en este mundo, aunque parezcan existir en ellos algunas cosas reprensibles, no los despreciéis, porque tal vez a quienes hiere la enfermedad de las costumbres, los cura la medicina de la pobreza. Si en ellos hay tales cosas que deban ser justamente reprendidas, inclinad estas, si queréis, al uso de vuestra recompensa, para que de sus mismos vicios se os acumulen incrementos de piedad, a fin de que deis juntamente pan y palabra, el pan del refrigerio con la palabra de la corrección; y reciban de vosotros dos alimentos los que buscaban uno, mientras son saciados tanto exteriormente por la comida como interiormente por la elocuencia. El pobre, pues, cuando se ve reprensible, debe ser amonestado, no debe ser despreciado. Pero si no tiene nada de reprensión, debe ser venerado sumamente como intercesor. Pero he aquí que vemos a muchos, y no sabemos quién es de qué mérito. Todos, pues, deben ser venerados, y tanto es necesario que debas humillarte ante todos, cuanto ignoras cuál de ellos es Cristo.

11. Relato un hecho, hermanos, que bien conoce este hermano y copresbítero mío Especioso, que está presente. Al mismo tiempo en que entré

en el monasterio, una anciana de nombre Redenta, constituida en hábito monacal, permanecía en esta ciudad junto a la iglesia de la bienaventurada María siempre virgen (Libro IV de los Diálogos, cap. 15). Ella había sido discípula de aquella Herundis que, destacando en grandes virtudes, se decía que había llevado vida eremítica sobre los montes Prenestinos. A ella se adherían dos discípulas con el mismo hábito: una de nombre Rómula y otra que todavía sobrevive ahora, a quien conozco de cara pero no de nombre. Estas tres, pues, permaneciendo juntas en una sola habitación, llevaban una vida llena de riquezas de costumbres, pero pobre en bienes materiales. Esta Rómula, que he mencionado antes, aventajaba en grandes méritos de vida a la otra condiscípula que he dicho. Pues era de una paciencia admirable, de suma obediencia, guardiana de su boca para el silencio, muy estudiosa en el uso de la oración continua. Pero porque generalmente estos a quienes los hombres ya estiman como perfectos tienen todavía algo de imperfección ante los ojos del Sumo Artífice, así como a menudo nosotros, hombres inexpertos, vemos sellos aún no perfectamente esculpidos y ya los alabamos como casi perfectos, los cuales el artífice todavía considera y pule, oye ya las alabanzas y sin embargo no deja de golpearlos para mejorarlos; esta Rómula que hemos predicho fue herida por aquella molestia corporal que los médicos llaman con el vocablo griego parálisis, y yaciendo en su lecho durante muchos años, yacía privada del oficio de casi todos sus miembros, y sin embargo estos

mismos azotes no habían conducido su mente a la impaciencia. Pues esos mismos detrimentos de los miembros se habían convertido para ella en incrementos de virtudes, porque había crecido tanto más solícitamente en el uso de la oración cuanto que no podía hacer de ningún modo ninguna otra cosa. Una noche, pues, llamó a la misma Redenta que he mencionado antes, que criaba a ambas discípulas suyas como a hijas, diciendo: «Madre, ven; madre, ven». La cual pronto se levantó con su otra discípula, tal como el hecho quedó claro por el relato de ambas y para muchos, y yo también lo conocí en aquel mismo tiempo. Y cuando en medio de la noche asistían al lecho de la que yacía, de repente una luz enviada del cielo llenó todo el espacio de aquella celda; y brilló un esplendor de tanta claridad que hirió los corazones de las asistentes con un temor inestimable, y, como ellas mismas relataban después, todo el cuerpo se les quedó rígido y permanecieron en un estupor súbito. Pues comenzó a oírse como el sonido de una gran multitud que entraba, y a sacudirse la puerta de la celda como si fuera presionada por una turba de los que entraban. Y, según decían, sentían la multitud de los que entraban, pero por el exceso de temor y de luz no podían ver nada, porque tanto el pavor les había bajado los ojos como la misma claridad de tanta luz las deslumbraba. A cuya luz siguió enseguida la fragancia de un olor admirable, de modo que la suavidad del olor confortaba su ánimo, al que la luz enviada había aterrorizado. Pero como no podían soportar la fuerza de aquella claridad, la

misma Rómula comenzó a consolar con voz suave a Redenta, que estaba a su lado temblando, la maestra de sus costumbres, diciendo: «No temas, madre, no muero ahora». Y como ella decía esto frecuentemente, poco a poco la luz que había sido enviada se retiró, pero el olor que la siguió permaneció. Y así pasó el segundo y el tercer día, de modo que la fragancia del olor esparcido permanecía. La cuarta noche, pues, llamó de nuevo a su misma maestra. Al venir esta, pidió el viático y lo recibió. Todavía no se habían retirado la misma Redenta y su otra discípula del lecho de la que yacía, y he aquí que de repente en la plaza ante la puerta de la misma celda se detuvieron dos coros de salmistas, y según ellas mismas decían haber distinguido el sexo por las voces, los hombres cantaban la salmodia y las mujeres respondían. Y mientras ante las puertas de la celda se celebraban las exequias celestiales, aquella santa alma fue desatada de la carne. Conducida esta al cielo, cuanto más alto ascendían los coros de los salmistas, tanto más suavemente comenzaba a oírse la salmodia, hasta que tanto el sonido de la misma salmodia como la suavidad del olor se terminaron a lo lejos.

12. Por tanto, mientras vivió en el cuerpo, ¿quién la tendría en honor? Parecía indigna a todos, despreciada por todos. ¿Quién se dignaría acercarse a ella, quién verla? Pero la margarita de Dios se ocultaba en un estercolero. Llamo estercolero, hermanos, a esta misma corruptibilidad del cuerpo; nombro estercolero a la abyección de la pobreza. Fue, pues, asumida la margarita que

yacía en el estercolero, y puesta en el ornato del Rey celestial, ya brilla entre los ciudadanos de arriba, ya resplandece entre aquellas piedras encendidas de la diadema eterna. ¡Oh vosotros que en este mundo o creéis ser ricos, o lo sois!, comparad, si podéis, vuestras falsas riquezas con las verdaderas riquezas de Rómula. Vosotros poseéis en el camino de este mundo todas las cosas que habéis de perder; ella nada buscó en el camino, y todo lo encontró al llegar. Vosotros lleváis una vida alegre, teméis una muerte triste; ella soportó una vida triste, llegó a una muerte alegre. Vosotros buscáis por un tiempo el obsequio de los hombres; ella, despreciada por los hombres, encontró como compañeros los coros de los ángeles. Aprended, pues, hermanos, a despreciar todas las cosas temporales, aprended a menospreciar el honor pasajero, a amar la gloria eterna. Honrad a los que veis pobres, y a los que exteriormente veis como despreciados del siglo, consideradlos interiormente como amigos de Dios. Participad con estos de lo que tenéis, para que alguna vez se dignen ellos participar con vosotros de lo que tienen. Considerad lo que se dice por boca del maestro de las gentes: En este tiempo vuestra abundancia supla la indigencia de ellos, para que también la abundancia de ellos sea suplemento de vuestra indigencia (2 Corintios 8, 14). Considerad lo que la misma Verdad dice por sí misma: En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mateo 25, 45). ¿Por qué sois perezosos para dar, cuando esto que ofrecéis al que yace en la tierra lo dais al

que está sentado en el cielo? Pero que estas cosas que Dios omnipotente habla por mí a vuestros oídos, las hable por sí mismo en vuestras mentes, él que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.